



CERVANTES SAAVEDRA
EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA

PRIMERA PARTE

AÑO 1605



R-28

EN MADRID
POR JUAN DE LA CUESTA

SE PONEN
CERAS, ESCUDOS
ADORNOS

Exposición de París, 1894



MEDELLA DE PLATA

A. MÉNARID

ENCUADERNADOR

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

PASEO DEL PRADO, 22 (ESQUINA A LA DE LOPE DE VEGA) MADRID

SE HABLA
FRANCÉS, INGLÉS
ALEMÁN

Exposición de París, 1894



MEDELLA DE PLATA

SE PONEN
CIFRAS, ESCUDOS
Y

ADORNOS

Exposición de París, 1804



MEDALLA DE PLATA

A. MÉRARD

ENCUADERNADOR

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

PASEO DEL PRADO, 22 (ESQUINA A LA DE LOPE DE VEGA) MADRID

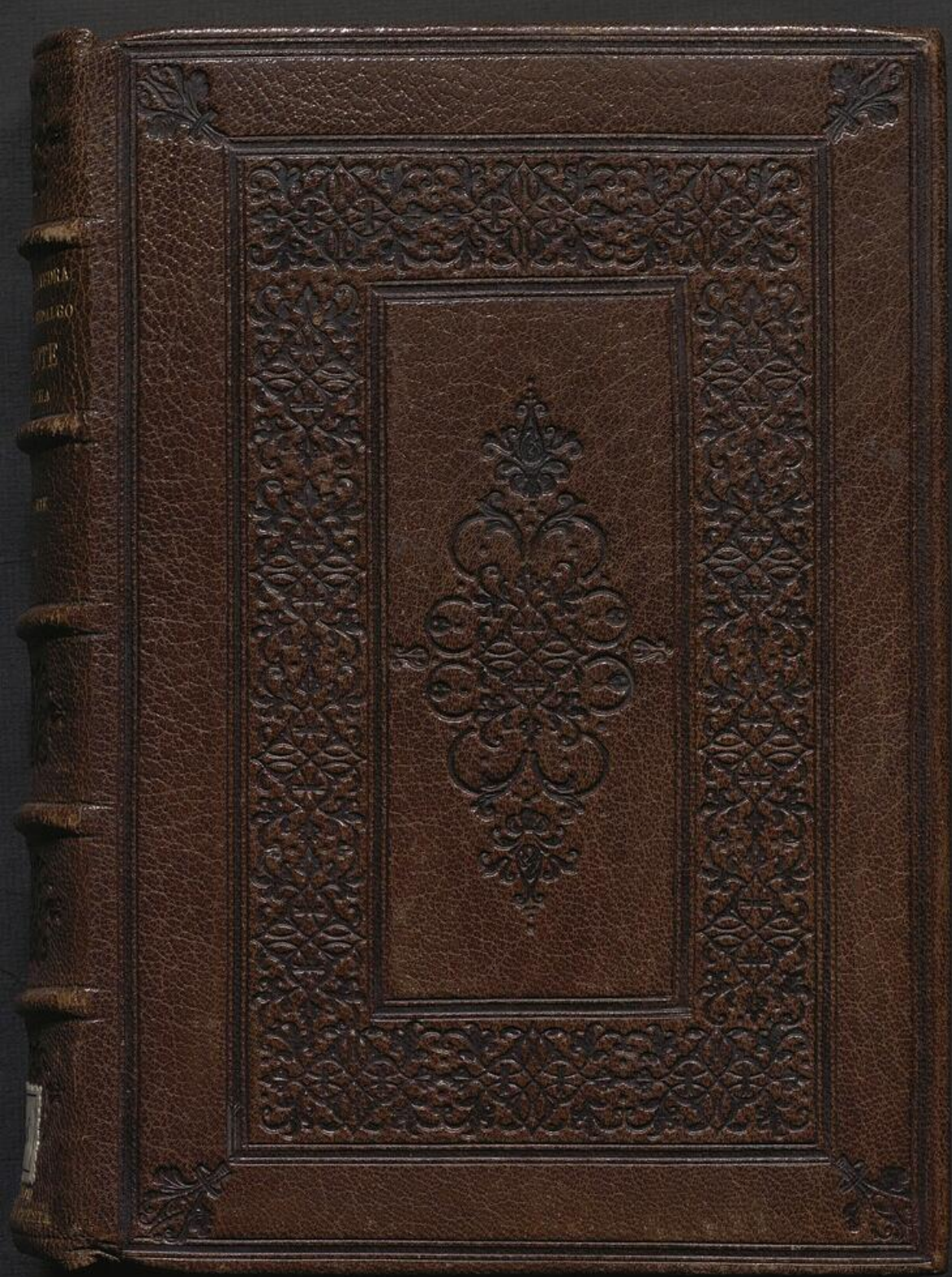
SE HABLA
FRANCS, INGLÉS
Y

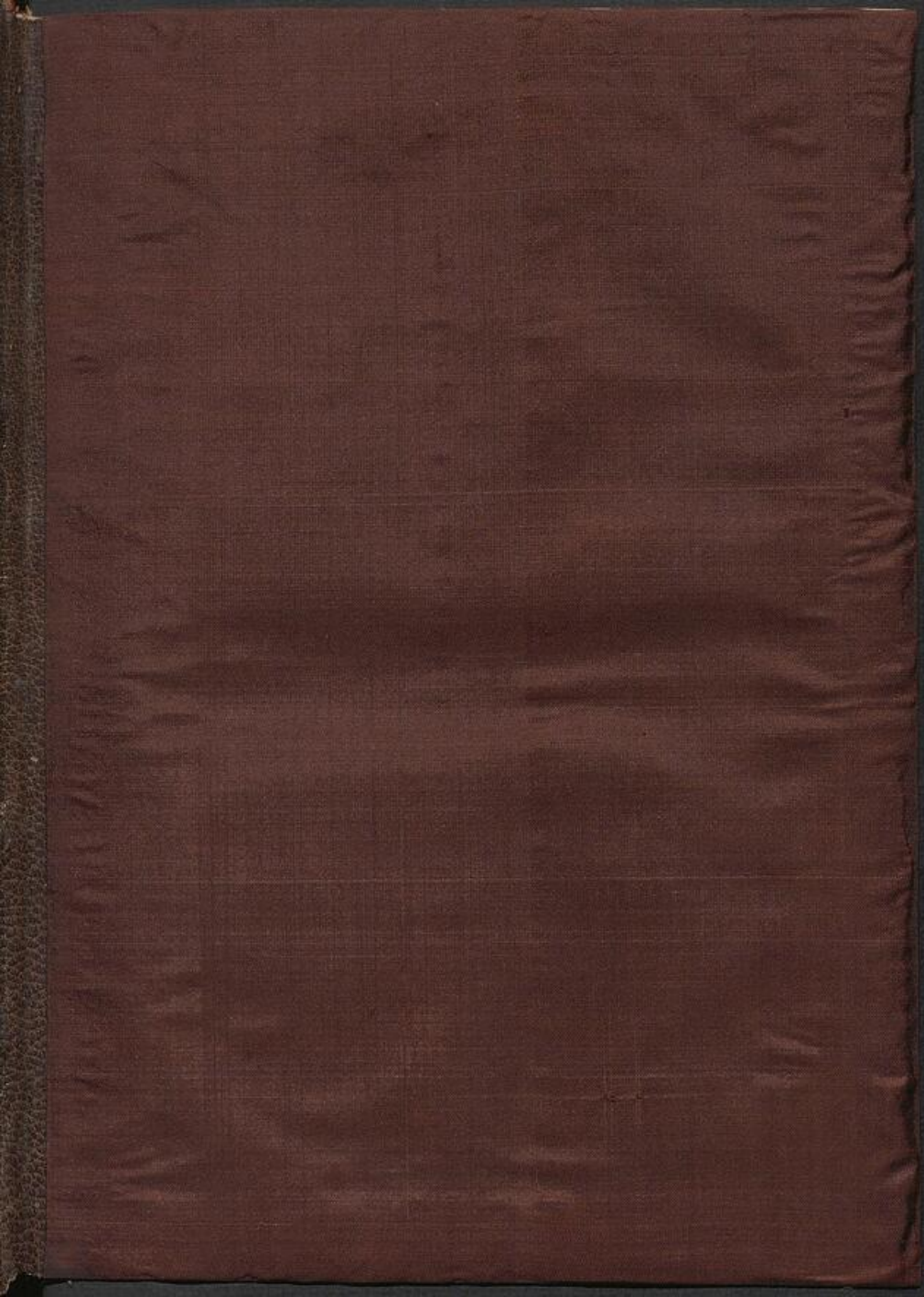
ALEMÁN

Exposición de París, 1804



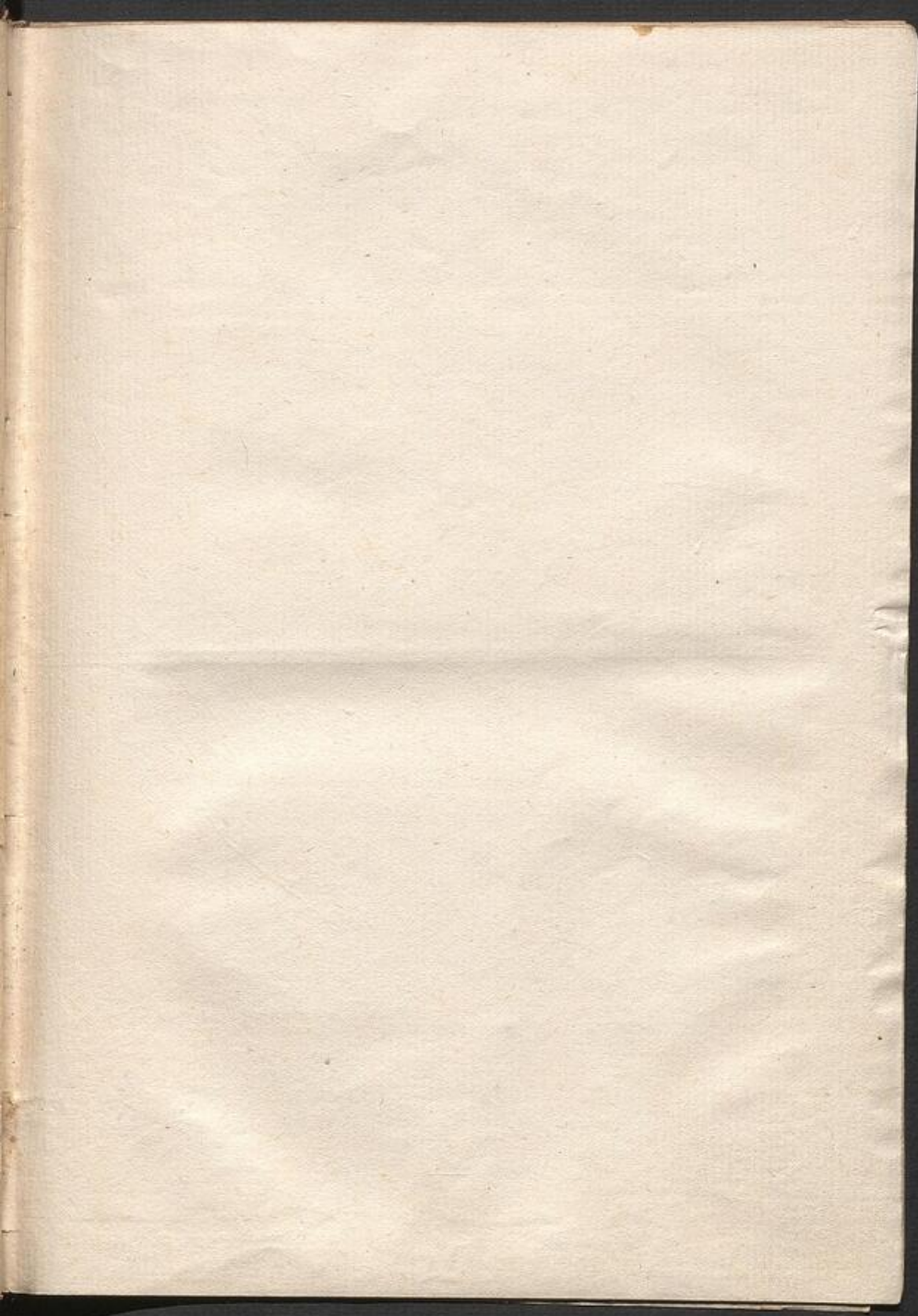
MEDALLA DE PLATA

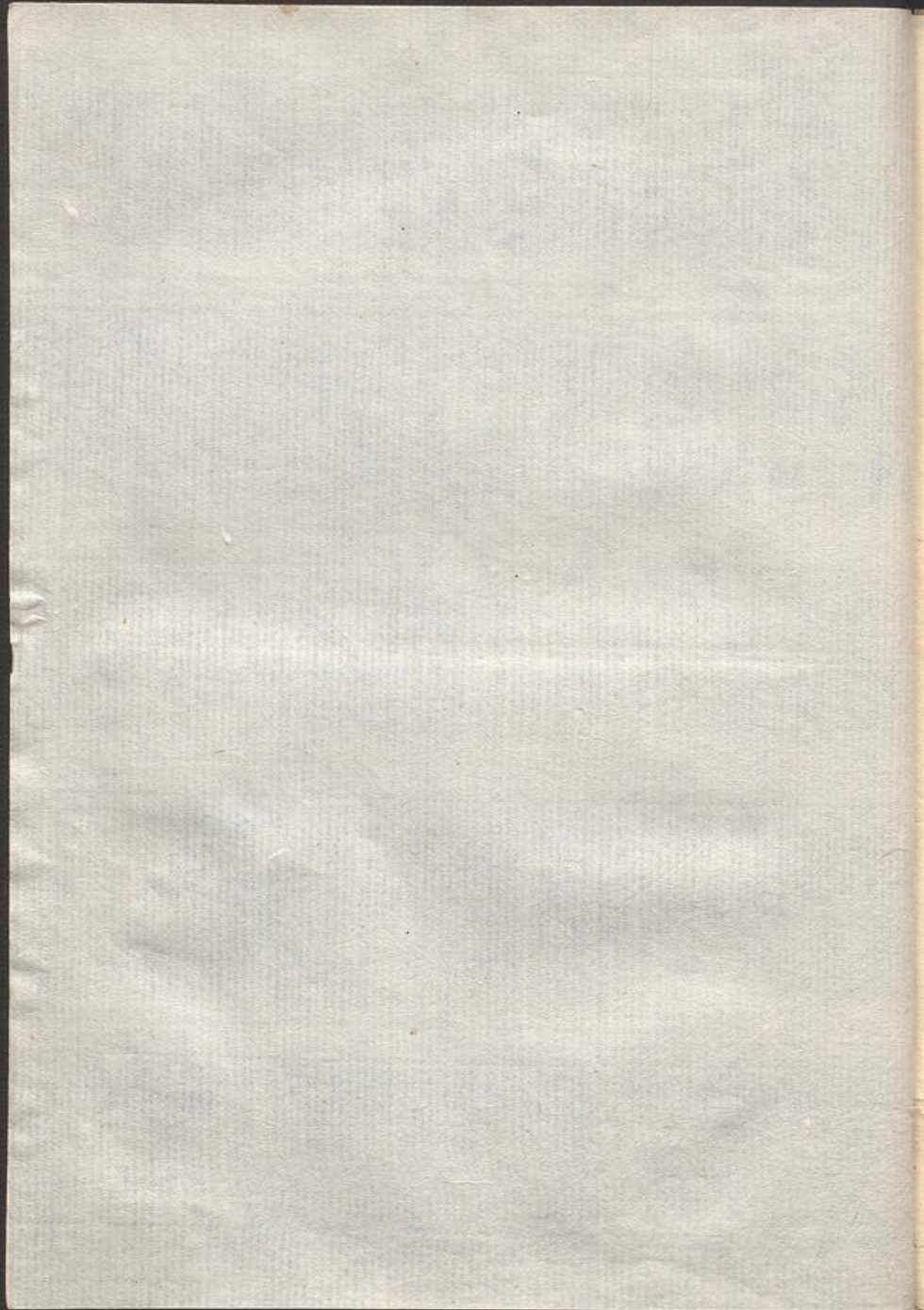


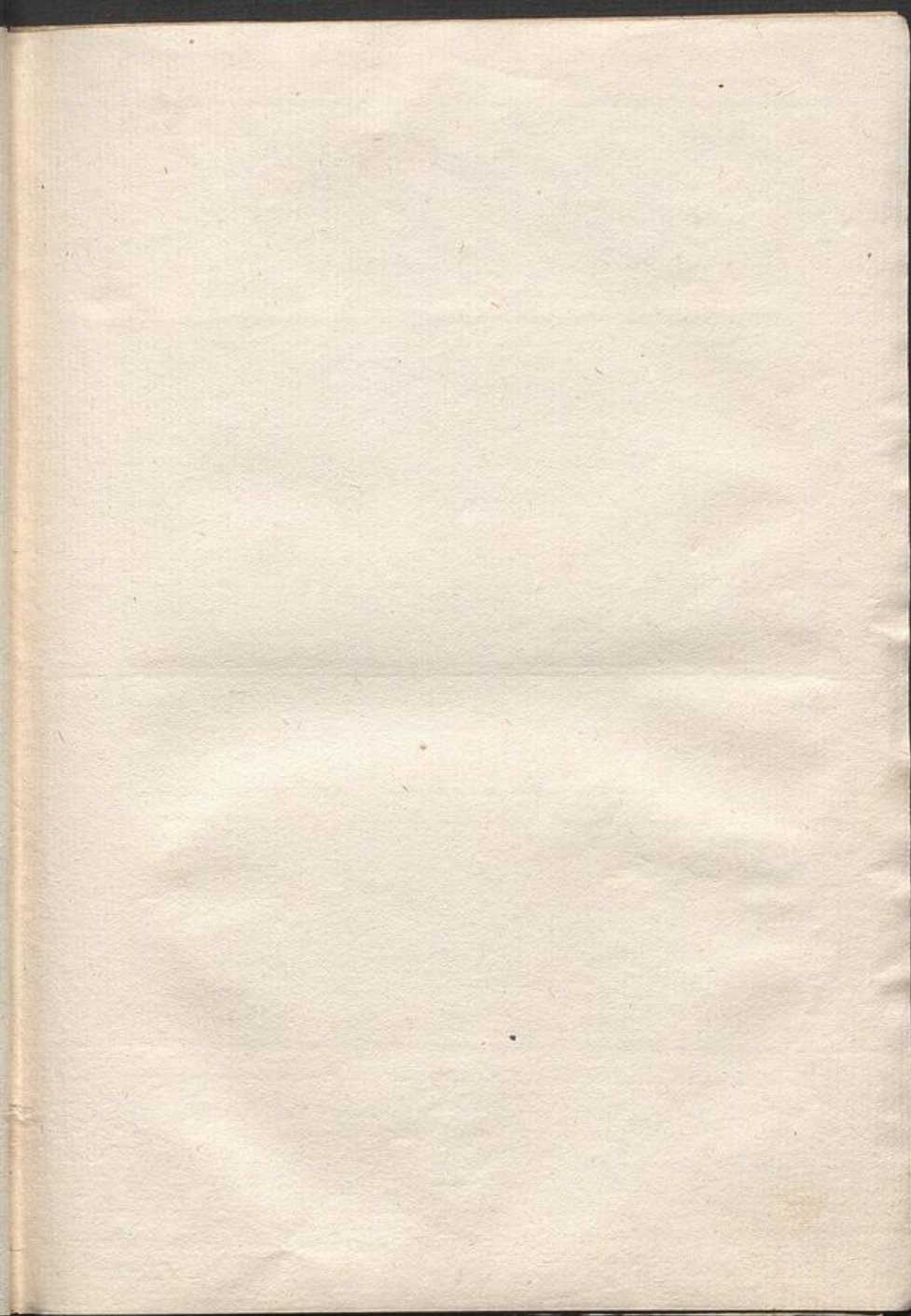


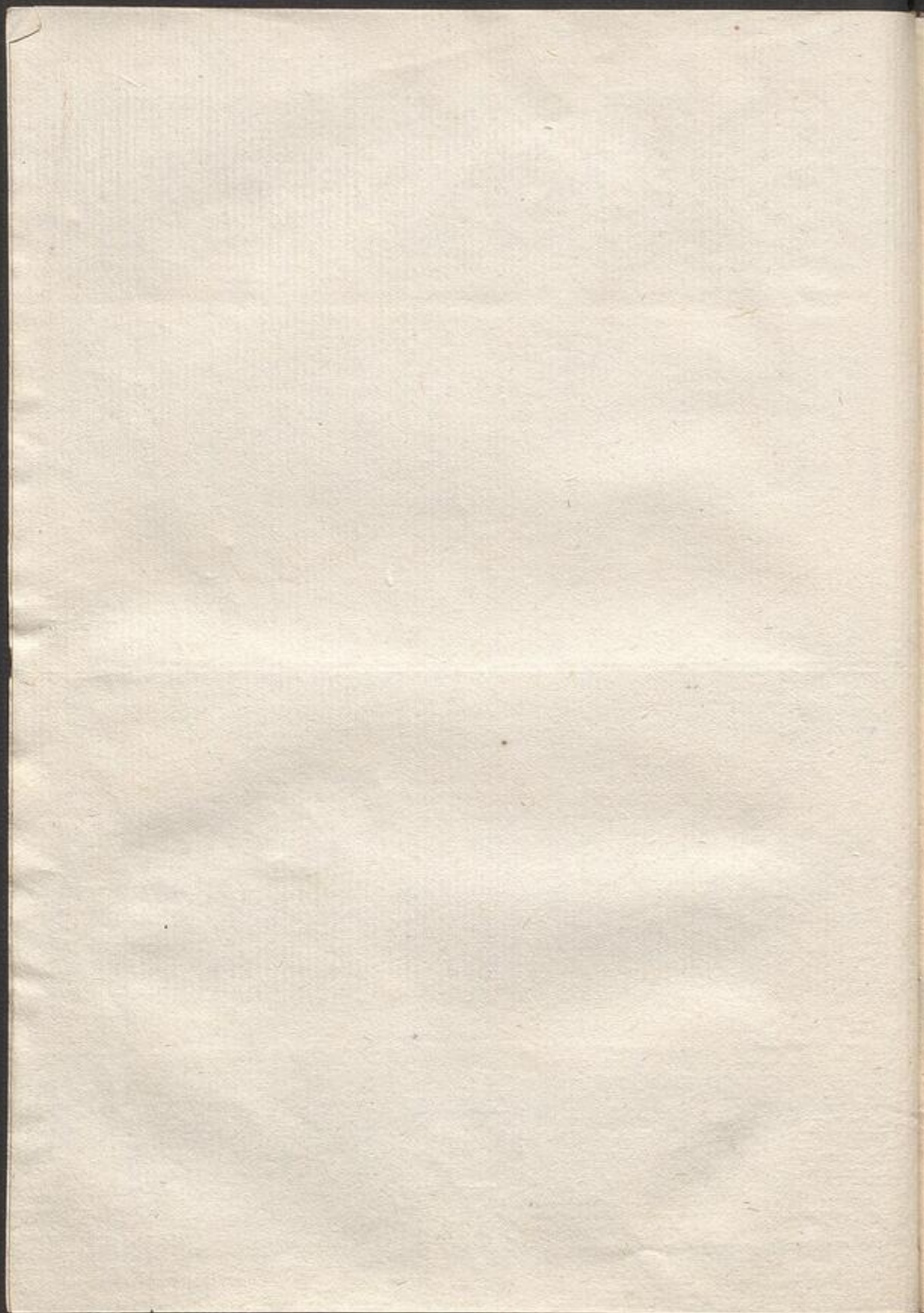
~~22 - VI - 5~~

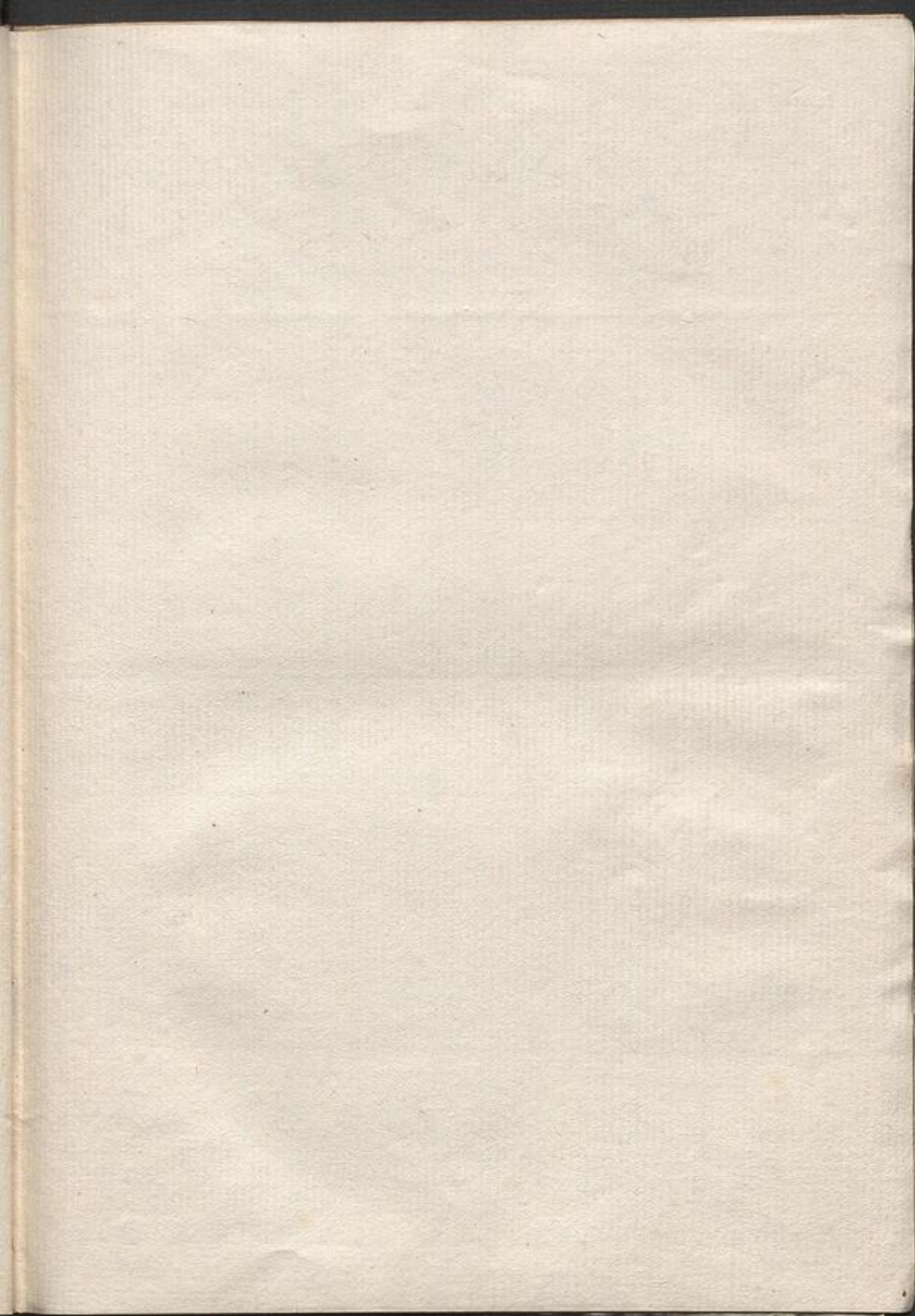
R-28

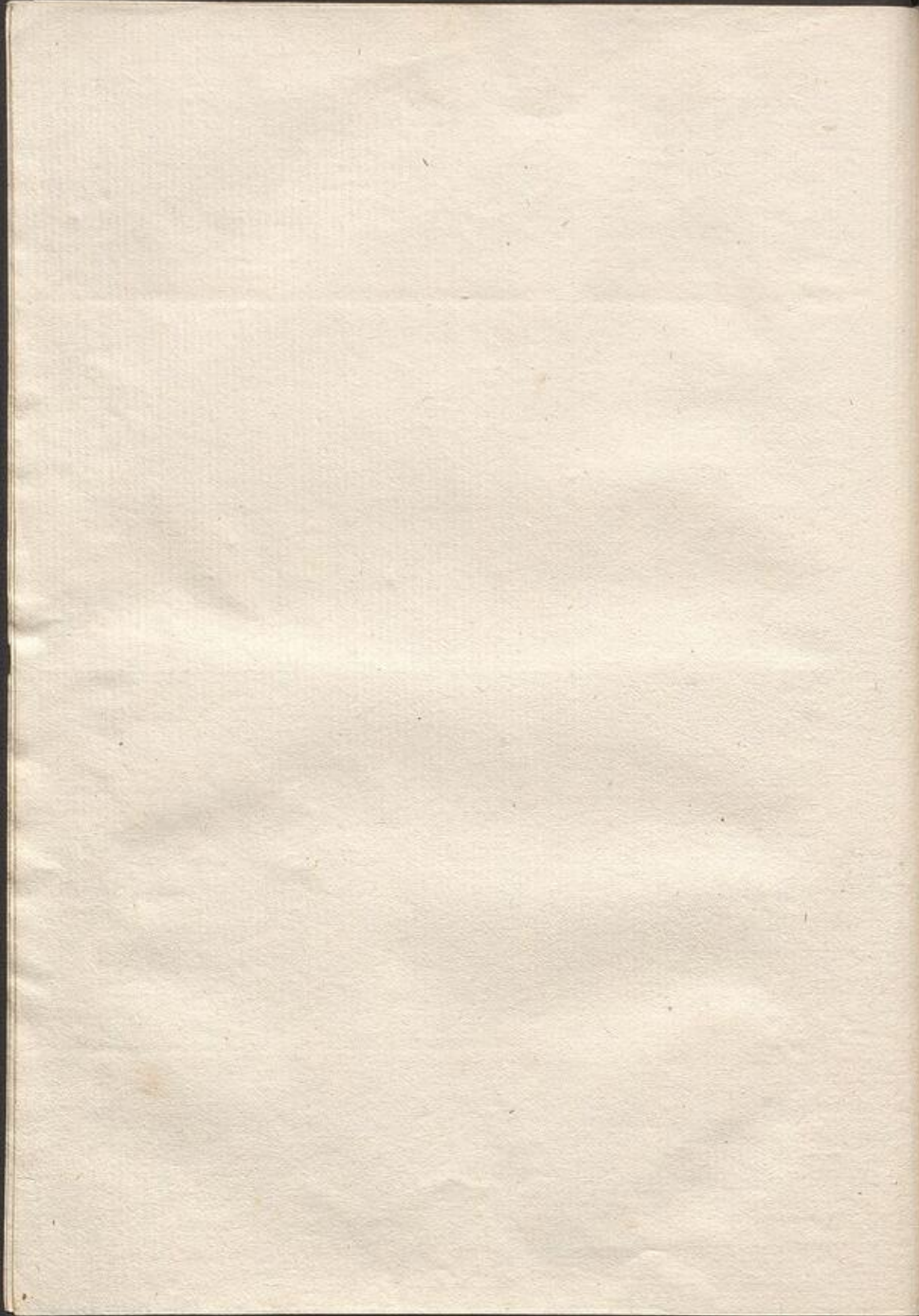


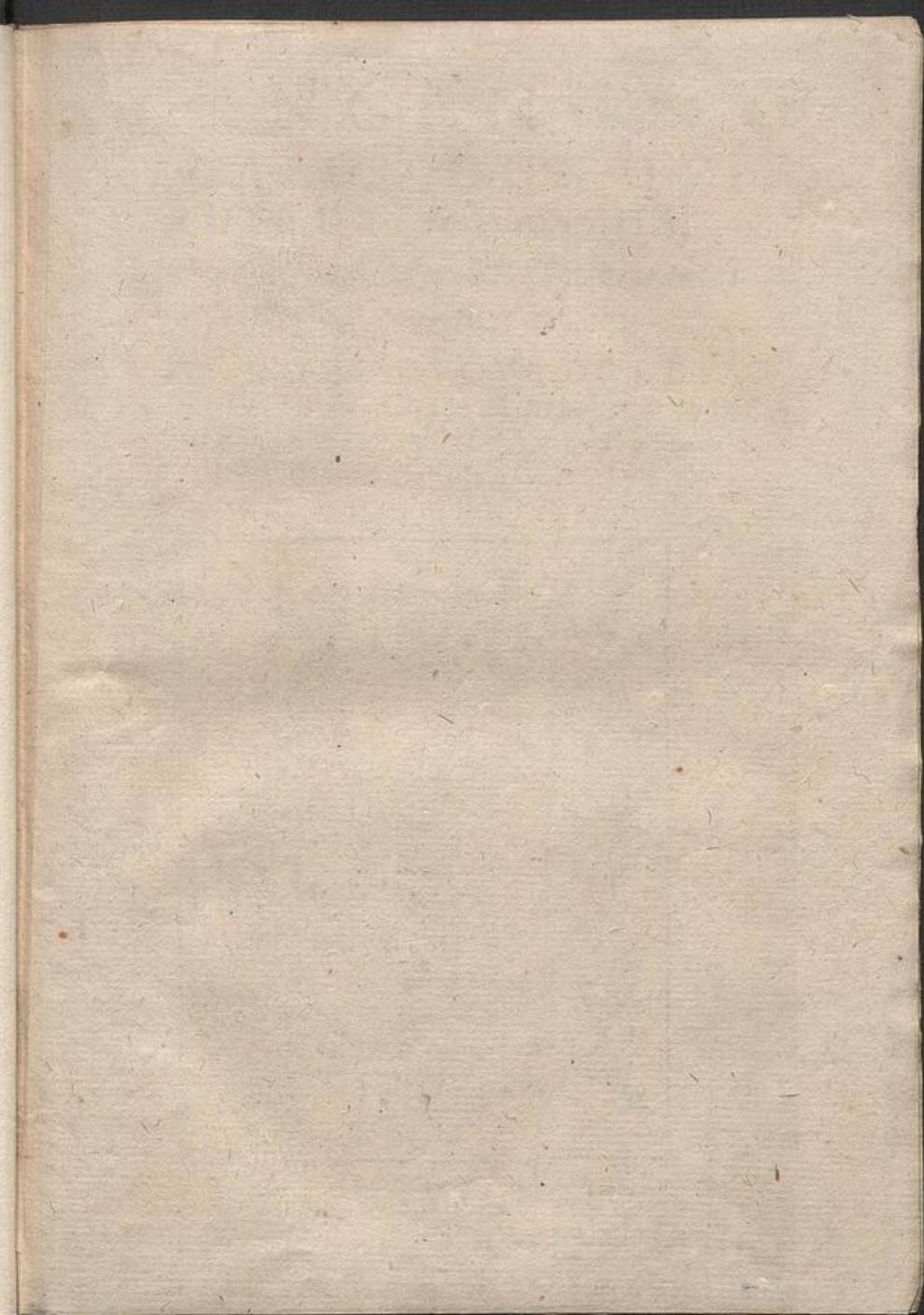


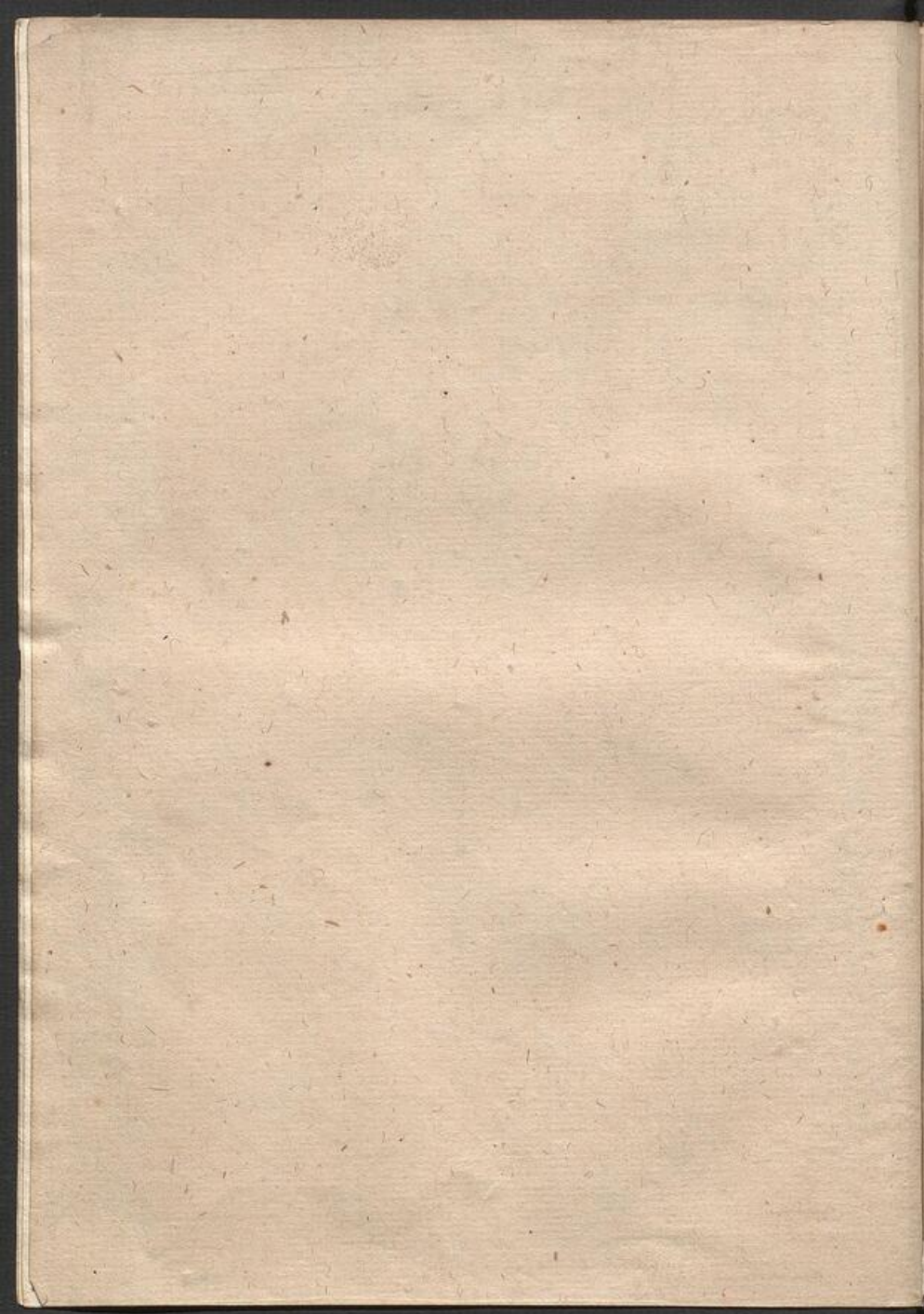












EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR,
Marques de Gibrleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



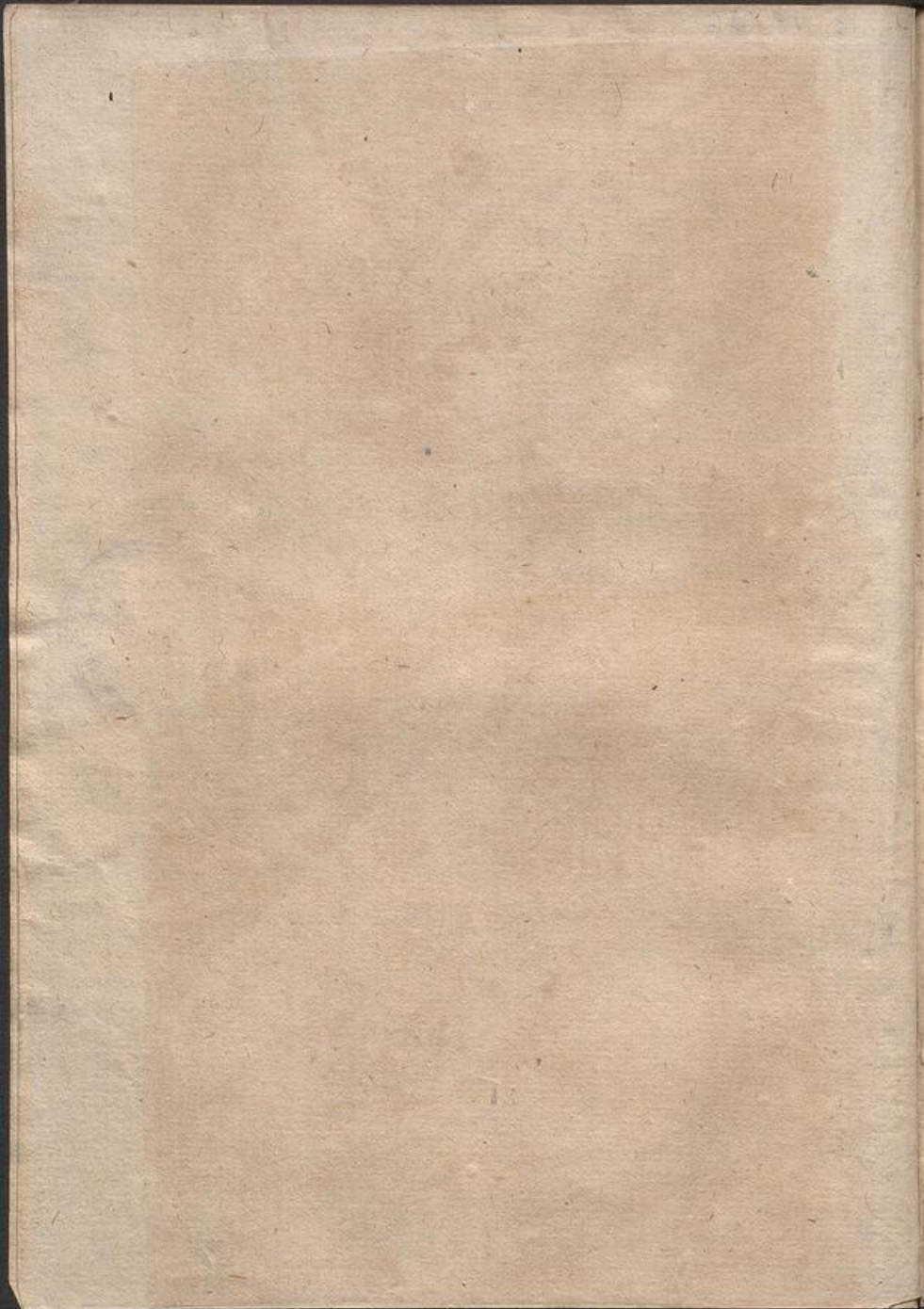
Año,

1605.



CON PRIVILEGIO,
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey año señor.



TASSA.



O Iuan Gallo de Andrada es
criuano de Camara del Rey
nuestro señor, de los que resi-
den en el su Consejo, certifi-
co y doy fee, que auindose
visto por los Señores del va-
libro intitulado, *El ingenioso*
Hidalgo de la Mancha, compuesto por Miguel
de Ceruantes Saabedra, tassaron cada pliego del
dicho libro a tres marauedis y medio, el qual tie-
ne ochenta y tres pliegos, q̄ al dicho precio mō-
ta el dicho libro dozientos y nouenta marauedis
y medio, en que se ha de vender en papel: y die-
ron licencia, para que a este precio se pueda ven-
der. Y mandaron, que esta tassa se ponga al prin-
cipio del dicho libro, y no se pueda vender sin e-
lla. Y para que dello conste, di el presente En Va-
lladolid, a veinte dias del mes de Diziembre, de
mil y seiscientos y quatro años.

*Iuan Gallo de
Andrada.*



Testimonio de las Erratas.

ESTE Libro no tiene cosa digna que no corresponda a su original: en testimonio de lo auer correcto di esta fee. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teologos de la Uniuerfidad de Alcala, en primero de Diziembre, de. 1604. Años.

El Licenciado Francisco
Murcia de la Llana.

POR



Or quanto, por parte de vos Miguel de Ceruantes, nos fue fecha relacion, que auia des cõ puesto vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el qual os auia costado mucho trabajo, y era muy vtil, y prouechoso, nos pedistes, y suplicastes, os mandassemos dar licẽcia y facultad, para le poder imprimir, y prẽuilegio por el tiẽpo que fuẽsemos seruidos, o como la nuesta merced fuẽsse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quãto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la prematuca vltimamente por nos fecha, sobre la impresion de los libros dispone, fue acordado, que deuamos mandar dar esta nuestra cedula para vos, en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual, por os hazer bien y merced, os damos licencia y facultad, para que vos, o la persona q̃ vuestro poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, q̃ de suso se haze menciõ, en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuentẽ desde el dicho dia de la data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro põder lo imprimiere, o vendiere: o hiziere imprimir, o vender, por el mesmo caso pierda la impresion que hiziere, con los moldes, y aparejos della: y mas incurra en pena de cinquenta mil maravedis, cada vez q̃ lo cõtrario hiziere. La qual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra Camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las vezes que huuiere des de hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le tray gais al nuestro Consejo, juntamente con el original que en el fue visto,

que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Iuan Gallo de Andrada, nuestro escriuano de Camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impresion està conforme el original: o traygays fè en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio la dicha impresion, por el original, y se imprimio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada vn libro de los que assi fueren impressos, para que se tasse el precio que por cada volumè huuieredes de auer. Y mandamos al Impresor que assi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de vn solo libro, con el original al Autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha correccion, y tassa, hasta q̄ antes, y primero el dicho libro estè corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucesiuamente ponga esta nuestra cedula, y la aprouaciõ, tassa, y erratas, so pena de caer, è incurrir en las penas cõtenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reynos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras qualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veynte y seys dias del mes de Setiembre, de mil y seyscientos y quatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

Iuan de Amerqueta.

AL DVQUE DE
BEIAR, MARQUES DE
Gibrleon, Conde de Benalcaçar, y
Bañares, Vizconde de la Puebla de
Alcozer, Señor de las villas
de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



*N*FE Del buen acogimiento, y honra, que haze vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente, las que por su nobleza no se abaten al seruicio y grangerias del vulgo, he d' terminado de sacar a luz al ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha, al abrigo del clarissimo nombre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que deuo a tanta grandeza, suplico, le reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra,
aunque

aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, o se parecer seguramente en el juyzio de algunos, que continiendose en los limites de su ignorancia, suelen cõdenar con mas rigor, y menos justicia, los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñarà la cortedad de tan humilde seruicio.

Miguel de Ceruantes
Saavedra.

DESOCV

Prologo.

DESOCVPADO Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto, q̄ pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contrauenir al orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi, que podra engendrar el esteril, y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de vn hijo feo, auellanado, antojadizo, y lleno de p̄famiētos varios, y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendrò en vna carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y dõde todo triste ruydo haze su habitacion. El sosiego, el lugar apazible; la amenidad de los cãpos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas mas esteriles, se muestrē fecundas, y ofrezcan partos al mundo, q̄ le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en los ojos, para q̄ no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuēta a sus amigos, por agudezas, y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quixote: no quiero yrme con la corriente del vso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carissimo, que perdones, o disimoles las faltas que en este mi hijo vieres, y ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio, como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcavalas, y sabes lo que comunmente se dize, que debaxo de mi manto, al

PROLOGO.

Rey mato. Todo lo qual te essenta, y haze libre de todo respecto, y obligacion, y assi puedes dezir de la historia, todo aquello q̄ te pareciere, sin temor que te calunié por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera darla monda, y desnuda, sin el hornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo, de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y Elogios, q̄ al principio de los libros suelé ponerse. Porque te se dezir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tu ue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyêdo. Muchas vezes tomé la pluma para escriuilla, y muchas la dexè, por no saber lo que escriuiria: y estando vna suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entrò a deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entèdido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntò la causa, y no encubriendosela yo, le dixè, Que pensaua en el Prologo que auia de hazer, a la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni me nos sacar a luz las hazañas de tan noble cauallero. Porq̄ como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirà el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestas, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, menguada de estilo, pobre de cócetos, y falta de toda erudiciò, y doctrina: sin acoraciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque seá fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platò, y de toda la caterua de filosofos, q̄ admiran a los leyentes, y tienen a sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquêtes? Pues q̄ quando citan la diuina escritura, no diran sino q̄ son vnos

santos

PROLOGO.

tantos Tomases, y otros Doctores de la Yglesia, guardã do en esto vn decoro tan ingenioso, q̃ en vn renglon han pintado vn enamorado desfraydo, y en otro hazẽ vn sermonzico Christiano, que es vn contẽto, y vn regalo, o ylle, o leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores figo en el, para ponerlos al principio, como hazẽ todos, por las letras del A. B. C. Comẽgando en Aristoteles, y acabado en Xenofonte, y en Zoylo, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el vno, y pintor el otro. Tambiẽ ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, o Poetas, celeberrimos. Aunque si yo los pidiese a dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los dariã, y tales, que no les y gualassen los de aquellos que tienen mas nõbre en nuestra Espaõa.

En fin seõor, y amigo mio, profegui, yo determino, que el seõor don Quixote, se quede sepultado en sus archiuos, en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediãrlas, por mi insuficiencia, y pocas letras, y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan lo que yo me se dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y eleuamiẽto, amigo, en que me hallastes, bastante causa para poner me en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la frente, y disparando en vna carga de risa, me dixo: Por Dios hermano, que agora me acabo de defengaõar, de vn engaõo en que he estado, todo el mucho tiẽpo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero agora veo, que estays tan le xos de serlo, como lo estã el ciclo de la tierra.

PROLOGO.

Como que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de suspender, y absortar vn ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho a romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alafé, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereys como en vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que dezis, que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar a la luz del mundo, la historia de vuestro famoso don Quixote, luz, y espejo de toda la caualleria andante. Deziid, le repliqué yo, oyendo lo que me dezia: De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reducir a claridad, el caos de mi confusion? a lo qual él dixo. Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que lean de personages graues, y de titulo, se puede remediar, en que vos mesmo tomeys algun trabajo en hazerlos, y despues los podeys bautizar, y poner el nóbre que quisieredes, ahijandolos al Preste Iuan de las Indias, o al Emperador de Trapifonda, de quien yo se que ay noticia, que fueron famosos Poetas, y quando no lo ayan sido, y vuiere algunos podantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos marauedis, porque ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes, los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos, que pusieredes en vuestra historia, no ay mas, sino hazer de manera que venga a pelo, algunas sentencias, o latines, que vos se pays de memoria, o alomenos que os cuesten poco trabajo el buscallo. Como sera poner, tratando de libertad,
y cauti.

P R O L O G O .

ŷ cautiuerio. Non bene pro toto libertas venditur auro. Y luego en el margen citar a Oracio, o a quien lo dixo. Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas, Regumque turres.* Si de la amistad, y amor que Dios manda, que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la escritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si trataredes de malos pensamientos, acudid con el Euangelio. *De corde exeunt cogitationes malas.* Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos non nerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer desta manera. Si nõ-brays algun Gigante en vuestro libro, hazel de que sea el Gigante Goliath, y con solo esto, que os costara casi nada, teneys vna grande anotacion, pues podeys poner el Gigante Goliath, o Goliath. Fue vn Filisteo, a quien el pastor David matò de vna grã pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escriue.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo, como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereys luego con otra famosa anotacion, poniendo: El rio Tajo, fue assi dicho, por vn Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, beuando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si trataredes de ladrones, yo os dire la historia de Caco, que la se de coro. Si de mu

PROLOGO.

geres rameras, ahi està el Obispo de Mondoñedo, que os prestarà a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dara gran credito. Si de cruces, Ouidio os entregará a Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes valerosos, el mesmo Julio Cesar os prestara a si mismo, en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alexandros. Si trataredes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topareys con Leon Hebreo, que os hizeha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys a Fonseca, del amor de Dios, donde se cifra todo lo q̄ vos, y el mas ingenioso acertare a desfeer en tal materia. En resolució no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme a mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto a tal de llenaros las margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos agora a la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada, y quiza alguno aura tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple, y senzilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos servirá a aquel largo Catalago de autores, a dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no aura quien se ponga a averiguar, si los seguites, o no los seguites, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien caygo en la cuenta, este

PROLOGO.

este vuestro libro, no tiene necesidad de ninguna cosa, de aquellas que vos dezis que le falta, porque todo el es vn inuestiua contra los libros de cauallerias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançò Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates, las puntualidades de la verdad, ni las obseruaciones de la Astrologia, ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos, de quien se sirue la Retorica, ni tiene para que predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo diuino, que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene q̄ aprouecharse de la imitacion, en lo que fuere escriuiendo, q̄ quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor serà lo que se escriuiere. Y pues esta vuestra escritura, no mira a mas, que a deshazer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys mendigando sentencias, de filosofos cõsejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de santos: sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oraciõ, y periodo sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere posible vuestra intencion, dando a entender vuestros conceptos, sin intricarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyẽdo vuestra historia, el melancolico se mueua a risa, el rifeño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la inuociõ, el graue no la desprecie, ni el prudente dexede alabarla. En efecto, lleuad la mira puesta a derribar la maquina mal fundada destos cauallerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas, q̄ si esto alcançassedes, no auriades alcançado poco. Con silencio grande estuue escuchando, lo que mi amigo me

PROLOGO.

dezia, y de tal manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprouè por buenas, y de ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras Lector suae, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado, tal conseqe-ro, y el aliuio tuyo, en hallar tan sinzera, y tan sin rebuel-tas, la historia del famoso don Quixote de la Mancha, de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, que de muchos años a esta parte se vio en aquellos cõtornos. Yo no quiero encare certe el seruicio que te hago, en darte a conocer tan no-ble, y tan honrado cauallero: pero quiero que me agra-dezcas el conocimiento que tẽdras, del famoso Sancho Pança su escudero, en quiẽ a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterua de

los libros vanos de cauallerias, estan espar-

zidas. Y con esto, Dios te de sa-

lud, y a mi no oluide.

V A L E.



AL LIBRO DE DON QVIXO,
te de la Mancha, Vrganda la
desconocida.

Si dellegarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se te cue

Por yr a manos de idio
Veras de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio.

Y pues la espiriencia ense
Que el que a buen arbol se arrò
Buena sombra le cobi
En Bexar tu buena estre.

Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florexió vn Du
Que es nueuo Alexandro Ma
Llega a su sombra que a oña
Fauorece la fortu.

De vn noble hidalgo Manche
Contaràs las auentu
A quien ociosas letu
Trastornaron la cabe.

Damas, armas, caualle
Le pronocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamora

Alcanço a fuerça de bra
A Dulxinea del Toba.

No indiscretos hierogli
Estampes en el escu
Que quando es todo figu
Con ruynes puntos se embi.

Si en la direccion te humi
No dirà mosante algu
Que don Aluaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Francisco en Espa
Se quexa de la fortu.

Pues al cielo no le pla
Que salieffes tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.

No me despantes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torzjendo la bo
Dira el que entiendo la le
No vn palmo de las ore
Para que conmigo flz.

No te metas en dibu
Ni en saber vidas age
Que en lo que no va ni vie
Passar de largo es cordu.

Que suelen en caperu
Darles a los que grace
Mas tu quemate las ce
Solo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dadas a censo perpe.

Adierte que es desati

Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en las ma
Para tirar al vezi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donze
Escriue a tontas, y a lo.

AMADIS DE GAULA, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

TV que imitaste la llorosa vida,
Que tuue ausente, y desdenado sobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre a penitencia reduzida.
Tu a quien los ojos dieron la beuida,
de abundante licor, aunque salobre,
Y alçandote la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Biue seguro, de que eternamente,
Entanto almenos que en la quarta esfera;
Sus cauallos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria sera en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.

DON

DON BELIANIS DE GRECIA, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

Rompi, cortè, abollè, y dixè, y hizè,
Mas que en el orbe canallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, fuy arrogante,
Mil agravios venguè, cien mil deshizè.
Haz años di a la fama que eternizè,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo Gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfizè.
Tuue a mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, o gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DULZINEA
del Toboso.

SONETO.

O quien tuuiera hermosa Dulzinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea.
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cauallero, que hiziste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea.
O quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tu hiziste,
Del comedido hidalgo don Quixote.

Que así embidiada fuera, y no embidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS
de Gaula, a Sancho Pança, escudero de
don Quixote.

SONETO.

Salve varon famosa quien fortuna,
Quando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda, y cuerda mente lo dispuso,
Que lo passaste sin desgracia alguna.
Ya la açada, o la hoz poco repugna,
Al andante exercicio, ya està en vso,
La llaneza escudera con que acuso,
Al soberbio que intenta hollar la Luna.
Embidio a tu juramento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas y igualmente te imbidio,
Que mostraron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, o Sancho tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Onidio,
Con buç corona te haze reberencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVÉRADO, A
Sancho Pança, y Roxinante.

Soy Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixote
Puse pies en poluoro
Por viuir a lo discreto.

Que

Que el tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifro en vna retina
Segun siente Celesti
Libró en mi opinion diu
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

Soy Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy a poder de vn don Quixo.
Parejas corri a lo flo
Mas por vña de caua
No se me escapò ceua
Que esto saquè a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.

ORLANDO FVRIOSO, A DON QUIXOTE de la Mancha.

SONETO.

*S*ino eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuito vencedor, jamas vencido.
Orlando soy Quixote, que perdido,
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo a la fama en sus altares,
Aquel valor, que respeto el oluido.

No puedo ser tu ygnal, que este decoro,
Se deue a tus proezas, y a tu fama.
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberuio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Y guales en amor con mal sucesso.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON
Quixote de la Mancha.

SONETO.

A Vuestra espada no ygalò la mia,
Phebo Español, curioso cortesano,
Ni a la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios desprecie, la Monarquia,
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexè por ver el rostro soberano,
De Claridiana aurora hermosa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia el propio infierno
Temo mi braço que domò su ra bia.
Mas vos Godo Quixote, illustre, y claro,
Por Dulzinea soys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QVIXOTE
de la Mancha.

SONETO.

M Aguer señor Quixote, que sandexes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,

Nunca seréys de alguno reprochado;
 Por home de obras viles, y soezes.
 Seran vuestras faxañas los joezes,
 Pues tuertos desfaziendo aueys andado,
 Siendo vegadas mil apaleado,
 Por follones cautiuos, y raxezes.
 Y si la vuesa linda Dulzinea,
 Dessaguisado contra vos comete,
 Ni a vuestras cuyras muestrabuen talante.
 Ental desman vuestro conorre sea,
 Que Sancho Pança a fue mal alcaguete,
 Necio el, dura ella, y vos no amante.

DIALAGO ENTRE BABIECA,
y Rozinante.

SONETO.

- B. Como estays Rozinante tan delgado?
 R. Porque nunca se come, y se trabaja,
 B. Pues que es de la ceuada, y de la paja?
 R. No me dexa mi amo ni vn bocado.
 B. Andà señor que estays muy mal criado.
 Pues vuestra lengua de asno al amo vltraja,
 R. Asno se es de la cuna a la mortaja,
 Quere y flo ver, miraldo enamorado.
 B. Es necedad amar? R. No es gran prudencia.
 B. Metafisico estays. R. Es que no como.
 B. Quexaos del escudero. R. No es bastante.
 Como me he de quejar en mi dolencia,
 Si el amo, y escudero, o mayordomo,
 Son tan Rozines como Rozinante.



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Capitulo Primero. Que trata de la condi-
cion, y exercicio del famoso hidalgo don
Quixote de la Mancha.*



N Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrátos los

Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de aña-
didura los Domingos: consumian las tres partes de su
hazienda. El resto della concluian, sayo de velarte,
calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de

Primera parte de don

Yo mesmo, y los dias de entrefemana se honraua cõ su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa vna ama que passaua de los quarenta, y vna sobrina que no llegaua a los veynte, y vn moço de cãpo y plaça, que assi enfilaua el rozin, como tomaua la podadera. Frisaua la edad de nuestro hidalgo con los cinquenta años. Era de complexiõ rezia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caça. Quieren dezir, que tenia el sobrenõbre de Quixada, o Quesada, q̃ en esto ay alguna diferencia en los autores que deste caso escriuen: aunque por conjeturas verosimiles se dexa entender que se llamaua Quexana. Pero esto importa poco a nuestro cuento, basta que en la narracion del, no se salga vn punto de la verdad. Es pues de saber, q̃ este sobredicho hidalgo, los ratos que estaua ocioso (que eran los mas del año) se daua a leer libros de cauallerias, con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el exercicio de la caça, y aun la administraciõ de su hazienda: y llegó a tãto su curiosidad, y desatino en esto, q̃ vendio muchas hanegas de tierra de sembradura, para cóprar libros de cauallerias en q̃ leer, y assi lleuò a su casa todos quãtos pudo auer dellos: y de todos, ningunos le parecian tãbien, como los q̃ cópufo el famoso Feliciano de Silua. Porq̃ la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecã de perlas: y mas quando llegaua a leer aq̃llos requiebros, y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaua escrito. *La razon de la sin razon que a mi razõ se haze, de tal manera mi razon enflaq̃ze, que cõ razõ me quexo de la vuestra fermosura. Y tãbien quãdo leia. Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento q̃ merece la vuestra grandexa.* Cõ estas razones perdia el po-
bre

bre cauallero el juyzio, y desuelauase por entéderlas y desentrañarles el sentido, q̄ no se lo sacara, ni las entendiera el mesmo Aristoteles, si resucitara para solo ello. No estaua muy bien con las heridas q̄ don Belianis daua, y recebia, por q̄ se imaginaua q̄ por grandes maestros q̄ le huuiessen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabaua en su autor, aq̄l acabar su libro con la promessa de aquella inacabable auentura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aú saliera con ello, si otros may ores y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes cópetencia con el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Ingalaterra, o Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mesmo pueblo, dezia, q̄ ninguno llegaua al cauallero del Febo, y que si alguno se le podia cóparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era cauallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga. En resolucion, el se enfrascò tanto en su letura, que se le passauã las noches leyèdo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el cerebro de manera, q̄ vino a perder el juyzio. Llenosele la fantasia de todo aq̄llo que leía en los libros, assi de encantamentos, como de pēdencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates impossibles. Y assèto sele de tal modo en la imaginaciõ, q̄ era verdad toda aquella maquina de aquellas sonadas soñadas inuenciones q̄ leía, q̄ para el

no auia otra historia mas cierta en el mūdo. Dezia el, q̄ el Cid Ruydiaz auia sido muy buen cauallero, pero q̄ no tenia q̄ ver con el cauallero de la Ardiente espada, q̄ de solovn reues auia partido por medio dos fieros, y descomunales gigātes. Mejor estaua cō Bernardo del Carpio, porque en Ronçesualles auia muerto a Roldā el encantado, valiendose de la industria de Hercules, quando ahogō a Anteo el hijo de la Tierra entre los braços. Dezia mucho bien del Gigante Morgāte, porque con ser de aquella generacion Gigantea, que todos son soberuios y descomedidos, el solo era asafable y bien criado. Pero sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veia salir de su castillo, y robar quantos topaua: y quando en Allenderobō aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de cozes al traydor de Galalon, al ama que tenia, y aun a su sobrina de añadidura. En efeto, rematado ya su juyzio, vino a dar en el mas estraño pensamiento, que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible y necessario, asì para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazerse cauallero andante, y yrse por todo el mundo cō sus armas y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo que los caualleros andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauio, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrase eterno nombre y fama. Y imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su braço, por lo menos del Imperio de Trapisonda: y asì con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentia, se dio priessa a poner en efeto lo que desseaua. Y lo primero que

que hizo, fue limpiar vnas armas que auian sido de sus visabuelos, que tomadas de orin, y llenas de moho, luégos siglos auia que estauan puestas y olvidadas en vn rincón. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo, pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian zelada de encaxe, sino morrion simple: mas a esto suplio su industria: porque de cartones hizo vn modo de media zelada, que encaxada cõ el morrion, haziã vna apariencia de zelada entera: es verdad que para pro-uar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchillada, sacò su espada y le diò dos golpes, y con el primero, y en vn punto, deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexò de parecerle mal, la facilidad con que la auia hecho pedaços: y por assegurarle deste peligro, la tornò a hazer de nuevo, poniendole vnas barras de hierro por de dentro, de tal manera que el quedò satisfecho de su fortaleza: y sin querer hazer nueva experiencia della, la diputò, y tuuo por zelada finissima de encaxe. Fue luego a ver su rozin, y aunque tenia mas quartos que vn real, y mas tachas que el cauallo de Gonela, *que tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio que ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con el se y gualauan. Quatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se dezia el a si mesmo) no era razon que cauallo de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si, estuuiese sin nombre conocido, y ansi procuraua acomodar-sele, de manera que declarasse quien auia sido, antes que fuesse de cauallero andante: y lo que era entonces, pues estaua muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse el tambien el nombre, y cobrasse famoso, y de estruèdo, como cõuenia a la nueva orden, y al nuevo exexcicio que ya profesaua: y assi-

después de muchos nombres que formò, borrò, y quitò, añadió, deshizo; y tornò a hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante. Nombre a su parecer, alto, sonoro, y significatiuo, de lo que auia sido quando fue rozin antes de lo que agora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su cauallo, quiso ponersele a si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias: y alcabo se vino a llamar don Quixote; de donde (como queda dixo) tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se deuia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo le auia contentado con llamarse Amadis a secas, sino que añadió el nombre de su Reyno y patria por Hepila famosa, y se llamó Amadis de Gaula, asì quiso como buen cauallero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quixote de la Mácha, con que a su parecer declaraua muy al uivo su linage y patria, y la honraua con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre a su rozin, y confirmandose a si mismo, se dio a entender que no le faltaua otra cosa, sino buscar vna dama de quien enamorar se: porque el cauallero andante sin amores, era a bol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deziase el: Si yo por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algun Gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes) y le derribo de vn enuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le venço, y le rindo, no será bien tener a quien embiarle presentado? y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humil-

humilde y rēdido: Yo seņora soy el Gigante Caraculiambro, seņor de la Insula Malindrania, a quien venicio en singular batalla, el jamas, como se deue alabado cauallero don Quixote de la Mācha, el qual me mandò que me presentasse ante vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi a su talante. O como se holgò nuestro buen cauallero, quando huuo hecho este discurso, y mas quando hallò a quien dar nombre de su dama: y fue a lo que se cree, que en vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo anduuo enamorado (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni le dio cata dello). Llamauase Aldonça Lorenço, y a esta le parecio ser bien darle titulo de seņora de sus pensamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y q̄ tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran seņora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre a su parecer musico, y peregrino, y significatiuo, como todos los demas que a el, y a sus cosas auia pueſto.

Cap. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.



H E C H A S pues estas preuenciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efeto su pensamiento, apretandole a ello la falta que el pensaua que hazia en el mundo su tardança, segun eran los agrauios que pensaua deshazer, tuertos que endereçar, sinrazones que emendar, y abusos que mejorar, y dudas que satisfazer. Y así sin dar parte a persona alguna

de su intencion, y sin que nadie le viesse, vna mañana antes del dia, que era vno de los calurosos del mes de Julio, se armò de todas sus armas, subio sobre Rocinante, puesta su mal compuesta zelada, abraçò su adarga, tomò su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al campo con grandissimo contento, y alborozo, de ver con quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo: mas apenas se vio en el campo, quando le affaltò vn pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiziera dexar la començada empresa: y fue, que le vino a la memoria que no era armado cauallero, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun cauallero: y puesto que lo fuera, auia de llevar armas blancas, como no uel cauallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pensamientos le hizieron titubear en su proposito: mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hazerse armar cauallero del primero que topasse, a imitacion de otros muchos que así lo hizieron, segun el auia leydo en los libros, que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que vn armino: y con esto se quietò, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel q su cauallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las auenturas. Yendo pues caminando nuestro flamante auenturero, yua hablando consigo mesmo, y diziendo: Quié duda, sino q en los venideros tiempos, quando salga a luz la verdadera hitoria de mis famosos hechos, que el sabio que los escriuiere, no ponga quando llegue a contar esta mi primera fallida tan de mañana, desta manera? Apenas auia el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha, y espaciosa

ciosa tierra, las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas, auian saludado con dulce, y meliflua armonia, la venida de la rosada Aurora, que dexado la blanda cama del zeloso marido, por las puertas, y balcones del Manchego horizonte, a los mortales se mostraua, quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha, dexado las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallero Rozinante, y començo a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el caminaua) y añadio diciendo: Dichosa edad, y siglo dichoso, aquel adonde saldran a luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruegote que no te oluides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos, y carreras. Luego boluia diciendo (como si verdaderamente fuera enamorado). O Princesa Dulcinea, señora deste cautiuo coraçon; mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el fuguroso afincamiento, de mãdarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora, de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor padece. Con estos yua ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje. Con esto caminaua tan despacio, y el sol entraua tan apriesa, y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuuiera). Casi todo aquel dia caminò sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperaua: porque

quisiera topar luego, luego, con quien hazer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores ay q̄ dicen que la primera auentura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dicen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es, que el anduuo todo aquel dia, y al anocheçer, su rozin y el, se hallarõ cansados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubria algun castillo, o alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiesse remediar su mucha hambre, y neçessidad: vio no lexos del camino por donde yua vna venta, que fue como si viera vna estrella, que no a los portales, sino a los alcaçares de su reaçion le encaminaua. Diose priessa a caminar, y llegó a ella, a tiempo que anocheçia: estauan acaso a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuan a Seuilla con vnos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron a hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quanto pésa ua, veia, o imaginaua, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que auia leydo, luego que vio la venta, se le representò que era vn castillo con sus quatro torres. y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintã. Fue-se llegando a la venta, que a el le parecia castillo, y a poco trecho della, detuuò las riendas a Rozinante, esperando que algun Enano se pusiesse entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que llegaua cauallero al castillo. Pero como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priessa por llegar a la caualleriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos

des-

destraydas moças que alli estauan, q̄ a elle parecierō dos hermosas donzellas, o dos graciosas damas, q̄ delante de la puerta del castillo se estauan solazando. En esto sucedio a caso, q̄ vn porquero que andaua recogiendo de vnos rastrojos vna manada de puercos (que sin perdon assi se llaman) tocó vn cuerno, a cuya señal ellos se recogen y al instante se le representò a don Quixote lo que desseaue, que era que algun Enano hazia señal de su venida: y assi con extraño contento llegó a la venta y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella suerte, armado, y con laça y adarga, llenas de miedo se yuan a entrar en la venta: pero don Quixote, coligiendo por su huyda su miedo, alçandose la visera de papelon, y descubriendo su seco y poluoroso rostro, có gentil talate, y voz reposada les dixo: No fuyan las vras mercedes, ni reman desaguisado alguno, ca a la orden de caualleria q̄ professo, nõ toca, ni atañe fazerle a ninguno, quãto mas a tan altas dōzellas, como vras presencias demuestran. Mirauante las moças, y andauan con los ojos buscandole el rostro, que la mala visera le encubria. Mas como se oyeron llamar dōzellas, cosa tan fuera de su profelsion, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que don Quixote vino a correrse, y a dezirles: Biē parece la mesura en las fermosas, yes mucha fandez a demas la risa q̄ de leue causa procede: pero nõ vos lo digo porque os acuytedes, ni mostredes mal talante, q̄ el mio non es de al que deseruiros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nõ cauallero, acrecentaua en ellas la risa. y en el el enojo, y passara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero, hōbre, que por ser muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas

tan desiguales, como eran la brida, lança, adarga, y
cofelete: no estuuo en nada en acompañar a las don-
zellas, en las muestras de su contento. Mas en efeto,
temiendo la maquina de tantos pertrechos, determi-
nò de hablarle comedidamente, y así le dixo: Si vues-
tra merced, señor cauallero busca posada, amen del
lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo
demas se hallarà en ella en mucha abudancia. Vien-
do dō Quixoto la humildad del Alcayde de la forta-
leza, que tal le parecio a el el ventero, y la venta, res-
pondio: Para mi señor Castellano, qualquiera cosa
basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso
el pelear, &c. Pensò el huesped, que el auerle llama-
do Castellano, auia sido por auerle parecido de los sa-
nos de Castilla, aunque el era Andaluz, y de los de la
playa de San Lucar: no menos ladrò, que Caco, ni me-
nos maleante, que estudiantado paje. Y así le res-
pondio: Segun esso, las camas de vuestra merced se-
ran duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así
si, bien se puede apear, con seguridad de hallar en es-
ta choça ocasion, y ocasiones para no dormir en todo
vn año, quanto mas en vna noche. Y diziendo esto,
fue a tener el estribo a dō Quixote, el qual se apeò cō
mucha dificultad, y trabaxo, como aquel que en todo
aql dia no se auia desayunado. Dixo luego al huesped,
que le tuuiesse mucho cuydado de su cauallo, por-
que era la mejor pieça que comia pan en el mundo.
Mirole el ventero, y no le parecio tan bueno como
don Quixote dezia, ni aun la mitad: y acomodandole
en la caualleriza, boluio a ver lo que su huesped man-
daua, al qual estauan desarmando las donzellas, que
ya se auian reconciliado con el, las quales, aun-
que le auian quitado el peto, y el espaldar, jamas
supieç

supieron, ni pudieron defencaxarle la gola, ni quitalle la contrahecha zelada, que traía atada con vnascintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los nudos, mas el no lo quiso cōsentir en ninguna manera, y assi se quedò toda aquella noche con la zelada puesta, que era la mas graciosa, y estraña figura q̄ se pudiera pensar: y al defarmarle (como el se imaginaua que aquellas traydas y lleuadas que le defarmauan, erã algunas principales señoras, y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre: Nunca fuera cauallero de damas tambien seruido, como fuera don Quixote quando de su aldea vino, donzellas curauan del, Princesas del furozino. O Rozinante, que este es el nombre señoras mias de mi cauallo, y don Quixote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme, fasta que las fazañas fechas en vuestro seruicio y pro, me descubrieran, la fuerça de acomodar al proposito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepays mi nombre antes de toda sazón: pero tiempo vendra en que las vuestras señorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço descubra el desseo que tengo de seruiros. Las moças que no estauan hechas a oyr semejantes retóricas, no respondian palabra: solo le preguntarõ, si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaria yo, respondió don Quixote; porque a lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertò a ser Viernes aq̄l dia, y no auia en toda la venta sino vnascaciones de vn pescado, que en Castilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no auia otro pescado que dallye a comer. Como aya muchas truchuelas, respondió don

don Quixote, podran seruir de vna trucha, porque esto se me da que me den ocho reales en senzillos, q̄ en vna pieça de a ocho: Quãto mas que podria ser q̄ fuesen estas truchuelas como la ternera, q̄ es mejor que la vaca, y el cabrito, que el cabron. Pero sea lo q̄ fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas, no se puede llevar sin el gouierno de las tripas. Pusieróle la mesa a la puerta de la venta por el fresco, y truxole el huesped vna porciõ del mal remojado, y peor cozido bacallao, y vn pan tan negro, y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada, y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daua y ponía, y ansí vna de aquellas señoras seruia deste menester, mas al darle de beuer no fue possible, ni lo fuera, si el ventero no horadara vna caña, y puesto el vn cabo en la boca, por el otro le yua echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la zelada. Estãdo en esto, llegó a caso a la venta vn castrador de puercos, y así como llegó, sonò su siluato de cañas, quatro, o cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar don Quixote, que estaua en algun famoso castillo, y que le seruian con musica, y que el abadexo eran truchas, el pan cardeal, y las rameras, damas, y el ventero Castellano del castillo, y con esto daua por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que mas le fatigaua, era el no verse armado cauallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en auentura alguna, sin recibir la orden de caualleria.

Cap. III. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quixote en armarse cauallero.



Afsi fatigado deste p̄samiento, abreuio su venteril y limitada cena, la qual acabada llamo al ventero, y encerrandose con el en la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantaré jamas de donde estoy valeroso cauallero, fasta q̄ la vuestra cortesia me otorgue vn dō que pedirle quiero, el qual redudarà en alabança vuestra, y en pro del genero humano: el v̄tero q̄ vio a su huesped a sus pies, y oyò semejates razones, estaua confuso miràdole, sin saber que hazer se, ni dezirle, y porfiava con el q̄ se leuantase, y jamas quiso, hasta que le huuo de dezir que el le otorgaua el don q̄ le pedia. No esperaua yo menos de la gr̄a magnificēcia v̄ra señor mio, respondió don Quixote, y afsi os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia me auays de armar cauallero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarè las armas: y mañana, como tengo dicho, se cumplirà lo que r̄to desseo para poder como se deue yr por todas las quatro partes del m̄do, buscàdo las auéturas, en pro de los menesterosos, como està a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejantes fazañas es inclinado. El v̄tero (q̄ como esta dicho) era vn poco socarron, y ya tenia algunos barrutos de la falta de juyzio de su huesped, acabò decreerlo quando acabò de oyrle semejantes razones, y por tener q̄ reyr aquella noche, determinò de seguirle el humor, y afsi le dixo que andaua muy acertado en lo que desseaua, y pedia, y q̄ tal prosupuesto era propio, y natural de los

de los caualleros tan principales como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el ansi mesmo en los años de su mocedad, se auia dado a aq̃l honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscando sus auenturas, sin que huuiesse dexado los percheles de Malaga, islas de Reayan, compas de Seuilla, azoguejo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, potro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaziendo algunas dōzellas, y engañando a algunos pupilos, y finalmēte dándose a conocer por quantas audiencias y tribunales ay casi en toda España, y que a lo vltimo se auia venido a recoger a aquel su castillo, donde viuia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con el de sus aueres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nueuo: pero que en caso de necesidad, el sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, de manera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traía dineros, respondió don Quixote, que no traía blanca, porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes, que ninguno los huuiesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que
puelt q

puesto caso q̄ en las historias no se escriuia, por auerles parecido a los autores dellas, q̄ no era menester escreuir vna cosa tan clara, y tã necessaria de traerse, como eran dineros, y camisas limpias, no por esso se auia de creer q̄ no los truxeró: y asì tuuiesse por cierto y aueriguado, q̄ todos los caualleros andãtes, de que tãtos libros estan llenos, y atestados, lleuauan bien herradas las bolsas por lo q̄ pudiesse sucederles, y q̄ asì mismo lleuauan camisas, y vna arqueta pequeña llena de vnguentos, para curar las heridas que recibian, porque no todas vezes en los campos, y desiertos donde se combatian, y salian heridos, auia quiẽ los curasse, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nuue alguna donzella, o Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedauan sanos de sus llagas, y heridas, como si mil alguno huuiesse tenido; mas que entanto que esto no huuiesse, tuuieron los passados caualleros por cosa acertada, q̄ sus escuderos fuesen proueydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas, y vnguentos para curarse: y quando sucedia que los tales caualleros no tenian escuderos (que eran pocas, y raras vezes) ellos mismos lo lleuauan todo en vnã alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, a las ancas del cauallo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fue muy admitido entre los caualleros andantes: y por esto le daua por consejo, pues aun se lo podia mandar como a su ahijado, que tã presto lo auia de ser, que no caminasse de allí adelante sin dineros, y sin las preuenciones referidas, y que veria quan bien se hallaua con ellas,

quando menos se pensase. Prometiole don Quixote, de hazer lo que se le aconsejaua, con toda puntualidad. Y así se dio luego orden como velasse las armas, en vn corral grande, que a vn lado de la venta estaua, y recogriendolas don Quixote todas, las puso sobre vna pila que junto a vn pozo estaua. Y abraçando su adarga, asio de su lança, y con gentil continente se començo a passear delante de la pila: y quando començo el passeio, començaua a cerrar la noche. Conto el ventero a todos quantos estauan en la venta, la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caualleria que esperaua. Admiraronse de tan extraño genero de locura, y fueronse a mirar desde lejos: y vieron que con sossegado ademan, vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lança, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por vn buen espacio de llas. A cabò de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podia competir có el que se la pretaua: de manera que quanto el nouel cauallero hazia, era bié visto de todos. Antojosele en esto a vno de los harrieros que estauan en la venta, yr a dar agua a su requa, y fue menester quitar las armas de don Quixote, que estauan sobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo: O tu quien quiera que seas, atreuido cauallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciño espada: mira lo que hazes, y no las toques, sino quierdes dexar la vida, en pago de tu atreuiento. No se curò el harriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud): antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de sí. Lo qual visto por don Quixote, alçò los ojos al cielo, y puesto el pensamiento, a lo que pareciò, en su señora Dulzinea, dixo:

Acorredme señor a mia en esta primera afrenta, que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece: no me defallezca en este primero tráce vuestro fauor, y amparo: y diziendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alçò la lança a dos manos, y dio con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça, que le derribò en el suelo tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuuiera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas, y tornò a passearse con el mismo reposo que primero. Desde alli a poco, sin saberse lo que auia passado (porque aun esua aturdido el harriero) llegò otro con la mesma intencion, de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas, para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltò otra vez la adarga, y alçò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porq̃ se la abrio por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la vèta, y entre ellos el vètero. Viendo esto dó Quixote, abraçò su adarga, y puesta mano a su espada dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado coraçõ mio, aora es tiempo q̃ bueluas los ojos de tu grádeza, a este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura estâ atendiendo. Con esto cobrò a su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron desde lexos allouer piedras sobre don Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua con su adarga: y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua voces q̃ le dexassen, porq̃ ya les auia dicho como era loco, y q̃ por loco se libraria, aunq̃ los matasse a todos. Tãbiẽdo Quixote

las daua mayores, llamádolos de aleuosos, y traydores, y q̄ el señor del castillo era vn follon, y mal nacido cauallero, pues de tal manera consentia q̄ se tratassen los andantes caualleros: y q̄ si el huiera recebido la ordē de caualleria, que el le diera a entender su aleuosia: Pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno: Tirad, llegad, venid, y ofendedme en quáto pudierdes, que vosotros vereys el pago q̄ lleuays de vuestra fandez, y demasia. Dezia esto con tanto brio, y deuenedo, q̄ infundio vn terrible temor en los que le acometian: y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dexaron de tirar: y el dexò retirar a los heridos, y tornò a la vela de sus armas, cò la misma quietud y sosiego q̄ primero. No le parecièrò biè al ventero las burlas de su huesped, y determinò abreuiar, y darle la negra orden de caualleria, luego antes q̄ otra desgracia sucediesse. Y así llegandose a el, se desculpò de la insolencia q̄ aq̄lla gente baxa con el auia usado, sin q̄ el supiesse cosa alguna: pero q̄ bien castigados quedauan de su atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q̄ en aquel castillo no auia capilla, y para lo q̄ restaua de hazer, tãpoco era necessaria, q̄ todo el toque de quedar armado cauallero, còsistia en la pescoçada, y en el espaldarazo, segun el tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de vn campo se podia hazer: y que ya auia cumplido con lo q̄ tocaba al velar de las armas, q̄ con solas dos horas de vela se cumplia: quãto mas, que el auia estado mas de quatro. Todo se lo creyo dõ Quixote, q̄ el estaua allí pronto para obedecerle, y q̄ concluyesse con la mayor breuedad q̄ pudiesse: porq̄ si fuesse otra vez acometido, y se viesse armado cauallero, no pèsaua dexar personaua en el castillo, eceto aq̄llas q̄ el le mãdasse, a quiè por

su ref.

Tu respeto dexaria. Aduertido, y medroso desto el Castellano, truxo luego vn libro donde assentaua la paja, y cenada que daua a los harrieros: y con vn cabo de vela que le traia vn muchacho, y có las dos ya dichas donzellas, se vino adonde don Quixote estaua: al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que dezia alguna deuota oraciõ) en mitad de la leyèda, alçò la mano, y diole sobre el cuello vn buè golpe, y tras el con su mesma espada vn gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezaua). Hecho esto, mandò a vna de aquellas damas q̄ le ciñesse la espada, la qual lo hizo con mucha desemboltura, y discreciõ, porque no fue menester poca, para no rebentar de risa, a cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya auian visto del nouel cauallero, les tenia la risa a raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga a vuestra merced muy venturoso cauallero, y le de ventura en lides. Don Quixote le preguntò como se llamaua, porque el supiesse de alli adelante a quien quedaua obligado, por la merced recibida, porque pensaua darle alguna parte de la honra que alcançasse por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaua la Tolosa, y que era hija de vn remendon natural de Toledo, que viuia a las tendillas de Sãchobienaya, y q̄ donde quicra que ella estuuiesse le seruiria, y le tẽdria por señor. Don Quixote le replicò, que por su amor le hiziesse merced, que de alli adelante se pusiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometio, y la otra le alçò la espuela: con la qual le passò casi el mismo coliquio, que con la de la espada. Preguntole su nombre, y dixo que se llamaua la Molinera, y que era hija de vn honrado molinero de Antequera: a la qual tambien

rogò don Quixote, que se pudiesse don, y se llamasse doña Molinera, ofreciendole nuevos seruicios, y mercedes. Hechas pues de galope, y aprissa, las hasta alli nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quixote de verse acauallo, y salir buscando las auenturas, y enfillando luego a Rozinante, subio en el, y abrançando a su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de auerle armado cauallero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retoricar, aunque cómas breues palabras, respondió a las suyas, y sin pedir el la costa de la posada, le dexò yr a la buen hora.

Cap. IIII. De lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta.



A del Alua seria, quando don Quixote salio de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado cauallero, que el gozo le rebentaua por las cinchas del cauallo. Mas viniendole a la memoria los consejos de su huesped, cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de llevar consigo, especial la de los dineros, y camisas. Determinò boluer a su casa, y acomodarse de todo, y de vn escudero: haziendo cuenta de rezebir a vn labrador vezino suyo, que era pobre; y con hijos: pero muy a proposito para el oficio escuderial, de la caualleria. Con este pensamiento, guiò a Rozinante hàzia su aldea: el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana començò a caminar, que parecia q̄ no ponía los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le parecio q̄ a su diestra mano, de la espessura de vn bosque q̄ alli estaua, salian vn as. voces
deli.

delicadas, como de persona q̄ se quexaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo, por la merced q̄ me haze, pues tã presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo q̄ deuo a mi profersion, y dõde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas voces, sin duda, son de algun menesteroso, o menesterosa, q̄ ha menester mi fauor y ayuda: y boluiendo las rièdas, encaminò a Rozinante haziã: donde le parecio q̄ las voces salian. Y a pocos passos q̄ entrò por el bosque, vio atada vna yegua a vna enzina, y atado en otra avn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, q̄ era el q̄ las voces daua: y no sin causa, por q̄ le estaua dãdo con vna pretina muchos açotes, vn labrador de buèta lle: y cada açote le acõpañaua con vna reprehension, y consejo. Porque dezia, la lengua queda, y los ojos listos, y el muchacho respondia: No lo hare otra vez, señor mio, por la pafsion de Dios, q̄ no lo hare otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelãte mas cuydado con el hato. Y viendo don Quixote lo q̄ passaua, con voz ayrada dixo: Descortes cauallero, mal parece tomaros con quiẽ defender no se puede, subid sobre vño cauallo, y tomad vña lança (q̄ tãbien tenia vna lãça arrimada a la enzina, adonde estaua arrimada la yegua) q̄ yo os hare conocer ser de cobardes lo q̄ estays haziendo. El labrador q̄ vio sobresi aq̄lla figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuuofe por muerto, y con buenas palabras respondio: Señor cauallero, este muchacho q̄ estoy castigando, es vn mi criado, que me sirue de guardar vna manada de ouejas, q̄ tengo en estos contornos: el qual es tan descuydado, que cada dia me falta vna, y porque castigo su descuydo, o vellaqueria, dize que lo hago de miserable,

por no pagalle la soldada que le deuo, y en Dios, y en mi anima que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote: Por el sol que nos alumbra, que estoy por passáros de parte a parte con esta lança, pagadle luego sin mas replica, sino por el Dios que nos rige que os concluya, y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desatò a su criado. Al qual preguntò don Quixote, que quãto le deuia su amo: el dixo que nueue meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quixote, y hallò que montauan setenta y tres reales: y dixole al labrador, que al momento los desembolfasse, sino queria morir por ello. Respondio el medroso villano, que para el passo en que estaua, y juramento que auia hecho (y aun no auia jurado nada) que no eran tantos: porque se le auian de descontar, y recibir en cuenta, tres pares de çapatos que le auia dado, y vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfermo. Bien està todo esso, replicò don Quixote: pero quedense los çapatos, y las sangrias, por los açotes que sin culpa le aueys dado: que si el rompiò el cuero de los çapatos que vos pagastes, vos le aueys rompido el de su cuerpo: y si le sacò el Barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la aueys sacado: anfi que por esta parte no os deue nada. El daño està señor cauallero, en que no tengo aqui dineros: vengase Andres conmigo a mi casa, q̃ yo se los pagarè vn real sobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho, mas mal año, no señor, ni por pienso: porque en viendose solo, me desfuelle como a vn san Bartolome. No hara tal, replicò don Quixote, bastá que yo se lo mande, para que me téga respeto: y con que el me lo jure, por la ley de caualleria q̃ ha recebido, le dexarè yr libre, y assegurarè
la pa.

la paga. Mire vuestra merced señor lo que dize, dixo el muchacho: que este mi amo no es cauallero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es Iuan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondió don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quantomas, que cada vno es hijo de sus obras. Afsi es verdad, dixo Andres: pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondió el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, vn real sobre otro: y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadse los en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a buscaros, y a castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija: y si quereys saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado a cumplirlo: Sabed q̄ yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agrauios, y sinrazones, y a Dios quedad: y no se os parta de las mientes, lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinante, y en breue espacio se apartò dellos. Siguiòle el labrador con los ojos, y quãdo vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluiòse a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexò mandado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andara vuestra merced acertado, en cumplir el mandamiento de aquel buen cauallero que mil años viua: que segun es de valeroso,

y de buen juez: Viue Roque que sino me paga, q̄ buelua y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador: pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asiendo del brazo, le tornò a atar a la enzina: donde le diò tantos açotes, que le dexò por muerto: Llamad señor Andres aora, dezia el labrador, al desfazedor de agravios, vereys como no desfaze aqueste, aunque creo q̄ no està acabado de hazer, por q̄ me viene gana de desfollaros viuo, como vos temiades: pero al fin le desató, y le dio licencia que fuesse a buscar su juez, para q̄ executasse la pronunciada sentencia. Andres se partio algo mohino, jurádo de yr a buscar al valeroso dō Quixote de la Mancha, y contalle punto por punto lo que auia passado, y que se lo auia de pagar con las setenas. Pero con todo esto, el se partio llorando, y su amo se quedò riendo. Y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quixote: el qual contentissimo de lo sucedido, pareciendole que auia dado felicissimo, y alto principio a sus cauallerias, con gran satisfacion de si mismo, yua caminando hàzia su aldea, diziendo a media voz: Bien te puedes llamar dicha sobra quantas oy viuen en la tierra. O sobre las bellas, bella Dulzinea del Toboso, pues te cupo en fuerte, tener sujeta, y rendido a toda tu voluntad, è talante, a vn tan valiente, y tan nombrado cauallero, como lo es, y serà don Quixote de la Mancha. El qual (como todo el mundo sabe) ayer rescibio la orden de caualleria, y oy ha desfecho el mayor tuerto y agrauio, que formò la sinrazon, y cometio la crueldad. Oy quitò el latigo de la mano, a aquel despiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaua a aquel delicado infante. En esto llegó

avn camino que en quatro se diuidia. Y luego se le vino a la imaginacion las encruzexadas donde los caualleros andantes se ponian a pensar qual camino de aquellos tomarian; y por imitarlos; estuu vn rato quedo, y al cabo de auerlo muy bien pensado, soltò la rienda a Rozinante, dexando a la voluntad del rozin la fuya, el qual siguió su primer intento, que fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiendo andado como dos millas, descubrió don Quixote vn grande tropel de gente, que como despues se supo, eran vnos mercaderes Toledanos, que yuan a comprar seda a Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados acauallo, y tres moços de mulas a pie. A penas los diuísò don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueua auentura. Y por imitar en todo, quanto a el le parecia possible, los passos que auia leydo en sus libros, le pareció venir alli de molde vno que pensaua hazer. Y assi con gentil continente, y denuedo se afirmó bien en los estribos, apreto la lança, llegó la adarga al pecho: y puesto en la mitad del camino, estuu esperando que aquellos caualleros andantes llegassen, que ya el por tales los tenia y juzgaua: y quando llegaron a trecho que se pudierón ver, y oyr, leuantò don Quixote la voz, y con ademan arrogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesse, que no ay en el mundo todo, donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la simpár Dulzinea del Toboso. Pararóse los mercaderes al son destas razones, y a ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura, y por las razones, luego echaró de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio, en que paraua aquella confesion que se les pedia:

y vno dellos que era vn poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conoce mos quien sea essa buena señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significays, de buena gana, y sin apremio alguno cófessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicò dó Quixote, que hizierades vosotros en confessar vna verdad tan notoria: la importancia està, en que sin verla lo auéis de creer, confesar, afirmar, jurar, y defender: donde no conmigo soys en batalla, gente del comunal, y soberuia. Que aora vengays vno a vno (como pide la ordé de caualleria) ora todos juntos, como es costúbre, y mala vfança de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor cauallero, replicò el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aqui estamos, q̄ porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando vna cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuizio de las Emperatrices, y Reynas del Alcarria, y Estremadura, que vuestra merced sea seruido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aú que sea tamaño como vn grano de trigo, que por el hilo se sacará el ouillo, y quedaremos con esto satisfechos, y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre, que es tuerta de vn ojo, y que del otro le mana bermellon, y piedra açufre, có todo esso por complazer a vuestra merced, diremos en su fauor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió don Quixote encendido en colera, no le mana digo esso q̄ dezis, sino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcoba.

cobada, sino mas derecha q̄ vn huso de Guadarrama: pero vosotros pagareys la grãde blasfemia que aueys dicho, contra tamaña beldad, como es la de mi señora. Y en diziendo esto, arremetio cõ la lança baxa, cõtra el que lo auia dicho, con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropeçara, y cayera Rozinante, lo passara mal el atreuido mercader. Cayò Rozinante, y fue rodando su amo vna buena pieça por el campo, y queriendose leuantar, jamas pudo: tal embaraço le causauan la lança, adarga, espuelas, y zelada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto q̄ pugnaua por leuantarse, y no podia, estaua diziendo: Non fuyais gente cobarde, gente cauiua: atended que no por culpa mia, sino de mi cauallo, estoy aqui tendido. Vn moço de mulas, de los que alli venian, que no deuia de ser muy bien intencionado, oyendo dezir al pobre caydo tantas arrogancias: no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegandose a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començò a dar a nuestro don Quixote tãtos palos, que a despecho, y pesar de sus armas, le molio como cibera. Dauanle voz sus amos, que no le diessse tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embidar todo el resto de su colera: y acudiendo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo, que con toda aquella tẽpestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazando al cielo, y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Canfose el moço, y los mercaderes siguieron su camino, lleuandò que contar en todo el, del pobre apaleado. El qual despues que se vio solo, tornò a prouar si podia leuãtarse: pero sino lo pudo

hazer

hazer quando sano, y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho: y aun se tenia por dichoso, pareciendole que aquella era propia desgracia de caualleros andantes, y toda la atribuia a la falta de su cauallo, y no era posible leuantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

Cap.V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

Miendo pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse a su ordinario remedio, que era pésar en algun passo de sus libros, y truxòle su locura a la memoria, aquel de Valdouinos, y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexò herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera q los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde para el passo en que se hallaua: y asì con muestras de grande sentimièto, se començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizé dezia el herido cauallero del bosque: Donde estas señora mia, que no te duele mi mal? o no lo sabes señora, o eres falsa, y desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen: O noble Marques de Mantua, mi tio y señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegò a este verso, acerto a passar por alli, vn labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, que venia de llevar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegò a el, y le preguntò

guntò que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaua? Don Quixote, creyo sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tio, y assi no le respondió otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaua admirado, oyendo aquellos disparates: y quitandole la visera, que ya estaua hecha pedaços de los palos, le limpio el rostro, que le tenia cubierto de poluo. Y apenas le hubo limpiado, quando le conocio, y le dixo: Señor Quixana (que assi se deuia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia passado de hidalgo sossegado, a cauallero andante) quien a puesto a vuestra merced desta suerte: pero el seguia con su romance a quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo, le quitò el peto, y espaldar, para ver si tenia alguna herida: pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò leuantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subio sobre su jumento por parecer caualleria mas sossegada. Recogio las armas, hasta las astillas de la lança, y liolas sobre Rozinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò hàzia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia, y no menos yua don Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando daua vnos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligò a que el labrador le preguntasse, le dixesse, que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traía a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucessos: porque en aquel

punto, oluidandose de Valdouinos, se acordo del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez le prendio, y lleuò cautiuo a su Alcaydia. De suerte, que quando el labrador le boluio a preguntar que como estaua, y que sentia, le respondió las mesmas palabras, y razones, q̄ el cautiuo Abenzerrage respondia a Rodrigo de Naruaez, del mesmo modo que el auia leydo la historia en la Diana de Jorge de Montemayor donde se escriue: aprouechándose della tan a proposito, que el labrador se yua dando al diablo, de oyr tanta maquina de necedades. Por donde conocio q̄ su vezino estaua loco, y dauale priesa a llegar al pueblo, por escusar el enfado, que dō Quixote le causaua con su larga arēga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor dō Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulzinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y hare, los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced, señor, peccador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez, ni el Marquez de Mantua, sino Pedro Alonso fuezino: ni vuestra merced es Valdouinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixana. Yo se quē soy, respondió don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueue de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada vno por si hizieron, se auentajaran las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, a la hora que anohecia: pero el labrador aguardò a que fuesse algo mas noche, porque no viesse al molido hidalgo tan mal cauallero. Llegada pues la hora que le parecio, entrò

entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda albòrotada: y estauan en ella el cura, y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama a voces: Que le parece a vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que assi se llamaua el cura) de la desgracia de mi señor: tres dias ha que no parecè, el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuéturada de mi, que me doy a entender, y assi es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y suele leer tan de ordinario, le han buuelto el juyzio: q̄ aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes hablando entresi, que queria hazerse cauallero andãte, è yrse a buscar las auenturas por essos mundos. Encomendados sean a Satanas, y a Barrabas tales libros, que assi han echado a perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepã señor Maese Nicolas (que este era el nombre del barbero) que muchas vezes le acontecio a mi señor nio, estar se leyendo en estos desalmados libros de desueltas dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponía mano a la espada, y andaua a cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto a quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las heridas que auia recebido en la batalla, y beuiasse luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua, era vna preciosissima beuida que le auia traydo

el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo
suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no auisè
a vuestras mercedes de los disparates de mi se-
ñor tio, para que lo remediaran antes de llegar a lo
que ha llegado, y quemaran todos estos descomul-
gados libros, que tiene muchos, que bien merecen
ser abrasados, como si fuesen de herejes. Esto di-
go yo tambien, dixo el cura, y afee que no se pas-
se el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto
publico, y sean condenados al fuego, porque no
den ocasion a quien los leyere, de hazer lo que mi
buen amigo deue de auer hecho. Todo esto esta-
uan oyendo el labrador, y don Quixote, con que aca-
bò de entender el labrador la enfermedad de su ve-
zino, y assi començò a dezir a voces: Abran vues-
tras mercedes al señor Valdouinos, y al señor Mar-
ques de Mantua que viene mal ferido, y al señor
Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroso Ro-
drigo de Naruaez Alcaide de Antequera: A es-
tas voces salieron todos, y como conocieron los
vnos a su amigo, las otras a su amo y tio, que aun
no se auia apeado del jumento, porque no podia.
Corrieron a abraçarle, el dixo: Tenganse todos,
que vengo mal ferido por la culpa de mi cavallo:
Lleuenme a mi lecho, y llame se, si fuere posible,
a la sabia Vrganda, que cure y cate de mis feri-
das. Mirà en hora maça, dixo a este punto el ama,
si me dezia a mi bien mi coraçon, del pie que co-
xeaua mi señor: Suba vuestra merced en buen ho-
ra, que sin que venga essa vrgada le sabremos aqui-
curar. Malditos digo sean otra vez, y otras cien-
to, estos libros de cauallerias, que tal han parado a
vues-

vuestra merced. Lleuanrole luego a la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna: y el dixo que todo era molimiento, por auer dado vna gran cayda con Rozinante su cauallo, combatiendose con diez Iayanes, los mas desafortados, y atreuidos, que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Tanta, dixo el cura, Iayanes ay en la dança: Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche. Hizieronle a don Quixote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importaua. Hizose assi, y el cura se informò muy a la larga del labrador, del modo que auia hallado a don Quixote: el sèlo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner mas dèfleo en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar a su amigo el barbero Maese Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el cura, y el barbero hizieron, en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.



L qual aun toda via dormia. Pidio las llaues a la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy

bien encuadernados, y otros pequeños: y así como el ama los vio, boluiose a salir del aposento con grã priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua bendita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor Licéciado, rozie este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echandolos del mundo. Causo risa al Licenciado, la simplicidad del ama, y mandò al barbero que le fuesse dando de aquellos libros vno a vno, para ver de que tratauan, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarllos por las ventanas al patio, y hazer vn rimerò dellos, y pegarles fuego, y sino llevarlos al corral, y alli se hara la hoguera, y no ofenderà el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el cura no vino en ello, sin primero leer si quiera los titulos. Y el primero que Maese Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste: y así me parece, que como a dogmatizador de vna secta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este generò se han compuesto, y así como a vnico

en su arte, se deve perdonar. Afsi es verdad, dixo el cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora. Veamos efforro que està junto a el. Es, dixo el barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama abrid essa ventana, y echadle al corral, y dè principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizo lo afsi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaua. Adelante, dixo el cura. Este que viene, dixo el barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los del otro lado, a lo que creo, son del mismo linage de Amadis: Pues vayan todos al corral, dixo el cura, que a trueco de quemar a la Reyna Pintiquiniestra, y al pastor Darinel, y a sus Eglogas, y a las endiabladas y rebuectas razones de su autor, quemarè con ellos al padre que me engendrò, si anduiera en figura de cauallo andante. De esse parecer soy yo, dixo el barbero, y aùn yo, añadió la sobrina. Pues afsi es, dixo el ama: Vengan, y al corral con ellos. Dieròselos, que eran muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio cò ellos por la ventana abaxo. Quien es esse tonel, dixo el cura? Este es, respondió el barbero, don Oliuante de Laura. El autor de esse libro, dixo el cura, fue el mesmo que compuso a lar din de flores, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, o por dezir mejor, menos mentiroso: Solo se dezir, que este yrà al corral, por disparatado, y atrogante. Este que se sigue, es Florimorte de Hircania, dixo el barbero. Ay està el señor Florimorte,

replicò el cura: Pues afe que ha de parar presto en el corral, a pesar de su estraño nacimiento, y sonadas aventuras, que no da lugar a otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral con el, y con el otro, señora ama. Que me plazze señor mio, respòdia ella: y cò mucha alegria executaua lo que le era mandado. Este es el cauallero Platir, dixo el barbero. Antiguo libro es esse, dixo el cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: Acompañe a los demas sin replica, y assi fue hecho. Abriose otro libro, y vierò que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nõ bre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se fuele dezir, tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de cauallerias. Ya conozco a su merced, dixo el cura, ay anda el señor Reynaldos de Montaluan, con sus amigos, y companeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, cò el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que a destierro perpetuo, si quiera por que tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texiò su tela el Christiano Poeta, Ludouico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y q̄ habla en otra lengua que la suya, no le guardarè respeto alguno: pero si habla en su Idioma, le pondre sobre mi cabeça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuerabien que vos le entendierades, respondiò el cura, y aqui le perdonaremos al señor Capitan, que no le huiera traydo a España, y hecho Castellano; que le quitò mucho de su natural valor: y lo mesmo haran todos aquellos,

que

que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegaran al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren, que tratan de estas cosas de Francia, se echen, y depositen en vn pozo seco, hasta q̄ con mas acuerdo se vea lo que se ha de hazer dellos, ecetuado a vn Bernardo del Carpio que anda por ahi, y a otro llamado Rócesualles, que estos en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmò el barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy acertada: por entender q̄ era el cura tan buè Christiano, y tan amigo de la verdad, q̄ no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio q̄ era Palmerin de Oliua, y junto a el estaua otro, q̄ se llamaua Palmerin de Inglaterra. Lo qual visto por el Licéciado, dixo: Esta Oliua se haga luego raxas, y se quemee, q̄ aun no quedè della las cenizas: y esta Palma de Inglaterra se guarde, y se conserue, como a cosa vnica, y se haga para ello otra caxa, como la q̄ hallò Alexãdro en los despojos de Dario, q̄ la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor cópadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, porq̄ el por si es muy bueno: y la otra, porq̄ es fama q̄ le cópuso vn discreto Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda sò bonissimas, y de grãde artificio, las razones cortefanas, y claras, q̄ guardã y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, saluo vño buè parecer (señor Maese Nicolas) q̄ este y Amadis de Gaula,

que den libres del fuego, y todos los demás, sin ha-
 zer mas cala y cata, perezcan. No señor compadre,
 replicò el barbero, que este que aqui tengo, es el fa-
 mado don Belianis. Pues esse, replicò el cura, con la
 segunda, tercera, y quarta parte, tienen necesidad
 de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada
 colera fuya, y es menester quitarles todo aq̃llo del
 castillo de la fama, y otras impertinècias de mas im-
 portàcia, para lo qual se les da termino vltimamente,
 y como se enmen daré, assi se vfarà cò ellos de miseri-
 cordia, o de justicia: y entãto, tenedlos vos cò padre
 en ṽra casa, mas no los dexeys leer a ninguno. Que
 me plaze, respòdio el barbero, y sin querer cansarle
 mas en leer libros de cauallerias, mandò al ama q̃ to-
 mase todos los grandes, y dieste con ellos en el co-
 rral. No se dixo a tonta, ni a sorda, sin a quien tenia
 mas gana de quemallos, que de echar vna tela, por
 grande y delgada que fuera: y asiendo casi ocho de
 vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar mu-
 chos juntos, se le cayò vno a los pies del barbero, q̃
 le tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia:
 Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco.
 Válame Dios, dixo el cura, dando vna gran voz, que
 aqui estè Tirante el Blanco: Dadmele aca compa-
 dre, que hago cuenta que he hallado en el vn telo-
 ro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui
 està don Quirieleys de Montaluan, valeroso caua-
 llero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el caua-
 llero Fonseca, con la batalla que el valiente De-
 triante hizo con el Alano, y las agudezas de la don-
 zella Plazerdeminida, con los amores, y embutes
 de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, en a-
 mora.

mo rala de Ipolito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo, es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testaméto antes de su muerte: con estas cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esto os digo, que merecia el que le compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras, por todos los dias de su vida: Lleuadle a casa, y leedle, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Assi será, respondió el barbero: pero que haremos destos pequeños libros que quedan? Estos dixo el cura, no deuen de ser de cauallerias, sino de Poesia. Y abriendo vno, vio que era la Diana de Iorge de Montemayor, y dixo (creyédolo q todos los demas eran del mesmo genero): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haran el daño, que los de cauallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuzio de tercero. Ay señor, dixo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demas, porque no seria mucho, que auiendo sanado mi señor tio, de la enfermedad caualleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazerse pastor, y andarse por los bosques y prados, cantando, y tañendo: y lo que seria peor, hazerse poeta, que segun dizen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el cura, y será bien quitarle a nuestro amigo este tropieço, y ocasion delante. Y pues comienza nos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se quemé, sino que se le quite todo aquello q trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada,

y casi

y casi todos los versos mayores, y quedesele en orabuena la prosa, y la hora de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el barbero, es la Diana llamada, segunda del Salmantino, y este otro q̄ tiene el mesmo nombre, cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acópañe y acrecienta el numero de los cōdenados, al corral, y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mesmo Apolo: y passe adelante señor cōpadre, y demonos prissa q̄ se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el barbero abriendo otro, los diez libros de fortuna de Ama, cōpuestos por Antonio de Lofraño Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse no se ha cōpuesto, y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han fallido a la luz del mūdo: y el que no le ha leydo, puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto: Dadmele aca cōpadre, q̄ precio mas auerle hallado, que si me dieran vna sotana de raja de Florécia. Púsole aparte con grãdissimo gusto, y el barbero profiguio diziédo: Estos q̄ se siguen, son el Pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el cura, sino entregarlos al braço seglar del ama, y no se me pregunte el porque, que seria nūca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el cura, sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el barbero, Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el cura, fueran mas estimadas: menes-

menester es que este libro se escarde, y limpie de algunas baxezas q̄ entre sus grandezas tiene: guarde-se, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas, y leuantadas obras q̄ ha escrito. Este es, siguió el Barbero, el Cácionero de Lopez Maldonado. También el autor de esse libro, replicó el cura, es grãde amigo mio, y sus versos en su boca admirá a quié los oye: y tal es la suauidad de la voz có q̄ los canta, q̄ encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho: guardese con los escogidos. Pero q̄ libro es esse q̄ está junto a el? La Galatea de Miguel de Cerbantes, dixo el Barbero. Muchos años ha q̄ es grande amigo mio esse Cerbãtes, y se q̄ es mas versado en desdichas q̄ en versos. Su libro tiene algo de buena inuencion: propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte q̄ promete, quizá con la emienda alcãçará del todo la misericordia q̄ aora se le niega, y entretanto que este se vè, tenedle recluso en v̄ra posada. Señor compadre q̄ me plaze, respondió el Barbero, y aqui vienen tres todos juntos: la Auracana de don Alonso de Ercila, la Austriada de Iuan Rufo Iurado de Cordoua, y el Monserrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos effos tres libros, dixo el cura, son los mejores q̄ en verso heroyco, en légua Castellana estan escritos, y puedẽ cópetir có los mas famosos de Italia: guardense como las mas ricas prendas de Poesia que tiene España. Canfose el cura de ver mas libros, y assi a carga cerrada, quiso q̄ todos los demas se quemassen: pero ya tenia abierto vno el Barbero, q̄ se llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo el cura, en oyendo el nõbre,

si tal libro huuiera mandado quemar, porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España, y fue felicissimo en la traduccion de algunas fabulas de Ouidio.

Cap.VII. De la segunda salida de nuestro buen cauallero, don Quixote de la Mancha.



Stando en esto, començò a dar voces dõ Quixote, diziendo: Aqui, aqui valerosos caualleros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortesanos lleuan lo mejor del torneo. Por acudir a este ruydo, y estruendo, no se passò adelante cõ el escrutinio de los demas libros q̄ quedauan: y assi se cree que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España, cõ los hechos del Emperador, compuestos por dõ Luys de Auila, que sin duda deuián de estar entre los que quedauan: y quiçá si el cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron a don Quixote, ya el estaua leuantado de la cama, y proseguia en sus voces, y en sus desatinos, dãdo cuchilladas, y reueses a todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido: abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo fosegado vn poco, boluiendose a hablar con el cura, le dixo: Por cierto señor Arçobispo Turpin, que es grã mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, lleuar la vitoria deste torneo, a los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los auentureros ganado el prez. en los tres dias antecédetes.

Calle

Calle vuestra merced señor compadre, dixo el cura, que Dios serà seruido que la suerte se mude, y que lo que oy se pierde, se ganè mañana: y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que deue de està demasiadamente cansado, si ya no es que està mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido a palos con el tróco de vna enzina, y todo de embidia, porq̄ vè que yo solo soy el opuesto de sus valèrias: Mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluan, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamentos, y por agora traigãme de yantar, que se que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme a mi cargo. Hizieronlo ansí, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abraço el ama quãtos libros auia en el corral, y en toda la casa: y tales deuieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archiuos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrutinador, y así se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entõces para el mal de su amigo, fue que le murassen, y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se leuãtasse, no los hallasse: quiza quitãdo la causa, cesaria el efeto, y que dixessen que vn encantador se los auia lleuado, y el aposento y todo, y así fue hecho con mucha p̄steza. De alli a dos dias se leuanto don Quixote: y lo primero que hizo fue a ver sus libros, y como no hallaua el aposento donde le
auia

auia dexado, andaua de vna en otra parte buscando-
le. Llegaua adonde solia tener la puerta, y tentauala
con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo
sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça,
preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el apo-
sento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduer-
tida de lo que auia de responder, le dixo: Que apo-
sento, o q̄ nada busca vuestra merced, ya no ay apo-
sento, ni libros en esta casa, porq̄ todo se lo lleuò el
mesmo diablo. No era diablo replicò la sobrina, si-
no vn encantador que vino sobre vna nuue vna no-
che, despues del dia q̄ vuestra merced de aqui se par-
tio, y apeandose de vna sierpe en que venia caualle-
ro, entrò en el aposento, y no se lo que se hizo dètro,
que acabo de poca pieça salio bolando por el texa-
do, y dexò la casa llena de humo, y quando acorda-
mos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos libro,
ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien, a
mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal
viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secre-
ta que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento,
dexaua hecho el daño en aquella casa que despues
se veria: dixo tambié que se llamaua el sabio Muña-
ton. Freston diria, dixo don Quixote. No se, respon-
dio el ama, si se llamaua Freston, o Friton, solo se q̄
acabò en ton su nombre. Assi es, dixo don Quixo-
te, que esse es vn sabio encantador grande enemigo
mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes
y letras, que tengo de venir andando los tiem-
pos, a pelear en singular batalla con vn cauallero a
quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin que el
lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme to-
dos

dos los sinfadores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradezir, ni evitar, lo que por el cielo està ordenado. Quien duda de esto, dixo la sobrina, pero quien le mete a vuestra merced señor tio en estas pependencias, no será mejor estarse pacifico en su casa, y no yrse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquilados. O sobrina mia, respondió don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta, primero que a mi me tresquilen, tendre peladas, y quitadas las baruas a quantos imaginaren tocarme en la punta de vn solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, por que vieron que se le encedia la colera. Es pues el caso, que el estuuo quize dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros deuanos, en los quales dias pasó graciosissimos cuentos con sus dos compadres el cura, y el barbero: sobre que el dezia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de cauallos andantes, y de que en el se resucitasse la caualleria andantesca. El cura algunas vezes le contradazia, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder aueriguarse con el. En este tiempo solicitò don Quixote a vn labrador vezino suyo, hombre de bié (si es q̄ este titulo se puede dar al q̄ es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolució, tanto le dixo, tanto le persuadio, y prometio, q̄ el pobre villano se determinò de salirse cõ el, y servirle de escudero. Deziale entre otras cosas don Quixote, q̄ se dispusiese a yr cõ el de buena gana, porque tal vez le podia suceder auentura, que ganasse en quitame alla estas pajas alguna Insula,

y le

Primera parte de don

y le dexasse a el por gouernador della. Cõ estas promessas, y otras tales, Sãcho Pança, que asì se llamaua el labrador, dexò su muger y hijos, y asentò por escudero de su vezino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros: y vendiendo vna cosa, y empenando otra, y malbaratandola todas, llegò vn razonable cantidad. Acomodose asì mesmo de vna rodela q̃ pidio prestada a vn su amigo, y pertrechãdo su rota zelada lo mejor que pudo, auisò a su escudero Sancho, del dia y la hora que pensaua ponerse en camino, para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò que lleuasse alforjas, è dixo que si lleuaria, y que ansì mesmo pensaua llevar vn asno que tenia muy bueno, porq̃ el no estaua duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparò vn poco don Quixote, y imaginãdo si se le acordaua si algun cauallero andante, auia traydo escudero cauallero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria: mas con todo esto determinò que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria en auiendo ocasiõ para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero q̃ topasse. Proueyose de camisas, y de las demas cosas q̃ el pudo, conforme al consejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse: en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuuieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Yua Sancho Pãça sobre su jumeto como vn Patriarca, con sus alforjas, y su bota, y con mucho des-

seo.

seo de verse ya gouernador de la Infula que su amo le auia prometido. Acerto don Quixote a tomar la misma derrota, y camino, que el que el auia tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Monziel, por el qual caminaua con menos pesadumbre que la vez passada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles a foslay o los rayos del sol, no les fatigauan. Dixo en esto Sancho Pança a su amo: Mire vuestra merced, señor cauallero andante, que no se le oluide lo que de la Infula me tiene prometido, que yo la sabre gouernar por grande que sea. A lo qual le respondió don Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança, que fue costumbre muy vsada de los caualleros andantes antiguos, hazer Gouernadores a sus escuderos, de las Insulas, o Reynos que ganauan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida vsança, antes pienso auentajarme en ella, porque ellos algunas vezes, y quiça las mas, esperauan a que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de seruir, y de llevar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Conde, o por lo mucho de Marques, de algun Valle, o Prouincia de poco mas a menos: pero si tu viues, y yo viuo, bien podria ser que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, que tuuiesse otros a el adherentes, que viniessen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas, y casos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar a vn mas de de lo que te prometo. De esta manera, respondió Sancho Pança, si yo fuesse Rey por algun milagro

de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oislo, vendria a ser Reyna, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda, respondió don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor que no vale dos maruedis para Reyna, Condesa le caera mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendolo tu a Dios Sancho, respondió don Quixote, que el darà lo que mas le conuenga: pero no apoques tu animo tanto que te vengas a contentar cò menos q̄ con ser Adelantado. No hare señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabra dar todo aquello que me estè bien, y yo pueda llevar.

Cap. VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quixote tuvo en la espantable, y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.



Nesto descubrieron treinta, o quarenta molinos de viento que ay en aquel campo: y assi como don Quixote los vio, dixo a su escudero: La ventura va guiando nras cosas mejor delò q̄ acertamos a desfeear. Porque ves alli amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, o pocos mas desaforados Gigantes con quien pienso hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enri-

á enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran ser-
uicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre
la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pan-
ça? Aquellos que alli ves, respondió su amo, de los
braços largos, que los suelen tener algunos de casi
dos leguas. Mire vuestra merced, respondió San-
cho, que aquellos que alli se parecen no son Gigan-
tes, sino molinos de viento, y lo que en ellos pa-
recen braços, son las aspas, que bolteadas del vien-
to, hazen andar la piedra del molino. Bien pare-
ce, respondió don Quixote, que no estás cursado
en esto de las aventuras: ellos son Gigantes, y si tie-
nes miedo quitate de ahí, y ponte en oracion en el
espacio que yo voy a entrar. Có ellos en fiera, y des-
ygal batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas a su ca-
uallo Rozinante, sin atender a las voces que su escu-
dero Sancho le daua, aduirtiendole que sin duda
alguna eran molinos de viento, y no Gigantes, aque-
llos que yua a acometer. Pero el yua tan puesto en
que eran Gigantes, que ni oia las voces de su escu-
dero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya
bien cerca lo que eran, antes yua diziendo en vo-
zes altas: Non fuyades cobardes y viles criaturas,
que vn solo cauallero es el que os acomete. Le-
uantose en esto vn poco de viento, y las grandes
aspas començaron a mouerse, lo qual vulto por
don Quixote, dixo: Pues aunque mouais mas
braços que los del Gigante Briareo, me lo auéis
de pagar. Y en diziendo esto, y encomendando-
se de todo coraçon a su señora Dulzinea, pidién-
dole que en tal trance le socorriese, bien cubier-
to de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio

a todo el galope de Rozinante, y enuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vna lançada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras sí al caualllo, y al cauallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudio Sancho Pança a socorrerle, a todo el correr de su asno: y quando llegó, hallò que no se podia menear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixen yo a vuestra merced que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondió don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras està sujeta a continua mudança: quanto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston que me robò el aposento, y los libros, ha buuelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento, tal es la enemistad q̄ me tiene, mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Pança, y ayudandole a levantar, tornò a subir sobre Rozinante, que medio despaldado estaua: y hablando en la passada auentura, siguieron el camino del puerto Lapice, porque allí dezia don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas, y diuersas auenturas, por ser lugar muy passagero, sino que yua muy pesaroso por auerle faltado la lança, y diziendoselo a su escudero, le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn cauallero Español, llamado Diego Perez de Vargas, auendoselo

en vna batalla rota la espada, desgajò de vna enzina vn pesado ramo, o tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y assi el como sus descendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tã buenocomo aquel, que me imagino y pienso hazer con él tales hazañas, q̄ tu te tengas por bien afortunado, de auer merecido venir avellas, y a ser testigo de cosas q̄ apenas podrã ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, y o lo creo todo assi como vuestra merced lo dize, pero enderecese vn poco, que parece que va de medio lado, y deue de ser del molimiento de la cayda. Assi es la verdad, respondió don Quixote, y sino me queixo del dolor, es porque no es dado a los caualleros andantes, que xarse de herida alguna, aunque se le falgan las tripas por ella. Si esto es assi, no tengo yo q̄ replicar, respondió Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quexara quando alguna cosa le doliera. De mi se dezir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tēga, si ya no se entiendo tambien, con los escuderos de los caualleros andantes effo del no quexarse. No se dexò de reyr don Quixote, de la simplicidad de su escudero, y assi le declaró que podia muy bien quexarse, como y quando quisiessse sin gana, o con ella, que hasta entõces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer, respondióle su amo, que por entonces no le hazia menester, que comiessse el quando se le

antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto, yua caminando y comiendo detras de su amo muy de su espacio, y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tãto que el yua de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre vnos arboles: y del vno dellos desgaçò don Quixote vn ramo seco, que casi le podia feruir de lança, y puso en el el hierro que quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulzinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passò ansi Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueño se la lleuò toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no lo llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan. Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y affligiosele el coraçon, por parecerle que no lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como està dicho.

cho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del puerto Lapice, y a obra de las tres del dia le descubrieron. Aqui (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofendē, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria que me ayudes, hasta que seas armado cauallero. Porcierto señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas, q̄ yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̄ en lo q̄ tocar a defender mi persona, no tendre mucha cuēta con estas leyes, pues las diuinas y humanas permitē q̄ cada vno se defienda de quien quisiere agruiarle. No digo yo menos, respondió dō Quixote: pero en esto de ayudarme cōtra caualleros, has de tener a raya tus naturales impetus. Digo q̄ assi lo hare, respondió Sancho, y q̄ guardarē esse preceto, t̄bien como el dia del Domingo. Estādo en estas razones, asomaron por el camino dos frayles de la ordē de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, q̄ no erā mas pequeñas dos mulas en q̄ venian. Traian sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acuallo que le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche, como despues se supo, vna señora Vizcayna,

que yua a Seuilla donde estaua su marido, que passaua a las Indias con vn muy honroso cargo. No venian los frayles cõ ella, aunque yuan el mesmo camino: mas apenas los diuifõ don Quixote, quando dixo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa auentura que se aya visto, porque aquellos bultos negros que alli parecen, deuen de ser, y son sin duda algunos encantadores que lleuan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshazer este tuerto a todo mi poderio. Peor serà esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el coche deue de ser de alguna gēte passagera. Mire que digo, que mire bien lo que haze, no sea el diablo q̄ le engañe. Ya te he dicho. Sancho, respondió don Quixote, que sabes poco de achaque de auenturas, lo que yo digo es verdad, y aora lo veras: y diziendo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, que a el le parecio que le podriã oyr lo que dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunada, dexad luego al punto las altas Princesas que en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuuieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, asì de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respondieron: Señor, cauallero, nosotros no somos endiablados, ni descomunados, sino dos religiosos de S. Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no, ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̄ ya yo os conozco
femen-

fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la laça baxa arremetio contra el primero frayle, con tãta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segundo religioso q̄ vio del modo que tratauan a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aquella campaña mas ligero que el mesmo viento. Sancho Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos: llegarõ en esto dos moços de los frayles, y preguntaronle que porque le desnudaua: respondiòles Sancho, que aquello le tocaua a el legitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quixote auia ganado. Los Moços que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Quixote estaua desuiado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con el en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron a cozes, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido, y sin detenerse vn pũto, tornò a subir el frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro: y quãdo se vio acuallo, picò tras su compañero, que vn buen espacio de alli le estaua aguardando, y esperando en q̄ paraua aquel sobrefalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel començado sucesso, siguieron su camino, haziendose mas cruces que si lleuaran al diablo a las espaldas: Don Quixote estaua, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diziendole: La vuestra

fermosura señora mia, puede fazer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberuia de vuestros robadores yaze por el suelo derribada por este mi fuerte braço: y porque no peneys por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quixote de la Mancha, cauallero andante, y auenturero, y cautiuo de la sin par y hermosa doña Dulzinea del Toboso, y en pago del beneficio que de mi auceys recebido, no quiero otra cosa, sino que boluays al Totoboso, y que de mi parte os presenteys ante esta señora, y le digays lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que don Quixote dezia, escuchaua vn escudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar passar el coche adelante, sino que dezia que luego auia de dar la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y asiendole de la lança le dixo en mala lengua Castellana, y peor Vizcayna desta manera: Anda cauallero que mal andes, por el Dios que criome, que sino dexas coche, así te matas como estas ahí Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixote, y con mucho fofsiego le respondió: Si fueras cauallero como no lo eres, ya yo huuiera castigado tu sandez, y atreuimiento cautiuo criatura. A lo qual replicò el Vizcayno: Yo no cauallero: Iuro a Dios tan mientes como Christiano. Si lança a rojas, y espada facas, el agua quan presto veras que al gato lleuas: Vizcayno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo agrages, respondió don Quixote, y arrojando la lança en el suelo, sacò su espada, y em-
braçò

braçò su rodela, y arremetiò al Vizcayno, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno que assi le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler, no auia que fiar en ella, no pudo hazer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, que se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almohada que le siruio de escudo, y luego se fueron el vno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque dezia el Vizcayno en sus mal traçadas razones, que sino le dexauan acabar su batalla, que el mismo auia de matar a su ama, y a toda la gente que se lo estoruasse. La señora del coche, admirada, y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desuiaffe de alli algun poco, y desde lexos se può a mirar la rigurosa contienda. En el discurso de la qual, dio el Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima de vn ombro por encima de la rodela, que a darfela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintio la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dio vna gran voz, diziendo: O señora de mi alma Dulzinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro çauallero, que por satisfazer a la vuestra muchabondad en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuando determinacion de auenturarle todo a la de vn golçolo. El Vizcayno que assi le vio venir contra el, bien entendio por su denuedo su coraje, y determinò de hazer lo mesmo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto de su

de su almohada, sin poder rodear la mula a vna, ni a otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha a semejares niñerías, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, don Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el Vizcayno le aguardaua ansí mesmo, leuantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estauan temerosos, y colgados de lo que auia de suceder de aquellos tamaños golpes, con que se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauã ha ziendo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuocion de España, porque Dios librasse a su escudero, y a ellas, de aquel tan grande peligro en que se hallauan. Pero està el daño de todo esto, que en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, que no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra, no quiso creer que tan curiosa historia estuuiesse entregada a las leyes del oluido, ni que huuiessen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuuiessen en sus archiuos, o en sus escritorios, algunos papeles que deste famoso cauallero tratassen, y assí con esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo fauorable, le hallò del modo que se
contarã en la segun-
da parte.



SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO

hidalgo don Quixote de la
Mancha.

*Cap. I X. Donde se concluye y da fin a la
estupenda batalla que el gallardo Viz-
cayno, y el valiente Manchego tuuierõ.*



E X A M O S En la prime-
ra parte desta historia, al va-
leroso Vizcayno, y al famo-
so don Quixote, con las espa-
das altas, y desnudas, en guisa
de descargar dos furibundos
fedientes, tales que si en lleno
se acertauan, por lo menos se
diuidiriã, y fenderiã de arriba
a baxo y abririã como vna granada, y q̄ en aquel pũ-
to tan dudoso parò, y quedò destroncada tan sabrosa
historia, sin que nos diessè noticia su autor donde se
podria hallar lo q̄ della faltaua: Causome esto mu-
cha pesadumbre, por q̄ el gusto de auer leydo tan po-
co se boluia en disgusto, de pensar el mal camino
que se ofrecia, para hallar lo mucho q̄ a mi parecer
fal.

faltaua de tan fabroso cuento. Pareciome cosa im-
 posible, y fuera de toda buena costumbre, que a tã
 buen cauallero le huuiesse faltado algun sabio que
 tomara a cargo el escreuir sus nunca vistas hazañas,
 cosa q̄ no faltò a ninguno de los caualleros andãres,
 de los que dizen las gentes que van a sus aventuras,
 porque cada vno dellos tenia, vno, o dos sabios co-
 mo de molde, que no solamente escriuiã sus hechos,
 sino que pintauan sus mas minimos pensamientos, y
 niñerías, por mas escondidas que fuesen. Y no auia
 de ser tan desdichado tan buen cauallero, q̄ le faltas-
 se a el lo que sobró a Platir, y a otros semejantes. Y
 assi no podia inclinarme a creer q̄ tan gallarda histo-
 ria huuiesse quedado manca, y estropeada, y echaua
 la culpa a la malignidad del tiempo, deuorador, y
 cõsumidor de todas las cosas: el qual, o la tenia ocul-
 ta, o consumida. Por otra parte me parecia, q̄ pues
 entre sus libros se auian hallado tan modernos co-
 mo Defengaño de zelos, y Ninfas y pastores de He-
 nares, que tambien su historia deuia de ser moderna,
 y q̄ ya que no estuuiesse escrita, estaria en la memo-
 ria de la gente de su aldea, y de las a ella circunuezi-
 nas. Esta imaginacion me traía confuso, y desseoso
 de saber real, y verdaderamente, toda la vida y mila-
 gros de nuestro famoso Español don Quixote de la
 Mancha, luz, y espejo de la caualleria Manchega,
 y el primero que en nuestra edad, y en estos tan ca-
 lamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de
 las andantes armas, y al desfazer agrauios, soco-
 rrer viudas, amparar donzellas, de aquellas que
 andauan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su
 virginidad acuestas, de monte en monte, y de valle
 en va-

en valle: Que si no era que algun follón, o algun vi-
llano de acha, y capellina, o algun descomunal Gi-
gante las forçaua. Donzella huuo en los passados
tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos
ellos no durmio vn dia debaxo de tejado, y se fue tã
entera a la sepultura como la madre q̄ la auia pari-
do. Digo pues, que por estos, y otros muchos respec-
tos, es digno nuestro gallardo Quixote, de cõtinuas
y memorables alabanças, y aun a mi no se me deuen
negar, por el trabajo, y diligencia que puse, en bus-
car el fin desta agradable historia. Aunque bien se,
que si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudan, el
mundo quedarà falto, y sin el passatiempo, y gusto, q̄
bien casi dos horas podra tener el que con atencion
la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegò
vn muchacho a vender vnos cartapacios, y pape-
les viejos a vn federo, y como yo soy aficionado a
leer, aunque sean los papeles rotos de las calies, lle-
uado desta mi natural inclinacion, tomè vn carta-
pacio de los que el muchacho vendia, y vile con
caracteres que conosci ser Arauigos. Y puestto que
aunque los conocia, no los sabia leer, anduue mi-
rando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado
que los ley esse: y no fue muy dificultoso hallar inter-
prete semejante, pues aunque le buscara de otra me-
jor, y mas antigua lengua le hallara. En fin la fuer-
te me deparò vno, que diziendole mi desseo, y po-
niendole el libro en las manos le abrio: por medio,
y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Pre-
guntele yo, que de que se reya? y respondió-
me, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita
en el

en el margen por anotaci6n. Dixele que me la dixese, y el fin dexar la risa, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margé escrito esto. Esta Dulzinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dizé que tuuo la mejor mano para salar puercos, que otra mu- ger de toda la Mancha. Quando yo ohi dezir Dulzinea del Toboso, quedè atonito, y suspenso, por- que luego se me representò que aquellos cartapa- cios contenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion, le di priessa que leyese el principio, y haziendolo ansi, boluiendo de improuiso el Araui- go en Castellano, dixo que dezia: Historia de don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli historiador Arauigo. Mucha discrecion fue menester, para disimular el contèto que recibí quando llegò a mis oydos el titulo del libro: y sal- teandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los desseaua, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seys rea- les de la compra. Aparteme luego con el Morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y rogueme me bol- uiesse aquellos cartapacios, todos los que tratauan de don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que el quisies- se. Contètofe cò dos arròbas de pallas, y dos fanegas de trigo, y prometo de traduzirlos bien, y fielmen- te, y cò mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen ha- llazgo, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes y medio, la traduxo toda, del mesmo modo que aqui se refiere. Estaua en el primero cartapacio pintada
muy

muy al natural la batalla de don Quixote con el Vizcayno, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, leuantadas las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno ran al viuo, que estava mostrádo ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo que dezia, Dó Sancho de Azpetia, que sin duda deuia de ser su nombre, y a los pies de Rozinante estava otro que dezia, Dó Quixote. Estava Rozinante maravillosamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, táctico confirmado, que mostraua bien al descubierto con quanta aduertécia, y propiedad se le auia puesto el nombre de Rozinante. Junto a el estava Sancho Pança, que tenia del cabestro a su asno: a los pies del qual estava otro retulo que dezia, Sancho Çancas, y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura: la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas, y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la historia. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen alçaso a la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si a esta se le puede poner alguna obgecion cerca de su verdad, no podra ser otra, sino auer sido su autor Arauigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirósos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender auer quedado falto en ella que demasiado. Y ansi me parece a mi, pues quando pudiera, y deuiera estender la pluma, en las alabanças de tan bué cauallero,

Segunda parte de don

parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apassionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les hagan torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia emula del tiempo, deposito de las acciones, testigo de lo passado, exemplo, y auiso de lo presente, aduertencia de lo por venir. En esta se que se hallarà todo lo q̄ se acertare a desleçar en la mas apazible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abismo, tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue a descargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, que a no boluersele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda y a todas las auéturas de nuestro cauallero, mas la buena fuerça que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el hombro yzquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy maltrecho. Valame Dios, y quien serà aquel que buenamente pueda contar

hora, la rabia que entró en el coraçon de nuestro Manchego, viendose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçò de nueuo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, començò a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y a dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara cò el cuello: pero con todo esso sacò los pies de los estribos, y luego soltò los braços, y la mula espantada del terrible golpe, dio a correr por el cãpo, y a pocos corcos dio con su dueño en tierra. Estauafelo con mucho sotsiego mirando don Quixote: y como lo vio caer, saltò de su cauallo, y con mucha ligereza se llegó a el, y poniendole la pũta de la espada en los ojos, le dixo que se rindiesse, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, q̄ hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran a donde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiziesse tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida a aquel su escudero. A lo qual don Quixote respodio, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion y concierto, y es que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte

Segunda parte de don

ante la simpár doña Dulzinea, para que ella haga del lo que mas fuere de su voluntad. La temerosa, y des-cósolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulzinea fues se, le prometieron q̄ el escudero hária todo aquello que de su parte le fuésse mandado. Pues en fè de esa palabra, yo no le hare mas daño, puesto que me lo aenia bien merecido.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna turba de langueses.

MA en este tiempo se auia leuantado Sancho Pança, algo maltratado de los mocos de los frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su coraçon, fuesse seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna Insula de donde le hiziesse Governador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo boluia a subir sobre Rozinante, llegò a tenerle el estribo: y antes que subiesse se hincò de rodillas delante del, y asiendole dela mano se la besò, y le dixo: Sea vña merced seruido, señor dō Quixote mio, de darme el gouierno dela Insula q̄ en esta rigurosa pendencia se ha ganado, q̄ por grãde q̄ sea, yo me siento có fuerças de saberla gouernar, tal, y tan bien, como otro q̄ aya gouernado Insulas en el mundo. A lo qual respondió don Quixote, aduertid hermano Sancho, q̄ esta aventura, y la a esta semejantes,

no son aventuras de Insulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa q̄ sacar rota la cabeza, o vna oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofreceran donde no solamente os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciole mucho Sancho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subiò sobre su asno, y començò a seguir a su señor, q̄ a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entrò por vn bosque que alli junto estaua. Seguiale Sancho, a todo el trote de su jumento: pero caminaua tanto Rozinante, q̄ vièdo se quedar atras, le fue forçoso dar voces a su amo q̄ se aguardasse. Hizolo asì dõ Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cañado escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, q̄ seria acertado yrnos a retraer a alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os cõbatistes, no serà mucho que den noticia del caso a la santa Hermandad, y nos prendan: Y a fè que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de tudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andãte aya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que huuiesse cometido. Yo no se nada de ome cillos, respondió Sancho, ni en mi vida le catè a ninguno: solo se que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en efforro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, respondió don Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has visto mas vale-

Segunda parte de don

roso cauallero que yo en todo lo descubiertõ de la tierra? Has leydo en historias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseuerar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni se leer, ni escreuir: mas lo que osarè apostar, es, q̄ mas atreuido amo que vuestra merced, yo no le he seruido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreuientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced, es que se cure, que le va mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y vn poco de vnguento blanco en las alforjas. Todo esso fuera bien escusado, respondió don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna redoma del balsamo de Fierabras, q̄ con sola vna gota, se ahorraran tiempo, y medizinas. Que redoma, y que balsamo es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balsamo, respondió don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor a la muerte, ni ay pensar morir de ferida alguna. Y ansi, quando yo le haga, y te le de, no tienes mas que hazer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes suele acontecer): bonitamente la parte del cuerpo que huviere caydo en el suelo, y con mucha sotiliza, antes que la sangre se yele, la pondras sobre la otra mitad q̄ quedare en la silla, aduirtiêdo de encaxallo y igualmente, y al justo. Luego me daràs a beuer solos dos tragos del balsamo que he dicho, y verasmes quedar mas sano q̄ vna mançana. Si esso ay, dixo Pança,

yo renuncio desde aqui el gouierno de la prometida Infula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos, y buenos seruicios, sino que vuestra merced me de la receta de esse estremado licor, que para mi tengo q̄ valdra la onça adonde quiera, mas de a dos reales, y no he menester yo mas, para passar esta vida honrada, y descansada mēte. Pero es de saber agora, si tiene mucha costa el hazelle? Cō menos de tres reales se pueden hazer tres azumbres, respōdio dō Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̄ aguarda vuestra merced a hazelle, y a enseñarmelle? Calla amigo, respondio don Quixote, q̄ mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por agora curemonos, q̄ la oreja me duele mas de lo q̄ yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y vnguento. Mas quādo don Quixote llegó a ver rota su zelada, pēsò perder el juyzio, y puesta la mano en la espada, y alçando los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y a los santos quatro Euangelios, donde mas largamente estā escritos, de hazer la vida q̄ hizo el grāde Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su sobrino Valdouinos, q̄ fue de no comer pã a mãteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expresadas, hasta tomar entera vengança del que tal desaguifado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor dō Quixote, q̄ si el cauallero cumpliò lo q̄ se le dexò ordenado, de yase a presentar ante mi señora Dulzinea del Toboso, y a aura cūplido con lo q̄ deuia, y no merece otra pena, sino comete nueuo delito. Has hablado, y apuntado

Segunda parte de don

muy bien, respondió don Quixote, y así anulo el juramento, en quanto lo que toca a tomar del nueva vengança: pero hagole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra zelada, tal, y tan buena como esta a algùn cauallero. Y no pienses Sancho, que así a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quien imitar en ello, que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò a Sacripante. Que de al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuizio de la conciencia: Sino digame aora, si a caso en muchos dias no topamos hombre armado con zelada, que hemos de hazer, hase de cumplir el juramèto a despecho de tantos inconuenientes, è incomodidades, como serà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramèto de aquel loco viejo del Marques de Mantua, q̄ vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, q̄ no solo no traen zeladas, pero quiça no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esto, dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veamos mas armados, que los que vinierò sobre Albraca, a la conquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que sellegue ya el tiempo de ganar esta Infula que tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̄ quando
falta

faltare Infula, ay està el Reyno de Dinamarca, o el de Soliadisa, q̄ te vedran como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en essas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde aloxemos esta noche, y hagamos el balfamo que te he dicho, porque yo te boto a Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queso, y no se quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen a tan valiente cauallero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió don Quixote, hagote saber Sancho, que es honra de los caualleros andantes no comer en vn mes: y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas a mano: y esto se te hiziera cierto, si huieras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passauan en flores. Y aunque se dexa entender, que no podía passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambié, que andado lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que Sancho amigo, no te congoje lo que a mi me da gusto, ni querras tu hazer múdo nuevo, ni sacar la caualleria andáte de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho,

que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profesion cauallesca, y de aqui adelante yo proueeere las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, que es cauallero, y para mi las proueeere pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y demas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andantes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas que hallauan por los campos, que ellos conoçian, y yo tambien conozeo. Virtud es, respondió Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginando, algun dia serà menester usar de esse conoçimiento. Y sacàdo en esto, lo que dixo que trahia, comieron los dos en buena paz, y compaña. Pero desseos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha breuedad su pobre, y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse prisa por llegar a poblado antes que anocheçiese: pero saltoles el sol, y la esperança de alcançar lo que desseuan, junto a vnas choças de vnos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: que quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo, dormir la al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prueua de su caualleria.

(?)

Cap. XI. De lo que le sucedio a don Quixote con vnos
cabreros.



Ver recogido de los cabreros con buen
animo, y auiedo Sancho, lo mejor q̄ pu
do, acomodado a Rozinãte, y a su jumē
to, se fue tras el olor que despediã de si
ciertos tafajos de cabra, q̄ hiruiendo al fuego en vn
caldero estauan, y aunq̄ el quisiera en aquel mēsmo
punto, ver si estãuan en sazõ de trasladarlos del cal
dero al estomago, lo dexò de hazer, porque los ca
breros los quitaron del fuego, y tendiẽdo por el fue
lo vnas pieles de ouejas, adereçarõ con mucha prief
sa su rustica mesa, y combidaron a los dos, con muef
tras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sen
taronse a la redonda de las pieles seis dellos, q̄ eran
los q̄ en la majada auia. Auiedo primero cõ grosse
ras ceremonias rogado a don Quixote q̄ se sentasse
sobre vn dornajo q̄ buuelto del reues le pusierõ. Sen
tose don Quixote, y quedauase Sancho en pie para
feruirle la copa, q̄ era hecha de cuerno. Viẽdole en
pie su amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien que
en si encierra la andante caualleria, y quan apique
estãn los que en qualquiera ministerio della se exer
citan, de venir breuemente a ser honrados, y esti
mados del mundo, quiero que aqui a mi lado, y en
compañia desta buena gente te sientes, y que seas
vna mesma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural
señor, que comas en mi plato, y beuas por donde yo
beniere, porque de la caualleria andante se puede
dezir lo mesmo que del ama, se dezir q̄ todas las co
sas y guala. Gran merced, dixo Sãcho, pero se dezir
a vues-

a vuestra merced, que como yo tuuiesse bien de comer, tambien y mejor me lo comeria en pie, y a mis solas, como sentado apar de vn Emperador. Y aun si va a dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipauos de otras mesas donde me sea forçoso malcar despacio, beuer poco, limpiarme a menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo. Ansi, que señor mio, estas horas que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la caualleria andante, como lo foy siendo escudero de vuestra merced, conuiertalas en otras cosas que me sean de mas comodo, y prouecho que estas (aunque las doy por bien recibidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esto te has de sentar, porque a quien se humilla Dios le ensalça, y asiendole por el brazo, le forçò a que junto del se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de escuderos, y de caualleros andantes, y no haziã otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huespedes, que con mucho donayre y gana embaulauan tassajo como el puño. Acabado el seruicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran càtidad de bellotas auellanadas, y juntamente pusieron vn medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaua en esto ocioso el cuerno, porque andaua a la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazio) como arcaduz de noria, q̄ cõ facilidad vazio vn zaque, de dos que estauã de manifesto. Despues que don Quixote huuo bien satisfecho su estomago, tomò vn puño de bellotas en la mano, y miran-

dolas

dolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones: Dichosa edad, y siglos dichosos, aquellos a quí los antiguos pusierón nombre de dorados, y no por que en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa sin fátiga alguna, sino porque entonces los que en ella viuián, ignorauán estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Erā en aquella santa edad todas las cosas comunes, a nadie le era necesario para alcançar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alçar la mano, y alcançarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estauan combidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abúndancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formauan su republica las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques, despedian de si, sin otro artificio q̄ el de su corteza, sus anchas y livianas cortezas, con q̄ se començaró a cubrir las casas sobre rusticas estacas sustentadas, no mas q̄ para defenja de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se auia atreuido la pesada reja del corbo arado a abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno, lo q̄ pudiesse hartar, sustentar, y deleytar a los hijos que entonces la posseían. Entonces si, que andauan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos de

Segunda parte de don

de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiza yuan tan pompofas, y compuestas, como van agora nuestras cortesanas, cõ las raras y peregrinas inuẽciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decorauan los concetos amorosos del alma, simple, y senzillamente, del mesmo modo, y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezcladose con la verdad, y llaneza. La justicia se estaua en sus propios terminos, sin que la ofassen turbar, ni ofender los del fauor, y los del interesse, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaxe, aun no se auia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no auia que juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las donzellas, y la honestidad andauan como tengo dicho, por donde quiera, sola, y señora, sin temor que la agena desemboltura, y lasciuo intento le menoscabassen, y su perdicion nacia de su gusto, y propria voluntad. Y agora en estos nuestros detestables siglos, no estã segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nueuo laberinto como el de Creta, porque alli por los resquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita sollicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los
tiem.

tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los caualleros andantes, para defender las donzellas, amparar las viudas, y socorrer a los huerfanos, y a los menesterosos. Desta orden soy yo hermanos cabreros, a quien agradezco el gassaje, y bué acogimiéto q̄ hazeis a mi, y a mi escudero. Que aunque por ley natural, estan todos los que viuen obligados a fauorecer a los caualleros andâtes, todavia, por saber que sin sabervosotros esta obligacion, me acogistes, y regalastes, es razon, que con la volûtad a mi posible, os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (q̄ se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro cauallero, porque las bellotas que le dieron, le truxeron a la memoria la edad dorada. Y antojosele hazer aquel inutil razonamiento a los cabreros, que sin respondelle palabra, embouados, y suspensos le estuuieron escuchando. Sancho, asì mesmo callaua, y comia bellotas, y visitaua muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le teniañ colgado de vn alcornoque. Mas tardò en hablar don Quixote, que en acabarse la cena. Al fin de la qual, vno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, señor cauallero andante, que le agassajamos con prôpta, y buena voluntad, queremos darle solaz y contento, con hazer que cante vn compañero nuestro, que no tardarà mucho en estar aqui. El qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escreuir, y es musico de vn rabel, que no ay mas que desfiar. A penas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegò el q̄ le tañia, que era vn moço.

moço de hasta veynte y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo que si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, biẽ podras hazernos plazer de cãtar vn poco, porque vea este señor huesped, que tenemos quien tambiẽ por los montes, y seluas ay quien sepa de musica. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres, y nos saques verdaderos. Y asì te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el Romãce de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondió el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de vna desmochada enzina, y templando su rabel, de alli a poco con muy buena gracia, començò a cantar, diziendo desta manera.

A N T O N I O.

Y O se Olalla que me adoras,
 Puesto que no me lo has dicho,
 Ni aun con los ojos siquiera
 Mudas lenguas de amorios.
 Porque se que eres sabida,
 En que me quieres me afirmo,
 Que nunca fue desdichado
 Amor que fue conocido.
 Bien es verdad, que tal vez
 Olalla, me has dado indicio,

Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.

Mas alla entre tus reproches,
Y honestissimos desuios,
Tal vez la esperança muestra
La orilla de su vestido.

Aualançase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo,
Que en fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.

Y si son seruicios parte
De hazer vn pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalezen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
Mas de vna vez auras visto,
Que me he vestido en los Lunes,
Lo que me honraba el Domingo.

Como el amor, y la gala
Andan vn mesmo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.

Segunda parte de don

Dexo el baylar por tu causa,
Ni las musicas te pinto
Que has escuchado a deshoras,
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanças
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas hazen,
Ser yo de algunas malquistó.

Teresa del Berrocal,
Yo alabandote me dixo,
Tal piensa que adora a vn Angel,
Y viene a adorar a vn gimio.

Merced a los muchos dizes,
Y a los cabellos postizos,
Y a hipocritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojose,
Boluio por ella su primo,
Desafiome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.

No te quiero yo a monton,
Ni te pretendo, y te siruo,
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.

Coyundas tienela Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,

*Pon tu el cuello en la gamella,**Veras como pongo el mio.**Donde no, desde aqui juro**Por el santo mas bendito,**De no salir destas sierras,**Sino para Capuchino.*

CON Esto dio el cabrero fin a su canto, y aunque don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo consintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, q̄ para oyr canciones. Y ansí dixo a su amo: Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego, a donde ha de posar esta noche, que el trabajo q̄ estos buenos hombres tienen todo el dia, nõ permite que passen las noches cantando. Yate entiendo Sancho, le respondió don Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recõpensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe bié, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicò don Quixote: pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profesion, mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto, seria bien Sancho, q̄ me buelvas a curar esta oreja, q̄ me va doliédo mas de lo q̄ es menester. Hizo Sâcho lo q̄ se le mandaua. Y viédo vno de los cabreros la herida, le dixo, q̄ no tuuiesse pena, que el pondria remedio con q̄ facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho q̄ por alli auia, las mascò, y las mezclò con vn poco de sal, y aplicãdofelas a la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, q̄ no auia menester otra medicina, y assi fue la verdad.

Segunda parte de don

Cap. XII. De lo que contó vn cabrero a los que estauan con don Quixote.



Stando en esto, llegó otro meço de los que les traían del aldea el baltimento, y dixo: Sabeis lo que passa en el lugar compañeros? Como lo podemos saber, respondió vno dellos: Pues sabed, prosiguió el moço, q̄ muero esta mañana, aquel famoso pastor estudiante llamado Grisostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de pastora por estos andurriales. Por Marcela diras, dixo vno? Por essa digo, respondió el cabrero: Y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña donde està la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y el dizen que lo dixo, aquel lugar es a donde el la vio la vez primera. Y tambien mandò otras cosas, tales que los abades del pueblo, dizen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que tambien se vistio de pastor con el, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grisostomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado, mas a lo que se dize en fin, se hara lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen a enterrar con gran pompa, a donde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos, yo no dexarè de yr a verla si supiesse no-
bol-

boluer mañana al lugar. Todos haremos lo mesmo, respondieró los cabreros, y echaremos suertes a quien ha de quedar a guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunq̄ no serà menester vsar de essa diligencia, que yo me quedarè por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curiosidad mia, sino a que no me dexa andar el garrancho, q̄ el otro dia me passò este pie. Con todo esso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y que pastora aquella. A lo qual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era vn hijodalgo rico, vezino de vn lugar q̄ estaua en aquellas sierras, el qual auia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales auia buuelto a su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmente, dezia que sabia la ciéncia de las estrellas, y de lo que passan alla en el cielo, el sol, y la luna: porque puntualméte nos dezia el cris del sol, y de la luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse estos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosliguiò su cuento diziendo: Aysi mesmo adeuinaua, quando auia de ser el año abundante, o estil. Esteril quereys dezir amigo, dixo don quixote? Esteril, o estil, respondió Pedro, todo se sale alla. Y digo, que cõ esto que dezia, se hizierõ su padre, y sus amigos que le dauan credito, muy ricos, porque hazian lo que elles aconsejaua, diziendoles: Sembrad este año ceuada, no trigo en este, podeis sembrar garuáços, y no ceuada: el que viene serà de guilla de azeyte, los tres siguientes no se cogerà gota. Esta ciencia se llama Astrologia, dixo

Segunda parte de don

don Quixote. No se yo como se llama, replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando vndia remanecio vestido de pastor, con su cayado y pellico, auíendose quitado los habitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistio con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su compañero en los estudios. Oluidauáteme de dezir como Grisostomo el difunto, fue grande hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, ansi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo, lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendicion. Despues se vino a entender, que el auerse mudado de traje, no auia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrò denantes, de la qual se auia enamorado el pobre difunto de Gris-

foftomo. Y quiero os dezir agora, porque es bien que lo sepais, quien es esta rapaza, quiça, y aun sin quiça, no aureis oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viuais mas años que Sarna. Dezid Sarra, replicò don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la sarna, respondió Pedro, y si es señor que me auéis de andar çaheriendo a cada passo los vocablos, no acabaremos en vn año. Perdonad amigo, dixo don Quixote, que por auer tanta diferencia de sarna, a Sarra, os lo dixè, pero vos respondistes muy bien, porque viue mas sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicarè mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea huuo vn labrador, aun mas rico que el padre de Grisoftomo, el qual se llamaua Guillermo, y al qual dio Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, vna hija, de cuyo parto murio su madre, que fue la mas honrada muger que huuo en todos estos contornos: no parece sino que aora la veo con aquella cara, que del vn cabo tenia el sol, y del otro la luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deue de estar su anima a la hora de hora, gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murio su marido Guillermo, dexando a su hija Marcela muchacha, y rica, en poder de vn tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Crecio la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su madre, que la tuuo muy grande, y con todo esto se juzgaua que le auia de passar la de la

hija. Y assi fue, que quando llegò a edad de catorze a quinze años, nadie la miraua, que no benedia a Dios que tan hermosa la auia criado, y los mas quedauan enamorados, y perdidos por ella. Guardauala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento. Pero con todò esto, la fama de su mucha hermosura, se estendio de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, è importunado. su tio se la diesse por muger. Mas el (que a las derechas es buen Christiano) aunque quisiera casarla luego, assi como la via de edad, no quiso hazerlo sin su còsentimiento, sin tener ojo a la ganancia, y grangeria, que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamièto. Y a fè que se dixo esto, en mas de vn corrillo en el pueblo, en alabança del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, que deuia de ser demasiadamente bueno el clerigo, que obliga a sus feligreses a que digan bien del, especialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro, le contais cò muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que haze al caso. Y en lo demas sabreis, que aunque el tio proponia a la sobrina, y le dezia las calidades de cada vno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casasse, y escogiesse a su gusto, jamas ella respondió otra cosa, sino que por entòces no queria casar.

casarse, y que por ser tan muchacha, no se sentia abil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daua, al parecer justas escusas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua a que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger compañia a su gusto. Porque dezia el, y dezia muy bien, que no auian de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad. Pero hetelo aqui, quando no me cato, que remanecce vn dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, q se lo desaconsejauan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mesmo ganado. Y afsi como ella salio en publico, y su hermosura se vio al descubierto, no os sabre buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, hã tomado el traje de Grifostomo, y la andan requerbrando por esos campos. Vno de los quales, como ya està dicho, fue nuestro difunto, del qual dezian, que la dexaua de querer, y la adoraua. Y no se piensa, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, o de ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semillas, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato: antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la firuen y sollicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podra alabar, que le aya dado alguna pequeña esperança de alcançar su desso. Que puesto que no huye, ni se esquiuua de la compañia, y conuersacion de los pastores, y los trata cortès, y amigablemẽte, en llegando a descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa, como la del matrimonio, los

arroja de si como cō vn trabuco. Y con esta manera de condicion, haze mas daño en esta tierra, q̄ si por ella entrara la pestilencia, porq̄ su afabilidad, y hermosura, atrae los coraçones de los que la tratan a seruiria, y a amarla: pero su desden, y desengaño, los conduze a terminos de desesperarse, y asì no sabé que dezirle, sino llamarla a voces cruel, y desagradecida, con otros titulos a este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan. Y si aqui estuuiesdes señor algun dia, veria des resonar estas sierras, y estos valles, con los lametos de los desengañados que la siguen. No està muy lexos de aqui vn sitio, donde ay casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza, no tenga grauado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna, vna corona grauada en el mesmo arbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleua, y la merece de toda la hermosura humana. Aqui sospira vn pastor, alli se quexa otro, aculla se oyen amorosas canciones, aca desesperadas endechas. Qual ay, que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina, o peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos, embeuecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el sol a la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del Verano, tendido sobre la ardiente arena, embia sus quexas al piadoso cielo. Y deste, y de aquel, y de aquellos, y de estos, libre, y desenfadadamente, triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso
que

que ha de venir â domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan aueriguada verdad, me doy a entender, que tambien lo es la q̄ nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grifostomo. Y assi os acósejo señor, que no dexeis de hallaros mañana a su entierro, que serà muy de ver, porque Grifostomo tiene muchos amigos, y no està de este lugar, a aquel donde manda enterrarse, me dia legua. En cuydado me lo tengo, dixo don Quixote, y agradezcoos el gusto que me auéis dado, con la narracion de tan sabroso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse, y por aora bien serà que os vais a dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no ay que temer de contrario accidente. Sancho Pança, que ya daua al diablo el tâto hablar del cabrero, solicitò por su parte, que su amo se entrasse a dormir en la choça de Pedro. Hizolo assi, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulzinea, a imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmio no como

enamorado desfavorecido, sino como

hombre molido a

cozes.

(?).

Segunda parte de don

Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora
Marcela, con otros sucesos.



A S A penas començò a descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seis cabreros se leuã taron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille si estaua toda via con proposito de yr a ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compaõia. Dõ Quixote, que otra cosa no desseaua, se leuantò, y mandò a Sãcho que enfilasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huieron andado vn quarto de legua, quãdo al cruzar de vna senda, vieron venir hãzia ellos hasta seis pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traia cada vno vn gruesso baston de azebo en la mano. Venian con ellos asì mesmo dos gentiles hombres de acuallo, muy bien adereçados de camino, cõ otros tres moços de apie que los acompaõauan. En llegando se juntar se saludaron cortèsmente, y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y asì començaron a caminar todos juntos. Vno de los de acuallo, hablando con su compaõero le dixò: Pareceme seõor Viualdo, que auemos de dar por bien empleada la tardança que hizieremos, en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrançezas,

ñezas así del muerto pastor, como de la pastora omicida. Así me lo parece a mi, respondió Vivaldo, y no digo yo hazer tardança de un dia, pero de quatro la hiziera a trueco de verle. Preguntolés don Quixote, que era lo que auian oydo de Marcela, y de Grisostomo. El caminante, dixo, que aquella madrugada auian entrado con aquellos pastores, y que por auerles visto en aquel tan triste traje, les auian preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera, que vno dellos se lo contò. Contando la estrañeza, y hermosura, de vna pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestauan, con la muerte de aquel Grisostomo, a cuyo entierro yuã. Finalmente, el contò todo lo que Pedro a don Quixote auia contado. Celsò esta platica, y començose otra. Preguntando el que se llamaua Vivaldo, a don Quixote, que era la ocasion que le mouia a andar armado de aquella manera por tierra tã pacifica? A lo qual, respondió don Quixote: La profesion de mi exercicio, no consiente, ni permite que yo ande de otra manera: El buen passo, el regalo, y el reposo, alla se inuentò para los blandos cortesanos: mas el trabajo, la inquietud, y las armas, solo se inuentarò, è hizieron, para aquellos que el mundo llama caualeros andantes, de los quales, yo aunque indigno, soy el menor de todos. A penas le oyeron esto, quando todos le tuuieron por loco. Y por aueriguarlo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornò a preguntar Vivaldo, que que queria dezir caualeros andantes? No han vuestras mercedes leydo, respondió don Quixote, los anales è historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del Rey

Arturo,

Arturo, que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murio, sino que por arte de encantamento se conuirtio en cueruo, y que andando los tiempos ha de boluer a reynar, y a cobrar su Reyno, y cetro. A cuya causa, no se prouarà que desde aquel tiempo a este, aya ningun Ingles muerto cueruo alguno. Pues en tiempo deste buen Rey, fue instituyda aquella famosa orden de caualleria, de los caualleros de la tabla Redonda, y passaron sin faltar vn punto, los amores que alli se cuentan, de don Lançarote del Lago, con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quinaña, de donde nacio aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España: De nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fuera Lançarote quando de Bertaña vino. Con aquel progreso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entóces de mano en mano fue aquella orden de caualleria, estendiendose, y dilatandose por muchas, y diuersas partes del mundo. Y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se deue alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuencible, y valeroso cauallero don Belianis de Grecia. Esto pues señores, es ser cauallero andante, y la que he dicho, es la orden

den de su caualleria. En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profission, y lo mesmo que professaron los caualleros referidos professo yo. Y assi me voy por estas soledades, y despoblados, buscando las aventuras, con animo deliberado, de ofrecer mi braço, y mi persona, a la mas peligrosa que la suerte me deparare, en ayuda de los flacos, y menesterosos. Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quixote salto de juyyo, y del genero de locura que lo señoreaua, de lo qual recibieron la mesma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Viualdo, que era persona muy discreta, y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que dezian que les faltaua al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasion a que passasse mas adelante con sus disparates. Y assi le dixo: Pareceme, señor cauallero andante, que vuestra merced ha professado vna de las mas estrechas profissions que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro don Quixote: pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va a dezir verdad, no haze menos el soldado que ponen en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados, y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos pidé, de-

fen.

Segunda parte de don

tendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestas por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano, y de los erizados yelos del inuierno. Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las a ellas tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando, figuese, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo q̄ aquellos que en sossegada paz, y reposo, estan rogando a Dios, fauorezca a los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andáte, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miserable, roto, y piojoso, porque no ay duda, sino que los caualleros andantes passados, passaron mucha mala ventura, en el discurso de su vida. Y si algunos subieron a ser Emperadores por el valor de su brazo, a fè que les costò buen porque de su sangre, y de su sudor: y q̄ si a los q̄ a tal grado subieron les faltaran encantadores, y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus desseos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante: pero vna cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caualleros andantes, y es: Que quando se ven en ocasion de acometer vna grãde, y peligrosa auétura, en que se vee manifesto peligro de perder la vida, nũca en aquel instante de acometella

tella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada Christiano està obligado à hazer en peligros semejantes, antes se encomiendan a sus damas, con tanta gana y deuocion, como si ellas fueran su Dios: cosa que me parece que huele algo a Gentilidad. Señor, respondió don Quixote, esto no puede ser menos: en ninguna manera, y caeria en mal caso el cauallero andante que otra cosa hiziesse, que ya està en vso, y costumbre en la caualleria andantesca, que el cauallero andante, que al acometer algun gran fecho de armas, tuuiesse su señora delante, buelua a ella los ojos blanda, y amorosamente, como que le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoso trance que acomete. Y aun si nadie le oye, està obligado a dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende. Y desto tenemos innumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dexar de encomendarse a Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo esso, replicò el caminante, me queda vn escrupulo, y es, que muchas vezes he leydo, que se trauan palabras entre dos andantes caualleros, y de vna en otra se les viene a encender la colera, y a boluer los caualllos, y tomar vna buena pieça del campo, y luego sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el vno cae por las ancas del caualllo, pasado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene tambien, que a no tenerse a las cri-

Segunda parte de don

nes del fuyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuuo lugar para encomendarse a Dios, en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastò, encomendandose a su dama, las gastara en lo que deuia, y estaua obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes, tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Effeno no puede ser, respondió don Quixote: Digo, que no puede ser, que aya cauallero andante sin dama, porque tan proprio, y tan natural, les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Y a buen seguro, que no se aya visto historia, donde se halle cauallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuuiesse sin ellos, no seria tenido por legitimo cauallero, sino por bastardo, y que entrò en la fortaleza de la caualleria dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo esso, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) auer leydo que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuuo dama señalada a quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente, y famoso cauallero. A lo qual, respondió nuestro don Quixote: Señor, vna golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se que de secreto estaua esse cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, a quien no podia yr a la mano. Pero en resolucion, aueriguado está muy bien, que el

tenia

tenia vna sola, a quien el auia hecho señora de su voluntad: a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se preciò de secreto cauallero. Luego si es de essencia, que todo cauallero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profesion. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compañía, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida, y seruida, de vn tal cauallero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar, si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la siruo, solo se dezir (respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulzinea, su patria el Toboso vn lugar de la Mancha: su calidad por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia. Su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen à hazer verdaderos todos los impossibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo: sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales: perlas sus dientes aluaastro su cuello: marmol su pecho, marfil sus manos: su blancura nieue: y las partes q̄ a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerla, y no cõpa-

Segunda parte de don

rarlas. El linaje, profapia, y alcurnia, querríamos
faber, replicò Viualdo. A lo qual, respondió don
Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y
Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas,
y Virfinos: ni de los Moncadas, y Requescenes de Ca
taluña: ni menos de los Rebellas, y Villanouas de Va
lencia: Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas,
Lunas, Alagones, Vrreas, Fozes, y Gurreas de Ara
gon: Cerdas, Manriques, Mendoças, y Guzmanes
de Castilla: Alencastros, Pallas, y Meneses de Por
tugal: pero es de los del Toboso de la Mancha,
linage aunque moderno, tal que puede dar género
so principio a las mas ilustres familias de los veni
deros siglos: y no se me replique en esto, sino fuere
con las condiciones que puso Cerbino, al pie del
trofeo de las armas de Orlando, que dezia: Nadie
las mueua, que estar no pueda con Roldan a prueua.
Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo.
Respondio el caminante: No le osaré yo poner con
el del Toboso de la Mancha: puesto que para de
zir verdad, semejante apellido, hasta aora no ha lle
gado a mis oydos. Como esso no aura llegado, re
plicò don Quixote. Con gran atencion yuan es
cuchando todos los demas la platica de los dos:
y aun hasta los mesmos cabreros, y paltores, co
nocieron la demasiada falta de juyzio de nuestro
don Quixote. Solo Sancho Pança pensaua que quã
to su amo dezia era verdad, sabiendo el quien era, y
auiendole conocido desde su nacimiento. Y en
lo que dudaua algo, era en creer aquello de la lin
da Dulzinea del Toboso, porque nunca tal nom
bre, ni tal Princesa, auia llegado jamas a su noticia,

aunque viuia tan cerca del Toboso. En estas platicas yuan, quando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hazian, baxauan hasta veynte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que a lo que despues parecio, erã qual de Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos traian vnas andas, cubiertas de mucha diuersidad de flores, y de ramos. Lo qual visto por vno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grifostomo, y el pie de aquella montaña, es el lugar donde el mandò que le enterrassen. Por esto se dieron priessa a llegar, y fue a tiempo, que ya los que venian, auian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estauan cauando la sepultura, a vn lado de vna dura peña. Recibieronse los vnos, y los otros cortésmente. Y luego don Quixote, y los que con el venian, se pusieron a mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores vn cuerpo muerto, vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraua que viuo auia sido de rostro hermoso, y de disposion gallarda. Al rededor del, tenia en las mesmas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y assi los que esto mirauan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli auia, guardauan vn marauilloso silencio. Hasta que vno de los que al muerto truxeron, dixo a otro: Mirã bien Ambrosio, si es este el lugar que Grifostomo dixo. Ya quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento? Este es, respondio Ambrosio, que muchas vezes, en el me contò mi desdichado amigo, la his-

Segunda parte de don

toria de su desuétura. Allí me dixo el, que vio la vez primera, a aquella enemiga mortal del linaje humano: y allí fue tambien, donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto, como enamorado: y allí fue la vltima vez, donde Marcela le acabò de desengañar, y desdenar, de suerte que puso fin a la tragedia de su miserable vida. Y aqui en memoria de tantas desdichas, quiso el que le depositassen en las entrañas del eterno oluido. Y boluiendose a don Quixote, y a los caminantes, prosiguió, diziendo: Esse cuerpo señores, que con piadosos ojos estais mirando, fue depositario de vn alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grifostemo, que fue vnico en el ingenio, solo en la cortesia, estremo en la gentileza, Fenix en la amistad, magnifico sin tassa, graue sin presuncion, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo, en todo lo q̄ fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido, adoro, fue desdenado, rogò a vna fiera, importunò a vn marmol, corrio tras el viento, dió voces a la soledad, sirvió a la ingratitud, de quien alcançò por premio, ser despojos de la muerte, en la mitad de la carrera de su vida. A la qual dio sin vna pastora, a quien el procuraua eternizar, para que viuiera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien estos paños que estais mirando. Si el no me huuiera mandado que los entregara al fuego, en auiendo entregado su cuerpo a la tierra. De mayor rigor, y crueldad vsareis vos con ellos, dixo Viualdo, que su mesmo dueño: pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo.

todo razonable discurso. Y no le tuuiera bueno Augusto Cesar, si consintiera que se pusiera en execucion, lo que el diuino Mantuano dexó en su testamento mandado. Ansi, que señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo a la tierra, no querais dar sus escritos al oluido, que si el ordenó como agrauado, no es bien que vos cumplais como indiscreto. Antes hazed, dando la vida a estos papeles, q̄ la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirua de exemplo en los tiempos que estan por venir a los viuietes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos: que ya se yo, y los que aqui venimos, la historia deste vuestro enamorado, y desesperado amigo: y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia, se puede sacar, quanto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grifostomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que a rienda suelta corren por la senda que el desuariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grifostomo, y que en este lugar auia de ser enterrado, y assi de curiosidad, y de lastima, dexamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir a ver con los ojos lo que tanto nos auia lastimado en oyllo. Y en pago desta lastima, y del desseo que en nosotros nacio de remedialla si pudieramos, terogamos, o discreto Ambrosio: alomenos, yo te lo suplico de mi parte, que dexádo de abrasar estos papeles, me dexes llevar algunos de ellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca

Segunda parte de don

estiuau, viendo lo qual Ambrosio dixo: Por cortèsia, consentirè que os quedeis señor con los que ya aueis tomado, pero pensar que dexarè de abrigar los que quedan, es pensamiento vano. Viualdo, que desseaua ver lo que los papeles dezian, abrio luego el vno dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion desesperada. Oyolo Ambrosio, y dixo: Esse es el vltimo papel que escriuio el desdichado, y porque veais señor, en el termino que le tenian sus desuenturas, leelde de modo que seais oydo, que bien os darà lugar a ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esse hare yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunstantantes tenian el mesmo desseo, se le pusieron a la redonda, y el leyendo en voz clara, vio que asì dezia.

Cap. XVIII. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados successos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

Y A que quieres cruel que se publique
De lengua en lengua, y de vna en otra gente,
Del aspero rigor tuyo la fuerça:
Harè que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el vso comun de mi voz tuerça.
Y al par de mi desseo que se esfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yra el acento,
Y en el mezcladas por mayor tormento
Pedagos de las miseras entrañas.

Escu.

Escucha pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de vn forçoso desuavio,
Por gusto mio, sale y tu despecho.
El rigor del Leon, del Lobo fiero,
El temeroso aullido, el siluo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable:
Balando de algun monstruo, el agorero,
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro, el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
del embidiado buho con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para contalle pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo, oyran los tristes ecos,
Ni del famoso Beris las oliuas:
Que alli se esparziran mis duras penas
En altos riscos, y en profundos hucos,
Con muerta lengua, y con palabras viuas.
O ya en escúros valles, o en esquinas
Playas, desnudas de contrato humano,
O a donde el sol jamas mostrò su lumbre,
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libro llano.

Segunda parte de don

Que puesto que en los paramos desiertos,
Los ecos roncacos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Seran llenados por el ancho mundo.
Mata vn desden, a tierra la paciencia,
O verdadera, o falsa vna sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte?
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra vn temor de oluido no aprouecha
Firme esperanga de dichosa suerte.
En todo ay cuenta ineuitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) viuo
Zeloso, ausente, desdenado y cierto,
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el oluido en quien mi fuego auiuo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista a ver en sombra a la esperanga,
No yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
Puedese por ventura en vn instante
Esperar y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo si el duro zelo esta delante
Decerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
Quien no abra de par en par las puertas
A la desconfianza quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga conuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?

O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
Dame desden vna torcida sogá,
Mas ay de mi, que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte, ni en la vida,
Pertinax estarè en mi fantasia:

Dirè que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida.
A la de amor antigua tyrania.

Dirè que la enemiga siempre mia
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
y que su oluido de mi culpa nace,
Y que en fè de los males que nos haze
Amor su Imperio en justa paz mantiene.

Y con esta opinion, y vn duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduxido sus desdenes,
Ofrecerè a los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, o palma, de futuros bienes.

Tu que con tantas sinrazones muestras
La razon, que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:

Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco.

Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.

.. Segunda parte de don

Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre que el fin mio, fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que está tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sifiso venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio traya su buytre, y ansi mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa,
(Si ya a vn desesperado son deuidas)
Canten obsequias tristes doloridas
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstros
Lleuen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece,
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes,
Quando mi triste compañia dexes,
Antes pues que la causa do nacistes,
Con mi desdicha augmentas su ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

Bien les parecio a los que escuchado auian la can-
ció de Grisostomo, puesto que el q̄ la leyo, dixo,
que no le parecia q̄ conformaua con la relacion q̄ el
auia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque
en ella se quexaua Grisostomo de zelos, sospechas,
y de

y de ausencia, todo en perjuizio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondio Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que señor os satisfagais de su duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escriuio esta cancion, estava ausente de Marcela, de quien el se auia ausentado por su voluntad, por ver si vsaua con el la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le de alcance: assi le fatigauan a Grisostomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto, la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdeñosa: la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerle falta alguna. Assi es la verdad, respondio Viualdo: y queriendo leer otro papel de los que auia reseruado del fuego, lo estoruò vna maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvissamente se les ofrecio a los ojos, y fue, que por cima de la peña, donde se cauaua la sepultura, parecio la pastora Marcela, tan hermosa que passaua a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la auian visto, la mirauan con admiracion, y silencio: y los q̄ ya estauan acostumbrados a verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la auian visto. Mas apenas la huuo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, o fiero basilisco destas montañas, si con tu presenc̄a vierté sangre las heridas deste miserable, a quie tu crueldad quitò la vida? O vienes a vsanarte

en las crueles hazañas de tu condicion? O aver de
de essa altura, como otro despiadado Nero, el incē-
dio de su abrasada Roma? O a pisar arrogante este
desdichado cadauer, como la ingrata hija al de su
padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, o q̄
es aquello de que mas gustas, que por saber yo, que
los pensamientos de Grisostomo, jamas dexaron de
obedecerte en vida, harè que aun el muerto te obe-
dezcan los de todos aquellos que se llamaron sus
amigos? No vengo, o Ambrosio, a ninguna cosa de
las que has dicho, respondió Marcela, sino a boluer
por mi misma, y a dar a entender, quan fuera de ra-
zon van todos aquellos q̄ de sus penas, y de la muer-
te de Grisostomo me culpan: y assi ruego a todos
los que aqui estais, me esteis atentos, que no serà
menester mucho tiempo, ni gastar muchas pala-
bras, para persuadir vna verdad a los discretos. Hi-
zome el cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de
tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que
me ameis os mueue mi hermosura. Y por el amor
que me mostrais, dezis y aun quereis que estè yo
obligada a amaros. Yo conozco con el natural
entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo
hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon
de ser amado, estè obligado lo que es amado por her-
moso, a amar a quien le ama. Y mas, que podria acō-
tecer, q̄ el amador de lo hermoso fuesse feo: y siēdo
lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el de-
zir: Quierote por hermosa, hasme de amar aunq̄ sea
feo. Pero puesto caso que corran igualmēte las her-
mosuras, no por esso han de correr iguales los def-
feos, que no todas hermosuras enamoran, q̄ algunas

alegran la vista, y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorasen, y rindiesen, seria vn andar las voluntades confusas, y descaminadas, sin saber en qual auian de parar. Porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos auian de ser los desseos. Y segun yo he oydo dezir, el verdadero amor no se diuide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas, de que dezis que me quereis bien? Si no dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros porque no me amauades? Quanto mas, que auéis de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assi como la viuora no me rece ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto que con ella mata, por auersela dado naturaleza: tan poco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta, es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deue de parecer hermoso. Pues si la honestidad, es vna de las virtudes que al cuerpo, y alma mas adornan, y hermosa sean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerzas, e industrias, procura que la pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas montañas son mi compañía,

las.

Segunda parte de don

Las claras aguas destos arroyos mis espejos: con los arboles, y con las aguas, comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he defengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanças, no auiedo yo dado alguno a Grisostomo, ni a otro alguno: el fin de ninguno dellos, bié se puede dezir, que antes le matò su porfia, que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaua obligada a corresponder a ellos: digo, que quando en esse mismo lugar, donde aora se caua su sepultura, me descubriò la bondad de su intencion, le dixeyo, que la mia era viuir en perpetua soledad, y de q̄ sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si el con todo este defengañò, quiso porfiar contra la esperança, y naguegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su defatino? Si yo le entretuuiera, fuera falsa, si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y profupuesto. Porfiò defengañado, desesperò sin ser aborrecido: mirad aora, si será razón, que de su pena se me de a ni la culpa? Que xese el engañado, desesperese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanças, confiesse el que yo llamare, vfanese el que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni omicida, aquella a quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta aora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este general defengañò, sirua a cada vno de los q̄ me solicitan, de su particular prouecho: y entiendase de aquí

de aqui adelante, q̄ si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, por q̄ quie a nadie quiere, a ninguno deue dar zelos, q̄ los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiero, y basilisco, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el q̄ desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: q̄ esta fiero, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscarà, seruirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si a Grisostomo matò su impaciencia, y arrojado desseo, por q̄ se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo còseruo mi limpieza con la còpañia de los arboles, por q̄ ha de querer q̄ la pierda, el q̄ quiere q̄ la tenga con los hombres? Yo como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas: Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito a q̄l, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersaciò honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos pòr termino estas montañas: y si de aqui salen, es a contèplar la hermosura del cielo, passos cò q̄ camina el alma a su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluio las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de vn monte q̄ alli cerca estaua, dexàdo admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los q̄ alli estauan. Y algunos dieron muestras (de aquellos q̄ de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estauan heridos) de quererla seguir, sin aprouecharse del manifestode engaño q̄ auian oydo. Lo qual visto por don Quixote, pare-

Segunda parte de don

ciéndole que allí venia bien vsar de su caualleria, so-
corriendo a las donzellas menesterosas. Puesta la
mano en el puño de su espada, en altas, è inteligibles
vozes, dixo: Ninguna persona de qualquier estado,
y cõdicion q̄ sea, se atreua a seguir a la hermosa Mar-
cela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia.
Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones,
la poca, o ninguna culpa q̄ ha tenido en la muerte de
Grifostomo, y quã agenaviue de cõdescender cõ los
deseos de ninguno de sus amâtes: a cuya causa, es jus-
to q̄ en lugar de ser seguida, y perseguida, sea hõra-
da, y estimada de todos los buenos del mundo, pues
muestra q̄ en el, ella es sola la que cõ tan honesta in-
tencion viue. O ya que fuesse por las amenazas de
don Quixote, o por q̄ Ambrosio les dixo, que con-
cluyessen con lo que a su buen amigo deuian, ningun-
o de los pastores se mouiò, ni apartò de allí, hasta q̄
acabada la sepultura, y abrafados los papeles de Gri-
fostomo, pusierõ su cuerpo en ella, no sin muchas la-
grimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura
con vna gruesa peña, en tãto que se acabaua vna lo-
sa, q̄ segũ Ambrosio dixo pensaua mandar hazer, cõ
vn epitafio q̄ auia de dezir desta manera,

Y *Aze aqui de vn amador*
El misero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor:
Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingranta,
Con quien su Imperio dilata
La tirania de amor.

L Vego esparzieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame a su amigo Ambrosio, se despidieron del. Lo mesmo hizieron Viualdo, y su compañero, y don Quixote se despidio de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniessen con ellos a Seuilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradecio el auiso, y el animo que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Seuilla, hasta que huuiessen despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estauan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose a despedir de nuevo le dexaró, y prosiguieron su camino: en el qual no les faltó de q̄ tratar, afsi de la historia de Marcela, y Grisostomo, como de las locuras de don Quixote. El qual determinó de yr a buscar a la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auino como el pensaua, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia,

dando aqui fin la segunda parte,

(?)

TERCERA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.

Cap. XV Donde se cuenta la desgraciada auentura que se topó don Quixote, en topar con vnos desalmados langüeses.



VENTA El sabio Cide Hamete Venengeli, que assi como don Quixote se despidio de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grifostomo: el y su escudero, se entraron por el mismo bosque, donde vieron que se auia entrado la pastora Marcela. Y auiendo andado mas de dos horas por el, buscádola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a vn prado lleno de fresca yerua, junto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto que combidò, y forçò a pasar alli las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que alli auia, dieron saca a las alforjas, y sin cerimonia alguna, en buena paz, y compania, amo, y moço comieron lo que en ellas hallaron. No se auia curado Sancho de echar

ēchar sueltas a Rozinante, seguro de que le conoci^a por tan manso, y tan poco rioso, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal siniestro. Ordenò pues la fuerte, y el diablo, que no todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paciēdo vna manada de hacas Galicianas, de vnos harrieros Gallegos. De los quales es costūbre festear cò su requa en lugares y sitios de yerua y agua. Y aquel donde acertò a hallarse don Quixote, era muy a proposito de los Gallegos. Sucedió pues, que a Rozinante le vino en dēseo de refocilar se con las señoras facas: y saliendo asì como las olio de su natural passo, y costumbre, sin pedir licētia su dueño, tomò vn trocico algo picadillo, y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que a lo que parecio, denian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras, y con los diēdes de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelora. Pero lo que el denio mas de sentir fue, que viēdo los harrieros la fuerça que a sus yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto don Quixote, y sancho (que la paliza de Rozinante auian visto) llegauan hijadeando. Y dixo don Quixote a Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, estos no son caualleros, sino gente foez, y de baxa ralea. Digolo porque bien me puedes ayudar a tomar la deuida vengança, del agrauio que delante de nuestros ojos se le a hecho a Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quiza

Tercera parte de don

no fotros, sino vno y medio. Yo valgo por ciento, replicó dō Quixote, y sin hazer mas discursos echó mano a su espada, y arremetio a los Gallegos, y lo mesmo hizo Sancho Pança, incitado, y mouido del exemplo de su amo. Y a las primeras, dio don Quixote vna cuchillada a vno, que le abrió vn sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los Gallegos que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en medio, començaron a menudear sobre ellos con grande hahinco, y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su destreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniesse a caer a los pies de Rozinante, que aun no se auia levantado: donde se echa de ver, la furia con que machacan estacas, puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Gallegos el mal recado que auian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su requa, y siguieron su camino, dexando a los dos auentureros de mala traça, y de peor talante. El primero que se refintio, fue Sancho Pança, y hallandose junto a su señor, con voz enferma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor don Quixote? Que quieres Sancho hermano, respondió don Quixote, con el mesmo tono afeminado, y doliente, que Sancho. Querria si fuesse posible, respondió Sancho Pança, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella beuida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ay a mano, quiza será de prouecho para los quebrantamientos de

hue.

huelos, como lo es para las heridas. Pues a ternela yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaua, respondió don Quixote: Mas yo te juro Sancho Pança, a fe de cauallero andante, que antes que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece a vuestra merced que podremos mouer los pies, replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dixo el molido cauallero don Quixote) que no sabre poner termino a estos dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no auia de poner mano a la espada, contra hombres que no fuessen armados caualleros como yo. Y assi creo, que en pena de auer passado las leyes de la caualleria, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diesse este castigo. Por lo qual Sancho Pança, conuiene que estes advertido en esto que agora te dire, porque importa mucho a la salud de entrambos, y es, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agrauio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo hare en ninguna manera, sino pon tu mano a tu espada, y castigalos muy a tu sabor, que si en su ayuda, y defensa, acudieren caualleros, yo te sabre defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya auras visto por mil señales, y experiencias hasta a donde se estiende el valor de este mi fuerte brazo. Tal quedò de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcayno. Mas no le parecio tambien a Sancho Pança, el auiso de su amo, que dexasse de responder, diciendo: Señor, yo soy hombre pacifico, manso, sossegado, y se dissimular

Tercera parte de don

qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentan, y criar. Afsi, que seale a vuestra merced tambien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano, ni contra cauallero. Y que desde aqui, para delante de Dios, perdono quâtos agrauios me ha hecho, y han de hazer: ora me los aya hecho, o haga, o aya de hazer: persona alta, o baxa, rico, o pobre: hidalgo, o pechero: sin eceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oy do por su amo, e respondió: Qui siera tener aliento, para poder hablar vn poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara, tanto quanto, para darte a entender Pança, en el error en que estás. Ven aca pecador, si el viento de la fortuna hasta aora tan contrario, en nuestro fauor se buelue, lleuándonos las velas del desseo, para que seguramente sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tēgo prometida: que seria de ti, si ganandola yo, te hiziesse señor della, pues lo vendras a impossibilitar por no ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intención de vengar tus injurias, y defender tu señorío. Porque has de saber, que en los Reynos, y prouincias nueuamente conquistados, nunca está tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nueuo señor, que no se tengan temor de que han de hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo las cosas, y boluer como dicen, a prouar ventura. Y afsi es menester, que el nueuo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse, en qualquiera acontecimiento. En este q̄ aora nos ha acontecido, respondió Sâcho, qui-

quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor que vuestra merced dize: Mas yo le juro a fè de pobre hombre, que mas eltoy para bizmas, que para plasticas. Mire vuestra merced si se puede leuantar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiento. Iamastal crei de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin, bien dizen, que es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas, y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio a aq̄l desdichado cauallero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiento fuy o, esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Sancho, replicò don Quixote, deuen de estar hechas a semejantes nublados, poro las mias criadas entre sinabafas, y olandas, claro està q̄ sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuesse porq̄ imagino (q̄ digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya q̄ estas desgracias son de la cosecha de la caualleria, dígame v̄a merced, si suceden muy a menudo, osi tienen sus tiépos limitados en q̄ acaecē, porq̄ me parece a mi, q̄ a dos cosechas quedaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sancho, respondió don Quixote, que la vida de los caualleros andantes, està sujeta a mil peligros, y desuenturas: y ni mas, ni menos està en potencia propinqua de ser los caualleros

Tercera parte de don

andantes, Reyes, y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia, en muchos y diuersos caualleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudierate cótar agora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su braço, han subido a los altos grados que he contado. Y estos mesmos, se vió antes, y despues en diuersas calamidades, y miserias: porq̃ el valeroso Amadis de Gaula, se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quié se tiene por auerigado, q̃ le dio teniêdo le preso, mas de dozientos açotes có las riêdas de su cauallo, atado a vna coluna de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y de no poco credito, que dize, que auiendo cogido al cauallero del Febo con vna cierta trápa que se le hundio debaxo de los pies, en vn cierto castillo, y al caer se hallò en vna honda sima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y alli le echaron vna destas que llaman melezinas, de agua de nieue, y arena, de lo que llegò muy alcabo: y sino fuera focorrido en aq̃lla grã cuyta, de vn sabio grãde amigo suyo, lo passara muy mal el pobre cauallero. Ansi, que bien puedo yo passar entre tanta buena gente. Que mayores afrentas son las q̃ estos passaron, que no las que aora nosotros passamos: porque quiero hazerte sabidor Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos. Y esto està en la ley del due-lo escrito por palabras expressas: que si el çapatero da a otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirâ que queda apaleado aquel a quien dio con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que que-
damos

damos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (a lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron a mi lugar, respondió Sancho, a que mirasse en tanto, por que a penas puse mano a mi tizona, quando me sanguiaron los ombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerza de los pies, dando conmigo a donde aora yago, y adonde no me da pena alguna, el pensar si fue afrenta o no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tã impressos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te hago saber hermano Pança, replicò don Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consume. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, de aquella que aguarda al tiempo que la consume, y a la muerte que la acabe. Si esta nuestra desgracia fuera de aqllas q̄ con vn par de bizmas se curã, aun no tan malo, pero voy viendo q̄ no hã de bastar todos los emplastos de vn hospital, para ponerlas en buẽ termino siquiera. Dexate de esso, y saca fuerzas de flaq̄za Sãcho, respòdiò don Quixote, q̄ assi hare yo, y veamos como està Rozinante, q̄ a lo q̄ me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de q̄ maravillarse de esso, respondió Sancho, siendo el tan buẽ cauallero andante: Delo q̄ yo me maravillo, es de q̄ mi jumêto aya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siêpre dexa la vêtura vna puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas.

Tercera parte de don

ellas, dixo don Quixote. Digolo, porque essa bestezuela podra suplir a ora la falta de Rozinante, lleuãdome a mi desde aqui a algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendre a deshórra la tal caualleria, porque me acuerdo auer leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayo, y pedagogo del alegre Dios de la risa, quando entrò en la ciudad de las cien puertas, yua muy a su plazer cauallero sobre vn muy hermoso asno. Verdad serà, que el deuia de yr çauallero como vuestra merced dize, respondió Sancho: pero ay grande diferècia del yr cauallero, al yr atraueñado como costal de vasura. A lo qual respondió don Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, q̄ la quitan. Así que Pança amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, leuantate lo mejor que pudieres, y pon te de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui antes que la noche venga, a buscar en este despoblado. Pues yo he oydo decir a vn de vuestra merced dize Pança que es muy de caballeria, que se durmió en los parramos, y desierto, sobre la peña, y que lo tienen a mucha ventura. A lo qual dixo don Quixote, quando no pueden ninar, o quando estan enamorados: y es tã verdad esto, que ha auido cauallero, que se ha estado sobre vna peña, al sol, y a la sombra, y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiesse su señora. Y vno de otros fue Amadis, quando llamandose Beltezebros, se aloxò en la peña Polio, ni se si ocho años, o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que el estuuo alli haziendo penitencia, por no se que sinfabor que le hizo la señora Oriana. Pero

dexe-

dexemos ya esto Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como a Rozinante. Aun ahiferia el diablo, dixo Sancho, y despidiéndolo treinta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynte pesetes, y reniegos, de quien alli le auia traído, se leuato, quedandose agouiado en la mitad del camino, como arco Turquesco, sin poder acabar de endereçarse: y cõ todo este trabajo aparejò su asno (que tambien auia andado algo destraydo con la demasiada libertad de aquel dia. Leuantò luego a Rozinante, el qual si tuuiera lengua con que quejarse, a buen seguro que Sancho, ni su amo no le fuerã en çaga. En resolucion, Sancho acomodò a don Quixote sobre el asno, y puso de reata a Rozinante: y lleuado al asno de cabestro, se encaminò poco mas a menos hàzia donde le parecio que podia estar el camino real. Y la suerte, que sus cosas de bien en mejor yua guiãdo, aun no huuo andado vna pequeña legua, quando le deparò el camino, en el qual descubrio vna venta, que a pesar suyo, y gusto de don Quixote, auia de ser castillo. Porfiava Sancho que era venta, y su amo que no sño castillo: y tanto durò la porfia, que tuuierò lugar sin acabar la de llegar a ella en la qual Sãcho se entrò sin mas aueriguacion con toda su requa.

Cap. XVI. De lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta, que el imaginaua ser castillo.



L Ventero, que vio a don Quixote arruesado en el asno, preguntò a Sãcho, que mal traía? Sancho le respondió, que no era nada, sino que auia dado vna cayda de:

Tercera parte de don

de vna peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus proximos: y assi acudio luego a curar a don Quixote. Y hizo que vna hija suya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudasse a curar a su huesped. Seruia en la venta assi mesmo vna moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma: del vn ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardia del cuerpo suplia las demas faltas. No tenia siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas que algun tanto le cargauan, la hazian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moça pues, ayudò a la donzella: y las dos hizieron vna muy mala cama a don Quixote en vn camaranchon, que en otros tiempos daua manifiestos indicios, que auia seruido de pajar muchos años. En la qual tambien aloxaua vn harriero, que tenia su cama hecha vn poco mas alla de la de nuestro don Quixote. Y aunque era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hazia mucha ventaja a la de don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy yguales bancos, y vn colchon que en lo sutil, parecia colcha, lleno de bodoques, que a no mostrar que eran de lana, por algunas roturas, al tienpo en la dureza semejauan de guijarro, y dos saunas, hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera vno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò don Quixote. Y luego la ventera y su hija, le em-

plasta.

plastaron de arriba abajo, alumbrandoles Maritor-
nes, que assi se llamaua la Asturiana. Y como al biz-
malle viesse la ventera tan acardenalado a partes a
don Quixote, dixo, que aquello mas parecian gol-
pes que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino
que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y
que cada vno auia hecho su cardenal. Y tambien le
dixo, haga vuestra merced señora de manera que
queden algunas estopas, que no faltara quien las
aya menester, que tambien me duelen a mi vn po-
co los lomos. Dessa manera, respondió la vente-
ra, tambien deuistes vos de caer. No cay, dixo San-
cho Pança, sino que del sobresalto que tomè de ver
caer a mi amo, de tal manera me duele a mi el cuer-
po, que me parece que me han dado mil palos.
Bien podra ser esso, dixo la donzella, que a mi me
ha acontecido muchas vezes, soñar que caya de
vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al
fuelo, y quando despertaua del sueño, hallarme tan
molida y quebrantada, como si verdaderamen-
te huuiera caydo. Ay està el toque señora, res-
pondio Sancho Pança, que yo sin soñar nada, si-
no estando mas despierto que aora estoy, me hallo
con pocos menos cardenales que mi señor don
Quixote. Como se llama este cauallero, pregun-
tò la Asturiana Maritornes? Don Quixote de la
Mancha, respondió Sancho Pança, y es caualle-
ro auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, que
de luengos tiempos aca se han visto en el mundo.
Que es cauallero auenturero, replicò la moça? Tan
nueua fois en el mundo que no lo sabeis vos, res-
pondio Sancho Pança: Pues sabed hermana mia,
que

Tercera parte de don

que cauallero auenturero, es vna cosa que en dos palabras se ve apalcado, y Emperador. Oy està la mas desdichada criatura del múdo, y la mas menestero-fa, y mañana tendria dos o tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siédolo deste tan buen señor, dixo la vëtera, no teneis a lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondio Sancho, porque no ha sino vn mes, que andamos buscando las auenturas, y hasta aora no hemos topado có ninguna que lo sea. Y tal vez ay que se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo contrechado della, no trocariã mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estaua escuchando muy atento don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dixo: Creedme fermosa señora, que os podeis llamar venturosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propria enuilece: pero mi escudero os dirà quien soy: Solo os digo, que tendre eternamente escrito en mi memoria, el seruicio que me auedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, q̄ el amor no me tuuiera tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa donzella fueran señores de mi libertad. Confusas estauan la vëtera y su hija. Y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante cauallero, que así las entendia como si hablara en Griego: aunque bien alcançaró
que

que todas se encaminauan a ofrecimiento y requiebros, y como no vsadas. A semejante language mirauanle y admirauanse, y pareciales otro hombre de los que se vsauan, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò a Sancho, que no menos lo auia menester que su amo. Auia el harriero conuerado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos: y ella le auia dado su palabra, de que en estando sossegados los huespedes y durmiendo sus amos le yria a buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandasse. Y cuenta se desta buena moça, que jamas dio semejantes palabras, que no las cumpliesse, aunque las diesse en vn monte y sin testigo alguno. Porq̃ presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de seruir en la veta. Porq̃ dezia ella q̃ desgracias y malos sucessos, la auia traydo a aquel estado. El duro, estrecho, apocado y femetido lecho de dõ Quixote, estaua primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto a el hizo el suyo Sancho, q̃ solo contenia vna estera de enea y vna manta, que antes mostraua ser de angeo ruidido, q̃ de lana: sucedia a estos dos lechos, el del harriero, fabricado como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos q̃ trahia: aunq̃ eran doze luzios, gordos, y famosos: Porq̃ era vno de los ricos harrieros de Arevalo, segun lo dize el autor desta historia, q̃ deste harriero haze particular menciõ, porq̃ le conocia muy biẽ, y aun quieren dezir q̃ era algo pariente suyo. Fuera de q̃ Cide Mahamate Benê geli fue historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas: y echase biẽ de ver, pues las q̃ quedã

Tercera parte de don

referidas con ser tan minimas y tã rateras, no las quã
fopassar en silêcio. De donde podran tomar exêplo
los historiadores graues, que nos cuentan las accio-
nes, tan corta y sucintamente, que apenas nos llegã
a los labios, dexãdose en el tintero, ya por descuydo,
por malicia, o ygnorãcia, lo mas sustancial dela obra.
Biẽ ay a mil vezes el autor de Tablante, de Ricamõ-
te, y aquẽl del otro libro, donde se cuẽta los hechos
del conde Tomillas, y con q̃ puntualidad lo descri-
uen todo. Digo pues q̃ despues de auer visitado el ha-
rriero a su requa y dadole el segundo piẽso, se tẽdio
en sus enxalmas y se dio a esperar a su puntualissima
Maritornes. Ya estaua Sancho bizmado y acostado,
y aunque procuraua dormir, no lo cõsentia el dolor
de sus costillas, y don Quixote cõ el dolor de las su-
yas, tenia los ojos abiertos como liebre: toda la ven-
ta estaua en silencio, y en toda ella no auia otra luz q̃
la que daua vna lampara, que colgada en medio del
portal ardia. Esta marauillosa quietud, y los pensa-
miẽtos que siempre nuestro cauallero trahia, de los
sucessos que a cada passo se cuentan en los libros, au-
tores de su desgracia, le truxo a la ymaginacion,
vna de las estrañas locuras que buenamente ymagi-
narse pueden. Y fue, que el se ymaginò auer llegado
a vn famoso castillo (q̃ como se ha dicho, castillos
eran a su parecer todas las ventas donde aloxaua) y
que la hija del ventero, lo era del seõor del castillo,
la qual vécida de su gẽtileza, se auia enamorado del,
y prometido que aquella noche a furto de sus pa-
dres vendria a yazer con el vna buena pieça: y teniẽ
do toda esta quimera (que el se auia fabricado) por
firme y valedera, se comẽço a acuytar, y a pensar en
el pe-

el peligroso trance en q̄ su honestidad se auia de ver. Y propuso en su coraçõ, de no cometer a leuosia a su señora Dulzinea del Toboso, aunque la mesma reyna Ginebra con su dama Quintañona, se le pudiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con tacitos y atentados passos, entrò en el aposento dõde los tres aloxauan, en busca del harriero. Pero apenas llegó a la puerta, quando don Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pesar de sus bizmas, y cõ dolor de sus costillas, tendio los braços para recibir a su hermosa donzella la Asturiana, que toda recogida y callando, yua con las manos delante, buscando a su querido. Topò con los braços de don Quixote, el qual la asio fuertemente de vna muñeca, y tirandola hàzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, a elle parecio ser de finissimo y delgado cendal. Trahia en las muñecas vnas cuentas de vidro, pero a el le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tirauan a crines, el los marcò por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecia. Y el aliento, que sin duda alguna olia a ensalada hambre y trasnochada, a el le parecio que arrojaua de su boca vn olor suave y aromatico: y finalmente el la pintò en su ymaginacion, de la misma traça y modo, lo que auia leydo en sus libros de la otra Princesa, que

Tercera parte de don

vino a ver el mal ferido cauallero vécida de sus amores, con todos los adornos q̄ aqui van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto ni el aliento, ni otras cosas que trahia en sí la buena dōzella, no le defengañauan, las quales pudierā hazer vomitar a otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços a la diosa de la hermosura. Y teniendola bien asida, con voz amorosa y baxa, le començo a dezir: Quisiera hallarme en terminos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la que con la vista de vuestra grã ferrosura me auedes fecho, pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfazer a la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade a esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fè que tengo dada, a la simpár Dulzinea del Toboso, vnica señora de mis mas escondidos pèfamiétos. Que si esto no viera de por medio, no fuera yo tan sandio cauallero, que dexara passar en blãco, la venturosa ocasion en que vuestra grã bondad me ha puesto. Maritornes estaua congoxadissima y trasudãdo, de verse tã asida de don Quixote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le dezia, procuraua sin hablar palabra desafirse. El bueno del harriero, a quien tenian despierto sus malos desseos, desde el punto que entrò su Coyma por la puerta la sintiò: estuuò atentamente escuchando todo lo que don Quixote dezia, y zeloso de que la Asturiana le vuièsse faltado la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de don Quixote, y estuuò se que-

se quedò, hasta ver en que parauan aquellas razones que el no podia entender. Pero como vio que la moça forcejaua por desafirse, y don Quixote trabaxaua por tenella. Pareciendole mal la burla, enarbolò el braço en alto y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado cauallero, que le bañò toda la boca en sangre: y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote, se las passò todas de cabo a cabo. El lecho, que era vn poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, dio còsigo en el suelo, a cuyo grã ruido despertò el ventero y luego ymaginò que deuiã de ser pendencias de Maritornes, porque auiendola llamado a bozes no respondia: con esta sospecha se leuantò y encendiendo vn candil, se fue hàzia donde auia sentido la pelaza: la moça viendo que su amovenia y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogio a la cama de Sancho Pança que aũ dormia, y alli se acorruçò y se hizo vn ouillo, el ventero entrò diziendo: Adonde estàs puta? A buen seguro que son tres cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensò que tenia la pesadilla, y començo a dar puñadas a vna y otra parte, y entre otras alcançò con no se quantas a Maritornes, la qual sentida del dolor echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho, con tantas que a su despecho le quitò el sueño, el qual viendose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçandòse como pudo, se abraço con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuça del múdo. Viendo pues

Tercera parte de don

el harriero a la lumbre del candil del ventero, qual andaua su dama, dexádo a don Quixote, acudio a darle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente: porque fue a castigar a la moça, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y assi como fuele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priessa, q̄ no se dauan punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron a scuras, dauanse tan sin cópasió todos a bulto, que a doquiera q̄ ponian la mano, no dexauan cosa sana. Alo xaua a caso aquella noche en la venta vn quadrillero, de los q̄ llaman de la santa hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo ansi mesmo el estraño estruendo de la pelea, asio de su media vara, y de la caja de lata de sus titulos, y entrò a scuras en el aposento, diziédo: Tenganse a la justicia, tengãse a la santa hermandad. Y el primero con quien topò fue con el apuñeado de don Quixote, que estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole a tiento mano a las barbas, no cessaua de dezir, Fauor a la justicia: pero viendo q̄ el que tenia asido no se bullia ni meneaua, se dio a entender q̄ estaua muerto, y que los que alli dentro estauan eran sus matadores, y con esta sospecha, reforço la voz diziédo: Cierrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobrefaltò a todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retirose el ventero a su aposento, el harriero a sus enxalmas,
la mo-

la moça a su rãcho: solos los desuëturados, don Quixote y Sancho, no se pudieron mouer de donde estãnan. Solto en esto el quadrillero la barba de dõ Quixote, y salio a buscar luz para buscar y prèder los delinquentes, mas no la hallò, porque el ventero de industria auia muerto la lampara, quãdo se retirò a su estancia, y fuele forçoso acudir a la chimenea, dõde con mucho trabajo y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

Cap. XVII. Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sãcho Pança passaron en la venta, que por su mal pẽso que era castillo.



VIA ya buelto en este tiempo de su parafissimo don Quixote, y cõ el mesmo tono de voz con q̃ el dia antes auia llamado a su escudero, quãdo estaua tendido en el val de las estacas, le comẽço a llamar diziendo? Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tẽgo de dormir pesia a mi, respõdio Sancho lle no de pesadũbre y de despecho, q̃ no parece sino q̃ todos los diablos hã andado conmigo esta noche. Pue deslo creer ansi sin duda, respõdio dõ Quixote. Porq̃ o yo se poco, o este castillo es encãtado. Porq̃ has de saber, mas esto q̃ aora quiero dezirte, hasme de jurar q̃ lo tendras secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respõdio Sancho. Digo lo, replicò dõ Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie. Digo que si juro, tornò a dezir Sancho, que lo callare hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega a Dios que lo pueda descubrir mañana. Tan

malas obras te hago Sancho, respondió don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por esso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo dō Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía: y así has de saber que esta noche me ha sucedido vna de las mas estrañas aventuras q̄ yo sabré encarecer, y por cōtártela en breue, sabras que poco ha q̄ a mi vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podría dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fè que deuo a mi señora Dulzinea del Toboso, dexare passar intactas, y en silencio? Solo te quiero dezir, que embidioso el cielo de tanto bien como la ventura me auia puesto en las manos. O quiça (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo: al tiempo que yo estaua con ella en dulcissimos y amorosissimos coloquios, sin que yo la viesse ni supiesse por donde venia, vino vna mano pegada a algun braço de algū descomunal Gigante, y assentome vna puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, q̄ estoy peor que ayer quando los Gallegos, q̄ por demasias de rozinante, nos hizieron el agrauio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta dōzella, le deue de guardar algun encantado Moro, y no deue de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han

me han aporreado a mi, de manera que el molimiento de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero diga me señor. Como llama a esta buena y rara aventura, auiendo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo en sus manos aquella incóparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida. Desdichado de mi y de la madre que me pario, que ni soy cauallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las mal andanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estás tu aporreado, respondió don Quixote? No le he dicho que si, pesa a mi linage, dixo Sancho. No tengas pena amigo, dixo don Quixote, que yo hare agora el balsemo precioso, cõ que sanaremos en vn abrir y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò a ver el que pensaua que era muerto, y asì como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa y con su paño de cabeça, y candil en la mano, y con vna muy mala cara, pregunto a su amo: Señor, si sera este a dicha el Moro encátado que nos buelue a castigar, si se dexo algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondió don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Sino se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho. Sino diganlo mis espaldas. Tambiẽ lo podrian dezir las mias, respondió don Quixote: pero no es bastante indicio esse, para creer que este que se vee sea el encantado Moro. Llegò el quadrillero, y como los hallò hablando en tan fofa gada conuersacion, quedò suspenso. Bien es verdad que aun don Quixote se estaua boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegò.

Tercera parte de don

se a el el quadrillero, y dixole: Pues como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondio dō Quixote, si fuera que vos. Vase en esta tierra hablar dessa suerte a los caualleros andantes, majadero? El quadrillero que se vio tratar tan mal, de vn hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, dio a don Quixote con el en la cabeça, de suerte que le dexò muy bien descalabrado, y como todo quedò ascuras, saliose luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda señor que este es el Moro encâtado, y deue de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Afsi es, respondio don Quixote, y no ay q̄ hazer caso destas cosas de encâtamentos, ni ay para q̄ tomar colera ni enojo con ellas, q̄ como son inuisibles y fantasticas, no hallaremos de quien végar nos, aunque mas lo procuremos. Leuantate Sancho si puedes, y llama al alcay de desta fortaleza, y procura que se me de vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad q̄ creo q̄ lo he bien menester aora, porq̄ se me va mucha sangre de la herida q̄ esta fantasma me ha dado. Leuátose Sãcho cō harto dolor de sus huesos, y fue ascuras donde estaua el vétero, y encontrandose cō el quadrillero q̄ estaua escuchando en que paraua su enemigo, le dixo: Señor quien quiera q̄ seays hazed nos merced y beneficio de darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino, q̄ es menester para curar vno de los mejores caualleros andantes q̄ ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encâtado Moro q̄ està en esta venta. Quãdo el quadrillero tal oyò, tuole por hōbre falso de se-
fo. Y

fo. Y porq̄ ya coméçaua a amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo q̄ aquel buen hōbre queria. El ventero le proueyo de quāto quiso, y Sācho se lo lleuò a don Quixote, q̄ estaua cō las manos en la cabeça, quexandose del dolor del cá dilazo, q̄ no le auia hecho mas mal q̄ leuantarle dos chichones algo crecidos, y lo q̄ el pensaua q̄ era sangre, no era sino sudor q̄ sudaua con la congoxa de la passada tormēta. En resoluciō el tomò sus simples, de los quales hizo vn cōpuesto, mezclandolos todos y coziédolos vn buē espacio, hasta q̄ le parecio q̄ estauā en su pūto. Pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la vuo en la venta, se resoluió de ponerlo en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quiē el vétero le hizo grata donaciō. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tātās. Ave Marias, salues, y credos, y a cada palabra acōpañaua vna cruz, a modo de bēdicion: a todo lo qual se hallaró presentes, Sancho, el vétero, y quadrillero, q̄ ya el harriero sossegadamēte andaua entendiēdo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso el mesmo hazer luego la esperiēcia de la virtud de aq̄l precioso balsamo q̄ el se ymaginaua, y asise beuió de lo q̄ no pudo caber en la alcuza, y q̄ daua en la olla dō de se auia cozido casi media azubre, y apenas lo acabò de beuer, quādo coméço a vomitar, de manera, q̄ no le q̄dò cosa en el estomago, y cō las ansias y agitación del vomito, le dio vn sudor copiosissimo, por lo qual mādò q̄ le arropassen y le dexassē solo. Hizierō lo así, y q̄dòse dormido mas de tres horas, al cabo d̄ las quales d̄sperto y se sintio aliuiadissimo d̄l cuerpo, y en tal manera mejor d̄ su quebrātamiēto, q̄ se tuuo.

Tercera parte de don

por sano. Y verdaderamente creyo que auia acertado con el balfamo de Fierabras, y que con aquel remedio, podia acometer desde alli adelante sin temor alguno, qualesquiera ruynas, batallas y pependencias, por peligrosas que fuesfen. Sancho Pança, que tambien tuuo a milagro la mejoría de su amo, le rogo q̄ le diese a el lo que quedaua en la olla, que no era poca cantidad. Concediofelo don Quixote, y el tomandola a dos manos, con buena fè y mejor talante, se la echo a pechos, y enuasò bien poco menos que su amo. Espues el caso, que el estomago del pobre Sancho, no deuia de ser tan delicado como el de su amo, y assi primero que vomitasse le dieron tantas ansias y vascas, con tantos trasudores y desfmayos, que el penso bien y verdaderamente, que era llegada su vltima hora: y viendose tã afligido y congoxado, maldezia el balfamo y al ladrò que se lo auia dado. Viendole assi dõ Quixote, le dixo: Yo creo Sancho que todo este mal te viene de no ser armado caballero: porque tengo para mi, que este licor no deue de aprouechar a los que no lo son. Si esso sabia vuestra merced, replicò Sancho, mal aya yo y toda mi parentela, para que consintio que lo gustasse? En esto hizo su operacion el breuage, y començo el pobre escudero a dessaguarse por entrambas canales, con tanta priessa, que la estera de enea sobre quien se auia buelto a echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de prouecho. Sudaua y trasduaua con tales parasismos y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron que se le acabaua la vida. Durole esta bonrasca y mala andança casi dos horas, al cabo de las quales no quedò como su amo, sino

tan

tan molido y quebrantado , que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho, se sintio aliuiado y sano , quiso partirse luego a buscar auenturas, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaua, era quitarle al mundo y a los en el menesterosos de su fauor y amparo : y mas con la seguridad y confiança que lleuaua en su balsamo: y assi forçado deste desseo , el mismo enfillò a Rozinante, y enalbardò al jumento de su escudero , a quien tambien ayudò a vestir, y a subir en el asno. Pusose luego a cavallo, y llegando a vn rincon de la venta, asio de vn lançon que alli estaua, para que le siruiesse de lança. Estauanle mirando todos quantos auia en la venta, que passauan de mas de veynte personas, mirauale tambien la hija del ventero, y el tambié no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojaua vn sospiro, que parecia que le arrancaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pensauã que deuia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pensauanlo aquellos que la noche antes le auia visto bismar. Ya que estuuieron los dos a cavallo, puesto a la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y graue, le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes señor alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo a agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vègado de algun soberuio que os aya fecho algun agrauio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vègar a los que reciben tuertos, y castigar aleuosias. Recorred vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os

prome.

Tercera parte de don

prometo por la orden de cauallero que recebi, de fa-
zeros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad.
El ventero le respondió con el mesmo sosiego: Se-
ñor cauallero, yo no tēgo necesidad de que vuestra
merced me venga ningun agrauio, porque yo se to-
mar la vengança q̄ me parece, quando se me hazen.
Solo he menester que vuestra merced me pague el
gasto q̄ esta noche ha hecho en la venta, asì de la pa-
ja y ceuada de sus dos bestias, como de la cena y ca-
mas. Luego venta es esta? Replico don Quixote. Y
muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vi-
uido hasta aqui, respondió don Quixote, que en ver-
dad que pense que era castillo, y no malo: pero pues
es así, que no es castillo sino venta, lo q̄ se podra ha-
zer por agora es, que perdoneys por la paga, que yo
no puedo contrauenir a la ordē de los caualleros an-
dātes. De los quales se cierto (sin que hasta aora aya
leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada
ni otra cosa, en veta donde estuuieſſer. Porque se les
deue de fuero y de derecho, qualquier buen acogi-
miento que se les hiziere, en pago del insufrible tra-
bajo que padecen, buscando las auenturas de noche
y de dia, en inuierno y en verano, a pie y a cauallo, cō
sed y con hambre, con calor y con frio, sugetos a to-
das las inclemencias del cielo. y a todos los incōmo-
dos de la tierra. Poco tengo yo que ver en esso, res-
pondio el ventero, pagueſeme lo que se me deue, y
demonos de cuētos, ni de cauallerias, q̄ yo no ten-
go cuenta cō otra cosa, que con cobrar mi haziēda.
Vos soys vn sandio y mal hostalero, respondió don
Quixote, y poniendo piernas al Rozinante, y terciā-
do su lançon, se salio de la veta sin que nadie le detu-
uieſſe,

nieffe, y el fin mirar si le seguia su escudero, se alógo vn buen trecho. El ventero que le vio yr, y que no le pagaua, acudio a cobrar de Sancho Pança, el qual dixó, que pues su señor no auia querido pagar, que rã poco el pagaria, porque siendo el escudero de cauallo andante, como era la mesma regla y razon corria por el como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinose mucho desto el ventero, y amenazole que sino le pagaua, que lo cobraria de modo que le pesasse. A lo qual Sãcho respondió, que por la ley de caualleria que su amo auia recebido, no pagaria vn solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no auia de perder por el la buena y antigua vfança de los caualleros andantes, ni se auian de quejar del los escuderos, de los tales que estauan por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaua en la venta, se hallassen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del portro de Cordoua, y dos vezinos de la heria de Seuilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y mouidos de vn mesmo espiritu, se llegaron a Sancho, y apeándole del asno, vno dellos entro por la manta de la cama del huesped, y echándole en ella, alçaron los ojos y vieron que el techo era algo mas baxo de lo q̄ auian menester para su obra, y determinaron salir se al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en mitad de la manta, començaron a leuãtarle en alto y a holgar se con el, como cõ

perro

Tercera parte de don

perro por carne y tolendas. Las voces que el misero manteado daua, fueron tantas, que llegaron a los oydos de su amo: el qual determinandose a escuchar atentamente, creyo que alguna nueva auétura le venia, hasta que claramente conocio que el que gritaua era su escudero, y boluiendo las riendas, con vn penado galope llego a la venta, y hallandola cerrada la rodeò, por ver si hallaua por donde entrar. Pero no vuo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia a su escudero. Viole baxar y subir por el ayre, con tanta gracia y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mi que se riera. Prouo a subir desde el cauallo a las bardas, pero estaua tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y assi desde encima del cauallo començo a dezir tantos de nuestros y baldones, a los que a Sancho manteauan, que no es posible acertar a escriuillos, mas no por esto cessauã ellos de su risa y de su obra, ni el bolador Sancho dexaua sus queexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprouechaua poco, ni aprouechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle alli su asno, y subiendolo encima, le arroparon con su gauan. Y la compalsiua de Maritornes, vièdo le tan fatigado, le parecio ser bien socorrelle con vn jarro de agua, y assi se le truxo del pozo por ser mas frio: tomole Sancho y lleuandole a la boca, se paro a las voces que su amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas que te matara, ves aqui tengo el santissimo balsamo (y enseaualle la alcuza del breuage) que con dos gotas que del beuas sanaras sin duda. A estas voces boluio Sãcho los

ojos

ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha ha sele olvidado a vuestra merced, como yo no soy cauallero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de anoche. Guardese su licor con todos los diablos, y dexeme a mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que se le truxesse de vino, y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mismo dinero, porque en efecto se dize della, que aunque estaua en aquel trato, tenia vnas sombras y lexos de Christiana. Assi como beuio Sancho, dio de los carcanos a su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della, muy contento de no auer pagado nada, y de auer salido cò su intencion, aunque auia sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedò con sus alforjas, en pago de lo que se le deuia: mas Sancho no las echò menos, segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, assi como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque don Quixote fuera verdaderamente de los caualleros andantes, de la tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

Cap. XVIII. Donde se cuenta las razones que passo Sancho Pança con su señor don Quixote, con otras auenturas dignas de ser contadas.

Tercera parte de don



LEGO Sãcho a su amo marchito y defamado, tanto que no podia harrear a su jumento. Quando asì le vio don Quixote, le dixo: Agora acabo de creer Sancho bueno, que aquel castillo, o venta, de que es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo. Y cõfirmo esto, por auer visto que quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me deuian de tener encantado, que te juro por la fè de quien soy, que si pudiera subir, o apearme, que yo te hiziera vengado, de manera que aquellos Tellones y Malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contrauenir a las leyes de la caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no consienten que cauallero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propria vida y persona, en caso de vrgente y gran necessidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado cauallero, pero no pude, aunque tengo para mi, que aquellos que se holgaron cõmigo, no erã fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dize, sino hombres de carne y de hueso, como nosotros, y todos segun los oy nombrar, quando me bolteauã tenian sus nombres, q̃ el vno se llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernãdez, y el vterero oy q̃ se llamaua Iuã Palomeque el Zurdo. Asì que señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cauallo, en al estuyo, que en encantamentos. Y lo
que

que yo faco en limpio de todo esto, es, que estas aué-
turas que andamos buscando, alcabo, alcabo, nos há
de traer a tantas desuéturas, que no sepamos qual es
nuestro pie derecho. Y lo q̄ seria mejor y mas acer-
tado, segun mi poco entendimiento, fuera el boluer-
nos a nuestro lugar, aora que es tiempo de la siega, y
de entender en la hazienda, dexandonos de andar de
ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen.
Que poco sabes Sancho, respòdio don Quixote, de
achaque de caualleria, calla y ten paciécia, que de ay
vendra, donde veas por vista de ojos, quan honrosa
cosa es andar en este exercicio. Sino dime, q̄ mayor
contèro puede auer en el mundo, o que gusto puede
ygualarle al de vécer vna batalla, y al de triunfar de
su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Afsi deue de
fer, respòdio Sancho, puesto que yo no lo se. Solo se
que despues q̄ somos caualleros andantes, o vuestra
merced lo es (que yo no ay para q̄ me cuente en tan
honroso numero) jamas hemos vécido batalla algu-
na, sino fue la del Vizcayno, y aun de aquella salio
vuestra merced cõ media oreja, y media zelada me-
nos, q̄ despues aca rodo ha sido palos y mas palos, pu-
ñadas y mas puñadas, lleuando yo de ventaja el má-
teamiento, y auerme sucedido por personas encanta-
das, de quien no puedo végar me, para saber hasta dõ
de llega el gusto del vécimiento del enemigo, como
vuestra merced dize. Esta es la pena q̄ yo tengo, y la
que tu deues tener Sancho, respòdio don Quixote:
pero de aqui adelãte, yo procurate auer a las manos
alguna espada hecha por tal maestria, q̄ al que la tru-
xere consigo, no le puedan hazer ningun genero de
encaatamētos. Y aun podria ser que me deparasse la

Tercera parte de don

ventura aquella de Amadis, quando se llamaua el cauallero de la ardiente espada, que fue vna de las mejores espadas que tuuo cauallero en el mundo: porq̄ fuera q̄ tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armadura por fuerte y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan véturoso, dixo Sancho, que quando esto fuesse, y vuestra merced viniessse a hallar espada semejante, solo vendria a seruir y aprouechar a los armados caualleros, como el balsamo, y a los escuderos q̄ se los papen due-
los. No temas esto Sãcho, dixo don Quixote, q̄ mejor lo hara el cielo contigo. En estos coloquios yuã don Quixote y su escudero, quando vio don Quixote q̄ por el camino que yuan, venia hazia ellos vna grande y espessa poluareda, y en viédola se boluio a Sancho y le dixo: Este es el dia, o Sãcho, en el qual se ha de ver el biẽ q̄ me tiene guardado mi suerte. Este es el dia digo, en q̄ se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi braço, y en el q̄ tengo de hazer obras q̄ queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aq̄lla poluareda, q̄ alli se leuãta Sãcho? Pues toda es quaxada de vn copiosissimo exercito, q̄ de diuersas è innumerables gentes, por alli viene marchando. A essa cuenta dos deuẽ de ser, dixo Sancho, porq̄ desta parte contraria se leuanta asì mesmo otra semejante poluareda. Boluio a mirarlo don Quixote, y vio que asì era la verdad: y alegrandose sobremanera, penso sin duda alguna, que eran dos exercitos que veniã a enuestirse y a encontrarse, en mitad de aquella espaciosa llanura. Porq̄ tenia a todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamẽtos, sucessos,
desati.

desafinos, amores, desafíos, que en los libros de cauallerias se cuentan: y todo quanto hablaua pensaua, o hazia, era encaminado a cosas semejantes, y la poluareda que auia visto, la leuantauan dos grandes manadas de ouejas y carneros, que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el poluo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaua don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino a creer, y a dezirle: Señor, pues que hemos de hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer y ayudar a los menesterosos y desualidos. Y has de saber Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande ysla Trapobana: este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas Pentapolen, del arremangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quieren tan malos dos señores, preguntò Sancho? Quieren se mal, respondió don Quixote, por que este Alefanfaron, es vn foribundo pagano, y està enamorado de la hija de Pentapolin, que es vna muy fermosa ya demas agraciada señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, sino dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quáto pudiere. En esto haras lo que deues Sancho, dixo don Quixote, porq̄ para entrar en batallas semejâtes, no se requiere ser armado cauallero. Bien se me alcança esto, respondió Sancho.

Tercera parte de don

Pero donde pödremos a este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porq̄ en entrar en ella en semejante caualleria, no creo que está en vso hasta agora. Assi es verdad, dixo don Quixote, lo que puedes hazer del, es dexarle a sus aventuras, ora se pierda, o no, porque serã tantos los cauallos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinãte, no le trueque por otro. Pero estame atêto, y mira que te quiero dar cuenta de los caualleros mas principales, que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retiremonos a aquel atrillo q̄ alli se haze, de donde se deuen de descubrir los dos exercitos. Hizieronlo ansi, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se vieran bien las dos manadas, que a don Quixote se le hizieró exercito, si las nuues del poluo que leuantauan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo esto, viendo en su ymaginacion lo que no veyani auia, con voz leuantada començo a dezir: Aquel cauallero que alli ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo vn leon coronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puête de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata, en campo azul, es el temido Micocólembo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarban de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerta, que segun es fama, es vna de las del templo que derribò Sã sôn, quando cò su muerte se vengò de sus enemigos.

Pero

Pero buelue los ojos a estotra parte, y veras delante y en la frente destotro exercito, al siempre vencedor y jamas vencido, Timonel de Carcajona, Principe de la nueua Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo vn gato de oro, en campo leonado, con vna letra que dize, Miau ; que es el principio del nombre de su dama, que segun se dize es la simpár Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarue : el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana , que trae las armas como nueue blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es vn cauallero nouel de nacion Frances , llamado Pierres Papin, señor de las Baronias de vtriq : el otro que bate las hijadas có los herrados carcanos, a aquella pintada y ligera cebra , y trae las armas de los veros azules , es el poderoso Duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque , que trae por empresa en el escudo vna esparraguera , con vna letra en Castellano, que dize así, Rastrea mi suerte. Y desta manera fue nombrando muchos caualleros, del vno y del otro esquadron que el se ymaginaua. Y a todos les dio sus armas, colores, empresas, y motes de improuiso, lleuado de la ymaginacion de su nunca vista locura , y sin parar prosiguió diziendo : A este esquadron frontero , forman y hazen gentes de diuersas naciones, aqui estan los que beuian las dulces aguas del famoso Xanto, los Mentuosos que pisan los Maslicos campos, los que cubren el finissimo y menudo oro, en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodoante, los que sangran por muchas y diuersas vias al dorado Pactolo,

Tercera parte de don

los Numidas dudosos en sus promessas, los Persas,
arcos y flechas, famosos Partos, los Medos, que pe-
lean huyendo, los Arabes de mudables cascas, los Ci-
tas tan crueles como blancos, los Etiopes de hor-
dados labios, y otras infinitas naciones, cuyos ros-
tros conozco y veo, aunque de los nombres no me
acuerdo. En estotro esquadron vienen los que be-
uen las corrientes cristalinas del oliuifero Betis, los
que tersan y pulen sus rostros, con el licor del siem-
pre rico y dorado Tajo, los que gozan las prou-
chosas aguas del diuino Genil, los q̄pisan los Tar-
tesios campos de pastos abundantes, los que se ale-
gran en los eliseos Xerezanos prados, los Manche-
gos ricos y coronados de rubias espigas, los de hie-
rro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda,
los que en Pisuerga se bañan, famoso por la manse-
dumbre de su corriente, los que su ganado apacien-
tan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadia-
na, celebrado por su escondido curso, los que tiem-
blan con el frio del siluoso Pirineo, y con los blan-
cos copos del leuantado Apenino. Finalmente,
quantos toda la Europa en si contiene y encierra.
Valame Dios y quantas prouincias dixo, quantas
naciones nombró, dandole a cada vna con marauil-
llosa presteza, los atributos que le pertenecian, to-
do absorto y empapado en lo que auia leydo en
sus libros mentirosos. Estaua Sancho Pança colga-
do de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando
en quando boluia la cabeça a ver si veyra los cau-
llosos y Gigantes que su amo nombraua: y como
no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo
al diablo hombre ni Gigante, ni cauallero de quan-
tos vues-

tos vuestra merced dize parece por todo esto, alomenos yo no los veo, quiza todo deue ser encátame to como las fantasmas de anoche. Como dizes esto, respondió don Quixote? No oyes el relinchar de los cauallos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atábores? No oygo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ouejas y carneros: y assi era la verdad, porq̄ ya llegauan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho q̄ ni veas ni oyas a derechas. Porq̄ vno de los efectos del miedo, es turbar los sentidos, y hazer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tâto temes, retirate a vna parte, y dexame solo, q̄ solo basto a dar la victoria, a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo esto, puso las espuelas a Rozinante, y puesta la lança en el ristre, baxò de la costezuela como vn rayo. Dióle voces Sancho, diziendole: Bueluase vuestra merced señor don Quixote, que boto a Dios que son carneros y ouejas las que va a enuestir: bueluase desdichado del padre que me engendro, que locura es esta? Mire que no ay Gigante ni cauallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos, partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador soy yo a Dios? Ni por estas boluiò don Quixote, antes en altas voces yua diziendo: Ea caualleros los que seguís y militays debajo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin, del arremangado braço, seguidme todos, vereys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alesanfaron de la Trapobana. Esto diziendo se entro por medio del esquadron de las ouejas, y començo de alanceallas con tanto corage y denuedo,

Tercera parte de don

como si de veras aláceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venía, dauanle voces que no hiziesse aquello, pero viendo que no aprouechauan, desciñeronse las hondas y començaron a saludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no se curaua de las piedras, antes discurriendo a todas partes. Adonde estàs soberuio Alifanfuon, vente a mi que vn cauallero solo foy, que dessea de solo a solo prouar tus fuerças y quitarte la vida, en pena de la q̄ das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto vna peladilla de arroyo, y dandole en vn lado le sepulto dos costillas en el cuerpo: viendose tan mal trecho, creyo sin duda que estaua muerto o mal ferido, y acordandose de su licor, saco su alcuza y pusoela a la boca, y començo a echar licor en el estomago: mas antes que acabasse de enuasar lo que a el le parecia que era bastante, llegò otra almendra, y diole en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedaços, lleuandole de camino tres o quatro dientes y muelas de la boca, y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forçoso al pobre cauallero, dar consigo del cauallo abaxo. Llegaròse a el los pastores y creyeron que le auian muerto. Y assi con mucha priesa recogierò su ganado, y cargarò de las reses muertas, que passauan de siete, y sin aueriguar otra cosa se fueron. Estauase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hazia, y arrácauase las barbas, maldizièdo la hora y el punto en que la fortuna se le auia dado a conocer. Viendole pues caydo en el suelo, y que ya los pastores se auian
y do

ydo, baxò de la cuesta, y llegose a el y hallole de muy mal arte, aunque no auia perdido el sentido, y dixole: No le dezia yo señor don Quixote, que se boluiesse, que los q̄ yua a acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros. Como esso puede del parecer y contrahazer, aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil cosa a los tales, hazernos parecer lo que quieren, y este Magli mo que me persigue, embidioso de la gloria que vio que yo auia de alcãçar desta batalla, ha buuelto los esquadrones de enemigos, en manadas de ouejas. Sino haz vna cosa Sancho, por mi vida, porque te defengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno y siguelos bonitamente, y veras como en alexãdose de aqui algun poco, se bueluen en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yote los pintè primero. Pero no vayas agora, que he menester tu fabor y ayuda: llegate a mi, y mira quantas muelas y dientes me faltã, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya auia obrado el balfamo en el estomago de don Quixote, y al tiempo que Sancho llegò a mirarle la boca, arrojò de si mas rezió que vna escopeta, quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del compasiuo escudero. Santa Maria, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este pecador esta herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando vn poco mas en ello, echo de ver en la color, sabor, y olor, que no era sangre, sino el balfamo de la alcuza, q̄ el le auia visto beuer, y fue tanto
el asco

el asco que tomò , que reboluiendose le el estomago, vomito las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudio Sancho a su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse , y con que curar a su amo, y como no las hallò , estuvo a punto de perder el juyzio : maldixose de nuevo, y propuso en su coraçon, de dexar a su amo y boluerle a su tierra, aunque perdiessse el salario de lo seruido, y las esperanças del gouierno de la prometida insula. Leuãtose en esto dõ Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca , porque no se le acabassen de salir los dientes , asno con la otra las riendas de Rozinante , que nunca se auia mouido de junto a su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuesse a donde su escudero estava , de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla , en guisa de hombre pensatiuo ademas. Y viendole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sabete Sancho , que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de ferrenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aqui se sigue , que auiendo durado mucho el mal, el bien esta ya cerca. Assi que no deues congojarte, por las desgracias que a mi me suceden, pues a ti no te cabe parte dellas. Como no, respòdio Sancho. Por ventura el que ayer mantearon , era otro que el hijo de mi padre ? y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro, que del mismo? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote: Si que me faltan, respondio Sancho. Desso modo

modo no tenemos que comer oy, replico don Quixote. Eſſo fuera, reſpõdido Sancho, quando faltaran por eſtos prados las yeruas q̄ vueſtra merced dize q̄ conoce, con que ſuelen ſuplir ſemejantes faltas, los tan mal auenturados andâtes caualleros como vueſtra merced es. Con todo eſſo, reſpõdido don Quixote, tomara yo aora mas ayna vn quartal de pan, o vna hogaza, y dos cabeças de ſardinas arenques, que quantas yeruas deſcriue Dioſcorides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna. Mas con todo eſto ſube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios q̄ es prouedor de todas las coſas, no nos ha de faltar, y mas andâdo tan en ſu ſeruicio, como andamos, pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los guſanillos de la tierra, ni a los renaquajos del agua. Y es tan piadoſo que haze ſalir ſu ſol, ſobre los buenos y los malos, y llueue ſobre los injuſtos y juſtos. Mas bueno era vueſtra merced, dixo Sãcho, para predicador, que para cauallero andante. De todo ſabian, y han de ſaber, los caualleros andantes Sancho, dixo dõ Quixote, porque cauallero andante vuo en los paſſados ſiglos, que aſi ſe paraua a hazer vn ſermon, o platica en mitad de vn campo real, como ſi fuera graduado por la vniuerſidad de Paris: de donde ſe infiere, que nunca la lança emho to la pluma, ni la pluma, la lança. Aora bien ſea aſſi, como vueſtra merced dize, reſpõdido Sãcho, vamos aora de aqui, y procuremos donde aloxar eſta noche, y quiera Dios q̄ ſea en parte donde no aya mantas, ni mãteadores, ni fantasmas, ni Moros encãtados, q̄ ſi los ay, dare al diablo el hatõ, y el garauato. Pideſelo tu a Dios hijo, dixo don Quixote, y guia tu por
donde

Tercera parte de don

donde quisieres, que esta vez quiero dexar a tu eleccion el alojarnos: pero dame aca la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y estandole tentando le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dize señor, respondió Sancho: digo quatro sino eran cinco, respondió don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo, ni comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda esta rafa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, oyendo las tristes nueuas que su escudero le daua, que mas quisiera que me vueran derribado vn braço, como no fuera el de la espada. Porque te hagò saber Sancho, que la boca sin muelas, es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diente, que vn diamante. Mas a todo esto estamos sugetos los que professamos la estrecha orden de la caualleria: sube amigo y guia, que yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo assi Sancho, y encaminose hazia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por alli yua muy seguido. Y endose pues poco a poco, porque el dolor de las quixadas de don Quixote no le dexaua sossegar, ni atender a darse priessa, quiso Sancho entretenelle y diuertille, diziendole alguna cosa, y
entre

entre otras que le dixo, fue , lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XIX. De las discretas razones que Sancho passaua con su amo, y de la auentura que le sucedio con vn cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARECEME señor mio, que todas estas desueltas que estos dias nos han sucedido; sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced, contra la orden de su caualleria, no auiendo cumplido el juraméto que hizo, de no comer pan a manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue: y vuestra merced jurò de cumplir, hasta quitar aquel Almete de Malandrino, o como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad, ello se me auia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te sucedio aquello de la manta: pero yo hare la enmienda, que modos ay de composicion en la orden de la caualleria para todo. Pues juré yo algo por dicha? Respondio Sancho, no importa que no ayas jurado, dixo don Quixote, basta que yo entiédo que de participantes no estàs muy seguro, y por si o por no, no fera malo prouernos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto, como lo del juramento, quica les boluera

boluera la gana a las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras platicas, les tomo la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dōde aquella noche se recogiesen: y lo que no auia de bueno en ello, era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltò toda la despensa y matatoraje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedio vna auentura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrò con alguna escuridad, pero con todo esto caminauan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era real, a vna, o dos leguas, de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche elcura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mesmo camino que yuan, venian hazia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas, que se mouian. Pasmose Sancho en viendolas, y don Quixote no las tuuo todas consigo: tirò el uno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su Rozino, y estuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se yuan acercando a ellos, y mientras mas se llegauan, mayores parecian. A cuya vista Sancho comenzó a temblar como vn azogado, y los cabellos de la cabeça se le erizaron a don Quixote. El qual animandose vn poco, dixo: Esta sin duda Sancho due de ser grandissima y peligrosissima auentura, donde sera necessario que yo muestre todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi, respondió Sancho, si a caso esta auentura fuesse de fantasmas, como me lo

me lo va pareciendo, adonde aura costillas que la sufran. Por mas fantasmas que sean, dixo don Quixote, no consentire yo que te toque en el pelo de la ropa: que si la otra vez se burlaron contigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero aora estamos en campo raso, donde podrè yo como quisiere esgremir mi espada. Y si le encantã y entomecen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprouecharà estar en campo abierto, o no? Con todo esso, replicò don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiència te dara a entender el que yo tengo. Si tendre, si a Dios plaze, respondió Sancho, y apartandose los dos a vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aquello de aquellas lumbres que caminauan podia ser: y de alli a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto reniò el animo de Sancho Pança, el qual començo a dar diente con diète, como quiè tiene frio de quartana: y crecio mas el batir y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veynte encamisados, todos a cauallo, con sus hachas encédidas en las manos: detras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual seguian otros seys de a cauallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran cauallos en el fosiiego con que caminauan. Yuan los encamisados murmurando entre si, con vna voz baxa, y compassiua. Esta estraña vision a tales horas, y en tal despoblado, biè bastaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo: y assi fuera en quanto a don

Quixote, que ya Sancho auia dado al traues con todo su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representò en su imaginacion al viuo, que aquella era vna de las aventuras de sus libros. Figurosele, que la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muerto cauallero, cuya vengança a el solo estaua referuada: y sin hazer otro discurso enrìstrò su lançon, pufose bien en la filla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por dõde los encamisados forçosamente auian de passar, y quando los vio cerca açò la voz, y dixo: Deteneos caualleros, o quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis? adonde vays? que es lo que en aquellas andas lleuays? que segun las muestras: o vosotros auays fecho, o vos han fecho algun desaguifado, y conuiene, y es menester que yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que fezistes, o bien para vengaros del tuerto que vos fizieron. Vamos de priesa, respondio vno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podemos detener a dar tanta cuẽta como pedis: y picando la mula passò adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quixote, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y led mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo soys todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantò de manera, que açandose en los pies dio con su dueño por las hancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer al encamisado, començo a denostar a don Quixote, el qual ya encolerizado,

sin esperar mas, enristrando su lançon, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio con el en tierra: y reboluiendose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia, y desbarataua, que no parecia sino q̄ en aquel instante le auian nacido alás a Rozinante, segun andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y asì con facilidad en vn mométo dexaron la refriega, y començaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascarar, que en noche de regozijo y fiesta corren. Los enlutados afsimesmo, rebueltos, y embueltos en sus faldamentos y lobs, no se podian mouer: asì que muy a su saluo don Quixote los apaleò a todos, y les hizo dexar el fìtio mal de su grado: porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salia a quitar el cuerpo muerto que en la litera lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y dezia entre sì, Sin duda este mi amo es tan valiente y esforçado como el dize. Estaua vna hacha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribò la mula, a cuya luz le pudo ver don Quixote, y llegandose a el le puso la pñta del lançon en el rostro, diziendole, que se rindiese, sino que le mataria. A lo qual respondió el caydo: Harto rēdido estoy pues no me puedo mouer, q̄ tēgo vna pierna quebrada: suplico a vuestra merced, si escauallero Christiano, q̄ no me mate, q̄ cometerà vn gran sacrilegio, q̄ soy Licēciado, y tēgo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo dō Quixote, siendo hōbre de Iglesia?

Tercera parte de don

Quien señor, replicò el caydo, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, fino me satisfazeys a todo quanto primero os pregunte. Con facilidad serà vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así sabra vuestra merced, que aunque denantes dixè que yo era Licenciado, no soy fino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça, con otros onze sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baeça, donde fue depositado, y aora (como digo) lleuauamos sus huesos a su sepultura, q̄ està en Segouia, de donde es natural. Y quien le matò? preguntò don Quixote. Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller. Dessa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabaxo que auia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le huuiera muerto: pero auindole muerto quien le matò no ay fino callar, y encoger los ombros, porque lo mesmo hiziera si a mi mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reuerencia, que yo soy vn cauallero de la Mancha, llamado don Quixote, y es mi oficio y exercicio, andar por el mundo endereçando tuertos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser esso de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me aueys buelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se verà derecha en todos los dias de su vida: y el agrauio que en mi aueys deshecho, ha sido de-

arme agraviado de manera, que me quedarè agraviado para siempre: y harta desventura ha sido topar con vos que vays buscando aventuras. No todas las cosas, respondió don Quixote, suceden de vn mismo modo, el daño estuuò señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubierros de luto, que propia mente semejauades cosa mala, y del otro mundo, y assi yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendo os, y os acometiera aùque verdaderamente supiera que erades los mesmos Saranaes del infierno, que por tales os juzguè, y tuue siempre. Ya que assi lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico a vuestra merced señor cauallero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude a salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada vna pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a dezirme vuestro afan? Dio luego voces a Sancho Pança, que viniesse: pero el no se curò de venir, porque andaua ocupado desbalijando vna azemila de repuesto, que trahian aquellos buenos señores bien bastezida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gauan, y recogiendo todo lo que pudo, y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudio a las voces de su amo, y ayudò a sacar al señor Bachiller, de la opresion de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que figuiesse la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiesse perdon del

Tercera parte de don

agrauio, que no auia sido en su mano dexar de auer le hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caso quisieren saber effos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced, que es el famoso dō Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama, el cauallero de la triste Figura. Con esto se fue el Bachiller, y don Quixote preguntò a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triste Figura, mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondió Sancho, porque le he estado mirado vn rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderaméte tiene vuestra merced la mas mala figura de poco aca, que jamas he visto: y deuelo de auer causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas, y dientes. No es esto, respondió don Quixote, sino que el Sabio a cuyo cargo deue de estar el escriuir la historia de mis hazañas, le aura parecido, que será bien que yo tome algun nombre apelatiuo, como lo tomauã todos los caualleros passados: qual se llamaua el de la ardiente Espada: qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del aue Fenix: el otro el cauallero del Grifo: estotro el de la Muerte: y por estos nombres, è insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el Sabio ya dicho, te aura puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamasess el cauallero de la triste Figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que gastar tiempo, y dineros en hazer

esta

essa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra merced descubra la suya, y de rostro a los que le miraren, q̄ sin mas ni mas, y sin otra imagen, ni escudo le llamaran el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en bur-las) que le hazerán mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Riose don Quixote, del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ò ródela, como auia imaginado. Oíu daufeme de dezir, que aduierta vuestra merced; q̄ queda descomulgado, por auer puesto las manos violentamēte en cosa sagrada, *Iuxta illud, si quis suadente diabolo, &c.* No entiendo esse Latin, respondió don Quixote, mas yo se biē que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a sacerdotes, ni a cosas de la Yglesia, a quiē respeto, y adoro como Catolico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y a vestiglos del otro mūdo: y quando esso afsi fuesse, en la memoria tengo lo que le passó al Cid Ruy Diaz quando quebró la filla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgó, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyēdo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran hueffos, o no, pero no lo consintio Sancho, diziendole: Señor vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas

Tercera parte de don

a su saluo, de todas las que yo he visto, esta gente aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayesse en la cuenta de que los vencio sola vna persona, y corridos, y auergonçados desto, boluiessen a rehazerse, y a buscarnos, y nos diessen en que entender. El jumento està como conuene, la montaña cerca, la hambre carga, no ay que hazer sino retirarnos con gentil compas de pies, y como dizen, vayasse el muerto a la sepultura, y el viuo a la hogaza: y antecogiendo su asno, rogò a su señor, que le figuiesse: el qual pareciendole que Sancho tenia razon, sin boluerle a replicar le figuio. Y a poco trecho que caminauan por entre dos montañuelas, se hallaron en vn espacioso, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho aliuiò el jumento, y tendidos sobre la verde yerua, con la salsa de su hambre, almorçaron, comieron, merendaron, y cenaron a vn mismo punto, satisfaziendo sus estomagos con mas de vna fiambrera que los señores clerigos del difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la azemila de su repuesto trahian. Mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tuuo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que beuer, ni aun agua que llegar a la boca: y acoffados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estauan estaua colmado de verde y menuda yerua,

lo que se dirà en el siguiente

capitulo.

Cap. XX. De la jamas vista ni oyda aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso cauallero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es posible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuente, o arroyo, que estas yeruas humedece, y assi será bien, que vamos vn poco mas adelante que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo a dō Quixote, y tomando de la rienda a Rozinãte, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre el los relieues que de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huieron andado dozientos passos quando llegó a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en grã manera, y parandose a escuchar hàzia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguçó el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha

Tercera parte de don

dicho, escura, y ellos acertaron a entrar entre vnos arboles altos, cuyas hojas mouidas del blando viento, haziã vn temeroso y manso ruydo: de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo causaua horror, y espanto: y mas quando vierõ, que ni los golpes cessauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: añadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauã. Pero don Quixote, acompañado de su intrepido coraçon, saltò sobre Rozinante, y abraçando su rodela, terciò su lançõ, y dixo: Sanchito amigo, has de saber, q̃ yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad, de hierro, para refucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de refucitar los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama, y el que ha de poner en oluido los Plati-res, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Febos, y Belianises, con toda la caterua de los famosos ca-ualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos fizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silècio, el sordo y cõfuso estruèdo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece q̃ se despeña y derumba desde los altos montes de la luna, y aquel incessable golpear que nos hiere y lastima los oydos, las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, ter-

mor,

mor, y espanto en el pecho del mesmo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbra- do a semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto, son incentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, cõ el desseõ que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa q̃ se muestra. Afsi q̃ aprieta vn poco las cinchas a Rozinãte, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en losquales sino boluiere, puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, y ras al Toboso, donde diras a la incõparable señora mia Dulzinea, que su cautiuo cauallero murio, por acometer cosas que le hizief- sen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyò las palabras de su amo, començò a llo- rar con la mayor ternura del mundo, y a dezille: Señor, yo no se porque quiere vuestra merced acometer esta tantemerosa aventura: aora es de noche, aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y desuiarnos del peligro, aun- que no beuamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos aura quien nos note de cobar- des: quanto mas que yo he oydo predicar al Cu- ra de nuestro lugar (que vuestra merced bien co- noce) q̃ quiẽ busca el peligro perece en el: afsi que no es biẽ tentar a Dios, acometiẽdo tan desaforado hecho, dõde no se puede escapar sino por milagro: y basta los q̃ ha hecho el cielo con V. m. en librarle de ser manteado, como yo lo fuy: y en sacarle vèce dor, libre, y saluo de entre tantos enemigos como acompañauan al difunto. Y quando todo esto

Tercera parte de don

no mueua ni ablande esse duro coraçon, mueuale el pensar, y creer que a penas se aura vuestra merced apartado de aqui, quando yo de miedo dè mi anima a quiè quisiere lleuarla. Yo sali de mi tierra, y dexè hijos y muger, por venir a seruir a vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos: pero como la cudicia rôpe el saco, a mi me ha rasgado mis esperanças, pues quando mas viuas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada insula que tâtas vezes vuestra merced me ha prometido, veo q̄ en pago y trueco della, me quiere aora dexar en vn lugar tan apartado del trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, que nõ se me faga tal defaguisado: y ya q̄ del todo nõ quiera V. m. desistir de acometer este fecho, dilatelo alomenos hasta la mañana, q̄ a lo que a mi me muestra la ciencia q̄ aprendi quando era pastor, no deue de auer desde aqui al Alua tres horas: porque la boca de la bozina està encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sancho, dixo dõ Quixote, ver donde haze essa linea, ni donde està essa boca, o esse colodrillo q̄ dizes, si haze la noche tan escura q̄ no parece en todo el cielo estrella alguna? Afsi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vee las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto q̄ por buè discurso biè se puede entender q̄ ay poco de aqui al dia. Falte lo q̄ faltare, respondió don Quixote, q̄ no se ha de dezir por mi aora, ni en ningun tièpo, que lagrimas y ruegos me apartarõ de hazer lo q̄ deuia a estilo de cauallero: y afsi te ruego Sancho, q̄ calles, que Dios q̄ me ha puesto en coraçon de acometer

aora esta tan no vista, y tan temerosa auentura, tendra cuydado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza. Lo que has de hazer es, apretar bien las cinchas a Rozinante, y quedarte aqui, que yo dare la buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sancho la vltima resolucion de su amo, y quan poco valian con el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinò de aprouecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si pudiesse: y assi quando apretaua las cinchas al cauallo, bonitamente, y sin ser sentido atò con el cabestro de su asno ambos pies a Rozinante, de manera que quando don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cauallo no se podia mouer fino a saltos. Viendo Sancho Pança el buen suceso de su embuste, dixo: Ea señor, que el cielo conmouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado que no se pueda mouer Rozinante, y si vos quereys porfiar, y espolear, y dalle, serà enojar a la Fortuna, y dar cozes (como dizen) contra el aguijon. Desesperauase con esto dõ Quixote, y por mas que ponía las piernas al cauallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuuo por bien de foflegarse, y esperar, o a que amaneciesse, o a que Rozinante se meneasse, creyendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es Sancho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy contento de esperar a que ría el Alua, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendre a vuestra merced, contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse

Tercera parte de don

echarse a dormir vn poco sobre la verde yerua, a vso de caualleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia, y puto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. A que llamas apear, o a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por vettura de aquellos caualleros que toman reposo en los peligros? duérme tu que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced señor mio, respondió Sancho, que no lo dixes por tanto: y llegando se a el puso la vna mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedô abraçado con el muslo yzquierdo de su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, q̄ todavia alternatiuamente sonauan. Dixole don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerle, como se lo auia prometido: a lo que Sancho dixo que si hiziera, si le dexara el temor de lo que oïa, pero cõ todo esso yo me esforçarè a dezir vna historia, que si la acierto a contar, y no me van a la mano, es la mejor de las historias: y esteme vuestra merced atento, q̄ ya comienço. Era se que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Y aduertia vuestra merced, señor mio, q̄ el principio que los antiguos dieron a sus consejas, no fue asï como quiera, q̄ fue vna sentencia de Caton Çonzorino Romano, que dize: Y el mal para quien le fuere a buscar, que viene aqui como anillo al dedo, para q̄ vuestra merced se estè quedo, y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos boluamos por otro camino, pues nadie nos fuerça a que

a que figamos este, donde tãtos miedos nos sobrefaltan. Sigue tu cuento Sancho, dixo don Quixote, y del camino que hemos de seguir dexame a mi el cuydado. Digo pues, profiguio Sancho, q̄ en vn lugar de Estremadura auia vn pastor cabrerizo, quieroz dezir, q̄ guardaua cabras, el qual pastor, o cabrerizo, con o digo d̄mi cuẽto, se llamaua Lope Ruyz: y este Lope Ruyz, andaua enamorado de vna pastora q̄ se llamaua Torralua, la qual pastora llamada Torralua, era hija de vn ganadero rico, y este ganadero rico. Si dessa manera cuẽtas tu cuẽto Sancho, dixo d̄o Quixote, repitiendo dos vezes lo q̄ vas diciendo, no acabaras en dos dias, dilos seguidamẽte, y cuentalo como hõbre de entendimiẽto, y sino no digas nada. De la misma manera q̄ yo lo cuẽto, respondiõ Sancho, se cuẽtan en mi tierra todas las cõsejas, y yo no se contarlo de otra, ni es bien q̄ V. m. me pida q̄ haga vsos nueuos. Di como quisieres, respondiõ don Quixote, q̄ pues la suerte quiere q̄ no pueda dexar de escucharte, profigue. Afsi q̄, seõor mio de mi anima, profiguio Sancho, q̄ como ya tẽgo dicho, este pastor andaua enamorado de Torralua la pastora, q̄ era vna moça rolliza, zahareña, y tiraua algo a hõbruna, por q̄ tenia vnos pocos de vigotes, q̄ parece q̄ aora laveo. Luego conocistela tu, dixo d̄o Quixote. No la conocí yo, respondiõ Sancho, pero quiẽ me contò este cuẽto me dixo, q̄ era tã cierto y verdadero, q̄ podia bien quãdo lo cõtafse a otro, afirmar y jurar q̄ lo auia visto todo. Afsi q̄ yendo dias y viniẽdo dias, el diablo q̄ no duerme, y q̄ todo lo añasca, hizo de manera, q̄ el amor que el pastor tenia a la pastora se boluiẽsse en omezillo,
y mala

Tercera parte de don

y mala voluntad, y la causa fue, segun malas lenguas, vna cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales que passauan de la raya, y llegauan a lo vedado: y fue tanto lo que el pastor la aborrecio de alli adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, è yrse donde sus ojos no la viesse jamas. La Torralua que se vio desdeñada del Lope; luego le quiso bien mas que nunca le auia querido. Esta es natural condicion de mugeres, dixo don Quixote, desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece, passa adelante Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminò por los campos de Estremadura, para passarse a los Reynos de Portugal. La Torralua que lo supo se fue tras el, y seguiale a pie y descalça, de lexos, cõ vn bordon en la mano, y con vnas alforjas al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn pedaço de espejo, y otro de vn peyne, y no se que botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo q̄ lleuasse, que yo no me quiero meter aora en aueriguallo. Solo diere que dizen, que el pastor llegó con su ganado a passar el rio Guadiana, y en aquella sazón yua crecido, y casi fuera de madre: y por la parte que llegó no auia barca, ni barco, ni quien le passasse a el, ni a su ganado de la otra parte, de lo que se cõgoxò mucho. porque veía que la Torralua venia ya muy cerca, y le auia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lagrimas: mas tãto anduuo mirando, que vio vn pescador que tenia junto a si vn barco tan pequeño, que solamente podiã caber en el vna persona y vna cabra, y cõ todo esto

le habló y concertó con él, que le passasse a él y a trezientas cabras que lleuaua. Entró el pescador en el barco, y passò vna cabra, boluio y passò otra, tornò a boluer, y tornò a passar otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde vna de la memoria, se acabará el cuento, y no sera posible contar mas palabra del. Sigo pues y digo, que el dessembarcadero de la otra parte, estaua lleno de cieno, y resbaloso, y tardaua el pescador mucho tiempo en yr y boluer. Con todo esto, boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passò todas, dixo don Quixote, no andes yendo y viniendo dessa manera, que no acabaràs de passarlas en vn año. Quátas han passado hasta agora, dixo Sancho? Yo que diablos se, respondió don Quixote. He ay lo que yo dixi, que tuuiesse buena cuenta. Pues por Dios q̄ se ha acabado el cuento, que no ay passar adelante. Como puede ser esto, respondió don Quixote? tan de essencia de la historia, es saber las cabras que han passado por estenso, que si se yerra vna del numero, no puedes seguir adelante con la historia? No señor en ninguna manera, respondió Sancho, porque assi como yo preguntè a vuestra merced, que me dixesse quátas cabras auian passado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante, se me fue a mi de la memoria quanto me quedaua por dezir, y afe que era de mucha virtud y contèto. De modo, dixo don Quixote, q̄ ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondió don Quixote, q̄ tu has contado vna de las mas nueuas consejas, cuèto, o historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal

Tercera parte de don

modo de contarla, ni dexarla, jamas se podra ver, ni
aura visto en toda la vida, aunq̃ no esperaua yo otra
cosa de tu buen discurso, mas no me marauillo, pues
quiça estos golpes que no cessan, te deuē de tener tur-
bado el entendimiento. Todo puede ser, respondio
Sancho, mas yo se que en lo de mi cuento, no ay mas
que dezir, que alli se acaba, do comiença el yerro de
la cuēta del passage de las cabras. Acabe no rabuena
donde quisiere, dixo don Quixote, y veamos si se
puede mouer Rozinante. Tornole a poner las pier-
nas, y el tornò a dar saltos y a estar se quedo, tanto
estaua de bien atado. En esto parece ser, o que el
frio de la mañana que ya venia, o que Sancho viuef-
se cenado algunas cosas lenitiuas, o que fuesse co-
sa natural (que es lo que mas se deue creer) a el le vi-
no en voluntad, y desseo de hazer lo que otro no pu-
diera hazer por el. Mas eratanto el miedo que auia
entrado en su coraçon, que no osaua apartarse vn
negro de vña de su amo. Pues pensar de no hazer lo
que tenia gana, tã poco era possible, y asì lo que hi-
zo por bien de paz, fue soltar la mano derecha, que
tenia asida al arçon trafero, con la qual bonitamen-
te y sin rumor alguno, se solto la lazada corrediza,
con que los calçones se fostenian, sin ayuda de otra
alguna, y en quitandose la, dierò luego abaxo, y se le
quedarò como grillos: tras esto alçò la camisa lo me-
jor que pudo, y echò al ayre entrambas posaderas,
(que no eran muy pequeñas.) Hecho esto (que el pé-
fo que era lo mas que tenia que hazer, para salir de
aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra
mayor, que fue, que le parecio que no podia mudar
se, sin hazer estrepito y ruydo, y començo a apretar
log

los dientes, y a encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento, todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que al cabo, al cabo, vino a hazer vn poco de ruydo, bien diferente de aquel que a él le ponía tanto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sácho? No se señor, respondió el, alguna cosa nueva deue de ser, que las aventuras y desueltas, nunca comiençan por poco. Tornò otra vez a prouar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruydo ni alboroto, que el pasado, se hallò libre de la carga, que tanta pesadumbre le auia dado. Mas como don Quixote, tenia el sentido del holfato tan viuo, como el de los oydos, y Sancho estaua tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hàzia arriba: no se pudo escusar, de que algunos no llegassen a sus narizes, y apenas uieron llegado, quando él fue al socorro: apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso, dixo: Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo? Si tengo, respondió Sancho, mas en que lo echa de ver vuestra merced, aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no a ambar, respondió don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa sino vuestra merced, q̄ me trae a deshoras, y por estos no acostubrados passos. Retirate tres o quatro alla amigo, dixo don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narizes) y desde aqui adelante, ten mas cuenta con tu persona, y con lo que deues a la mia, que la mucha conuersacion q̄ tengo contigo, ha engedrado este menosprecio. Apostare, replicò Sancho, q̄ piensa vuestra merced, q̄ yo he hecho de mi persona alguna cosa, q̄ no

Tercera parte de don

deua. Peor es mençallo amigo Sancho, respondió don Quixote. En estos coloquios, y otros semejâtes, passarõ la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho que a mas andar se venia la mañana, con mucho tiêto deslignò a Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se vio libre, aunque el de suyo no era nada brioso, parece que se relintio, y començo a dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena señal, y creyo que lo era, de que acometiesse aquella temerosa auétura. Acabó en esto de descubrirse el alua, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quixote, que estaua entre vnos arboles altos, que ellos eran castaños, que hazen la sombra muy escura: sintio tambien que el golpear no cessaua, pero no vio quien lo podia causar. Y assi sin mas detenerse, hizo sentir las espuelas a Rozinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandò, que alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo, como ya otra vez se lo auia dicho: y que si al cabo dellos no vudiesse buuelto, tuuiesse por cierto, que Dios auia sido seruido, de que en aquella peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole a referir el recado y embaxada, q̄ auia de llevar de su parte a su señora Dulzinea, y que en lo que tocaua a la paga de sus seruicios, no tuuiesse pena, porque el auia dexado hecho su testamento, antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado, de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad, del tiempo que vudiesse seruido. Pero que si Dios le sacaua de aquel peligro, sano y saluo, y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta,
la pro-

la prometida Infula. De nuevo tornò a llorar Sàcho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarle, hasta el vltimo transito y fin de aquel negocio. Destas lagrimas, y determinacion tan honrada, de Sancho Pança, saca el autor desta historia, que deuia de ser bien nacido, y por lo menos Christiano viejo. Cuyo sentimiento enternecio algo a su amo, pero no tanto, que môstrasse flaqueza alguna, antes dissimuládo lo mejor q̄ pudo, començo a caminar hàzia la parte por donde le parecio, que el ruydo del agua, y del golpear venia. Seguale Sancho apie, lleuando como tenia de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo cópañero de sus prosperas y aduersas fortunas. Y auiédo andado vna buena pieça, por entre aquellos castaños y arboles fombrios, dieron en vn pradezillo, que al pie de vnas altas peñas se hazia, de las quales se precipitaua vn grandissimo golpe de agua. Al pie de las peñas, estauan vnas casas mal hechas, que mas parecian ruynas de edificios, que casas, de entre las quales aduertieron, que salia el ruydo y estruendo, de aquel golpear, que aun no cessaua. Alborotose Rozinante, con el estuendo del agua, y de los golpes, y sossegandole don Quixote, se fue llegando poco a poco a las casas, encomendandose de todo coraçon a su señora, suplicandole que en aquella temerosa jornada, y empresa, le fauoreciesse, y de camino se encomendaua tambien a Dios, que no le olvidasse. No se le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la vista, por entre las piernas de Rozinante, por ver si veria ya, lo que tan suspenso,

Tercera parte de don

y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduieron, quando al doblar de vna punta, parecio descubierta y patete la misma causa, sin que pudiese ser otra de aquel horrifono, y para ellos espantable ruydo, que tan suspensos y medrosos toda la noche los auia tenido. Y eran (sin lo has, o lector por pesadumbre y enojo) seys maços de batan, que con sus alternatiuos golpes, aquel estruendo formauan. Quando don Quixote vio lo que era, enmudecio y palmo se de arriba abaxo. Mirò le Sancho, y vio que tenia la cabeça inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Mirò tambien don Quixote a Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados, y la bocallena de rifa, con euidentes señales de querer rebentar con ella: y no pudo su melanconia tanto con el, que a la vista de Sancho, pudiesse dexar de reyrse: y como vio Sancho que su amo auia comenzado, soltò la presa de manera, que tuuo necesidad de apretarse las hijadas con los puños, por no rebentar riendo. Quatro vezes sossegò, y otras tantas boluio a su rifa, con el mismo impetu que primero: de lo qual ya se daua al diablo don Quixote, y mas quando le oyo dezir, como por modo de físga: Has de saber, o Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para refucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos: y por aqui fue repitiendo, todas, o las mas razones, que don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viédo pues don Quixote, que Sancho hazia burla del, se corrió y enojò en tanta manera, que alçò el lan-

çon y.

çon y le affento dos palos, tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el salario, sino fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaua tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, có mucha y mildad le dixo: Sossieguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, respondió don Quixote: Venid aca señor alegre, pareceos a vos que si como ellos fueron maços de batan, fuerã otra peligrosa auentura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para emprédella y acaballa? Estoy yo obligado a dicha (siendo como soy cauallero) a conocer y destinguir los sones, y saber quales son de batan o no? Y mas que podria ser (como es verdad) q̃no los he visto en mi vida, como vos los aureys visto, como villano ruyn, que soys criado y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys maços, se bueluan en seys layanes, y echadmelos a las barbas vno a vno, o todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, hazed de mi la burla que quisieredes. No aya mas señor mio, replicò Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño, en demasia. Pero digame vuestra merced, a ora que estamos en paz, assi Dios le saque de todas las auenturas que le sucedierẽ, tan sano y saluo como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, alomenos el que yo tuue, que de vuestra merced, ya yo se que no le conoce, ni sabe que es temor, ni espanto? No niego yo, respondió don Quixote, que lo que nos ha sucedido, no sea cosa digna de rifa, pero no es digna de contarse, que

Tercera parte de don

no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lançon, apuntandome a la cabeça, y dandome en las espaldas: gracias a Dios, y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, que todo saldra en la colada, que yo he oydo dezir. Esse te quiere bien, que te haze llorar, y mas que suelen los principales señores, tras vna mala palabra que dizen a vn criado, darle luego vnas calças, aunque no se lo que le suelen dar tras auerle dado de palos: si ya no es, que los caualleros andantes, dan tras palos Insulas, o Reynos, en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo dō Quixote, que todo lo que dizes viniessse a ser verdad, y perdona lo passado, pues eres discreto, y sabes que los primeros mouimientos, no son en mano del hombre: y esta aduertido de aqui adelante en vna cosa (para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo) que en quantos libros de cauallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta, tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee del, que siempre hablaua a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo, more Turquesco. Pues que diremos de Gafabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su maruilloso silencio, sola vna vez se nombra su nombre, en toda aquella tan grande como verda-

dera

dera historia. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, que es menester hazer diferencia, de amo a moço, de señor a criado, y de cauallero a escudero. Así que desde oy en adelante, nos hemos de tratar cõ mas respeto, sin darnos corde lejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cantaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegaràn a su tiempo, y sino llegaren, el salario alomenos no se ha de perder (como ya os he dicho.) Està bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho. Pero quèrria yo saber (por si a caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) quanto ganaua vn escudero, de vn cauallero andàte en aquellos tiempos? y si se concertauan por meses, o por dias, como peones de albañir? No creo yo, respondió don Quixote, que jamas los tales escuderos estuieron a salario, sino a merced. Y si yo aora te le he señalado a ti, en el testamento cerrado, que dexè en mi casa, fue por lo que podia suceder, que aun no se como prueua en estos tan calamitosos tièpos nuestros la caualleria, y no quèrria que por pocas cosas penasse mi anima en el otro mundo. Porque quiero que sepas Sàcho, que en el no ay estado mas peligroso, que el de los auentureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de vn batà, pudo alborotar y defassossegar el coraçon de vn tan valeroso andante auenturero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelante, no despliegue mis labios, para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honorarle, como a mi amo y señor natural. Dessa manera,

Tercera parte de don

replicò don Quixote, viuiras sobre la haz de la tierra, porque despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fueren.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuencible cauallero.

EN ESTO començò a llover vn poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento don Quixote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y así torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro, como el que auian lleuado el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a cauallo, que trahia en la cabeça vna cosa que relumbraua, como si fuera de oro, y aun el apenas le vuo visto, quando se boluio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas: especialmente aquel que dize, Donde vna puerta se cierra, otra se abre. Digo lo, porque si anoche nos cerrò la ventura la puerta, de la que buscavamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor y mas cierta auentura, que si yo no acertare a entrar por ella, mia sera la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la escuridad de la noche. Digo esto, porque sino me engaño, hàzia nosotros viene vno, que trae en su cabe-

su cabeça puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes, que nos acabassen de abatanar, y aporrear el sentido. Va late el diablo por hombre, replicò don Quixote, que va de yelmo a batanes? No se nada, respondió Sancho, mas afe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaua en lo q̄ dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso, dixo don Quixote? Dime no ves a quel cauallero que hàzia nosotros viene, sobre vn cauallo ruzio rodado, que trae puesto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondió Sancho, no es sino vn hombre sobre vn asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeça vna cosa que relumbra. Pues esse es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el a solas, veras quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta auentura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replico Sancho: mas quiera Dios torno a dezir, que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys ni por pienso mas esso de los batanes, dixo don Quixote, que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Callò Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto que le auia echado, redondo como vna bola. Es pues el caso que el yelmo, y el cauallo, y cauallero, que don Quixote vehia, era esto, que en aquel contorno auia dos lugares, el vno tan pequeño, que ni

tenia

Tercera parte de don

tenia botica, ni barbero, y el otro que estaua junto a él, y assi el barbero del mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necesidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba. Para lo qual, venia el barbero y traya vna bazia de azofar: y quiso la suerte, que al tiempo que venia, començo a llover, y porque no se le manchase el sombrero, que deuia de ser nueuo, se puso la bazia sobre la cabeça, y como estaua limpia, desde media legua relumbraua: venia sobre vn asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasió, que a don Quixote le parecio cauallo, ruzio rodado, y cauallero, y yelmo de oro. Que todas las cosas que veyá, con mucha facilidad las acomodaua a sus desuariadas cauallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando el vio, que el pobre cauallero llegaua cerca, sin ponerse con el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristró con el lançon baxo, llevando intencion de passarle de parte a parte: mas quando a él llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Desfédete cautina criatura, o entriegame de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deue. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre sí, no tuuo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno abaxo, y no vuo tocado al suelo, quando se leuantò mas ligero que vn gamo, y començo a correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dexose la bazia en el suelo, có la qual se cótento don Quixote, y dixo, que el pagano auia andado discreto, y que auia ymitado al Castor. El qual viendose acosado de los caçadores, se taraça y harta có los dientes, aquello por lo que el, por distinto natu-

to natural sabe, que es perseguido. Mandò a Sancho, que alçasse el yelmo, el qual tomàdola en las manos, dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que vale vn real de a ocho, como vn marauedi. Y dandofela a su amo, se la puso luego en la cabeça, rodeandola a vna parte y a otra, buscandole el encaxe, y como no se le hallaua, dixo: Sin duda que el pagano, a cuya medida se forjó primero esta famosa celada, deuia de tener grandissima cabeça, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar a la bazia, celada, no pudo tener la risa, mas vino se le a las mientes, la colera de su amo, y callò en la mitad della. De q̄ te ries Sancho, dixo don Quixote? Riome, respòdio el, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja si vna bazia de barbero, pintiparada. Sabes que y magino Sancho, que esta famosa peça, deste encantado yelmo, por algun estraño accidente deuio de venir a manos de quien no supo conocer, ni estimar su valor, y sin saber lo que hàzia, viendola de oro purissimo, deuio de fundir la otra mitad, para aprouechar se del precio, y de la otra mitad, hizo esta que parece bazia de barbero, como tu dizes, pero sea lo q̄ fuere, que para mi que la conozco, no haze al caso su trasmutacion, que yo la adereçare en el primer lugar, donde aya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el Dios de las herrerias, para el Dios de las batallas, y en este entretãto la traere como pudiere, que mas vale algo que nada, quanto mas, que bien sera bastante para defenderme de alguna pedrada. Esto sera, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los

Tercera parte de don

los dos exercitos, quando le fantiguaron a vuestra merced las mueias, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar las affaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tégolo la receta en la memoria. Tambien la tégoyo, respondió Sancho. Pero si yo le hiziere, ni le prouare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no piéso ponerme en ocasion de auerle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden preuenir, y si viené, no ay que hazer otra cosa, sino encoger los hóbros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte, y la manta nos lleuare. Mal Christiano eres Sancho, dixo oyendo esto don Quixote: por que nunca olvidas la injuria q̄ vna vez te han hecho, pues sabete que es de pechos nobles y generosos, no hazer caso de niñerías. Que pie sacaste coxo, q̄ costilla quebrada, q̄ cabeça rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue y passatiempo, q̄ a no entenderlo yo ansi, ya yo vuiera buelto alla, y vuiera hecho en tu végança mas daño, que el q̄ hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiépo, o mi Dulzinea fuera en aquel, pudiera estar segura, que no tuuiera tãta fama de hermosa como tiene: y aqui dio vn sospiro, y le puso en las nuues. Y dixo Sãcho por burlas, pues la vengança no puede passar en veras: pero yo se de que calidad fueron las veras y las burlas, y se tambié q̄ no se me caeran de la memoria, como nũca se quitaran

aran de las espaldas. Pero dexado esto aparte, digame vuestra merced, q̄ harémos deste cauallo ruzio rodado, q̄ parece asno pardo, q̄ dexò aqui desamparado aquel Martino, q̄ vuestra merced derribò, q̄ segū el puso los pies en poluorosa, y cogio las de Villadiego, no lleua pergenio de boluer por el jamas, y para mis barbas, sino es bueno el ruzio. Nunca yo acotumbro, dixo don Quixote, despojar a los q̄ venço, nres vso de caualleria, quitarles los caualllos y dexar los apie. Si ya no fuesse q̄ el vencedor vuisse perdido en la pendencia el suyo, q̄ en tal caso, licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita. Assi q̄ Sancho dexa esse cauallo o asno, o lo q̄ tu quisieres q̄ sea, q̄ como su dueño nos vea alongados de aqui, boluera por el. Dios sabe si quisiera llevarle, replicò Sancho, o por lo menos trocalle cò este mio, q̄ no me parecen bueno, verdaderaméte q̄ son estrechas las leyes de caualleria, pues no se estienden a dexar trocar vn asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos, si quiesse. En esso no estoy muy cierto, respòdio don Quixote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo q̄ los trueques, si es q̄ tienes dellos necesidad estrema. Tã estrema es, respòdio Sancho, q̄ si fueran para mi misma persona, no los vuiera menester mas: y luego abilitado cò aquella licècia, hizo muaciò caparū, y puso su jumèto a las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorçaró de las sobras del real q̄ del azemila despojaró, beuieron del agua del arroyo de los batanes, sin boluer la cara a mirallos, tal era el aborrecimieto q̄ les tenian, por el miedo en q̄ les auia puesto, Cortada pues la colera y aũ la malèconia, subieron

Tercera parte de don

fubieron a cauallo, y sin tomar determinado camino, por ser muy de caualleros andantes, el no tomar ninguno cierto, se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso, que se lleuaua tras si la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaua, en buen amor y compañía. Con todo esto boluieron al camino real, y siguieron por el a la vettura, sin otro disignio alguno. Yendo pues así caminando, dixo Sancho a su amo: Señor quiere vuestra merced darme licéncia, que departa vn poco con el, que despues q̄ me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y vna sola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria q̄ se mal lograsse? Dila, dixo don Quixote, y se breue en tus razonamientos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues señor, respondió Sancho, que de algunos dias a esta parte, he considerado quan poco se gana y grangea, de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca, por estos desiertos y encruzijadas de caminos, donde ya que se vençã y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuizio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen. Y así me parece que seria mejor (saluo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos a seruir a algun Emperador, o a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças y mayor entendimiento: q̄ visto esto del señor a quien seruiremos, por fuerça nos ha de remunerar a cada qual segun sus meritos, y allí

y allí no faltara quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles: aunque se dezir, que si se vsa en la caualleria, escriuir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal Sancho, respondió don Quixote, mas antes que se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprouacion, buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca, ya sea el cauallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la Ciudad, quando todos le sigan y rodeen, dando voces diziendo. Este es el cauallero del Sol, o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debaxo de la qual vuiere acabado grandes hazañas. Este es diran, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Brocabruno, de la gran fuerça, el que desencantò al gran Mameluco de Persia, del largo encantamento, en que auia estado casi nouecientos años. Afsi que de mano en mano, y ran pregonando tus hechos, y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente, se parará a las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reyno: y afsi como vea al cauallero, conociendole por las armas, o por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus salgan mis caualleros, quantos en mi corte está, a recibir a la flor de la caualleria, que allí viene, a cuyo mandamiento saldrán todos, y el llegará hasta la mitad de la escalera, y le abraçará estrechissimamente, y le dara paz, besandole en el rostro, y

Tercera parte de don

luego le llevara por la mano, al aposento de la señora Reyna, adonde el cauallero la hallarà con la Infanta su hija, que ha de ser vna de las mas fermosas y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubier-to de la tierra, a duras penas se pueda hallar. Sucede-ra tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cauallero, y el en los della, y cada vno pa-rezca a otro, cosa mas diuina que humana, y sin sa-ber como, ni como, han de quedar presos y enlaza-dos, en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se hã de hablar, para descubrir sus ansias y sentimiètos. Desde alli le llevaran sin duda a algun quarto del palacio, ricamè-te adereçado, donde auindole quitado las armas, le traeran vn rico manto de escarlata, có que se cubra, y si bien parecio armado, tan bien y mejor ha de pa-recer en farseto. Venida la noche, cenara có el Rey, Reyna, è Infanta, donde nunca quitarà los ojos della, mirandola a furto de los circustantes, y ella haralo mesmo, con la mesma sagacidad, porque como tẽgo dicho, es muy discreta donzella. Leuantarsean las ta-blas, y entrara a deshora, por la puerta de la sala, vn feo y pequeño enano, con vna fermosa dueña, q̄ en-tre dos Gigantes, de tras del enano viene, con cierta aventura hecha, por vn antiquissimo sabio, que el q̄ la acabare sera tenido por el mejor cauallero del mũ-do. Mandara luego el Rey, q̄ todos los que estan pre-sentes la prueuè, y ninguno le dara fin y cima, sino el cauallero huesped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedara contentissima la Infanta, y se tẽdra por contẽta y pagada ademas, por auer puesto y coloca-do sus pensamientos en tã alta parte. Y lo bueno es, que

que este Rey, o Principe, o lo que es, tiene vna muy reñida guerra, có otro tan poderoso como el, y el cauallero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para yr a seruirle en aquella guerra dicha. Darafela el Rey, de muy buen talante, y el cauallero le bessara cortesmente las manos, por la merced que le faze. Y aquella noche se despedira, de su señora la Infanta, por las rejas de vn jardin, que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia hablado, siendo medianera y sabidora de todo, vna donzella de quien la Infanta mucho se fiaua. Sospirarà el, desmayaràse ella, traera agua la dózella, acuytaràse mucho, porq̄ viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la Infanta boluera en si, y dara sus blancas manos por la reja al cauallero, el qual se las besarà, mil y mil vezes, y se las bañara en lagrimas. Quedarà concertado entre los dos, del modo que se han de hazer saber sus buenos o malos sucessos: y rogarale la Princesa, que se detéga lo menos que pudiere: prometerfelo ha el, con muchos juramentos: tornale a besar las manos, y despidesc con tanto sentimiento, que estara poco por acabar la vida: vase desde alli a su aposento, echasse sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy demañana: vase a despedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta, dizenle auiendo se despedido de los dos, q̄ la señora Infanta esta maldispuesta, y q̄ no puede recibir visita: piensa el cauallero, que es de pena de su partida, traspassassele el coraçõ, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: està la donzella media-

nera delante, ha lo denotar todo, y aseo a dezir a su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dice, que vna de las mayores penas que tiene, es no saber quié sea su cauallero, y si es de linage de Reyes, o no, afe gurala la donzella, que no puede caber tanta corte- sia, gentileza, y valentia, como la de su cauallero, si- no en sujeto real y graue: consuelase con esto la cuyrada, procura consolarse, por no dar mal indi- cio de si a sus padres. Y acabo de dos dias, sale en publico, y aseo es y do el cauallero, pelea en la gue- rra, vence al enemigo del Rey, gana muchas Ciu- dades, triunfa de muchas batallas, buelue a la Corte, ve a su señora por donde fuele, conciertase que la pida a su padre por muger, en pago de sus seruicios, no se la quiere dar el Rey, porque no sa- be quien es. Pero con todo esto, orobada, o de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a aueriguar, que el tal cauallero, es hijo de vn valeroso Rey, de no se que Reyno; por- que creo que no deue de estar en el Mapa. Mue- rese el padre, hereda la Infanta, queda Rey el ca- uallero, en dos palabras. Aqui entra luego el ha- zer mercedes a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa a su escudero, con vna donzella de la Infanta, que sera sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Esto pi- do y barras derechas, dixo Sancho, a esto me atengo, porque todo al pie de la letra, ha de su- ceder por vuestra merced, llamandose el cau- allero de la triste Figura. No lo dudes Sancho, re- plicò.

pliqué don Quixote, porque del mismo, y por los mismos passos que esto he contado, suben y han subido los cauallos andantes, a ser Reyes y Emperadores. Solo falta agora mirar, que Rey de los Christianos, o de los Paganos tenga guerra, y tēga hija hermosa: pero tiempo aura para pensar esto. Pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda a la Corte. Tābien me falta otra cosa, que puesto caso, que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerso, no se yo como se podia hallar, q̄ yo sea de linage de Reyes, o por lo menos primo segundo de Emperador? Porque no me querra el Rey dar a su hija por muger, sino esta primero muy enterado en esto, aunq̄ mas lo merezcan mis famosos hechos. Assi q̄ por esta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido: bié es verdad, que yo soy hijodalgo, de solar conocido, de posesiō y propiedad, y he devēgar quiniētos ueldos: y podria ser que el sabio, que escriuiesse mi historia, deslindasse de tal manera mi parētela y decēdencia, que me hallasse, quinto o sexto nieto de Rey. Porq̄ te hago saber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo, vnos que traen y derriban su decēdencia de Principes y Monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como piramide puesta al reues. Otros tuuieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores. De manera que està la diferencia, en que vnos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron, y podria ser y odestos, que despues de aueriguado vuiesse sido mi

Tercera parte de don

principio grande y famoso, con lo qual se deuia de contentar el Rey mi suegro, q̄ vuiere de ser. Y quando no, la Infanta me ha de querer demanera, que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de vn açacan, me ha de admitir por señor, y por esposo: y sino aqui entra el roballa, y lleualla donde mas gusto me diere, que el tiempo o la muerte, ha de acabar el enojo de sus padres. Ay entra bien tan bien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizē, No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisie re domeñar a entregalle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize, roballa y trasponella. Pero està el daño, que en tanto que se hagã las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podra estar a diēte, en esto de las mercedes. Si ya no es, que la dōzella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y el passa con ella su mala ventura, hasta q̄ el cielo ordene otra cosa, por q̄ biē podra, creo yo, desde luego darsela su señor, por legitima esposa. Effeno no ay quien la quite, dixo don Quixote. Pues como effo sea, respondio Sancho, no ay sino encomēdarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por dōde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondio don Quixote, como yo desseo, y tu Sancho has menester, y ruyn sea, quien por ruyn se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo don Quixote, y quando no lo fueras, no hazia nada al caso, por q̄ siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza,

bleza, sin que la compres, ni me sirvas con nada. Por que en haziendote Conde, catate ahi cauallero, y digan lo que dixeren, que abuenafe, que te han de llamar señoria, mal que les pese. Y montas que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sácho. Diçtado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea ansi, respondió Sancho Pança. Digo que le sabria bié acomodar, porque por vida mia, que vn tiempo fuy munidor de vna cofradia, y que me assentaua tan bien la ropa de munidor, que dezian todos, que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradia. Pues que sera, quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, o me vista de oro y de perlas, a vso de Conde extranjero, para mi tengo, que me han de venir a ver de cien leguas. Bien pareceras, dixo don Quixote, pero sera menester que te rapes las barbas a menudo, que segun las tienes de espessas, aborracadas y mal puestas, sino te las rapas a nauaja, cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta, se echara de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar vn barbero, y tenelle assalariado en casa, y aun si fuere menester, le hare que ande tras mi, como cauallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntò don Quixote, que los grandes lleuan detras de si a sus cauallerizos? Yo se lo dire, respondió Sancho. Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi que passeandose vn señor muy pequeño, que dezian que era muy grande, vn hombre le seguia acauallo, a todas las bueltas que daua, que no parecia, sino que era su rabo. Preguntè que como aquel hombre no se juntaua con el otro, sino que siempre andaua tras del? Respondieron-

Tercera parte de don

me, que era su cauallerizo, y que era vso de grandes, llevar tras si a los tales. Desde entonces lo se tã bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razõ, dixo don Quixote, y que asì puedes tu llevar a tu barbero, que los vsos no vinieron todos juntos, ni se inuentaron a vna, y puedes ser tu el primero Conde, que lleue tras si su barbero, y aun es de mas confianza el hazer la barba, que enfillar vn cauallo. Que dese esso del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Afsi sera, respondió don Quixote, y alçando los ojos vio, lo que se dira en el siguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados, que mal de su grado los lleuauan, donde no quisieran yr.

CVENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arauigo y Manchego, en esta grauissima, altisonante, minima, dulce, é ymaginada historia, que despues q̄ entre el famoso don Quixote de la Mancha, y Sancho Pãça su escudero, passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte y vno quedan referidas. Que don Quixote alço los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian hasta doze hombres apie, enarados como cuentas, en vna gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas a las manos: venian ansì mismo con ellos, dos hombres de acauallo, y dos de apie. Los de acauallo, con escopetas de rueda, y

dá, y los de apie con dardos y espadas, y que así como Sancho Páça los vido, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que va a las galeras. Como gente forçada, preguntò don Quixote: es posible que el Rey haga fuerça a ninguna gente? No digo esso, respondió Sancho, sino que es gente, que por sus delitos va condenada, a servir al Rey en las galeras de por fuerça. En resolució, replicò don Quixote, como quiera que ello sea esta gente, aunque los lleuá van de por fuerça, y no de su voluntad. Así es, dixo Sãcho. Pues deßa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execució de mi oficio, desfazer fuerças, y so correr y acudir a los miserables. Aduierta vuestra merced, dixo Sãcho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no haze fuerça ni agrauio a semejante gente, si no q los castiga en pena de sus delitos. Llegò en esto la cadena de los galeotes, y don Quixote, con muy corteses razones, pidio a los que y uan en su guarda, fuesen seruidos, de informalle y dezille, la causa, o causas, por q lleuan aquella gente de aquella manera? Vna de las guardas de acuallo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que yua a galeras, y que no auia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò don Quixote, querria saber de cada vno dellos, en particular, la causa de su desgracia? Añadio a estas, otras tales y tan comedidas razones, para mouerlos a que le dixessen lo que desfeaua: que la otra guarda de acuallo le dixo: Aunque llevamos aqui el registro, y la fe de las sentencias, de cada vno destes mal afortunados, no es tiempo este de detenerles a sacarlas, ni ha leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mes-

Tercera parte de don

mos, que ellos lo diran si quisieren, que si querran, porque es gente que recibe gusto, de hazer y dezir vellaqueras. Con esta licencia, que don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegò a la cadena, y al primero le preguntò, Que porque pecados, yua de tan mala guisa? El le respondió, que por enamorado yua de aquella manera. Por esso no mas, replicò don Quixote? pues si por enamorados echan a galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores, como los que vuestra merced piensa, dixo el galeote, que los mios fueron, que quiso tanto a vna canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abraçe conmigo tan fuertemente, que a no quitarmela la justicia por fuerça, aun hasta agora no la viera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no vuo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas, preguntò don Quixote? Gurapas son galeras, respondió el galeote. El qual era vn moço, de hasta edad de veynte y quatro años, y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntò don Quixote al segundo, el qual no respondió palabra, segun yua de triste y malenconico. Mas respondió por el el primero, y dixo: Este señor va por canario, digo por musico y cantor. Pues como, repitio don Quixote, por musicos y cantores, van tambien a galeras? Si señor, respondió el galeote, que no ay peor cosa, que cantar en el anfia. Antes he yo oydo dezir, dixo don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Aca es al reues, dixo el galeote, que quien canta vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo don

yo don Quixote, mas vna de las guardas le dixo. Señor cauallero, cantar en el ansia, se dize entre esta gente non santa, confessar en el tormento. A este peçador le dieron tormento, y confessò su delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias, y por auer confessado, le condenaron por seys años a galeras, amen de dozientos açotes, que ya lleua en las espaldas. Y va siempre penlatiuo y triste, porque los demas ladrones que alla quedan, y aqui van, le maltratan y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessò, y no tuuo animo de dezir nones. Porque dizen ellos, que tantas letras tiene vn no, como vn si. Y que harta ventura tiene vn delinquente, que esta en su lengua su vida, o su muerte, y no en la de los testigos, y prouanças, y para mi tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo assi, respondió don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que a los otros. El qual de presto, y con mucho desenfado, respondió, y dixo. Yo voy por cinco años, a las sonoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo dare veynte, de muy buena gana, dixo don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Esto me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se esta muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digolo, porq̃ si a su tiempo tuuiera yo estos veynte ducados, q̃ vuestra merced aora me ofrece, uiera vtado con ellos la pèdola del escriuano, y auiuado el ingenio del procurador. Demanera q̃ oy me viera en mitad de la plaça de Çocodouer, de Toledo, y no en este camino atrallado como galgo, pero Dios es grãde, paciècia, y basta. Passò don

Quixo.

Tercera parte de don

Quixote al quarto, que era vn hombre de venerable rostro, con vna barba blanca, que le passaua del pecho: el qual oyendose preguntar la causa, porque alli venia, començo a llorar, y no respódió palabra: mas el quinto condenado, le siruio de lengua, y dixo: Este hombre honrado, va por quatro años a galeras, auiendo passado las acostumbradas, vestido, en pompa, y acauallo. Effeno es, dixo Sancho Pança, a lo q̄ a mi me parece, auer salido a la verguença. Afsi es, replicò el galeote, y la culpa porque le dieron esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efecto quiero dezir, que este cauallero va por alcahuete, y por tener alsí mesmo sus puntas y collar de hechizero. A no auerle añadido essas puntas y collar, dixo don Quixote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia el yr a vogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas, porque no es afsi como quiera el officio de alcahuete, que es officio de discretos, y necessarissimo en la republica, bien ordenada, y que no le deuia exercer, sino gente muy bien nacida, y aun auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas officios, con numero deputado y conocido, como corredores de lonja, y desta manera se escusarian muchos males, que se causan, por andar este officio y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como son mugerzillas, de poco mas a menos, pajezillos y truhanes, de pocos años, y de poca experiencia, que a la mas necessaria ocasion, y quando es menester dar vna traça, que importe, se les yelan las migas entre la boca, y la mano, y no saben quales es su mano derecha. Quisiera
passar.

passar adelante, y dar las razones, porque conuenia hazer eleccion, de los q̄ en la republica auian de tener tan necessario officio, pero no es el lugar a como dado para ello, algun dia lo dire, a quien lo pueda proouer y remediar. Solo digo aora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable, en tãta fatiga, por aleahuete me la ha quitado el adfunto de su hechizero. Aunque bien se q̄ no ay hechizos en el mundo, que puedã mouer y forçar la voluntad, como algunos simples piēsan, que es libre nuestro aluedrío, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo q̄ suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas y venenos con que bueluē locos a los hōbres, dando a entēder que tienen fuerça para hazer querer bien, siēdo como digo cosa imposible, forçar la voluntad. Assi es, dixo el buen viejo, y en verdad señor, q̄ en lo de hechizero q̄ no tuue culpa, en lo de aleahuete, no lo pude negar. Pero nunca pense q̄ hazia mal en ello, q̄ toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse y viuiesse en paz y quietud, sin pendēcias ni penas: pero no me aprouechò nada este buen desseo, para dexar de yr a donde no espero boluer, segun me cargan los años, y vn mal de orina q̄ lleuo, q̄ no me dexa reposar vn rato: y aqui tornò a su llãto, como de primero, y tuole Sancho tãta cõpasion, q̄ sacò vn real de aquatro del seno, y se le dio de limosna. Passò adelante don Quixote, y preguntò a otro su delito, el qual respondio, con no menos, sino cõ mucha mas gallardia q̄ el passado. Y oyo aqui, por q̄ me burle demasiadamente cõ dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, q̄ no lo eran mias. finalmente

tanto me burlè con todas , que resultó de la bursa, crecer la parentela , tan intricadamente , que no ay diablo que la declare. Prouoseme todo, faltò fauor, no tuue dineros , viame a pique de perder los tragaderos , sentenciaronme a galeras , por seys años, consenti, castigo es de mi culpa , moço soy , dure la vida , que con ella todo se alcança. Si vuestra merced, señor cauallero , lleva alguna cosa con que socorrer a estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tédrems en la trierra cuydado de rogar a Dios en nras oraciones , por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena, como su buena presencia merece. Este yua en abito de estudiante , y dixo vna de las guardas , que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todos estos , venia vn hombre de muy buen parecer , de edad de treynta años , sino que al mirar , metia el vn ojo, en el otro , vn poco venia diferentemente atado, que los demas , porque traya vna cadena al pie, tan grande , que se la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta , la vna en la cadena , y la otra, de las que llaman guarda amigo , o pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, que llegauan a la cintura , en los quales se asian dos espaldas , donde lleuaua las manos , cerradas con vn gruesso candado , de manera que ni con las manos podia llegar a la boca , ni podia baxar la cabeça, a llegar a las manos. Preguntò don Quixote , que como yua aquel hombre con tantas prisiones, mas que los otros? Respondiole la guarda. Porque tenia aquel solo , mas delitos , que todos los otros juntos , y que era tan atreuido , y tan grande vella-

co, que

co, que aunque le lleuauan de aquella manera, no yuan seguros del, sino que temian que se les auia de huyr. Que delitos puede tener, dixo don Quixote, sino han merecido mas pena, que echalle a las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, que es como muerte ceuil. No se quiera saber mas, sino q̄ este bué hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llamá Ginesillo de Parapilla. Señor commissario, dixo entóces el galeote, vayase poco a poco, y no andemos aora a deslindar nombres, y sobre nombres, Gines me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace di ze, y cada vno se de vna buelta a la redonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicò el commissario, señor ladron de mas de la marca, sino quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre, como Dios es seruido, pero algun dia sabia alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, o no. Pues no te llaman ansi embustero, dixo la guarda. Si llaman, respondió Gines, mas yo hare que no me lo llamen, o me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cauallero si tiene algo que darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada có tanto querer saber vidas ajenas: y si la mia quiere saber, sepa q̄ yo soy Gines de Passamonte, cuya vida esta escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el commissario, q̄ el mesmo ha escrito su historia, q̄ no ay mas, y dexa empeñado el libro en la carcel, en doziétos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en doziétos ducados. Tã bueno es, dixo dō Quixote. Es tã bueno, respondió Gines, q̄ mal año para Lazarillo d̄ Tormes, y para todos quãtos d̄ aquel

401
Tercera parte de don

aquel genero se han escrito, o escriuieren. Lo que le se dezir a boate, es, q̄ trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donofas, que no pueden auer mentiras que se le y gualen. Y como se intitula el libro, preguntò dō Quixote? La vida de Gines de Passamonte, respondió el mismo. Y està acabado, preguntò don Quixote? Como puede estar acabado, respondió el, si aun no està acabada mi vida, lo que està escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto que esta yltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez aueys estado en ellas, dixo don Quixote? Para seruir a Dios y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya se a que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondió Gines: y no me pesa mucho de yr a ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir, y en las galeras de España, ay mas fosiago de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tégo de escriuir, porque me lo se de coro. Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondió Gines, porq̄ siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el comissario. Y a le he dicho señor comissario, respondió Passamonte, q̄ se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron essa vara, para que maltratasse a los pobretes que aqui vámos, sino para q̄ nos guiasse y lleuasse, adonde su Magestad manda. Sino por vida de, basta, que podria ser que saliesse algun dia en la colada, las manchas que se hizieron en la venta, y todo el mūdo calle, y viua biē, y hable mejor, y caminemos, q̄ ya es mucho regodeo este. Alçò la vara en alto el comissario, para dar a Passamôte, en respuesta de sus

de sus amenazas, mas don Quixote se puso en medio, y le rogò que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien lleuaua tan atadas las manos, tuuiesse algun tanto suelta la lengua: y boluiendose a todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aueys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays a padecer no os dan mucho gusto, y que vays a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, q̄ el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, huuiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no auer salido cõ la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa a mi aora en la memoria, de manera que me esta diciendo, persuadiendo, y aun forçando, que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojò al mundo, y me hizo profesar en el la orden de caualleria que professo, y el voto que en ella hize, de fauorecer a los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se, que vna de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes, y Comissario, seã seruidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaran otros que siruan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclauos a los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadió don Quixote, que estos pobres no hã cometido nada cõtra vosotros, alla se lo aya cada vno con su pecado, Dios ay en el

Tercera parte de don

cielo que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga si lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi braço, haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respõdio el Comissario, bueno està el donayre con que ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey quiere que le dexemos, como si tuvieramos autoridad para soltarlos, o el la tuuiera para mandarnos lo. Vayase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese esse bazin que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos soys el gato, y el rato, y el yellaco, respondió don Quixote: y diziendo, y haziendo arremetio con el tan presto, que sin que tuuiese lugar de ponerse en defensa, dio con el en el suelo, mal herido de vna lançada: y auinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y suspenfas del no esperado acontecimiento, pero bolviendo sobre si, pusieron mano a sus espadas los de a cauallo, y los de a pie a sus dardos, y arremetieron a don Quixote, que con mucho sosiego los aguardaua: y sin duda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuran, procurando romper la cadena donde venian enartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se defatauan, ya por acometer a don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que
fuesse

fuesse de prouecho. Ayudò Sancho por su parte, a la soltura de Gines de Passamonte, que fue el primero q̄ saltò en la campaña libre, y desembaraçado, y arremetiendo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apuntando al vno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, asì de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tirauan. Entristeciose mucho Sancho deste successo, porque se le representò que los q̄ yuan huyendo auian de dar noticia del caso a la santa Hermandad, la qual a campana herida faldria a buscar los delinquentes, y asì se lo dixo a su amo, y le rogò q̄ luego de alli se partiesen, y se emboscassen en la sierra, que estaua cerca. Bien esta esso, dixo dō Quixote, pero yo se lo que aora conuiene que se haga: y llamando a todos los galeotes, q̄ andauan alborotados, y auian despojado al Comissario, hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo q̄ les mandaua, y asì les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios q̄ reciben, y vno de los pecados q̄ mas a Dios ofende, es la ingratitude. Digolo, porq̄ ya aueys visto, señores, con manifiesta experiencia, el q̄ de mi aueys recebido, en pago del qual querria y es mi volütad, q̄ cargados de essa cadena q̄ quitè de vuestros cuellos, luego os pō gays en camino, y vays a la ciudad d̄l Toboso, y alli os presentey s ante la señora Dulzinea del Toboso, y le digays, q̄ su cauallero, el de la triste Figura, se le embia a encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido esta famosa auentura,

Tercera parte de don

hasta ponerlos en la deseada libertad: y hecho esto, os podreys yr donde quisiereis, a la buena ventura. Respondio por todos Gines de Passamonte, y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor, y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos yr juntos por los caminos, sino solos y diuididos, y cada vno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hazer, y es justo q̄ haga, es, mudar esse seruicio y montazgo de la señora Dulzinea del Toboso, en alguna cantidad de Aue Marias, y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia: huyendo, o reposando: en paz, o en guerra: pero pensar que hemos de boluer aora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es aora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir a nosotros esso, como pedir peras al olmo. Pues voto a tal, dixo dō Quixote (ya puesto en colera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamays, q̄ aueys de yr vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena acuestas. Passamonte que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo, pues tal disparate auia acometido, como el de querer darles libertad, viendose tratar de aquella manera, hizo del ojo a los compañeros, y apartandose a parte, començaron a llouer tantas piedras sobre don Quixote, que no se daua manos

a cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozinante no hazia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronze. Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nuue, y pedrisco que sobre entrambos llouia. No se pudo escudar tan bien don Quixote, que no le acertassen no se quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça que dieron con el en el suelo: y apenas huuo caydo, quando fue sobre el el estudiante, y le quitò la vazia de la cabeça, y diòle con ella tres, o quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedaços. Quitaronle vna ropilla que trahia sobre las armas, y las medias calças le querian quitar, si las greuas no lo estoruaran. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandole en pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la batalla, se fueron cada vno por su parte, con mas cuydado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, è yr a presentarse ante la señora Dulzinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rozinante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo, y pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos. Rozinante, tendido junto a su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada. Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad. Don Quixote mohinissimo de verse tan mal parado, por los mismos a quien tanto bien auia hecho.

(.?.)

Tercera parte de don

Cap. XXIII. De lo que le acontecio al famoso don Quixote en Sierra Morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuentan.

Mlendose tan mal parado don Quixote, dixo a su escudero: Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el hazer bien a villanos, es echar agua en la mar. Si yo huuiera creydo lo q̄ me dixiste, yo huuiera escusado esta pesadübre, pero ya está hecho, paciëcia, y escarmëtar para desde aqui adelante. Assi escarmentará V. merced, respõdio Sancho, como yo foy Turco: pero pues dize, q̄ si me huuiera creydo se huuiera escusado este daño, creame aora, y escusará otro mayor: por q̄ le hago saber, q̄ con la santa Hermandad no ay vsar de cauallerias, que no se le da a ella por quantos caualleros andantes ay dos marauedis: y sepa que ya me parece, q̄ sus saetas me zumban por los oydos. Naturalmente eres couarde Sancho, dixo don Quixote, pero porque no digas q̄ foy contumaz, y q̄ jamas hago lo q̄ me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu cõsejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser cõ vna condicion, q̄ jamas en vida ni en muerte has de dezir a nadie, q̄ yo me retirè y apartè deste peligro, de miedo, sino por cõplazer a tus ruegos: que si otra cosa dixeres, mëtiras en ello: y desde aora para entõces, y desde entõces para aora te desmiëto, y digo q̄ mientes, y mëtiras todas las vezes q̄ lo pensares, o lo dixeres: y no me repliques mas, q̄ en solo pensar q̄ me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste, q̄ parece

parece que lleua algun es no es de sombra de miedo. Estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui solo, no solamente a la santa Hermandad que dizes, y temes, sino a los hermanos de los doze Tribus de Israel, y a los siete Macabeos, y a Castor, y a Polux, y aun a todos los hermanos, y hermandades que ay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huyr, ni el esperar, es cordura, quando el peligro sobrepuja a la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no aventurarse todo en vn dia. Y sepa, que aunque çafio, y villano, toda via se me alcança algo desto que llaman, buen gouierno: afsi que no se arrepienta de auer tomado mi consejo, sino suba en Rozinante, si püede, o fino yo le ayudare, y sigame, que el caletre me dize, q̄ hemos menester aora mas los pies que las manos. Subio don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiãdo Sancho sobre su asno, se entraron por vna parte de Sierra Morena, que alli junto estaua, lleuando Sancho intencion de atrauessarla toda, è yr a salir al Viso, o a Almodouar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animole a esto auer visto, que de la refriega de los galeotes se auia escapado libre la despenfa, que sobre su asno venia, cosa que la juzgô a milagro, segun fue lo que lleuaron, y buscaron los galeotes. Afsi como don Quixote entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciendole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscava. Reduziãsele a la memoria, los marauillosos acaeci-miẽtos, q̄ en semejantes soledades, y asperezas auia

Tercera parte de don

sucesido a caualleros andantes. Yua pensando en estas cosas, tan embeuecido, y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaua. Ni Sañcho lleuaua otro cuydado (despues que le parecio que caminaua por parte segura) sino de satisfazer su estomago con los relieues que del despojo clerical auian quedado, y assi yua tras su amo, sentado a la mugeriega sobre su jumento, sacando de vn costal, y embaulando en su pança: y no se le diera por hallar otra ventura entretanto que yua de aquella manera, vn ardite. En esto alçò los ojos, y vio que su amo estaua parado, procurando con la punta del lançon alçar no se que bulto que estaua caydo en el suelo, por lo qual se dio priesa a llegar a ayudarle, si fuesse menester: y quando llegó fue a tiempo, que alçaua con la punta del lançon vn coxin, y vna maleta afida a el, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos: mas pesaua tanto, que fue necessario que Sancho se apeasse a tomarlos, y mandole su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con vna cadena, y su candado, por lo roto y podrido della vio lo que en ella auia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas que limpias, y en vn pañizuelo hallò vn buen montonzillo de escudos de oro: y assi como los vio, dixo: Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado vna auentura que sea de prouecho. Y buscado mas, hallò vn librillo de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidio don Quixote, y mandole que guardasse el dinero, y

lo

lo tomasse para el. Besole las manos Sancho, por la merced, y desbalijando a la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es posible que sea otra cosa) que algun caminante descaminado deuio de passar por esta sierra, y salteandole Malandrines, le deuieron de matar, y le truxeron a enterrar en esta tan escondida parte? No puede ser esso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo don Quixote, y afsi no adiuino, ni doy en lo que esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librito de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriole, y lo primero que hallô en el, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, que leyendole alto, porque Sancho tambien lo oyesse, vio que dezia desta manera.

O Le falta al amor conocimiento,
 O le sobra crueldad, o no es mi pena
 Igual a la ocasion que me condena,
 Al genero mas duro de tormento.

Pero si Amor es dios, es argumento,
 Que nada ignora, y es razon muy buena,
 Que vn dios no sea cruel: pues quien ordena
 El terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que soys vos Fili, no acierto,
 Que tanto mal en tanto bien no cabe,

Tercera parte de don

Ni me viene del cielo esta ruyna.

Presto aure de morir, que es lo mas cierto,

Que al mal de quien la causa no se sabe,

Acilagro es acertar la medicina.

Por esta troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que està ahi se saque el ouillo de todo. Que hilo està aqui, dixo don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò ahi hilo. No dixè sino Fili, respondió don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste Soneto: y a fè que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende a vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu piensas, respondió don Quixote, y veraslo quando lleues vna carta, escrita en verso de arriba a baxo, a mi señora Dulzinea del Toboso: porque quiero que sepas Sancho, que todos, o los mas caualleros andãtes de la edad passada, erã grãdes trovadores, y grandes musicos, que estas dos habilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas a los enamorados andantes. Verdad es, q̃ las coplas de los passados caualleros, tienen mas de espiritu, q̃ de primor. Lea mas V. m. dixo Sancho, que ya hallara algo q̃ nos satisfaga. Boluio la hoja dõ Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta mi siua, señor, preguntò Sancho? En el principio no parece sino de amores, respõdio dõ Quixote. Pues lea V. m. alto, dixo Sancho, q̃ gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo don Quixote, y leyendola.

yendola alto, como Sancho se lo auia rogado, vio que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta defuentera, me lleuan a parte donde antes bolueran a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis quejas. Desechasteme, o ingrata, por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que leuantò tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendi que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, que los engaños de tu esposo, esten siempre encubiertos, porque tu no quedas arrepetida de lo que heziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo dō Quixote: Menos por esta que por los versos se püede sacar mas, de que quien la escriuio es algun desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianças, sabores, y sin sabores: faoures, y desdenes, solenizados los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote passaua el libro, passaua Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin, que no buscase, escudriñasse, è inquiriesse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse, porq̄ no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina auian despertado en el los hallados escudos, que passaua de ciento. Y aunque no hallò mas de lo

halla-

Tercera parte de don

hallado, dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del breuaje; las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gauan, y toda la hambre, sed, y cansancio que auia passado en seruicio de su buen señor, pareciendole que estaua mas que rebien pagado con la merced recebida, de la entrega del hallazgo. Con gran desseo quedò el cauallero de la triste Figura, de saber quien fuesse el dueño de la maleta, conjeturãdo por el soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, q̄ deuia de ser de algũ principal enamorado, a quien desdeñes, y malos tratamiẽtos de su dama, deuiã de auer conduxido a algun desesperado termino. Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso no parecia persona alguna de quiẽ poder informarse, no se curò de mas, q̄ de passar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, que era por donde el podia caminar: siempre con imaginacion q̄ no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña auentura. Yendo pues con este pensamiento, vio que por cima de vna montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, yua faltando vn hombre de risco en risco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figurosele que yua desnudo, la barba negra y espeffa, los cabellos muchos, y rabultados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubriã las carnes. Traia la cabeça descubierta, y aunque passò con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias mirò,
y no-

y notò el cauallero de la triste Figura: y aunque lo procurò no pudo seguille, porque no era dado a la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de suyo pifacorto, y flematico. Luego imaginò don Quixote, que aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en si de buscarle, aunque supiesse andar vn año por aquellas montañas hasta hallarle: y assi mandò a Sancho, que se apeasse del asno, y atajasse por la vna parte de la montaña, que el yria por la otra, y podria ser que topassen con esta diligencia, con aquel hombre que con tanta priessa se les auia quitado de delante. No podre hazer esso, respondió Sancho, porque en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobresaltos, y visiones. Y firuale esto que digo de auiso, para que de aqui adelante no me aparte vn dedo de su presencia. Assi serà, dixo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente aora tras mi poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quiça toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscallo, porq̃ si le hallamos, y a caso fuese el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr, y assi fuera mejor sin hazer esta inutil diligencia, possederlo yo con buena fe, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero señor, y quiça fuera a tiempo que lo huuiera

Tercera parte de don

huuiera gastado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaste en esso Sancho, respondió don Quixote, que ya que hemos caydo en sospecha de quié es el dueño, quasi delante, estamos obligados a buscarle, y boluerse los: y quando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que el lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese. Así que Sancho amigo, no te dè pena el buscallo, por la que a mi se me quitara si le hallo: y así picò a Rozinante, y siguióle Sancho con su acostubrado juménto. Y auiendo rodeado parte de la montaña, hallarõ en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, en fillada, y en frenada. Todo lo qual cõfirmò en ellos mas la sospecha, de q̄ aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxin. Estandola mirando, oyerõ vn siluo, como de pastor q̄ guardaua ganado: y a deshora a su finiestra mano, parecieron vna buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaua, que era vn hombre anciano. Dióle voces don Quixote, y rogole que baxasse donde estauan. El respondió a gritos, que quien les auia traydo por aquel lugar, pocas, o ningunas vezes pisado sino de pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andauã? Respondióle Sancho, que baxasse, que de todo le darian buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando a donde don Quixote estaua, dixo: Apostare que està mirando la mula de alquiler que està muerta en essa hondonada, pues a buena fe que ha ya seys meses que està en esse lugar. Diganme, han topado por ahi a su dueño? No hemos topado a nadie, respondió don Quixote,

xote, fino a vn coxin, y a vna maletilla que no lexos deste lugar hallamos. Tambien la hallè yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar a ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidieffen por de hurto, que es el diablo sutil, y debaxo de los pies se leuanta allombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como, ni como no. Effeno mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallè yo, y no quise llegar a ella con vn tiro de piedra: alli la dexè, y alli se queda como se estaua, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo don Quixote, sabeys vos quien sea el dueño destas prèdas? Lo que sabre yo dezir, dixo el cabrero, es, que aura al pie de seys meses, poco mas a menos, que llegò a vna majada de pastores, que estarà como tres leguas deste lugar, vn mancebo, de gentil talle y apostura, cauallero sobre essa mesma mula que ahi està muerta, y con el mesmo coxin, y maleta que dezis que hallastes, y no tocastes. Preguntonos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escondida. Diximosle, que era esta donde aora estamos: y es ansi la verdad, porquè si entrays media legua mas adentro quica no acertareys a salir: y estoy marauillado de como aueys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni senda que a este lugar encamine. Digo pues, que en oyèdo nùestra respuesta el mancebo, boluio las riendas, y encaminò hàzia el lugar donde le señalamos, dexandonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priesa con que le viamos caminar, y boluerse hàzia la sierra: y desde entonces nùca mas le vimos, hasta que desde

alli

Tercera parte de don

alli a algunos dias salio al camino a vno de nue-
tros pastores, y sin dezille nada se llegò a el, y le
dio muchas puñadas y cozes, y luego se fue a la bo-
rrica del hatò, y le quitò quanto pan y queffo en
ella trahia: y con estraña ligereza, hecho esto se bol-
uio a emboscar en la sierra. Como esto supimos al-
gunos cabreros, le anduimos a buscar casi dos
dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los
quales le hallamos metido en el hueco de vn gruel-
fo y valiente alcornoque. Salio a nosotros con mu-
cha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro
disfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte que a
penas le conociamos, sino que los vestidos, aunque
rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos die-
ron a entèder que era el que buscauamos. Saludo-
nos cortesmente, y en pocas, y muy buenas razo-
nes nos dixo, que no nos marauillassemos de verle
andar de aquella suerte, porque asì le conuenia
para cumplir cierta penitencia que por sus muchos
pecados le auia sido impuesta. Rogamosle que nos
dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar cõ
el. Pedimosle tambien, que quando huuiesse menef-
ter el sustento (sin el qual no podia passar) nos di-
xesse donde le hallariamos, porque con mucho
amor y cuydado se lo lleuariamos: y que si esto tã-
poco fuesse de su gusto, que alomenos saliesse a pe-
dirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecio
nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los assaltos
passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por
amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En
quanto lo que tocava a la estancia de su habitacion
dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia

la ocasion le ofrecia donde le tomaua la noche, y acabò su platica con vn tan tierno llanto, que bien fueros de piedra los q̄ escuchado le auiamos, si en el no le acompañaramos: considerandole como le auiamos visto la vez primera, y qual le veiamos entonces. Porque como tengo dicho, era vn muy gentil, y agraciado mâcebo, y en sus cortesefes y cõcertadas razones, mostraua ser bien nacido, y muy Cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchauamos, su gentileza era tanta, que bastaua a darse a conocer a la mesma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciose: clauò los ojos en el suelo por vn buè espacio, en el qual todos estuuiamos quedos, y suspèfos, esperando en que auia de parar aquel enuelefamiento, cõ no poca lastima de verlo, porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mouer pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender presto, ser verdad lo q̄ pensauamos: porque se leuantò con gran furia del suelo, donde se auia echado, y arremetio con el primero que hallò junto a si, con tal denuedo y rabia, que fino se le quitaramos le matara a puñadas, y a bocados: y todo esto hazia, diciendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pagaras la sinrazon que me heziste, estas manos te sacaran el coraçon, donde aluergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, que todas se encaminauã a dezir mal de aquel Fernãdo,

Tercera parte de don

y a tacharle de traydor, y fementido. Quitamos se le pues, con no poca pesadumbre, y el fin dezir mas palabra se apartò de nosotros, y se emboscò corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos impossibilitò el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia a tiempos, y que alguno que se llamaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraua el termino a que le auia conduxido. Todo lo qual se ha confirmado despues aca, con las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le den de lo que lleuan para comer, y otras a quitarfelo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buè grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas: y quando està en su seso lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, profiguio el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de llevar a la villa de Almodouar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es q̄ su mal tiene cura, o sabremos quien es quando estè en su seso: y si tiene parientes a quiè dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre dezir de lo que me aueys preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez: que ya le auia dicho

cho don Quixote, como auia visto passar aquel hombre saltando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero auia oydo, y quedò con mas desseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mesmo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua: porque en aquel mesmo instante parecio por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscava, el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca, vio don Quixote, que vn colete hecho pedaços que sobre si trahia, era de ambar: por donde acabò de entender, que persona que tales habitos trahia, no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, les saludò con vna voz desentonada, y bronca: pero con mucha cortesia. Don Quixote le boluio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue a abraçar, y le tuuo vn buè espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huiera conocido. El otro, a quié podemos llamar, el Roto de la mala Figura (como a don Quixote, el de la triste) despues de auerse dexado abraçar, le apartò vn poco de si, y puestas sus manos en los ombros de don Quixote, le estuuò mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado quiza, de ver la figura, talle, y armas de don

Tercera parte de don

Quixote, que don Quixote lo estava de verle a el. En resolucion, el primero que habló despues del abraçamiêto, fue el roto, y dixo lo q̄ se dirà adelãte.

Cap. XXVIII. Donde se prosigue la auentura de la Sierra Morena.

DI ZE La historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escucha-ua al astroso cauallero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto señor quien quiera que seays, q̄ yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesia q̄ cõmigo aueys vsado: y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera seruir la que aueys mostrado tenerme, en el buen acogimiento que me aueys hecho, mas no quiere mi suerte dar-me otra cosa con que corresponda a las buenas obras que me hazen, que buenos desseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió don Quixote, son de seruiros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si el dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algun genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y quando vuestra desuêtura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo genero de consuelo, pensaua ayudaros a llorarla, y plañirla como mejor pudiera, que toda via es consuelo en las desgracias, hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia, yo

os suplico señor, por la mucha que veo que en vos se encierra: y juntamente os conjuro, por la cosa que en esta vida mas auays amado, o amays, que me digays quien soys, y la causa que os ha traydo a viuir, y a morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio don Quixote) por la orden de caualleria que recebi (aunque indigno, y pecador) y por la profefsion de cauallero andante, que si en esto, señor, me complazeys, de seruiros con las veras a que me obliga el ser quien soy: ora remediado vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudando os a llorarla, como os lo he prometido. El cauallero del bosque, que de tal manera oyò hablar al de la triste Figura, no hazia sino mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba a baxo: y despues que le huuo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darme a comer, por amor de Dios q̄ me lo den, que despues de auer comido yo hare todo lo que se me manda, en agradecimiento de tã buenos desseos como aqui se me han mostrado. Luego facarõ, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurrõ con q̄ satisfizo el Roto su hambre, comiẽdo lo que le dieron como persona atõtada, tan aprießa, q̄ no daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los engullia q̄ tragaua: y en tanto q̄ comia, ni el, ni los q̄ le mirauan hablaban palabra. Como acabò de comer, les hizo de señas que le figuiessen, como lo hizieron, y el los lleuò a vn verde pradezillo, que a la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua. En llegando a el, se tendio en el suelo, encima de la

Tercera parte de don

verua, y los demas hizieron lo mismo: y todo esto sin que ninguno hablasse, hasta que el Roto, despues de auerse acomodado en su asiento, dixo: Si gustays, señores, q̄ os diga en breues razones, la inmen- sidad de mis desuenturas, aueysme de prometer, de q̄ con ninguna pregunta, ni otra cosa, no interrom- pereys el hilo de mi triste historia: por q̄ en el p̄to que lo hagays, en esse se quedará lo q̄ fuere contá- do. Estas razones del Roto, truxeron a la memoria a don Quixote, el cuento que le auia contado su es- cudero, quando no acertò el numero de las cabras que auian passado el rio, y se quedò la historia pen- diente. Pero bolviendo al Roto, prosiguió, dizien- do: Esta preuencion que hago, es, porque querria passar breuemente por el cuéto de mis desgracias: que el traerlas a la memoria no me sirue de otra co- sa, que añadir otras de nueuo: y miétras menos me preguntaredes, mas presto acabarè yo de dezillas, puesto q̄ no dexarè por contar cosa alguna, q̄ sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestro desseo. Dó Quixote se lo prometio en nòbre de los demas: y el cō este seguro, començo desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria vna ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis pa- dres ricos, mi desuétura tanta, q̄ la deuè de auer llo- rado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla ali- uiar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Viuia en esta mesma tierra vn cielo, donde puso el amor toda la gloria q̄ yo acertara a dessearme. Tal es la hermosura de Lusinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas ventura, y de menos

firme-

firmeza de la que a mis honrados pensamientos se deuia. A esta Lusinda amè, quise, y adorè, desde mis tiernos y primeros años : y ella me quiso a mi , con aquella senzillez , y buen animo , que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intèros, y no les pesaua dello, porq̄ bien uehian, que quãdo passaran adelante, no podiã tener otro fin, que el de casarnos: cosa que casi la concertaua la ygualdad de nuestro linage, y riquezas. Crecio la edad, y cõ ella el amor de entrambos, que al padre de Lusinda le parecio, que por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe , tan decantada de los Poetas. Y fue esta negacion , añadir llama a llama, y desseo a desseo : porque aunque pusieron silencio a las lenguas , no le pudieron poner a las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar a entender a quien quieren, lo que en el alma està encerrado, que muchas vezes la presencia de la cosa amada, turba y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atreuida. Ay cielos , y quantos villetes le escriui? Quan regaladas, y honestas respuestas tuue? Quantas canciones compuse , y quantos enamorados versos , donde el alma declaraua, y trasladaua sus sentimientos , pintaua sus encendidos desseos, entretenia sus memorias, y recreaua su voluntad? En efeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el desseo de verla , determinè poner por obra, y acabar en vn punto, lo que me parecio que mas conuenia para salir con mi desseado, y merecido premio : y fue, el pedirsel a su padre por

Tercera parte de don

legitima esposa, como lo hize. A lo que el me respondió: Que me agradecia la voluntad que mostraua de honralle, y de querer honrarme con prendas fuyas, pero que siendo mi padre viuo, a el tocaua de justo derecho, hazer aquella demanda: porque sino fuesse con mucha voluntad, y gusto fuyo, no era Lusinda muger para tomarse, ni darse a hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciendome que lleuaua razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse. Y con este intêto, luego en aquel mismo instante fuy a dezirle a mi padre lo que desseaua: y al tiempo que entrè en vn aposento donde estaua, le halle con vna carta abierta en la mano, la qual antes que yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por essa carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, deueys de saber, es vn grande de España, q̄ tienè su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomè, y ley la carta, la qual venia tan encarecida, q̄ a mi mesmo me parecio mal, si mi padre dexaua de cumplir lo que en ella se le pedia, que era, que me embiasse luego donde el estaua, que queria que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y que el tomaua a cargo el ponerme en estado, que correspondiesse a la estimacion en que me tenia. Ley la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando ohi q̄ mi padre me dezia: De aqui a dos dias te partiras Cardenio, a hazer la voluntad del Duque, y da gracias a Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces. Añadio a estas otras razones de padre consejero. Llegose

gose el termino de mi partida, hablè vna noche a Lucinda, dixele todo lo que passaua, y lo mesmo hize a su padre, suplicandole se entretuuiesse algunos dias, y dilataffe el darle estado, hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria. El me lo prometio, y ella me lo confirmò con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estaua, fuy del tan bien recebido, y tratado, que desde luego començò la embidia a hazer su officio, teniendome la los criados antiguos: pareciendoles, que las muestras que el Duque daua de hazerme merced, auian de ser en perjuyzio suyo. Pero el que más se holgò con mi yda, fue vn hijo segundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentil hombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que daua que dezir a todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que don Fernando me queria, y trataua. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comuniqua, y la priuança que yo tenia con don Fernando, dexaua de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraua, especialmente vno enamorado, que le trahia con vn poco de desafossiego. Quería bien a vna labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia se determinaua en qual destas cosas tuuiesse mas excelencia, ni mas se auentajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora, reduxeron a tal termino los desseos de don

Tercera parte de don

Fernando, que se determinò para poder alcançar-
lo (y conquistar la entereza de la labradora) dar-
le palabra de ser su esposo, porque de otra mane-
ra, era procurar lo imposible. Yo obligado de su
amistad, con las mejores razones que supe, y con
los mas viuos exemplos que pude, procurè estor-
uarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo
que no aprouechaua, determinè de dezirle el caso
al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando,
como astuto, y discreto, se rezelò, y temio desto,
por parecerle que estaua yo obligado, en vez de
buen criado, no tener encubierta cosa que tan en
perjuizio de la honra de mi señor el Duque venia:
y assi por diuertirme y engañarme, me dixo: Que
no hallaua otro mejor remedio para poder apartar
de la memoria la hermosura que tan sugeto le te-
nia, que el ausentarse por algunos meses: y que
queria que el ausencia fuesse, que los dos nos vi-
niessemos en casa de mi padre, con ocasion que da-
rian al Duque, que venia a ver y a feriar vnos muy
buenos cauallos que en mi ciudad auia, que es ma-
dre de los mejores del mundo. A penas le ohi yo
dezir esto, quando (mouido de mi aficion) aun-
que su determinacion no fuera tan buena, la apro-
uara yo por vna de las mas acertadas que se podian
imaginar: por ver quan buena ocasion, y coyun-
tura se me ofrecia, de boluer a ver a mi Luscin-
da. Con este pensamiento, y desseo, aprouè su pa-
recer, y esforcè su proposito, diziendole, que lo
puèsses por obra con la breuedad possible, porque
en efeto la ausencia hazia su officio, a pesar de los
mas firmes pensamientos. Ya quando el me vino a
dezir

dezir esto, segun despues se supo, auia gozado a la labradora, con titulo de esposo, y esperaua ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo q̄ el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando a alcançarle se acaba, y ha de boluer atras aquello que parecia amor: porque no puede passar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso a lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que afsi como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriaron sus ahincos: y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no ponerlos en execucion. Dióle el Duque licencia, y mandome que le acompañasse. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era: vi yo luego a Lusinda, tornaron a viuir (aunque no auia estado muertos, ni amortiguados) mis desseos, de los quales di cuenta, por mi mal, a don Fernando, por parecerme, que en la ley de la mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y discrecion de Lusinda, de tal manera, que mis alabaças mouieron en el los desseos de querer ver donzella de tantas buenas partes adornada. Cumpliselos yo, por mi corta suerte, enseñandose la vna noche, a la luz de vna vela, por vna ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, ensayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò abso-

final.

Tercera parte de don

finalmente tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desventura . Y para encenderle mas el desseo (que a mi me zelaua, y al cielo a solas descubria) quiso la fortuna , que hallasse vn dia vn villete fuyo , pidiendome que la pidiesse a su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo , que en sola Lusinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estauan repartidas . Bien es verdad, que quiero confessar aora, que puesto que yo veia con quan justas causas don Fernando a Lusinda alabaua , me pesaua de oyr aquellas alabanças de su boca , y comencè a temer , y a rezelarme del , porque no se passaua momento donde no quiesse que tratassemos de Lusinda , y el mouia la platica , aunque la truxesse por los cabellos : cosa que despertaua en mi vn no se que de zelos, no por que yo temiesse reues alguno de la bondad, y de la fè de Lusinda , pero con todo esso me hazia temer mi suerte , lo mesmo que ella me asseguraua. Procuraua siempre don Fernando , leer los papeles que yo a Lusinda embiaua , y los que ella me respondia, a titulo , que de la discrecion de los dos gustaua mucho. Acaecio pues, que auendome pedido Lusinda vn libro de cauallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada , que era el de Amadis de Gaula . No huuo bien oydo don Quixote nombrar libro de cauallerias , quando dixo : Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia , que su merced de la señora Lusinda , era aficionada a libros de cauallerias, no fuera

fuera menester otra exageracion, para darme a entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuuiera tan bueno como vos señor le auays pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento, que con solo auer entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, señor, que vuestra merced le huuiera embiado junto con Amadis de Gaula, al bueno de don Rugel de Grecia, que yo se que gustara la señora Lusinda mucho de Darayda, y Geraya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cantadas, y representadas por el, con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podra venir en que se enmiende essa falta, y no dura mas en hazerse la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser seruido de venirse conmigo a mi aldea, q̄ alli le podrè dar mas de treçietos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos, y embidiosos encantadores. Y perdoneme vuestra merced, el auer contrauenido a lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyèdo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Assi que, perdon, y profeguir, que es lo que aora haze mas al caso. Entanto que don Quixote estaua diziendo lo que queda.

Tercera parte de don

quēda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto que dos vezes le dixo don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de vn buen espacio la leuantò, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni aura quien me lo quite en el mundo, ni quien me dè a entender otra cosa: y seria vn majadero el que lo contrario entendiesse, o creyesse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estaua amancebado con la Reyna Madafima. E esso no, voto a tal, respondió con mucha colera don Quixote, (y arroSOLE como tenia de costumbre) y essa es vna muy gran malicia, o vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madafima fue muy principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princesa se auia de amancebar con vn saca potras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran vellaco. Y yo se lo dare a entender, a pie, o a cauallo: armado, o desarmado: de noche, o de dia, o como mas gusto le diere. Estauale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya auia venido el accidente de su locura, y no estaua para proseguir su historia: ni tampoco don Quixote se la oyera, segun le auia disgustado lo que de Madafima le auia oydo. Estraño caso, que assi boluio por ella, como si verdaderamente fuera su verdadera, y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaua loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, con otros denuestos semejantes, pareciole mal la burla,

burla, y alçò vn guijarro que hallò junto a si, y dió con el en los pechos tal golpe a don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Pança que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco, con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal fuer-te, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumò las costillas muy a su sabor. El cabrero que le quiso defender, corrio el mesmo peligro. Y despues que los tuuo a todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fue con gentil fofsiego, a emboscarse en la montaña. Leuantose Sancho, y con la rabia q̄ tenia de verse aporreado, tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no auerles auisado que a aquel hombre le tomaba a tiempos la locura, que si esto supieran, huieran estado sobre auiso para poderse guardar. Respondio el cabrero, que ya lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, que no era suya la culpa. Replicò Sancho Pança, y tornò a replicar el cabre-ro: y fue el fin de las replicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si don Quixote no los puffiera en paz, se hizieran pedaços. Dezia Sancho, asido con el cabrero: Dexeme vuestra merced, señor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado cauallero, bien puedo a mi saluo satisfazerme del agrauio que me ha hecho, peleado cõ el mano a mano, como hõbre honrado. Afsi es dixo don Quixote, pero yo se, que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaziguò, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria posible hallar a Cardenio, por-
que

Tercera parte de don

que quedaua con grandissimo desseo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero le auia dicho, que era, no saber de cierto su manida: pero que si anduuiesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, o cuerdo, o loco.

Cap. XXV. Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente cavallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros.

DEspidiose del cabrero don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rozinante, mandò a Sancho que le siguiesse, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana. Yuanse poco a poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho yua muerto por razonar con su amo, y desseaua que el començasse la platica, por no contrauenir a lo que le tenia mandado: mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dè licencia, que desde aqui me quiero boluer a mi casa, y a mi muger, y a mis hijos, con los quales por lo menos hablarè, y departirè todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con el por estas soledades, de dia y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la fuerre que los animales hablaran, como hablauan en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumèto lo que me viniera en gana,

gana, y con esto passare mi mala ventura: que es re-
zia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, an-
dar buscando auēturas toda la vida, y no hallar sino
cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y có
todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar dezir
lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera
mudo. Ya te entiendo Sancho, respondió don Qui-
xote, tu mueres porque te álce el entredicho, que te
tégo puestas en la lengua, dale por alçado, y di lo que
quisieres, con condicion, que no ha de durar este al-
çamiento, mas de en quanto anduieremos pór estas
fierras. Sea así, dixo Sancho, hable yo aora, que des
pues Dios sabe lo que sera, y començando a gozar
de esse saluoconduto. Digo, que que le yua a vuestra
merced en boluer tanto por aquella Reyna Magi-
masa, o como se llama? O que hazia al caso, q̄ aquel
Abad fuesse su amigo, o no? Que si vuestra merced
passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, q̄
el loco passara adelante con su historia, y se vuieran
ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun
mas de seys torniscones. Afe Sancho, respondió don
Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan hon-
rada, y quan principal señora era la Reyna Madasi-
ma, yo se que dixeras, que túue mucha paciencia,
pues no quebre la boca, por donde tales blasfemias
salieron. Porque es muy gran blasfemia, dezir, ni
pensar, que vna Reyna, esté amancebada con vn ci-
rujano. La verdad del cuento es, que aquel maes-
tro Elisabat, que el loco dixo, fue vn hombre muy
prudente, y de muy sanos consejos, y siruio de ayo,
y de medico, a la Reyna: Pero pensar que ella era
su amiga, es disparate, digno de muy gran castigo.

Q

Y por

Tercera parte de don

Y porque veas , que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir , que quando lo dixo , ya estava sin juyzio. Eſſo digo yo, dixo Sancho, que no auia para que hazer cuenta de las palabras de vn loco, porque ſi la buena fuerte no ayudara a vueſtra merced, y en caminara el guijarro a la cabeza, como le encaminò al pecho , buenos quedaramos , por auer buelto por aquella mi ſeñora, que Dios cohonda. Pues montas, que no ſe librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, eſta obligado qualquier cauallero andante a boluer por la honra de las mugeres, qualesquiera que ſean , quanto mas por las Reynas de tan alta guiſa y pro, como fue la Reyna Madafiſima, a quien yo tengo particular aficion, por ſus buenas partes : porque fuera de auer ſido fermosa, ademas fue muy prudente y muy ſufrida en ſus calamidades, que las tuuo muchas. Y los conſejos y compania del maeftro Eliſabat, le fue y le fueron de mucho prouecho y aliuio, para poder llevar ſus trabajos, cò prudècia y paciencia. Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante , y mal intencionado , de dezir y pensar, que ella era ſu manceba : y mienten, digo otra vez , y mentiran otras dozientas , todos lo que tal penſaren , y dixeren. Ni yo lo digo , ni lo pienſo , reſpondio Sancho , alla ſe lo ayan , con ſu pan ſe lo coman , ſi fueron amancebados, o no; a Dios auran dado la cuenta; de mis viñas vengo, no ſe nada, no ſoy amigo de ſaber vidas ajenas, que el que compra y miente, en ſu bolſa lo ſiente. Quanto mas , que deſnudo naci , deſnudo me hallo, ni pierdo ni gano, mas que lo fueſſen, que me va a mi? Y muchos piensan que ay tozinos , y no ay esta-

cas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quãto mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo don Quixote, y que de necedades vas Sancho en-
fartando, que va de lo que tratamos, a los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelante entremetete en espolear a tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entien-
de con todos tus cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiziere, va muy puesto en razon, y muy conforme a las reglas de caualleria, que las se mejor que quantos caualleros las professaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caualleria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda ni camino, buscando, aun lo que el qual despues de hallado, quiça le vendra en voluntad, de acabar lo que dexo començado, no de su cuento, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas, acabandonoslas de romper de todo punto? Callate digo otra vez Sancho, dixo don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes, el deseo de hallar al loco, quanto el que tengo, de hazer en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama, en todo lo descubierto de la tierra, y sera tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hazer perfecto, y famoso a vn andante cauallero. Y es de muy gran peligro essa hazaña, preguntò Sancho Pança? No, respondió el de la triste Figura. Puesto, que de tal manera podía correr el dado, que echassemos ázar, en lugar de encuentro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Quixote,

Tercera parte de don

porque si buelues presto, de adonde pienso embiar-
te, presto se acabará mi pena, y presto començará mi
gloria: y porque no es bien, que te tenga mas suspen-
so, esperando en lo que han de parar mis razones,
quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de
Gaula, fue vno de los mas perfectos caualleros an-
dantes: no he dicho bien, fue vno, fue el solo, el pri-
mero, el vnico, el señor de todos quantos vuo en su
tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don
Belianis, y para todos aquellos que dixerē, que se le
yguale en algo, porque se engañan juro cierto. Di-
go así mismo, que quando algun pintor quiere salir
famoso en su arte, procura imitar los originales de
los mas vnicos pintores que sabe. Y esta mesma re-
gla corre por todos los mas oficios, o exercicios de
cuenta, que sirven para adorno de las republicas. Y
así lo ha de hazer y haze, el que quiere alcançar nó-
bre de prudente y sufrido, imitando a Vlises, en cu-
ya persona y trabajos, nos pinta Omero, vn retrato
viuo de prudencia, y de sufrimiento, como tambien
nos mostro Virgilio, en persona de Eneas, el valor
de vn hijo piadoso, y la sagazidad de vn valiente, y en
tédido capitán, no pintádolo ni descubriéndolo como
ellos fuerō, sino como auian de ser, para quedar exē-
plo a los venideros hombres, de sus virtudes. Desta
misma suerte Amadis fue el norte, el luzero, el sol
de los valientes, y enamorados caualleros, a quié de-
uemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la
vandera de amor, y de la caualleria militamos. Si en-
do pues esto así, como lo es, hallo yo Sācho amigo,
que el cauallero andante, que mas le imitare, estara
mas cerca de alcançar la perfeccion de la caualle-
ria. Yi

ria. Y vna de las cosas en que mas este cauallero mostro su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retirò, desdeñado de la señora Oriana, a hazer penitencia en la peña Pobre, mudado su nombre, en el de Bèltenebros, nombre por cierto significatiuo, y proprio para la vida, que el de su voluntad auia escogido. Ansi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados, para semejantes efectos, no ay para que se dexen pasar la ocasion, que aora cõ tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dixo Sancho, que es lo q̃ vuestra merced quiere hazer, en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió don Quixote, que quiero imitar a Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia cometido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluio loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldan, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenia. Parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo y penso, hare el bosquejo, como mejor pudiere, en las que me parecieren ser mas esenciales. Y podrá ser que viniessse a contentarme, con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locu-

Tercera parte de don

ras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanço tã
ta fama, como el que mas. Pareceme a mi, dixo San-
cho, que los caualleros que lo tal fizieron, fueron
prouocados y tuuieron causa para hazer essas nece-
dades y penitências. Pero vuestra merced, que causa
tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdñea-
do? O que señales ha hallado, q̄ le den a entender, q̄
la señora Dulzinea del Toboso, ha hecho alguna ni-
ñeria, con Moro, o Christiano? Ahi està el punto, ref-
pondio don Quixote, y essa es la fineza de mi nego-
cio. Que boluerse loco vn cauallero andãte, con cau-
sa, ni grado, ni gracias: el toque esta, desatinar sin oca-
sion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago
esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta
ocasion tengo, en la larga ausencia que he hecho, de
la siempre señora mia Dulzinea del Toboso, que co-
mo ya oyste dezir, a aquel pastor de Marias Ambro-
sio, quien esta ausente, todos los males tiene y teme.
Asi que Sancho amigo, no gastes tiempo en aconse-
jarme, que dexé tan rara, tã felice, y tan no vista imi-
tacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu
bueluas con la respuesta de vna carta, que contigo
pienso embiar, a mi señora Dulzinea: y si fuere tal
qual a mi fè se le deue, acabarsea mi sandez y mi pe-
nitencia: y si fuere al contrario, sere loco de veras, y
siendolo no sentire nada. Ansi que de qualquiera ma-
nera que responda, saldre del conflicto y trabajo en
que me dexares, gozando el bien que me truxeres,
por cuerdo, o no sintiendo el mal que me aportares,
por loco. Pero dime Sancho, traes bien guardado el
yelmo de Mambrino, q̄ ya vi que le alçaste del sue-
lo, quando aquel desagradecido le quiso hazer peda-
ços?

cos? pero no pudo, donde se puede echar de ver, la fineza de su temple. A lo qual, respondio Sancho, viue Dios señor cauallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni lleuar en paciencia, algunas cosas que vuestra merced dize, y que por ellas vengo a imaginar, que todo quanto me dize de cauallerias, y de alcançar Reynos, è Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es vso de caualleros andantes, que todo deue de ser cosa de viëto y mentira, y todo palstraña, o patraña, o como lo llamaremos. Porque quien oyere dezir a vuestra merced, q̄ vna bazia de barbero, es el yelmo de Mābrino, y que no salga de este error, en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize y afirma, deue de tener guero el juyzio. La bazia yo la lleuo en el costal, toda abollada, y lleuola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira Sancho, por el mismo que denãtes juraste, te juro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuuo escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha q̄ andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los caualleros andantes, parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reues? Y no porque sea ello ansí, sino porque andan entre nosotros siempre, vna caterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y trüecan, y les bueluen, segun su gusto, y segun tienen la gana de fauorecernos o destruyrnos, y así esto que a ti te parece bazia de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambrino, y a otro le parecera otra cosa. Y fue rara pro-

Tercera parte de don

uidencia del sabio, que es de mi parte, hazer que parezca bazia a todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino. A causa, que siendo el de tanta estimación, todo el mundo me perseguira, por quitarmele; pero como ven que no es mas de vn bazin de barbero, no se curan de procuralle. Como se mostro bien, en el que quiso rompelle, y le dexò en el suelo sin lleuarle, que afe que si le conociera, que nunca el le dexara. Guardale amigo, que por aora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo, como quando naci. Si es, que me da en voluntad, de seguir en mi penitencia, mas a Roldan, que a Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de vna alta montaña, que casi como peñon tajado estaua sola, entre otras muchas que la rodeauan. Corria por su falda vn manso arroyuelo, y hazia se por todo su redondez, vn prado tan verde y vicioso, que daua contento a los ojos que le mirauã. Auia por alli muchos arboles siluestres, y algunas plantas y flores, que hazian el lugar apazible. Este sitio escogio el cauallero de la triste Figura, para hazer su penitencia, y assi en viendole, començo a dezir en voz alta, como si estuuiera sin juyzio: Este es el lugar, o cielos, que diputo y escujo para llorar la desventura en que volotros mesmos me aueys puesto. Este es el sitio, donde el humor de mis ojos acrecentarã las aguas deste pequeño arroyo, y mis continos y profundos sospiros moueran a la continua las hojas destos montarazes arboles, en testimonio y señal, de la pena que mi assendereado coraçon padece. O vosotros, quiẽ quiera que seays, rusticos dioses, que en este inhabitable lugar teneys vuestra morada.

rada, oyd las quejas deste desdichado amante: a quien vna luenga ausencia, y vnos ymaginados zelos, han traydo a lamentarse entre estas hasperezas, y a quexarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, termino y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneys por costumbre de habitar en las espeluras de los mōtes, asy los ligeros y lasciuos satiros, de quien soys, aunque en vano Amadis, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeys a lamentar mi desventura, o alomenos, no os canseys de oylla. O Dulzinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, asy el cielo te la de buena, en quanto acertares a pedirle, que cōsideres el lugar y el estado, a que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas, al que a mi fé se le deue. O solitarios arboles (que desde oy en adelante aueys de hazer compaña a mi soledad) dad indicio, con el blando mouimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mio, agradable compañero, en mas proferos y aduersos sucesos, toma bien en la memoria lo que aqui me veras hazer, para que lo cuentes y recetes, a la causa total de todo ello. Y diziēdo esto, se apeò de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dandole vna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da, el que sin ella queda, o cavallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vete por do quisieres, que en la frente lleuas escrito, que no te y gualò en ligereza, el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costò a Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo:

Tercera parte de don

37
00

Bien aya quien nos quitô aora, del trabajo de desenalbardar al ruzio, que afe que no faltaran palmadicas que dalle, ni cosas que dezille en su alabança, pero si el aqui estuiera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no auia para que, que a el no le tocauan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaua su amo, que era yo, quando Dios queria. Y en verdad señor cauallero de la triste Figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced, va de veras, que sera bien tornar a enfillar a Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque será ahorrar tiempo a mi y da, y buelta, que si la hago apie, no se quando llegare, ni quando boluere, porque en resolucion, soy mal caminãte. Digo Sancho, respondió don Quixote, que sea como tu quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aqui a tres dias te partiras, porque quiero que en este tiempo, veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estas en el cuento, respondió don Quixote, ahora me falta rasgar las vestiduras, esparzir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te hã de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da estas calabazadas, q̃ a tal peña podra llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y feria yo de parecer, que ya q̃ a vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabazadas, y q̃ no se puede hazer esta obra sin ellas, se contentasse, pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla, se cõtãse, digo, con darselas en el agua, o en alguna cosa blanda,

blanda, como algodón, y dexeme a mi el cargo, que yo dire a mi señora, que vuestra merced se las daua en vna punta de peña, mas dura que la de vn diamante. Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, respondió don Quixote, mas quierote hazer sabidor, de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera, seria con trauenir a las ordenes de caualleria, que nos mandá, que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hazer vna cosa por otra, lo mesmo es, que métir. Ansi que mis calabazadas, han de ser verdaderas, firmes y valderas, sin que lleuen nada del sofisticico, ni del fantastico. Y sera necesario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso, que nos faltasse el balsamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en el las hilas y todo, y ruegole a vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito breuage, que en solo oyrle mentar, se me rebuelue el alma, no que el estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya passados los tres dias, que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas, en cosa juzgada, y dire marauillas a mi señora, y escriua la carta, y despacheme luego, porque tengo gran deseo de boluer a sacar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexo. Purgatorio le llamas Sancho, dixo don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, ref-

res, respondió Sancho, que quien està en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual sera al reues en vuestra merced, o a mi me andaran mal los pies, si es que lleuo espuelas para auuiar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delante de mi señora Dulzinea, que yo le dire tales cosas, de las necesidades y locuras, que todo es vno, que vuestra merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga a poner mas blanda que vn guante, aunque la halle mas dura que vn alcornoque, con cuya respuesta dulce, y melificada, boluere por los ayres como bruxo, y facare a vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir de: la qual como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dira otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escriuir la carta? y la librança pollinezca, tambien añadió Sancho? Todo yra inferto, dixo don Quixote, y seria bueno, ya que no ay papel, que la escriuiessemos, como hazian los antiguos, en hojas de arboles, o en vnas tablitas de cera, aunque tan dificultoso sera hallar se esso aora, como el papel. Mas ya me ha venido a la memoria, donde sera bien, y aun mas que bien escriuilla, que es, en el librillo de memoria, que fue de Cardenio, y tu tendras cuydado, de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde aya maestro de escuela de muchachos, o sino qualquiera sacristan te la trasladará, y no se la des a trasladar a ningun escriuano, que hazen letra processada, que no la entendera satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? nunca las cartas de

de Amadis se firman, respondió don Quixote. Esta bien, respondió Sancho, pero la librança forçofaméte se ha de firmar, y essa si se traslada, diran que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yra en el mesmo librilla firmada, que en viendola mi sobrina, no pondra dificultad en cumplilla. Y en lo que toca a la carta de amores, pondras por firma, Vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y hara poco al caso, que vaya de mano agena, porque a lo que yo me se acordar, Dulzinea no sabe escriuir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero, mas que a la lumbre de estos ojos, que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes, y aun podra ser, q̄ destas quatro vezes no vuiesse ella echado de ver la vna, que la miraua. Tal es el recato y encerramiento, con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo, es la señora Dulzinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenço? Esta es, dixo don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bien vna barra, como el mas forçudo çagal de todo el pueblo: viue el dador, que es moça de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pelo, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier cauallero andante, o por andar, que la tuuiere por señora. O hideputa que rejo que tiene, y que voz: se
dezir.

Tercera parte de don

dezir, que se puso vn dia encima del campanario del aldea, a llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn baruecho de su padre, y aunque estauan de allimas de media legua, assi la oyeron, como si estuieran al pie de la torre, y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo haze mueca y donayre. Agora digo señor cauallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie aura que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesro que le lleue el diablo. Y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deue de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confieso a vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien y fielmente, que la señora Dulzinea, deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, o alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes, que vuestra merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos, que deuen ser, segun deuen de ser muchas las vitorias, que vuestra merced ha ganado, y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenzo, digo, a la señora Dulzinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vécidos, que vuestra merced le embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo q̄ ellos llegassen, estuies-

estuuiesse ella rastrillando lino, o trillando en las heras, y ellos se corriessen de verla, y ella se rieffe y enfadasse del presente. Y a te tengo dicho antes de agora muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo. Mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oyas vn breue cuento. Has de saber, que vna viuda hermosa, moça, libre y rica, y sobre todo defenfadada, se enamorò de vn moço morilon, rollizo y de buen tomo, alcançolo a saber su muger, y vn dia dixo a la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Marauillado estoy señora, y no sin mucha causa, de que vna muger tan principal, tan hermosa, y tan rica, como vuestra merced, se aya enamorado, de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota, como fulano, auiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y dezir, este quiero, aqueste no quiero? Mas ella le respondió con mucho donayre, y defemboltura: Vuestra merced señor mio, està muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y mas que Aristoteles. Así que Sancho, por lo que yo quiero a Dulzinea del Toboso, tanto vale, como la mas alta Princesa de la tierra. Si que no todos los Poetas, que auran damas, debaxo de vn nombre, que ellos a su aluedrio les ponen, es verdad que las tienen. Pienzas tu que las Amariles, las Filis, las Siluias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales, de que los li-

bros,

Tercera parte de don

bro, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdade raméte damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No porcierto, sino que las mas se las fingen, por dar sujeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y assi bastame a mi pensar y creer, que la buena de Aldonça Lorenço, es hermosa y honesta: y en lo del linage importa poco, que no han de yr a hazer la informacion del, para darle algun abito, y yo me hago cuenta, que es la mas alta Princefa del mundo. Porque has de saber Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan â amar, mas que otras, que son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumiadamente en Dulzinea, porque en ser hermosa, ninguna le ygualla, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino, que todo lo que digo es assi, sin que sobre ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion, como la desseo, assi en la belleza, como en la principalidad, y ni la llega Elena, ni la alcança Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres, de las edades preteritas, Griega, Barbara, o Latina. Y diga cada vno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no sere castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que yo soy vn asno: mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la foga en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y a Dios que me mudo. Sacô el libro de memoria don Quixote, y apartandose a vna parte, con mucho sosiego començo a escriuir la carta,

y en

y en acabandola llamò a Sancho, y le dixo, que se la queria leer, porque la tomasse de memoria, si a caso se le perdiessè por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual, respondió Sancho: Escrivala vuestra merced dos o tres vezes, ahi en el libro, y demele, que yo le lleuare bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo. Pero con todo esto, digamela vuestra merced, que me holgare mucho de oylla, que deue de yr como de molde. Escucha que asì dize, dixo don Quixote.

Carta de don Quixote, a Dulzinea del Toboso.

Soberana y alta señora.



L ferido de punta de ausencia, y el lagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulzinea del Toboso, te embiala salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia? Si tu valor no es en mi pro? Si tus desdenes foren mi afincamiento? maguer que yo sea a faz de sufrido, mal podre sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho, te dara entera relacion, o bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo, si gustares de acorrerme, tuyo soy, y fino haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi

R

bar mi

Tercera parte de don

bar mi vida , aure satisfecho a tu crueldad , y a mi desseo.

Tuyo hasta la muerte.

El caullero de la triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho, en oyendo la carta, que es la mas alta cosa, que jamas he oydo. Pesia a mi, y como que le dize vuestra merced ahi, todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma, el caullero de la triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió don Quixote, para el oficio que trayo. Ea pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en effotra buelta, la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad; porque la conozcan en viendola. Que me plazca, dixo don Quixote, y auindola escrito se la leyó, que dezia así.

Mandarà vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Pança mi escudero, tres de los cinco que dexé en casa, y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos, se los mando librar y pagar, por otros tantos, aqui recibidos de contado, que consta, y con su carta de pago, seran bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena, a veynte y dos de Agosto, deste presente año.

Buena está, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mesmo que firma, y para tres años, y aun para trezientos, fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced,

respon,

respondio Sancho, dexeme yre a ensillar a Rozinante, y aparejese vuestra merced, a echarme su bendicion, que luego pienso partirme, sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo dire que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester ansi, quiero digo que me veas en cueros, y hazer vna o dos docenas de locuras, que las hare en menos de media hora: porque auriendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu salvo, en las demas que quisieres añadir, y assegurote que no diras tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me dara mucha lástima, y no podre dexar de llorar, y tengo tal la cabeza, del llanto que anoche hize por el razio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breues, y las que le vinieren mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada desso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nueuas que vuestra merced dessea, y merece. Y sino aparejese la señora Dulzinea, que sino responde como es razon, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago, a cozes, y a vofetones. Porque donde se ha de sufrir, que vn cauallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios, que despotriquee, y lo eche todo a doze, aunque ni naca se venda. Bonico soy yo para esso, mal me congece, pues afe que si me conociesse, que me ayunasse.

Tercera parte de don

Afsi Sancho, dixo don Quixote, que a lo que parece, que no estas tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colerico. Pero dexando esto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que yo bueluo? Ha de salir al camino como Cardenio, a quitar se lo a los pastores? No te de pena, esse cuydado, respondió don Quixote, porque aunque tuuiera, no comiera otra cosa que las yeruas y frutos, que este prado y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio, está en no comer, y en hazer otras asperezas equivalentes a Dios. Pues pero sabe vuestra merced, que te moque no tengo de acertar a boluer a este lugar, donde agora le dexo, segun está de escóddido. Toma bien las señas, que yo procurare no apartarme de estos cõornos, dixo don Quixote, y aun tendre cuydado de subir me por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando bueluas. Quanto mas, que lo mas acertado sera, para que no me yerrés, y te pierdas, qe cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las cuales te seruiran de mojonos y señales, para que me halles quando bueluas, a imitacion del hilo del laberinto de Perseo. Afsi lo hare, respondió Sancho Pança, y cortando algunos, pidió la bendicion a su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidio del. Y subiendo sobre Rozinante, a quien don Quixote encomendo mucho, y que mirasse por el, como por su propria persona, se puso en camino del llano, esparziendo de trecho a trecho, los ramos de la retama, como su amo se lo auia aconsejado. Y afsi se fue, aunque

aunque todavia le importunaua don Quixote, que le viesse si quiera hazer dos locuras. Mas no vuo andado cien passos, quando boluio y dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para q̄ pueda jurar sin cargo de conciencia, que le he visto hazer locuras, sera bien que vea si quiera vna, aunque bien grãde la he visto, en la quedada de vuestra merced. No te lo dezia yo, dixo don Quixote, espérate Sancho, que en vn credo las hare. Y desnudandose con toda priessa los calçones, quedò en carnes y en pañales, y luego sin mas ni mas, dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça abaxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez, boluio Sancho la rienda a Rozinante, y se dio por contento y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco, y assi le dexaremos yr su camino, hasta la buelta, que fue breue.

Cap. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en sierra Morena.



BOLVIENDO a contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo. Dize la historia, que assi como don Quixote acabò de dar las rumbas o bueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas fandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña, y alli tornò a pensar, lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuel-

Tercera parte de don

to en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas a cuento imitar a Roldan, en las locuras desahoradas que hizo, o Amadis, en las Malenconicas: y hablando entre si mesmo, dezia. Si Roldan fue tan buen cauallero, y tan valiente, como todos dicen, que marauilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole vn alfiler de ablanca, por la punta del pie, y el traia siempre los çapatos, con siete suelas de hierro. Aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogo entre los braços, en Ronzes Valles. Pero dexando en el, lo de la valentia a vna parte, vengamos a lo de perder el juyzio, que es cierto que le perdio, por las señales que hallò en la fortuna, y por las nuevas que le dio el pastor, de que Angelica auia dormido mas de dos siestas con Medoro, vn Morillo de cabellos enriçados, y paje de Agramante. Y si el entendio que esto era verdad, y que su dama le auia cometido defaguiffado, no hizo mucho en boluerse loco. Pero yo como puedo imitalle en las locuras, sino le imito en la ocasion dellas, por que mi Dulzinea del Toboso, osare yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, ansí como el es, en su mismo traje, y que se está oy, como la madre que la pario: y hariale agrauio manifesto, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco, de aquel genero de locura, de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcanço tanta fama de enamorado, como el que mas.

Porque

Porque lo que hizo , segun su historia , no fue mas , de que por verse desdenado de su señora Oriana , que le auia mandado , que no pareciesse ante su presencia , hasta que fuesse su voluntad. De que se retiró a la peña Pobre , en compañía de vn ermitaño , y allí se harto de llorar , y de encomendarse a Dios , hasta que el cielo le acorrio , en medio de su mayor cuyta y necesidad. Y si esto es verdad , como lo es , para que quiero yo tomar trabajo agora , de desnudarme del todo , ni dar pesadumbre a estos arboles , que no me han hecho mal alguno , ni tengo para que enturbiar , el agua clara destos arroyos , los quales me han de dar de beuer , quando tenga gana. Viua la memoria de Amadis , y sea imitado de don Quixote de la Mancha , en todo lo que pudiere. Del qual se dira , lo que del otro se dixo , que fino acabò grandes cosas , murio por acometellas : y si yo no soy desechado , ni desdenado de Dulzinea del Toboso , bastame , como ya he dicho , estar ausente della. Ea pues , manos a la obra , venid a mi memoria cosas de Amadis , y enseñadme por donde tengo de començar a imitaros , mas ya se que lo mas que el hizo , fue rezar , y encomendarse a Dios : pero que hare de rosario , que no le tengo? En esto le vino al pensamiento , como le haria , y fue , que rasgó vna gran tira de las faldas de la camisa , que andauan colgando , y diole honze ñudos , el vno mas gordo que los demas , y esto le siruio de rosario , el tiempo que allí estuuo , donde rezò vn milló de Aue Marias. Y lo que le fatigaua mucho , era no hallar por alli otro ermitaño , que le confessasse ,

Tercera parte de don

y con quien consolarse. Y assi se entretenia passeandose por el pradezillo, escriuiendo y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos. Todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabança de Dulzinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer despues que a el alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen.

A Rboles, yeruas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altos, verdes y tantas,
Si de mi mal no os holgays
Escuchad mis queexas santas.

Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.

Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como o por donde.

Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assi hasta henchir vn pipote,

Aquí

*Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.*

*Buscando las aventuras
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desventuras.*

*Hiriole amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en tocandole el cogote,
Aqui lloró don Quixote
Ausencias de Dulzinea
Del Toboso.*

No causó poca risa, en los que hallaron los versos referidos, el añadidura del Toboso, al nombre de Dulzinea. Porque imaginaron que deuió de imaginar don Quixote, que si en nombrando a Dulzinea, no dezia tambien del Toboso, no se podria entender la copla, y assi fue la verdad, como el despues confesso. Otros muchos escriuió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, y Siluanos, de aquellos bosques, a las ninfas de los rios, a la dolorosa y vmi-da Eco, que le respondiessse, consolassen y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas con que sustentarse, en tanto que Sancho boluia, que si

Tercera parte de don

como tardò tres dias, tardara tres semanas, el cauallero de la triste Figura quedará tan desfigurado, que no le conociera la madre que lo pario. Y sera bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le auino a Sancho Pança, en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegó a la venta, donde le auia sucedido la desgracia de la manata, y no la vuo bien visto, quando le parecio que otra vez andaua en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera y deuiera hazer; por ser la del comer, y llevar en desso de gustar algo caliente, que auia grandes dias que todo era hambre. Esta necesidad le forço, a que llegasse junto a la venta, toda via dudoso, si entraria, o no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conócieron. Y dixo el vno al otro: Digame señor Licenciado, aquel del cauallo, no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor, por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don Quixote. Y conócieronle tan bien, como aquellos que eran, el cura y el barbero, de su mismo lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto general de los libros. Los cuales, assi como acabaron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinante, desseosos de saber de don Quixote, se fueron a el, y el cura le llamó por su nombre. Diciendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro amo? Conociolos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como, su amo quedaua. Y assi les respondió, que su amo

su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa, que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aueys muerto, y robado, pues venis encima de su caualllo, en verdad que nos aueys de dar el dueño del rozin, o sobre esso morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mate su ventura, o Dios que le hizo. Mi amo queda haziendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su sabor. Y luego de corrida, y sin parar, les conto de la suerte que quedaua, las aventuras que le auian sucedido, y como lleuaua la carta a la señora Dulzinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estaua enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sancho Pança les contaua, y aunque ya sabian la locura de don Quixote, y el genero della, siempre que la oyan, se admirauan de nueuo. Pidieronle a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua a la señora Dulzinea del Toboso: el dixo que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual, dixo el cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librillo, pero no le hallò, ni le podia hallar, si le buscara hasta agora, porque se auia quedado don Quixote
con

Tercera parte de don

con el, y no se le auia dado, ni a el se le acuerdo de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaua el libro, fueffele parando mortal el rostro: y tornandose a tatar todo el cuerpo muy apriessa, tornô a echar de ver, que no le hallaua, y sin mas, ni mas, se hecho entrambos puños a las barbas, y se arrancò la mitad de ellas, y luego apriessa y sin cessar, se dio media dozna de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las baño todas en sangre. Visto lo qual, por el cura y el barbero, le dixeron, que que le auia sucedido, que tan mal se paraua? Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el auer perdido de vna mano a otra, en vn estante tres pollinos, que cada vno era como vn castillo. Como es esso, replicò el barbero? He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia carta para Dulzinea, y vna cedula firmada de su señor. Por la qual mãdaua, que su sobrina me diese tres pollinos, de quatro o cinco que estauan en casa. Y con esto les conto la perdida del ruzio. Consolole el cura, y dixole, que en hallando a su señor, el le haria reualidar la manda, y que tornasse a hazer la librança en papel, como era vso y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se accatúan, ni cumplan. Con esto se consolo Sancho, y dixò, que como aquello fueffe ansi, que no le daua mucha pèna la perdida de la carta de Dulzinea, porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde y quando quisiessen. Dezildo Sancho pues, dixo el barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança a rascar la cabeça, para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre vn pie, y ya sobre otro. Vnas vezes
miraua

miraua al suelo , otras al cielo , y al cabo de auerse roydo la mitad de la yema de vn dedo, teniendo suspensos a los que esperauan, que ya la dixesse, dixo al cabo de grandissimo rato. Por Dios señor licenciado , que los diablos lleuen la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio dezia: Alta y sobajada señora. No diria, dixo el barbero, sobajada, si no sobrehumana , o soberana señora. Afsi es, dixo Sancho: luego , si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el llego, y falto de sueño, y el ferido besa a vuestra merced las manos , ingrata y muy desconocida hermosa, y no se que dezia de salud, y de enfermedad , q̄ le embiaua, y por aqui yua escurriendo , hasta que acabaua, en vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. No poco gustaron los dos, de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronfela mucho , y le pidieron que dixesse la canta , otras dos veces , para que ellos assi mesmo, la tomassen de memoria, para tralladalla a su tiempo. Tornola a dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir , otros tres mil disparates. Tras esto, conto afsi mesmo, las cosas de su amo, pero no habló palabra , acerca del manteamiento que le auia sucedido en aquella vëta, en la qual rehusaua entrar. Dixo tambien, como su señor en trayendo, que le truxesse buen despacho, de la señora Dulzinea del Toboso, se auia de poner en camino, a procurar como ser Emperador, o por lo menos Monarca, que afsi lo tenian concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir a serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerça de su brazo, y que en siendolo, le auia de casar a el, porque ya seria viudo, que no podía ser

Tercera parte de don

dia ser menos. Y le auia de dar por muger a vna donzella de la Emperatriz, heredera de vn rico y grãdo estado, de tierra firme, sin Insulos ni Insulas, que ya no las queria. Dezia esto Sancho, con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narizes, y cõ tan poco juyzio, que los dos se admirarõ de nueuo. Considerando, quan vehemente auia sido la locura de don Quixote, pñes auia lleuado tras si el juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaua, pareciendoles que pues no le dañaua nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto, oyr sus necedades. Y asì le dixeron, que rogasse a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era, venir con el discurso del tiempo, a ser Emperador, como el dezia, o por lo menos Arçobispo, o otra dignidad equiualete. A lo qual, respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas demanera, que a mi amo le viniessse en voluntad, de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber agora, que suelen dar los Arçobispos andantes a sus escuderos? Suelenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple, o curado, o alguna sacristania, que les vale mucho de renta rentada, amen del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esso sera menester, replicò Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a Missa por lo menos: y si esto es asì, desdichado de yo, que soy casado, y no se la primera letra del A. b. c. que sera de mi, si a mi amo le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vso y costumbre de los caualleros andantes? No tengays pena Sancho amigo, dixo el barbero, que

que aqui rogaremos a vuestro amo, y se lo aconseja
remos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia,
que sea Emperador, y no Arçobispo, porque le sera
mas facil, a causa de que el es mas valiente, que estu-
diante. Assi me ha parecido a mi, respondio Sancho,
aunque se dezir, que para todo tiene habilidad, lo que
yo pienso hazer de mi parte, es, rogarle a nuestro Se-
ñor, que le eche a aquellas partes donde el mas se fir-
ua, y adonde a mi mas mercedes me haga. Vos lo de-
zis como discreto, dixo el cura, y lo hareys como
buen Christiano. Mas lo q̄ aora se ha de hazer, es dar
ordé como sacar a vuestro amo, de aquella inutil pe-
nitencia q̄ dezis q̄ queda haziendo, y para pensar el
modo q̄ hemos de tener, y para comer q̄ ya es hora,
sera bien nos entremos en esta venta. Sancho dixo q̄
entraffen ellos, q̄ el esperaria alli fuera, y q̄ despues
les diria la causa porq̄ no entraua, ni le conuenia en-
trar en ella, mas q̄ les rogaua q̄ le sacassen alli algo de
comer, q̄ fuesse cosa caliéte, y ansi mismo ceuada pa-
ra Rozináte. Ellos se entraron y le dexaró, y de alli a
poco, el barbero le sacò de comer. Despues auiedo
bien pensado entre los dos, el modo q̄ tendrian para
cõseguir lo q̄ desseauiã, vino el cura en vn pensamiẽ-
to muy acomodado al gusto de don Quixote, y para
lo q̄ ellos querian. Y fue, q̄ dixo al barbero, q̄ lo que
auia pensado era, q̄ el se vestiria en habito de dõzella
andãte, y q̄ el procurasse ponerse lo mejor q̄ pudief-
se, como escudero, y q̄ assi yrian adõde dõ Quixote
estaua: fingiendo ser ella vna donzella affligida, y me-
nesterosa, y le pediria vn dõ, el qual el no podria de-
xarsele de otorgar, como valeroso cauallero andan-
te. Y que el don q̄ le pensaua pedir era, q̄ se viniessse

Tercera parte de don

con ella, donde ella le lleuasse, a desfazelle vn agrauio, que vn mal cauallero le tenia fecho, y que le suplicaua ansi mesmo, que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, fasta que la uuiesse fecho derecho, de aquel mal cauallero, y que creyesse sin duda, que don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le sacarian de alli, y le lleuarian a su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su estraña locura.

Cap. XXVII. De como salieron con su intencion, el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuentan en esta grande historia.

NO LE parecio mal al barbero, la inuencion del cura, sino tambien que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya y vnas tocas, dexando le en prendas vna sotana nueua del cura: el barbero hizo vna gran barba, de vna cola ruzia o roxa, de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntoles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? el cura le conto en breues razones, la locura de don Quixote, y como conuenia aquel disfraz, para sacarle de la montaña, donde a la sazón estaua. Cayeron luego el ventero y la ventera, en que el loco era su huesped, el del balfamo, y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con el les auia passado, sin callar, lo que tanto callaua Sancho. En resolucion, la ventera vistio al cura de modo,

modo que no auia mas que ver. Pusole vna saya de paño, llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas: y vnos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con vnos ribetes de rafó blanco, que se deuieron de hazer ellos, y la saya, en tiempo del Rey Bamba. No consintio el Cura que le tocassen, sino pusose en la cabeça vn birretillo de lienço colchado, que lleuaua para dormir de noche: y ciñose por la frente vna liga de tafetan negro, y con otra liga hizo vn antifaz, con que se cubrio muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetose su sombrero, que era tan grande, que le podia seruir de quitasol: y cubriendose su herreuelo, subio en su mula a mugeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaua a la cintura, entre roja y blanca, como aquella que (como se ha dicho) era hecha de la cola d vn buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn rosario, aunque pecadora, porque Dios les diesse bué suceso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que auian emprendido. Mas a penas huuo salido de la venta, quando le vino al Cura vn pensamiento, que hazia mal en auerse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que vn sacerdote se pusiesse assi, aunque le fuesse mucho en ello: y diziendoselo al Barbero, le rogò que trocassen trages, pues era mas justo, que el fuesse la dözella menesterosa, y que el haria el escudero, y q̄ assi se profanaua menos su dignidad: y que sino lo queria hazer, determinaua de no passar adelante, aunque a don Quixote se le lleuasse el diablo. En esto llegò Sancho, y de ver a los

Tercera parte de don

dos en aquel trage, no pudo tener la rifa. En efeto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la inuencion, el Cura le fue informãdo el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle a que con el se viniessè, y dexassè la querencia del lugar que auia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le diessè lición, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entõces, hasta que estuuieffen junto de donde dõ Quixote estaua, y asì doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y siguieron su camino, guiãndolos Sancho Pança: el qual les fue cõtando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la sierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que tonto, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado puestas las señas de las ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que auia escogido, y que le encargauan mucho, que no dixessè a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntassè, como se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulzinea, dixessè que sí, y que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua,

fo pena de la su desgracia, que luego al momento se viniesse a ver con ella, que era cosa que le importaua mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensauan dezirle, tenian por cosa cierta, reducirle a mejor vida, y hazer con el que luego se pudiesse en camino, para yr a ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de que temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion que tenian de aconsejar a su señor, fuesse Emperador, y no Arçobispo, porque el tenia para si, que para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores, que los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delante a buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pudiesen en tanto trabajo. Pareciores bien lo que Sancho Pança dezia, y assi determinaron de aguardarle hasta que boluiesse con las nueuas del hallazgo de su amo. Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando a los dos en vna por donde corria vn pequeño, y manso arroyo, a quien hazian sombra agradable, y fresca, otras peñas, y algunos arboles que por alli estauan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidasse a que en el esperassen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Estando pues los dos alli, soffegados, y a la sombra, llegò a sus oydos vna voz, que sin acompañarla

Tercera parte de don

son de algun otro instrumento, dulce y regalada-
mente sonaua, de que no poco se admiraron, por pa-
recerles que aquel no era lugar dōde pudieſſe auer
quien tan biē cantasse. Porque aunque fuele dezir-
se, que por las seluas, y campos se hallan pastores
de voces estremadas, mas son encarecimientos de
Poetas, que verdades: y mas quando aduertieron,
que lo que ohian cantar eran versos, no de rusticos
ganaderos, sino de discretos Cortesanos. Y confir-
mò esta verdad, auer sido los versos q̄ oyerō, estos.

Quien menoscaba mis bienes?

Desdenes.

Y quien aumenta mis duelos?

Los zelos.

Y quien prueua mi paciencia?

Ausencia.

De esse modo en mi dolencia

Ningun remedio se alcança,

Pues me matan la esperança,

Desdenes, zelos, y ausencia.

Quien me causa este dolor?

Amor.

Y quien mi gloria repugna?

Fortuna.

Y quien consiente en mi duelo?

El cielo.

De esse modo yo rezelo

Morir

Morir deste mal extraño,
Pues se aumentan en mi daño,
Amor, fortuna, y el cielo.

Quien mejorara mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor quien le alcanza?

Mudança.

Y sus males quien los cura?

Locura.

De esse modo no es cordura

Querer curar la passion,

Quando los remedios son,

Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantaua, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuuieron quedos, esperando si otra alguna cosa ohan: pero viendo que duraua algun tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el musico, que con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se mouiessen, la qual llegò de nuevo a sus oydos, cantando este Soneto.

SONETO.

Anta amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,

Tercera parte de don

*Subiste alegre a las Impireas salas.
Desde alla (quando quienes) nos señalas
La justa paz, cubierta con vn velo,
Por quien a vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que a la fin son malas.
Dexa el cielo, o Amistad, o no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye a la intencion sincera.
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discord de confusjon primera.*

El canto se acabò con vn profundo suspiro, y los dos con atencion boluieron a esperar si mas se cantaua: pero viendo que la musica se auia buelto en folloços, y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vieron a vn hombre, del mismo talle, y figura que Sancho Pança les auia pintado, quando les còtò el cuento de Cardenio: el qual hombre, quando los vio, sin sobrefaltarse estuuò quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pèfariuo, sin alçar los ojos a mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiso llegaron. El Cura, que era hombre biẽ hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conoçido) se llegó a el, y con breues, aunq̃ muy discretas razones, le rogò y persuadió, q̃ aquella tã miserable

vida

vida dexalle , porque alli no la perdiessè, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, q̄ tan a menudo le sacaua de si mismo: y assi viendo a los dos en trage tan no vsado de los q̄ por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse algun tanto: y mas quando oyò que le auia ha blado en su negocio, como en cosa sabida (por q̄ las razones que el Cura le dixo, assi lo dierò a entèder) y assi respòdio desta manera. Bien veo yo, señores, quien quiera que seays, que el cielo q̄ tiene cuydado de socorrer a los buenos, y aun a los malos, muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos y apartados lugares, del trato comũ de las gentes, algunas personas, q̄ poniendome delante de los ojos, con viuas, y varias razones, quã sin ella ando, en hazer la vida q̄ hago, hã procurado sacarme, desta a mejor parte: pero como no saben q̄ se yo, q̄ en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hõbre de flacos discursos: y aun lo q̄ peor seria, por de ningũ juyzio. Y no seria marauilla que assi fuesse, porque a mi se me trasluze, q̄ la fuerça de la imaginaciõ de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, q̄ sin que yo pueda ser parte a estoruarlo, vègo a quedar como piedra, falto de todo buen sentido, y conosciemto: y vengo a caer en la cuèta desta verdad, quando algunos me dizen, y muestrã señales de las cosas q̄ he hecho en tanto q̄ aquel terrible accidente me señorea, y no se mas que dolerme en vano, y maldezir, sin prouecho, mi vètura: y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas, a quantos

oyr la quieren, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se marauillaran de los efetos: y sino me dieren remedio, alomenos no me daran culpa, conuirtiéndoseles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias. Y si es que vos otros, señores, venis con la mesma intencion q̄ otros han venido, antes q̄ passéis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheys el cuento, q̄ no le tiene de mis desueltas: por q̄ quiza despues de entredido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseauan otra cosa, que saber de su mesma boca, la causa de su daño, le rogarō se la contasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiese, en su remedio, o consuelo: y con esto el triste cavallero començo su lastimera historia, casi por las mesmas palabras, y passos que la auia contando a don Quixote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de don Quixote, en guardar el decoro a la cavalleria, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo dexa cotado. Pero abra quiso la buena suerte, que se detuvo el accidente de la locura, y le dio lugar de contarle hasta el fin: y assi llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia biē en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda a Cardenio.

Cada dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y assi si quisieredes sacarme desta deuda, sin executar me en

la,

la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo, que os conoce, y q̄ me quiere biã, el qual sin forçar mi voluntad cumplira la q̄ serã justo q̄ vos tengays, si es q̄ me estimays como dezis, y como yo creo.

Por este villete me moui a pedir a Lusinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quiẽ quedò Lusinda en la opinion de dõ Fernando, por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiẽpo. Y este villete fue, el que le puso en desseo de destruyrme, antes q̄ el mio se efetuasse. Dixele yo a don Fernando, en lo que reparaua el padre de Lusinda, que era en que mi padre se la pidiese: lo qual yo nõ le osana dezir, temeroso que no vendria en ello: nõ por q̄ nõ tuuiesse bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Lusinda, y que tenia partes bastantes para enoblecere qualquier otro linage de España: sino porque yo entendia del, que desseaua que nõ me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion, le dixele, que nõ me auenturaua a dezirfelo a mi padre, assi por aquel inconueniente, como por otros muchos que me acobardauan, sin saber quales eran: sino que me parecia, que lo que yo desseasse, jamas auia de tener efecto. A todo esto me respondio don Fernando, que el se encargaua de hablar a mi padre, y hazer con el, que hablasse al de Lusinda. O Mario ambicioso, o Catilina cruel, o Quila facinoso, o Galalon embustero, o Vellido traydor, o Iulian vengatiuo, o Iudas codicioso. Traydor, cruel, vengatiuo, y embustero, que deseruicios te auia hecho este triste, q̄ con tanta llaneza te descubrio los secretos, y contentos de su

Tercera parte de don

coraçon? Que ofensa te hize? Que palabras te dix-
xe, o que consejos te di, que no fuesen todos enca-
minados a acrecentar tu honra, y tu prouecho? Mas
de que me quexo, desuenturado de mi, pues es co-
sa cierta, que quando traen las desgracias la corrien-
te de las estrellas, como vienen de alto a baxo des-
peñandose con furor, y con violencia, no ay fuer-
ça en la tierra que las detenga, ni industria huma-
na que preuenirlas pueda. Quien pudiera imagi-
nar, que don Fernando, cauallero ilustre, discre-
to, obligado de mis seruicios, poderoso para al-
cançar lo que el desseo amoroso le pidiesse, donde
quiera que le ocupasse, se auia de enconar (como
fuele dezirse) en tomarme a mi vna sola oueja, que
aun no posseía? Pero quedense estas considera-
ciones aparte, como inutiles, y sin prouecho, y
añudemos el roto hilo de mi desdichada historia.
Digo pues, que pareciendole a don Fernando,
que mi presencia le era inconueniente para po-
ner en execucion su falso, y mal pensamiento, de-
terminò de embiarme a su hermano mayor, con
ocasion de pedirle vnos dineros, para pagar seys
cauallos, que de industria, y solo para este efeto
de que me ausentasse (para poder mejor salir con su
dañado intento) el mesmo dia que se ofrecio hablar
a mi padre los comprò, y quiso que yo viniessse por
el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude
por ventura caer en imaginarla? No por cierto, an-
tes con grandissimo gusto me ofreci a partir luego,
contento de la buena compra hecha. Aquella no-
che hablè con Lusçinda, y le dixè lo que con don
Fernando quedaua còcertado, y que tuuiesse firme
espe-

esperança, de que tendrian efecto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de don Fernando, que procurasse boluer presto, porque creia que no tardaria más la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al tuyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atraueffò en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecio q̄ procuraua dezirme. Quedè admirado deste nuevo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablauamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligencia lo congedia, con todo regozijo y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Exageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiento. Boluiame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niñerías, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y a lo que mas se estendia mi desemboltura, era a tomarle, casi por fuerza, vna de sus bellas, y blancas manos, y llegarla a mi boca, segun daua lugar la estrechez de vna baxa reja que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y suspirò, y se fue, y me dexò lleno de confusion, y sobrefalto, espantado de auer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Luscinda. Pero por no destruir mis esperanças,

todo

Tercera parte de don

todo lo atribuy a la fuerça del amor que me renia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste, y penfatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que me mostrauan el triste suceso, y desventura que me estaua guardada. Llegue al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandò aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse, porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierto dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltauan a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida, en el ausencia de Lusinda, y mas auiedola dexado con la tristeza que os he contado. Pero con todo esto obedeci, como buen criado, aunque veia que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli lleguè, llegò vn hombre en mi busca, con vna carta que me dio, que en el sobrescrito conosci ser de Lusinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande deuia de ser la que la auia mouido a escriuirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el tiempo que auia tardado en el camino. Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad,

a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamó desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priessa le dixo: Hermano, foy Christiano, como pareceys, por amor de Dios os ruego, que encamineys luego, luego esta carta, al lugar, y a la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor. Y para q̄ no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que va en este pañuelo: y diziendo esto, me arrojò por la ventana vn pañuelo, donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aquí traygo, con essa carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitò de la ventana: aunque primero vio como yo tomè la carta, y el pañuelo: y por señas le dixe, que haria lo que me mandaua. Y assi viendome tambien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, q̄ erades vos a quiè se embiaua, porque yo, señor, os conozco muy biè: y obligado assi mesmo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinè de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo a darosla. Y en diez y seys años que ha que se me dio, he hecho el camino, que sabeys que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido, y nueuo correo esto me dezia, estaua yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas de manera, que a penas podia sostenerme. En efeto, abri la carta, y vi que contenia estas razones.

La palabra que don Fernando os dio, de hablar a vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro prouecho.

Sabed

Tercera parte de don

Sabed señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que el piensa que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el desposorio: tan secreto, y tan a solas, que solo han de ser testigos los cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo. Si os cumple venir, veldo. Y si os quiero bien, o no, el successo deste negocio os lo dará a entender. A Dios plega, que esta llegue a vuestras manos, antes que la mia se vea en condiciõ de juntarse con la de quiẽ tan mal sabe guardar la fè que promete.

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros dineros: q̃ bien claro conoci entonces, que no la compra de los cauallos, sino la de su gusto, auia mouido a don Fernando a embiarme a su hermano. El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de seruicios, y desseos, tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en buelo, otro dia me puse en mi lugar, al punto, y hora que conuenia para yr a hablar a Lusinda. Entrè secreto, y dexè vna mula en que venia, en casa del buen hombre que me auia llevado la carta. Y quiso la suerte, que entonces la tuuiesse tan buena, que hallè a Lusinda puesta a la rexa, testigo de nuestros amores. Conociome Lusinda luego, y conocila yo, mas no como deuia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ay en el mundo, que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y

to, y condicion mudable de vna muger? Ninguno por cierto. Digo pues, que afsi como Luscinda me vio, me dixo: Cardenio de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala, don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso, cõ otros testigos, que antes lo seran de mi muerte, que de mi desposorio. No te turbes amigo, sino procura hallarte presente a este sacrificio, el qual sino pudiere ser estoruado de mis razones, vna daga lleuo escondida, que podra estoruar mas determinadas fuerças, dando fin a mi vida, y principio a que conozcas la voluntad que te he tenido, y tengo. Yo le respondi turbado, y apriessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu llevas daga para acreditarte, aqui lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque senti que la llamauan apriessa, porque el desposado aguardaua. Cerrose con esto la noche de mi tristeza: puso se me el sol de mi alegria: quedè sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiento. No acertaua a entrar en su casa, ni podia mouerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo que suceder pudiesse en aquel caso, me animè lo mas que pude, y entrè en su casa. Y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaua, nadie me echo de ver. Afsi que sin ser visto, tuue lugar de ponerme en el hueco que hazia vna ventana de la mesma sala, que con las

puntas

Tercera parte de don

puntas y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazia. Quien pudiera dezir aora, los sobresaltos que me dio el coraçon, mientras alli estuue? Los pensamientos que me ocurrieron? Las consideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan: basta que sepays que el desposado entrò en la sala, sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Trahia por padrino, a vn primo hermano de Lusinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De alli a vn poco salio de vna recamara Lusinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bien adereçada y compuesta, como su calidad, y hermosura merecian: y como quien era la perfeccion de la gala, y bizarria cortesana. No me dio lugar mi suspension, y arrobamiento, para que mirasse, y notasse en particular lo q̄ trahia vestido, solo pude aduertir a las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las vissumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el vestido hazian, a todo lo qual se auentajaua la belleza singular de sus hermosos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la sala estauan, la suya con mas resplandor a los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirue representarme aora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No serà mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entòces hizo, para que mouido de tan manifesto agrauio, procure, ya que no la vengam-

vengança, alomenos perder la vida. No os cansays señores, de oyr estas digressiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deuan contarse sucintamente, y de passo, pues cada circunstancia suya, me parece a mi q̄ es digna de vn largo discurso. A esto le respondió el Cura, que no solo no se cansauan en oyrle, sino que les daua mucho gusto las menudencias que contaua, por ser tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atención que lo principal del cuento. Digo pues, profugio Cardenio, que estando todos en la sala, entrò el Cura de la parrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: Quereys, señora Lusinda, al señor dō Fernando, que està presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Yglesia? yo saquè toda la cabeça y cuello, de entre los tapizes, y con atentísimos oydos, y alma turbada, me puse a escuchar lo q̄ Lusinda respondia: esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmacion de mi vida. O quien se atreuiera a salir entonces, diciendo a voces: A Lusinda, Lusinda, mira lo que hazes, cōsidera lo que me deues, mira q̄ eres mia, y que no puedes ser de otro. Aduierte, que el dezir tu, Si, y el acabarse me la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando; robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres, que pretendes: considera, que no puedes Christianamente llegar al fin de tus desseos, porq̄ Lusinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que auia de hazer lo que no hize. Aora que dexè robar mi cara prèda,

Tercera parte de don

maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuuiera coraçon para ello, como le tengo para que-
xarme. En fin, pues fuy entonces couarde, y necio,
no es mucho q̄ muera aora corrido, arrepentido, y
loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Lus-
cinda, q̄ se detuu vn buen espacio en darla, y quã-
do yo p̄se q̄ sacaua la daga para acreditarse, o des-
ataua la lengua para dezir alguna verdad, o defen-
gaño que en mi prouecho redūdasse, oygo que di-
xo con voz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mes-
mo dixo don Fernando, y dandole el anillo, queda-
ron en dissoluble nudo ligados. Llegò el desposado
a abraçar a su esposa, y ella poniendose la mano so-
bre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su
madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo en
el Si que auia oydo, burladas mis esperanças falsas,
las palabras, y promessas de Luscinda: impossibili-
rado de cobrar en algun tiêpo, el bien que en aquel
instante auia perdido. Quedè falto de consejo, des-
amparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho ene-
migo de la tierra q̄ me sustētaua, negādome el ayre
aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis
ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, q̄ todo
ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos cõ
el desmayo de Luscinda, y desabrochandole su ma-
dre el pecho para q̄ le diesse el ayre, se descubriò en
el vn papel cerrado, q̄ don Fernando romò luego, y
se le puso a leer a la luz de vna de las hachas, y en
acabando de leerle se sento en vna silla, y se puso la
mano en la mexilla, con muestras de hõbre muy p̄-
fatiuo, sin acudir a los remedios q̄ a su esposa se ha-
zian, para q̄ del desmayo boluiesse. Yo viêdo albor-
rotada

rotada toda la gente de casa, me aueturè a salir, ora fuesse visto, o no, cõ determinacion q̄ si me viesse, de hazer vn desatino, tal, q̄ todo el mundo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso don Fernãdo, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi fuertè, que para mayores males (si es pòssible que los aya) me deue tener guardado, crdenò, que en aquel punto me sobrasse el entendimiento que despues aca me ha faltado: y asì sin querer tomar vengãça de mis mayores enemigos (q̄ por estar tan sin pensamiento mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mi la pena q̄ ellos merecian: y aũ quiça con mas rigor del que con ellos se vsara, si entõces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormètos, siempre mata, sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel donde auia dexado la mula: hize que me la enfillasse: sin despedir me del subi en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, boluer el rostro a miralla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidaua a quejar me, sin respeto, o miedo de ser escuchado, ni conocido, solté la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Luscinda, y de don Fernãdo, como si con ellas satisfiziera el agrauio que me auian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela a mi, y entregarla a aquel con quien mas liberal y franca, la fortuna

Tercera parte de don

se auia mostrado, y en mitad de la fuga destas maldiciones, y vituperios, la desculpaua, diciendo, que no era mucho que vna donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre a obedecerlos, hnuiesse querido condescender con su gusto, pues le dauan por esposo a vn cauallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que a no querer recebirle, se podia pensar, o que no tenia juyzio, o que en otra parte tenia la voluntad: cosa que redundaua tan en perjuyzio de su buena opinion, y fama. Luego boluia diziendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no auia hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando, no pudieran ellos mesmos acertar a dessear, si con razon midiessen su desseo, otro mejor que yo, para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forçoso y vltimo, de dar la mano, dezir, que ya yo le auia dado la mia, que yo viniera, y concediera con todo quanto ella acertara a fingir en este caso. En fin me resolui, en que poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y desseos de grandezas, hizieron que se olvidasse de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos desseos. Con estas voces, y con esta inquietud, caminè lo que quedaua de aquella noche, y di al amanecer en vna entrada destas sierras, por las quales caminè otros tres dias, sin senda ni camino alguno, hasta que vine a parar a vnos prados, que no se a que mano destas montañas caen, y alli preguntè a vnos ganaderos,

naderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas fierras. Dixeronme, que hàzia esta parte. Luego me encaminè a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio, y de la hambre, se cayò mi mula muerta: o lo que yo mas creo, por desechar de si tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo quedè a pie, rendido de la naturaleza, traspassado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quiè me socorrièsse. De aquella manera estuue no se que tiempo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuantè sin hambre, y hallè junto a mi a vnos cabreros, que sin duda deuieron ser los que mi necesidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y desatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues aca, que no todas vezes le tengo cabal, sino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras: rasgandome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: y quando en mi bueluo, me hallo tan cansado y molido, que a penas puedo mouerme. Mi mas comun habitacion, es en el hueco de vn Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que a caso podrè passar, y hallarlo: y asì aunque enton-

Tercera parte de don

ces me falte el juyzio, la necesidad natural me da a conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desso de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo falgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera passo mi miserable, y estrema vida, hasta que el cielo sea seruido de conducirle a su vltimo fin, o de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Lusinda, y del agrauio de don Fernando, que si esto el haze sin quitarme la vida, yo boluere a mejor discurso mis pensamientos: donde no, no ay sino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, o señores, la amarga historia de mi desgracia: dezidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi aueys visto? Y no os canseys en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprouechar conmigo, lo que aprouecha la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lusinda: y pues ella gustò de ser agena, siendo, o deuiendo ser mia, gusto yo de ser de la desventura, pudiendo auer sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: yo querrè con procurar perderme, hazer contèta su voluntad, y serà exem-

plo a

plo a los por venir, de que a mi solo faltò lo que a todos los desdichados sobra, a los quales suele ser consuelo, la imposibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio, a su larga platica, y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiempo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendio vna voz que llegò a sus oydos, que en lastimados acentos oyeron que dezia, lo que se dirà en la quarta parte desta narracion, que en este punto dio fin a la tercera el sabio, y arentado historiador Cide Hamete Benengeli.

(.?.)



T 4

QVAR-



QUARTA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.

Cap. XXVIII. Que trata de la nueva, y agradable auentura que al Cura, y Barbero sucedio en la mesma Sierra.



ELICISSIMOS Y venturofos fueron los tiempos, donde se echò al mundo el audacissimo cauallero don Quixote de la Mancha, pues por auer tenido tan honrosa determinacion, como fue el querer resucitar, y boluer al mundo, la ya perdida, y casi muerta orden de la andante caualleria. Gozamos aora en esta nuestra edad necesitada, de alegres entretenimientos, no solo de la dulçura de su verdadera historia, sino de los cuentos, y episodios della, que en parte, no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos, que la misma historia: la qual prosiguiendo su rastrillado, torcido, y aspado hilo, cuenta, que assi como el Cura començo a preuenirse para consolar a Cardenio,

lo impidio vna voz que llegó a sus oydos, que con tristes acentos dezia desta manera.

Ay Dios, si ferà possible que he ya hallado lugar que pueda seruir de escondida sepultura a la carga pesada deste cuerpo, que tan cõtra mi voluntad sostengo? Si ferà, si la soledad que prometen estas fieras no me miente. Ay desdichada, y quan mas agradable compañía haràn estos riscos, y malezas a mi intencion, pues me daràn lugar para que con quejas comuniqué mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, aliuio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron, el Cura, y los que con el estauan: y por parecerles, como ello era, que alli junto las dezian, se leuataron a buscar el dueño, y no huuieron andado veynte passos, quando detras de vn peñasco vieron sentado al pie de vn fresno, a vn moço, vestido como labrador, al qual por tener inclinado el rostro, a causa de que se lauaua los pies en el arroyo que por alli corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estaua a otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y assi viendo que no auian sido sentidos, el Cura

Quarta parte de don

que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaça passen, o escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alli auia, y assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual trahia puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo cõ vna toalla blanca. Trahia animesmo, vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas leuantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn paño de tocar, que sacò debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarsele alçò el rostro, y tuuieron lugar los que mirandole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Esta, ya que no es Luscinða, no es persona humana, sino diuina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça a vna y a otra parte, se començaron a desco-ger, y desparzir vnos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huuieran mirado, y conocido a Luscinða, que despues afirmò, que sola la belleza de Luscinða podia contender con aquella. Los luengos y ruuios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales y tantos eran. En esto les siruio de peyne vnas manos, q̄ si los pies en el agua auian

auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejan pedaços de apretada nieue: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas desseo de saber quien era, ponía a los tres que la mirauan. Por esto determinaron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos, con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian: y apenas los huuo visto, quando se leuantò en pie, y sin aguardar a calzarse, ni a recoger los cabellos, asió con mucha presteza vn bulto como de ropa, que junto a sentia, y quiso ponerse en huyda, llena de turbacion, y sobrefalto: mas no huuo dado seys passos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieron a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, señora, quien quiera que seays, que los que aqui veys solo tienen intencion de seruiros: no ay para que os pongays en tan impertinente huyda, porque ni vuestros pies lo podran sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita, y confusa. Llegaron pues a ella, y asendola por la mano, el Cura prosiguió, diziendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deuen de ser de poco mométo las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola a tanta soledad como es esta, en la qual ha sido vérura el hallaros: sino para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede

puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar si quiera, el consejo que con buena intencion se le da, al que lo padece. Assi que, señora mia, o señor mio, o lo que vos quisierdes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, o mala suerte, que en nosotros juntos, o en cada vno hallareys quien os ayude a sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura dezia estas razones, estaua la disfraçada moça, como enuelesada, mirandolos a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra alguna: bien assi como rustico aldeano, que de improuiso se le muestran cosas raras, y del jamas vistas. Mas boluiendo el Cura a dezirle otras razones, al mesmo efeto encaminadas, dando ella vn profundo suspiro, rompio el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos, no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo aora, lo que si se me creyesse, seria mas por cortesia, que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo señores, que os agradezco el ofrecimiento que me aueys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfazeros en todo lo que me aueys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiziere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compassion, la pesadumbre, porq̃ no aueys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, auiedome ya conocido por muger,

y vien-

y viendome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada vna por si, que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os aure de dezir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar, la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suaua, que no menos les admirò su discrecion, que su hermosura. Y tornandole a hazer nueuos ofrecimientos, y nueuos ruegos, para que lo prometido cumpliera, ella sin hazer se mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el asiento de vna piedra, y puestos los tres al rededor della, haziéndose fuerça por detener algunas lagrimas q̄ a los ojos se le venian, cõ voz reposada, y clara, començo la historia de su vida, desta manera.

En esta Andaluzia ay vn lugar, de quien toma titulo vn Duque, que le haze vno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres: y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza ygualarã a los de su fortuna, ni ellos tuuierã mas que dessear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo: porque quiza nace mi poca ventura, de la que no tuuieron ellos en no auer nacido illustres. Bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que a mi me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gēte llana, sin mezcla de alguna

alguna raza mal sonante , y como suele dezirse, Christianos viejos ranciosos , pero tan ricos , que su riqueza y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos , y aun de caualleros. Puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos se preciauan, era de tenerme a mi por hija: y assi por no tener otra, ni otro que los heredasse, como por ser padres, y aficionados , yo era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalard. Era el espejo en que se mirauan, el baculo de su vejez, y el sujeto a quien encaminauan , midiendolos con el cielo, todos sus desseos: de los quales , por ser ellos tan buenos, los mios no salia vn punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus animos , assi lo era de su hazienda. Por mi se recibian , y despedian los criados. La razon y cuenta de lo que se sembraua y cogia, passaua por mi mano: los molinos de azeyte, los lagares del vino , el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas . Finalmente , de todo aquello q vn tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma, y señora, con tanta sollicitud mia, y con tanto gusto suyo, q buenamente no acertare a encarecerlo. Los ratos q del dia me quedaua, despues de auer dado lo q conuenia a los mayores, a capatazes, y a otros jornaleros, los entretenia en exercicios q son a las donzellas tan licitos como necessarios , como son los que ofrece la aguja, y la alnohadilla, y la rueca muchas vezes : y si alguna por recrear el animo, estos exercicios dexaua, me acogia al entretenimiento de leer algun libro deuoto, o a tocar vna harpa, porque la experiencia me mostraua , que la musica

compone los animos descõpuestos, y aliuia los trabajos que nacen del espiritu. Esta pues era la vida q̃ yo tenia en casa de mis padres: la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar a entender que soy rica, sino porque se aduertia quã sin culpa me he venido de aquel bué estado que he dicho, al infelice en que aora me hallo. Es pues el caso, q̃ passando mi vida en tantas ocupaciones, y en vn encerramiento tal, q̃ al de vn monesterio pudiera cõpararse, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna, q̃ de los criados de casa, por que los dias q̃ yua a Missa, eratan demañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, q̃ a penas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies: y con todo esto, los del amor, o los de la ociosidad, por mejor dezir, a quien los de linçe no pueden y gualarse, me vierõ, puestos en la solitud de dõ Fernando, q̃ este es el nõbre del hijo menor del Duque, q̃ os he cõtado. No huuo bien nõbrado a don Fernando la q̃ el cuento cõtava, quãdo a Cardenio se le mudò la color del rostro, y començo a trasfudar cõ tan grãde alteraciõ, q̃ el Cura, y el Barbero, q̃ mirarõ en ello, temerion q̃ le venia aquel accidente de locura q̃ auia oydo dezir que de quando en quãdo le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasfudar, y estar se quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginãdo quien ella era: la qual sin aduertir en los mouimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diziẽdo: Y no me huuierõ bienvisto, quãdo (segũ el dixo despues) quedò tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien a entender sus demostraciones. Mas

por

Quarta parte de don

por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernãdo hizo para declararme su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadiuas, y mercedes a mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexauan dormir a nadie las musicas. Los villetes que sin saber como, a mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaua, pero me endurecia de manera, còmo si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras q̄ para reduzirme a su voluntad hazia, las hiziera para el efeto contrario: no porq̄ a mi me pareciessse mal la gentileza de dõ Fernando, ni q̄ tuuiesse a demasia sus sollicitudes, porq̄ me daua vn no se q̄ de contreto, verme tan querida, y estimada de vn tan principal cauallero: y no me pesaua ver en sus papeles mis alabanças: q̄ en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece a mi, que siempre nos da gusto el oyr que nos llaman hermosas. Pero a todo esto se opone mi honestidad, y los consejos continuos q̄ mis padres me dauan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya a el no se le daua nada de q̄ todo el mundo la supiesse. Dezianme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexauã, y depositauan su honra, y fama: y q̄ considerasse la desigualdad q̄ auia entre mi, y don Fernando, y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixesse otra cosa) mas se encaminauan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo quisiessse poner en
alguna

alguna manera algun inconueniente , para que el se dexasse de su injusta pretension , que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, asfi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunueziños, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos , y con la verdad que ellos me dezian, fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a don Fernando , palabra que le pudieffe mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcanzar su desseo. Todos estos recatos/mios, que el deuia de tener por desdenes , deuieron de ser causa de auuiar mas su lasciuo apetito (que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraua) la qual si ella fuera como deuia , no la supierades vosotros aora , porque uiera faltado la ocasion de deziros la. Finalmente don Fernando , supo que mis padres andauan por darme estado, por quitalle a ella la esperança, de poseerme, o alomenos , porque yo tuuieffe mas guardas para guardarme. Y esta nueua, o sospecha, fue causa para que hizieffe, lo que aora oyreys. Y fue, que vna noche estando yo en mi aposento, con solala compañia de vna donzella que me seruia , teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo, mi honestidad no se viesse en peligro: sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos, y preuenciones, y en la soledad deste silencio, y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me enmudecio la lengua. Y asfi no fuy poderosa de dar voces , ni aun el creo que me las dexara dar , porque luego se llegò a mi, y tomandome entre sus braços (porque

Quarta parte de don

yo como digo, no tuue fuerças para defenderme, segun estava turbada) començo a dezirme tales razones, que no se como es posible, que tenga tanta abilidad la mentira, que las sepa componer, de modo que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que sus lagrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrezilla sola, entre los mios mal exercitada en casos semejantes, comence no se en que modo, a tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte, que me mouiessen a compassion, menos que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y assi passandoseme aquel sobresalto primero, tornè algun tanto a cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pense que pudiera tener, le dixè. Si como estoy señor en tus braços, estuiera entre los de vn leon fiero, y el librarme dellos se me assegurara, con que hiziera, o dixera, cosa que fuera en perjuizio de mi honestidad, assi fuera posible hazella, o dezilla, como es posible dexar de auer sido, lo que fue. Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veras, si con hazerme fuerça, quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclava, ni tiene, ni deue tener imperio, la nobleza de tu sangre, para deshórar, y tener en poco, la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como tu señor, y cauallero. Conmigo no han de fer de ningun efecto tus fuerças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros, y lagrimas, enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que

mis

mis padres me dieran por esposo , a su voluntad se ajustara la mia , y mi voluntad de la fuya no fallera. De modo , que como quedara con honra , aunque quedara sin gusto , de grado te entregara , lo que tu señor aora con tanta fuerça procuras. Todo esto he dicho , porque no es pensar , que de mi alcance cosa alguna , el que no fuere mi legitimo esposo. Sino reparas mas que en esso , bellissima Dorotea , (que este es el nombre desta desdichada) dixo el desleal cauallero , ves aqui te doy la mano , de serlo tuyo , y sean testigos desta verdad los cielos , a quien ninguna cosa se asconde , y esta imagen de nuestra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir , que se llamaua Dorotea , tornò de nueuo a sus sobrefaltos , y acabò de confirmar por verdadera su primera opinion , pero no quiso interromper el cuento , por ver en que venia a parar , lo que el ya casi sabia , solo dixo: Que Dorotea es tu nombre , señora? Otra he oydo yo dezir del mesmo , que quiza corre parejas con tus desdichas. Pasa adelante , que tiempo vendra , en que te diga cosas que te espanten , en el mesmo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio , y en su extraño , y desastrado traje , y rogole , que si alguna cosa de su hazienda sabia , se la dixesse luego. Porque si algo le auia dexado bueno la fortuna , era el animo que tenia , para sufrir qualquier desastre , que le sobreuiniessse , segura de que a su parecer ninguno podia llegar , que el que tenia acrecentasse vn punto. No le perdiera yo señora , respondió Cardenio , en dezirte lo que pienso , si fuera verdad lo que imagino , y hasta

Quarta parte de don

ora no se pierde coyuntura, ni a ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento passa, fue. Que tomando don Fernando vna ymagen, que en aquel aposento estaua, la puso por testigo de nuestro desposorio, cō palabras eficacissimas, y juramentos estraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixee, que mirasse bien lo que hazia, y que considerasse el enojo que su padre auia de recibir, de verle casado con vna villana, vassalla fuya, que no le cegasse mi hermosura, tal qual era. Pues no era bastante, para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte a lo ygual, de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desyguales casamientos, se gozan, ni duran mucho, en aquel gusto con que se comiençan. Todas estas razones que aqui he dicho, le dixee, y otras muchas, de que no me acuerdo, pero no fueron parte, para que el dexasse de seguir su intento, bien ansi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconuenientes. Yo a esta fazon, hize vn breue discurso conmigo, y me dixee a mi mesma: Si que no fere yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde a grã de estado, ni serà don Fernando el primero, a quien hermosura, o ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañía desyqual a su grandeza? Pues sino hago ni mundo, ni vso nueuo, bien es acudir a esta honra, que la suerte me ofrece. Puesto que en este, no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiẽto de su desseo, que en fin
para

para con Dios, ser su esposa. Y si quiero con desdenes despedilla, en termino le veo, que no usando el que deue, usará el de la fuerça, y vendra a quedar deshonrada, y sin disculpa, de la culpa que me podia dar, el que no supiere, quan sin ella he venido a este punto. Porque, que razones seran bastantes, para persuadir a mis padres, y a otros, que este cauallero entrò en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas, reboluió en vn instante en la imaginacion. Y Sobre todo, me començarò a hazer fuerça, y a inclinarme a lo que fue (sin yo pè farlo) mi peticion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lagrimas que derramaua, y finalmente su dispuscion, y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieron rendir a otro tan libre, y recatado coraçon, como el mio. Llamè a mi criada, para que en la tierra acompañasse a los testigos del cielo. Tornò don Fernando, a reysterar, y confirmar sus juramentos. Añadio a los primeros, nuevos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, sino cumplierse lo que me prometia. Boluió a humedecer sus ojos, y a acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus brazos, de los quales jamas me auia dexado. Y con esto, y cò boluerse a salir del aposento mi dözella, yo dexè de serlo, y el acabò de ser traydor, y fementido. El dia que sucedio, a la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriessa, como yo pienso que don Fernando desseaua. Porque despues de cumplido, aquello que el apetito pide, el mayor gusto q puede venir, es apartarse de donde le alcançaron. Digo esto, porque don Fernando dio priessa por partirse de mi,

y por industria de mi donzella, que era la misma que alli le auia traydo, antes que amaneciesse, se vio en la calle. Y al despedirse de mi, (aunque no con tanto ahinco, y vehemencia, como quando vino) me dixo que estuuiesse segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos: y para mas confirmacion de su palabra, sacò vn rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efecto el se fue, y yo quedé, ni se si triste, o alegre: esto se bien dezir, que quedé confusa, y pensatiua, y casi fuera de mi, con el nueuo acacimiéto, y no tuue animo, o no se me acuerdo de reñir a mi donzella, por la traycion cometida, de encerrar a dó Fernádo en mi mismo aposento: porque aun no me determinaua, si era bien, o mal, el que me auia sucedido. Dixele al partir a don Fernando, que por el mesmo camino de aquella, podra verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quádo el quisiessse, aquel hecho se publicasse. Pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la yglesia, en mas de vn mes, que en vano me canse en solicitarlo: puesto que supe, que estaua en la villa, y que los mas dias yua a caça, exercicio de que el era muy aficionado. Estos dias, y estas horas, bien se yo que para mi fueron aziagos, y menguadas. Y bien se que comence a dudar en ellos, y aún a descreer de la fe de don Fernando. Y se tambien, que mi donzella oyo entonces, las palabras que en reprehension de su atreuimiento, antes no auia oydo. Y se que me fue forçoso tener cuenta con mis lagrimas, y con la postura de mi rostro, por no dar ocasió a que mis padres me preguntassen, que de que andaua descontenta, y me obligassen a buscar mentiras que dezilles.

Però

Pero todo esto se acabò en vn punto, llegãdose vno donde se atropellaron respectos , y se acabaron los honrados discursos , y adonde se perdio la paciencia, y salieron a plaça mis secretos pensamientos. Y esto fue, porque de alli a pocos dias, se dixo en el lugar, como en vna Ciudad alli cerca, se auia casado dõ Fernando, con vna donzella hermosissima , en todo estremo, y de muy principales padres , aunque no tã rica, que por la dote, pudiera aspirar a tã noble casamiento. Dixose, que se llamaua Luszinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron , dignas de admiracion. Oyo Cardenio el nombre de Luszinda, y no hizo otra cosa, que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas , y dexar de alli a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dexò Dorotea de seguir su cuento, diziẽdo, llegò esta triste nueua a mis oydos, y en lugar de clarfeme el coraçon en oylla, fue tanta la colera y rabia, que se encendio en el, que faltò poco para no salirme por las calles, dando voces, publicando la auosia y traycion, que se me auia hecho. Mas templese esta furia por entonces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra, lo que puse. Que fue, ponerme en este habito, que me dio vno de los que llaman çagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubri toda mi desventura, y le rogue me acompañasse hasta la Ciudad, donde entendi que mi enemigo estaua. El despues que vuo reprehendido mi atreuimiento, y afeado mi determinacion , viendome resuelta en mi parecer , se ofrecio a tenerme compania, como el dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momẽto encerre en vna

Quarta parte de don

almohada de lienço, vn vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traydora donzella, sali de mi casa acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad apie, lleuada en buelo del desseo de llegar, ya que no a estoruar, lo que tenia por hecho, alomenos a dezir a don Fernando, me dixesse con q̄ alma lo auia hecho. Llegue en dos dias y medio, donde queria, y en entrádo por la Ciudad, preguntè por la casa de los padres de Luszinda, y al primero a quiè hize la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la casa, y todo lo que auia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la Ciudad, que se haze en corrillos, para contarla por toda ella. Dixome, que la noche que don Fernando se desposó cō Luszinda, despues de auer ella dado el si, de ser su esposa, le auia tomado vn rezio de smayo, y que llegando su espoto a desabrocharle el pecho, para que le diesse el ayre, le hallò vn papel escrito, de la misma letra de Luszinda, en que dezia, y declaraua, que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que a lo que el hombre me dixo, era vn cauallero muy principal, de la mesma Ciudad. Y que si auia dado el si a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que daua a entender, que ella auia tenido intencion de matarse, en acabandose de desposar, y daua alli las razones, porq̄ se auia quitado la vida. Todo lo qual dicen que confirmò vna daga, que le hallaron no se en que parte de sus vestidos. Todo lo qual, visto por don

don Fernando, pareciendole q̄ Luszinda le auia bur-
lado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetio a
ella, antes que de su desmay o boluiesse, y con la mis-
ma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y
lo hiziera, si sus padres, y los que se hallaron presen-
tes, no se lo estoruaran. Dixeron mas, que luego se
ausentò don Fernãdo, y que Luszinda, no auia buel-
to de su paraíso, hasta otro dia, que contò a sus pa-
dres, como ella era verdadera esposa de aquel Car-
denio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, se-
gun deziã, se hallò presente a los desposorios, y que
en viendola desposada, lo qual él jamas penso, se sa-
lio de la Ciudad desesperado, dexandole primero es-
crita vna carta, donde daua a entender, el agrauio
que Luszinda le auia hecho, y de como él se yua, adõ
de gentes no le viesse. Esto todo era publico, y no-
torio en toda la Ciudad, y todos habluauan dello, y
mas hablaron, quando supieron que Luszinda auia
faltado de casa de sus padres, y de la Ciudad, pues no
la hallaron en toda ella, de que perdian el iuyzio sus
padres, y no sabian que medio se tomar para hallar-
la. Esto que supe, puso en vando mis esperanças, y
tuue por mejor no auer hallado a don Fernãdo, que
no hallarle casado, pareciendome que aun no estaua
del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome
yo a entender, que podria ser, que el cielo vuiesse
puesto aquel impedimento en el segundo matrimo-
nio, por atraerle a conocer, lo que al primero deuia,
y a caer en la cueta, de que era Christiano, y que esta-
ua mas obligado a su alma, que a los respetos huma-
nos. Todas estas cosas reboluia en mi fantasia, y me
consolaua sin tener consuelo, fingiendo vnas esperã-
ças

Quarta parte de don

ças largas, y desmayadas, para entretener la vida, q̄ ya aborrezco. Estando pues en la Ciudad, sin saber que hazerme, pues a don Fernando no hallaua, llegò a mis oydos vn publico pregon, donde se prometia grande hallazgo a quien me hallasse, dâdo las señas de la edad, y del mesmo traje que trahia. Y oy dezir que se dezia, que me auia sacado de casa de mis padres el moço que conmigo vino, cosa que me llegò al alma, por ver quan de cayda andaua mi credito, pues no bastaua perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sujeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos pêsamientos. Al punto que oy el pregon, me sali de la Ciudad con mi criado, que ya començaua a dar muestras de titubear, en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeffo desta montaña, con el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que vn mal llama a otro, y q̄ el fin de vna desgracia, suele ser principio de otra mayor: assi me sucedio a mi, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, assi como me vio en esta soledad, incitado de su mesma vellaqueria, antes que de mi hermosura, quiso aprouecharse de la ocasion, que a su parecer estos yermos le ofrecian. Y con poca vergüença, y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirio de amores, y viendo que yo con feas, y justas palabras, respondia a las desuerguenças de sus propositos, dexò a parte los ruegos, de quien primero penso aprouecharse, y començo a vsar de la fuerça. Pero el justo cielo, que pocas, o ningunas vezes, dexa de mirar, y fauorecer a las justas intéciones, fauorecio las mias, de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco
trabajo,

trabajo, di con el por vn derrumbadero, donde le dexè, ni se si muerto, o si viuo. Y luego con mas ligereza, que mi sobrefalto, y cansancio pedian, me entre por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro disignio, que esconderme en ellas, y huyr de mi padre, y de aquellos que de su parte me andauan buscando cõ este desseo. Ha no se quãtos meses que entre en ellas, donde hallè vn ganadero, que me lleuò por su criado, a vn lugar q̃ està en las entrañas desta sierra, al qual he seruido de çagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que aora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria, y toda mi sollicitud, fue, y ha sido, de ningũ prouecho, pues mi amo vino en conocimiento, de que yo no era varon, y nacio en el, el mesmo mal pensamiento, que en mi criado, y como no siempre la fortuna, con los trabajos da los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco, de donde despeñar, y despenar al amo, como le hallè para el criado. Y asì tuue por menor inconueniente, dexalle y asconderme de nueuo entre estas asperezas, que prouar con el mis fuerças, o mis disculpas. Digo pues, que me tornè a embocar, y a buscar, donde sin impedimẽto alguno pudieffe con suspiros, y lagrimas, rogar al cielo se duela de mi desuentura, y me de industria, y fauor para salir della, o para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, q̃ tan sin culpa fuya aora dado materia, para que de ella se hable, y murmure en la fuya, y en las agenas tierras.

Quarta parte de don

Cap. XXIX. Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.



ESTA es señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad y juzgad aora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oyistes, y las lagrimas que de mis ojos fallian, tenian ocasion bastante, para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, vereys que serà en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deueys hazer, que me aconsejeyis donde podrè passar la vida, sin que me acabe el temor, y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscã, que aunque se que el mucho amor que mis padres me tienè, no assegura que fere dellos bien recebida: es tanta la verguença que me ocupa, solo el pensar que no como ellos pensauan, tengo de parecer a su presencia, que tengo por mejor destrarme para sièpre, de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio, ageno de la honestidad, que de mi se deuiã de tener prometida. Callò en diziendo esto, y el rostro se le cubrio de vn color, que mostro bien claro el sentimiento, y verguença del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la auian, tanta lastima, como admiracion, de su desgracia: y aunque luego quisiera el cura consolarla, y aconsejarla, tomò primero la mano Cardenio, diziendo. En fin señora, que tu eres la hermosa

mofa Dorotea, la hija vnica del rico Clenardo. Admirada quedó Dorotea, quando oyo el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraua, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaua vestido. Y afsi le dixo: Y quien soys vos hermano, que afsi sabeys el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento, de mi desdicha, no le he nombrado? Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos señora aueys dicho, Lufzinda dixó que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal termino de aquel que a vos os ha puesto en el que estays, me ha traydo a que me veays, qual me veys, roto, desnudo, fulto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, fulto de juyzio, pues no le tengo, sino quádo al cielo se le antoja dar mele, por algun breue espacio. Yo, Teodora soy, el que me hallé presente a las sinrazones de don Fernando, y el que aguardò oyr el sí, que de ser su esposa pronunciò Lufzinda. Yo soy el que no tuuo animo, para ver en que paraua su desmayo, ni lo que resultaua del papel, que le fue hallado en el pecho. Porque no tuuo el alma sufrimiento, para ver tantas desuuenturas juntas, y afsi dexè la casa, y la paciencia, y vna carta que dexè a vn huesped mio, a quien roguè que en manos de Lufzinda la pusiesse, y vineme a estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel puto aborreci, como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juyzio, quiza por guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros: pues siendo verdad, como creo que lo es,

lo que

Quarta parte de don

lo que aqui aueys contado, aun podria ser, que a entrambos nos tuuiffe el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos. Por que presupuesto que Luzinda no puede casarse con don Fernando, por ser mia, ni don Fernado con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues està toda via en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desuariadas imaginaciones, suplicoos señora, que tomeys otra resolució en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de cauallero, y de Christiano, de no desampararos, hasta veros en poder de dō Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer, a que conozca lo que os deue, de vsar entonces la libertad que me cōcede el ser cauallero, y poder con justo titulo desafialle, en razon de la sinrazon que os haze, sin acordarme de mis agravios, cuya vengança dexarè al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo que Cardenio dixo, se acabò de admirar Dorotea, y por no saber que gracias boluer, a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarlos, mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respondió por entrambos, y aprouo el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogò, aconsejò, y persuadió, que se fuesen con el a su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltauan, y que alli se daria orden, como buscar a dō Fernando, o como llevar a Dorotea a sus padres, o hazer

hazer lo que mas les pareciesse conueniente. Cardenio, y Dorotea, se lo agradecieron, y acetaró la merced que se les ofrecia. El barbero que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena practica, y se ofrecio con no menos voluntad que el cura, a todo aquello que fuesse bueno para seruirles. Contò assi mesmo có breuedad, la causa que alli los auia traydo, có la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauá a su escudero, que auia y do a buscallo. Vinosele a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quixote auia tenido, y cótola a los demas, mas no supo dezir, por que causa fue su quistion. En esto oyró voces, y conocieron que el que las daua, era Sancho Pança, que por no auerlos hallado, en el lugar donde los dexò, los llamaua a voces. Salieronle al encuentro, y preguntándole por don Quixote, les dixo, como le auia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulzinea, y que puesto que le auia dicho, que ella le mandaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, donde le quedaua esperando: auia respondido, q̄ estaua determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que ouiesse fecho fazañas, que le fiziesse digno de su gracia. Y que si aquello passaua adelante, corria peligro de no venir a ser Emperador, como estaua obligado, ni aũ Arçobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se auia de hazer, para sacarle de alli. El Licenciado le respondió, que no tuuiesse pena, que ellos le sacarián de alli mal que le pesasse. Conto luego a Cardenio, y a Dorotea, lo que tenian pensado, para remedio de
don

don Quixote, alomenos para llevarle a su casa. A lo qual dixo Dorotea, q̄ ella haria la donzella meneste rosa mejor q̄ el barbero, y mas q̄ tenia alli vestidos con q̄ hazerlo al natural. Y que la dexassen el cargo, de saber representar, todo aquello que fuesse menester, para llevar adelante su intento, porque ella auia leydo muchos libros de cauallerias, y sabia bien el estylo que tenian las donzellas cuytadas, quando pedian sus dones a los andantes caualleros. Pues no es menester mas, dixo el cura, sino que luego se ponga por obra. Que sin duda la buena suerte, se muestra en fauor mio, pues tan sin pensarlo, a vosotros señores, se os ha començado a abrir puerta para vuestro remedio, y a nosotros se nos ha facilitado, la que auiamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada vna say a entera de cierta tejilla rica, y vna mantellina, de otra vistosa tela verde, y de vna caxita vn collar, y otras joyas, con que en vn instante se adornò, de manera, que vna rica, y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que auia sacado de su casa, para lo que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le auia ofrecido ocasion de auello menester. A todos contentò en estremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y confirmaron a don Fernando, por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaua. Pero el que mas se admiró, fue Sancho Pãça, por parecerle (como era asy verdad) que en todos los dias de su vida auia visto tan hermosa criatura: y asy preguntò al cura con grande ahinco, le dixei e quien era aquella tan hermosa señora? Y que era lo q̄ buscava por aquellos andurriales? Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien
no dize

no dize nada, es la heredera por linea recta de varõ, del grã reyno de Micomicõ, la qual viene en busca de vuestro amo, a pedirle vn don, el qual es, que le desfaga vn tuerto, o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho: y a la fama que de buen cauellero vuestro amo tiene, por todo lo descubierto de Guinea, ha venido a buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo a esta fazon Sancho Pança, y mas si mi amo es tan venturoso, que desfaga esse agrauio, y enderece esse tuerto, matando a esse hideputa desse gigante que vuestra merced dize: que si matarà si el le encuêtra, si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor Licenciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le acõseje, que se case luego con esta Princesa, y afsi quedara impossibilitado de recibir ordenes Arçobispales, y vendra con facilidad a su imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado biẽ en ello, y hallo por mi cuenta, que no me està bien que mi amo sea Arçobispo, porque yo soy inutil para la Yglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Yglesia, teniendo, como tengo, muger, y hijos, seria nunca acaabar. Afsi que, señor, todo el toque està, en q̃ mi amo se case luego con esta Señora, que hasta aora no se su gracia, y afsi no la llamo por su nombre. Llamase respondió el Cura, la Princesa Micomicona, por q̃ llamandose su reyno Micomicõ, claro està que ella se ha de llamar afsi. No ay duda en esso, respondió

Quarta parte de don

Sancho, que yo he visto a muchos, tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcala, Iuan de Vbeda, y Diego de Valladolid: y esto mesmo se deue de vsar alla en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Afsi deue de fer dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo hare en ello todos mis poderios. Con lo que quedò tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daua a entender que auia de venir a ser Emperador. Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se auia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron a Sancho, que los guiasse a donde don Quixote estaua, al qual aduertieron que no dixesse que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir a ser Emperador su amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron yr con ellos; porque no se le acordasse a don Quixote la pèndencia que con Cardenio auia tenido: y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia, y afsi los dexaron yr delante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No dexò de auisar el Cura lo que auia de hazer Dorotea: a lo que ella dixo, que descuydassen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian, y pintauã los libros de cauallerias. Tres quartos de legua aurian andado, quando descubrieron a don Quixote entre vnas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y afsi como Dorotea le vio, y fue

fue informada de Sancho, que aquel era don Quixote, dio del açote a su palafren, siguiendole el bien barbado Barbero: y en llegando junto a el, el escudero se arrojò de la mula, y fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual apeandose con grande desfemboltura, se fue a hincar de rodillas ante las de don Quixote: y aunque el pugnaua por levantarla, ella sin leuantarse le fablò en esta guisa. De aqui no me leuantarè, o valeroso y esforçado cauallero, fasta que la vuestra bondad, y cortesia me otorgue vn don, el qual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agraviada donzella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra inmortal fama, obligado estays a fauorecer a la sin ventura que de tan lueñes tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscandoos para remedio de sus desdichas. No os respondere palabra, fermosa señora, respondió don Quixote, ni oyre mas cosa de vuestra hacienda, fasta que os leuanteys de tierra. No me leuantarè, señor, respondió la afligida donzella, si primero, por la vuestra cortesia, no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, respondió don Quixote, como no se aya de cumplir en daño, o mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon y libertad tiene la llauè. No serà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen señor, replicò la dolorosa donzella. Y estando en esto, se llegò Sancho Pança al oydo de su señor, y muy pasito le dixo: Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don

Quarta parte de don

que pide, que no es cosa de nada, solo es matar a vn gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió don Quixote, que yo hare lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme a lo que professado tengo: y boluiendose a la donzella, dixo: La vuestra gran fermosura se leuante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le lleuare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra auentura, ni demanda alguna, hasta darme vengança de vn traydor, que contra todo derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respondió don Quixote, y assi podeys, señora, desde oy mas, desechar la malenconia que os fatiga, y hazer que cobre nuevos brios, y fuerças vuestra desmayada esperança, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os vereys presto restituyda en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, a pesar, y a despecho de los follones que contradezirlo quisieren: y manos a labor, que en la tardança dizen que suele estar el peligro. La menesterosa donzella, pugnò con mucha porfia, por besarle las manos, mas don Quixote, que en todo era comedido, y cortes cauallero, jamas lo consintio, antes la hizo leuantar, y la abraçò con mucha cortesia, y comedimiento: y mãdò a Sancho, que requiriesse las cinchas a Rozinante, y le armasse luego al punto. Sancho descolgò las armas, que como trofeo, de vn arbol estauan pendientes,

dientes, y requiriendo las cinchas, en vn punto armò a su señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nombre de Dios, a fauorecer esta gran señora. Estauase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de dissimular la risa, y de que no se le cayesse la barba, con cuya cayda quiça quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaua concedido, y con la diligencia que don Quixote se alistaua para yr a cumplirle, se leuantò, y tomò de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subio don Quixote sobre Rozinante: y el Barbero se acomodò en su caualgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nuevo se le renouò la perdida del ruzio, con la falta que entonces le hazia: mas todo lo lleuaua con gusto, por parecerle que ya su señor estaua puesto en camino, y muy a pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaua que se auia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le daua pesadumbre, el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vassallos le diessen, auian de ser todos negros: a lo qual hizo luego en su imaginacion vn buen remedio, y dixose a si mismo: Que se me da a mi que mis vassallos sean negros, aura mas que cargar con ellos, y traerlos a España, donde los podrè vender, y adonde me los pagaràn de contado, de cuyo dinero podrè comprar algun titulo, o algun oficio con que viuir descansado todos los dias de mi vida. No sino dormios, y no tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, o diez mil vassallos, en

Quarta parte de don

dacame estas pajas. Par Dios que los he de bolar chico con grande, o como pudiere: y que por negros que sean los he de boluer blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andaua tan solícito, y tan contento, q̄ se le oluidaua la pesadumbre de caminar a pie. Todo esto mirauan de entre vnas breñas, Cardenio, y el Cura, y no sabian q̄ hazer se para juntarse con ellos: pero el Cura, que era gran tracista, i. naginò luego lo que harian para cõseguir lo que desseaúan, y fue, que con vnas tixerias que trahia en vn estuche, quitò con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole vn capotillo pardo que el trahia, y diole vn herreruelo negro, y el se quedò en calças, y en jubon: y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mesmo no se conociera, aũ q̄ a vn espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya q̄ los otros auian passado adelante, en tanto q̄ ellos se disfracaron, con facilidad salierò al camino Real antes que ellos, por q̄ las malezas, y malos pasos de aquellos lugares, no cõcedian q̄ anduiesse tanto los de a cauallo, como los de a pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y assi como salio della dõ Quixote, y sus camaradas, el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dando señales de q̄ le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando, se fue a el abiertos los braços, y diziendo a voces: Para biẽ sea hallado el espejo de la caualleria, el mi buen compatriote don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gẽtiliza, el amparo, y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto, tenia abraçado por la rodilla de la pierna

yzquier-

yzquierda a don Quixote: el qual espantado de lo q̄ veía, y oía dezir, y hazer aquel hombre, se le puso a mirar con atenció, y al fin le conocio, y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintio, por lo qual don Quixote dezia: Dexeme V. m. señor Licenciado, que no es razon q̄ yo estè a cauallo, y vna tan reuerèda persona como V. m. estè a pie. Eſto no consentirè yo en ningū modo, dixo el Cura, estese la vuestra grãdeza a cauallo, pues estando a cauallo acaba las mayores fazañas, y aventuras q̄ en nuestra edad se han visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de vna destas mulas destes señores q̄ con V. m. caminan, sino lo han por enojo: y aun harè cuenta, que voy cauallero sobre el cauallo Pegaso, o sobre la cebra, o alfana en que caualgaua aquel famoso Moro Muzaraque, q̄ aun hasta aora yaze encantado en la gran cuesta Çulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caía yo en tãto, mi señor Licenciado, respondió don Quixote, y yo se que mi señora la Princesa serà seruida, por mi amor, de mandar a su escudero, dè a V. m. la silla de su mula, q̄ el podra acomodarse en las ancas, si es q̄ ella las sufre. Si sufre, a lo que yo creo, respondió la Princesa: y tambien se que no serà menester mandarselo al señor mi escudero, que el es tan cortes, y tan Cortesano, que no consentirà que vna persona eclesiastica vaya a pie, pudiendo yr a cauallo. Aſi es, respondió el Barbero, y apeandose en vn punto, combidò al Cura con la silla, y el la tomò sin hazerse mucho de rogar. Y fue el mal, que al subir a las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de

alquiler, que para dezir que era mala esto basta, alçò vn poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que a darlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeça, el diera al diablo la venida por don Quixote. Con todo esso le sobrefaltaró de manera, que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, q̄ se le cayeron en el suelo: y como se vio sin ellas no tuuo otro remedio, sino acudir a cubrirse el rostro cõ ambas manos, y a quejarse, q̄ le auian derribado las muelas. Don Quixote, como vio rodo aquel maço de barbas, sin quixadas, y sin sangre, le-xos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran a posta. El Cura que vio el peligro q̄ corria su inuenciõ, de ser descubierta, acudio luego a las barbas, y fuese con ellas adonde yazia Maese Nicolas, dando aun voces toda via, y de vn golpe, llegando le la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vnas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: y quando se las tuuo puestas se apartò, y quedò el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirò dõ Quixote sobre manera, y rogò al Cura, que quando tuuiesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que el entèdia que su virtud a mas q̄ pegar barbas se deuia de estender, pues estava claro, que de donde las barbas se quitassen, auia de quedar la carne llagada, y mal trecha, y q̄ pues todo lo sanaua, a mas que barbas aproueçhaua. Afsi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse, que por entonces subiesse el Cura,

y a trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegassen a la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres a cavallo, es a saber, don Quixote, la Princesa, y el Cura: y los tres a pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Pança, don Quixote dixo a la donzella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes q̄ ella respondiesse, dixo el Licenciado: Hàzia q̄ reyno quiere guiar la vuestra señoria, es por ventura hàzia el de Micomicó, q̄ si deue de ser, o yo se poco de Reynos? Ella que estava bien en todo, entendio q̄ auia de responder, que si, y asì dixo: Si señor, hàzia esse Reyno es mi camino. Si asì es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de alli tomara V.m. la derrota de Cartagena, donde se podra embarcar cō la buena ventura: y si ay viento prospero, mar tranquilo, y sin borrasca, en poco menos de nueue años se podra estar a vista de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que està poco mas de cien jornadas mas aca del Reyno de vuestra grãdeza. Vuestra merced està engañado, señor mio, dixo ella, por q̄ no ha dos años q̄ yo parti del, y en verdad q̄ nunca tuue buen tiempo, y con todo esso he llegado a ver lo q̄ tanto deseaua, que es al señor dō Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron a mis oydos, asì como puse los pies en España, y ellas me mouieron a buscarle, para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su inuécible braço. No mas, cessen mis alabanças, dixo a esta sazón don Quixote, por q̄ soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunq̄ esta no lo sea, toda via ofenden mis castas orejas semejantes platicas. Lo que yo se dezir, señora mia, q̄ ora

Quarta parte de don

tenga valor, o no, el que tuuiere, o no tuuiere, se ha de emplear en vuestro seruicio, hasta perder la vida: y assi dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa q̄ le ha traydo por estas partes, tan solo, y tan sin criados, y tan a la ligera, que me pone espanto? A esso yo respondere con breuedad, respondio el Cura, porque s̄bra V. m. señor don Quixote, que yo, y Maese Nicolas, nuestro amigo, y n̄o barbero, yuamos a Seuilla, a cobrar cierto dinero q̄ vn pariente mio que ha muchos años q̄ passò a Indias, me auia embiado, y no tã pocos q̄ no passan de sesenta mil pesos, ensayados, que es otro q̄ tal, y passando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, q̄ le conuino al Barbero ponerse las postizas: y aun a este mancebo q̄ aqui va, señalãdo a Cardenio, le pusieron como de nueuo. Y es lo bueno, q̄ es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltarõ son de vnos galeotes, q̄ dicen que liberarõ, casi en este mesmo sitio, vn hombre tã valiente, que a pesar del Comissario, y de las guardas, los soltarõ a todos: y sin duda alguna, el deuia de estar fuera de juyzio, o deue de ser tan grande vellaco como ellos, o algun hombre sin alma, y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ouejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, yr contra su Rey y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la santa Hermandad, que auia muchos años que reposaua. Quiso finalmente, hazer vn hecho por donde

dóde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Auia les contado Sancho al Cura, y al Barbero, la auétura de los galeotes q̄ acabò su amo, con tanta gloria suya, y por esto cargaua la mano el Cura refiriendola, por ver lo q̄ hazia, o dezia dō Quixote, al qual se le mudaua la color a cada palabra, y no osaua dezir q̄ el auia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò llevar al deuido suplicio.

Cap. XXX. Que trata del gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto.

NO Huuo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues miase, señor Licenciado, el que hizo essa fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixè antes, y le auisè, que mirasse lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yuan alli por grãdissimos vellacos. Majadero, dixo a esta sazón don Quixote, a los caualleros andantes no les toca, ni atañe aueriguar, si los affigidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, o estan en aquella angustia por sus culpas, o por sus gracias, solo le toca ayudarles como a menestorosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaqueras. Yo topè vn rosario, y farta de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas alla se auenga: y a quien mal le ha parecido

saluo,

Quarta parte de don

saluo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caualleria, y que miéte como vn hideputa, y mal nacido: y esto le hare conocer cō mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmando se en los estribos, y calandose el morrion, porque la vazia de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, lleuaua colgado del arzō delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (que era discreta y de gran donayre) como quien ya sabia el menguado humor de don Quixote, y que todos haziã burla del, sino Sancho Pança, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor cauallero, miembrefele a la V.m. el don que me tiene prometido, y que conforme a el, no puede entremeterse en otra auëtura, por urgente que sea: sossiegue V.m. el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por esse inuicto brazo auian sido librados los galeotes, el se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres vezes la lengua, antes que auer dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Esto juro yo biẽ, dixo el Cura, y aun me huuiera quitado vn vigote. Yo callarẽ, señora mia, dixo dō Quixote, y reprimire la justa colera, que ya en mi pecho se auia leuando, y yrẽ quieto y pacifico, hasta tanto q̃ os cumpla el don prometido: pero en pago deste buen desseo, os suplico me digays, sino se os haze de mal, qual es la vuestra cuyta? y quantas, quiẽnes, y quales son las personas de quien os tengo de dar deuida, fatisfecha, y entera vengança? Esto hare yo de gana, respõdio Dorotea, si es que no os enfadan oyr lastimas, y desgra-

desgracias. No enfadarà, señora mia, respondió dō Quixote, a lo que respondió Dorotea: Pues afsi es, estenme vuestras mercedes atentos. No huuo ella dicho esto, quando Cardenio, y el Barbero se le pusieron al lado, desseofos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea: y lo mismo hizo Sancho, q̄ tan ensañado yua con ella como su amo. Y ella, despues de auerse puesto bien en la silla, y preuenido-se con toser, y hazer otros ademanes, con mucho donayre, començo a dezir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que a mi me llaman: y detuuose aqui vn poco, porque se le olvidò el nombre que el Cura le auia puesto: pero el acudio al remedio, por que entendio en lo que reparaua, y dixo: No es marauilla, señora mia, que la vuestra grãdeza se turbe, y empache, contando sus desuēturas, que ellas suelen ser tales, que muchas vezes quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera, q̄ aun de sus mismos nōbres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoria, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legitima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reduzir aora facilmente a su lastimada memoria, todo aquello q̄ contar quisiero. Afsi es la verdad, respondió la donzella, y desde aqui adelante, creo que no serà menester apuntarme nada, que yo saldre a buen puerto cō mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaua Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica, y alcanço por su ciencia, que mi madre, q̄ se llamaua la Reyna Xaramilla,

auia

Quarta parte de don

auia de morir primero que el, y que de allí a poco tiempo el también auia de passar desta vida, y yo auia de quedar huérfana de padre y madre. Pero dezia el que no le fatigaua tanto esto, quanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta, que vn descomunal Gigante, señor de vna grande insula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando dela fosca Vista: porque es cosa aueriguada, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al reues, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y espanto a los que mira. Digo que supo, que este Gigante en sabiendo mi horfandad, auia de passar con gran poderio sobre mi Reyno, y me lo auia de quitar todo, sin dexarme vna pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna, y desgracia, si yo me quisiesse casar con el: mas a lo q̄ el entendia, jamas pensaua que me vendria a mi en voluntad de hazer tan desyqual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiento, casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuesse. Dixo tambien mi padre, que despues que el fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando començaua a passar sobre mi Reyno, que no aguardasse a ponerme en defensa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desembaraçado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vassallos, porque no auia de ser posible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: sino que luego, con algunos de los mios, me pusiesse en camino de las

Espa-

Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando a vn cauallero andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo este Reyno, el qual se auia de llamar, si mal no me acuerdo, don Açote, o don Gigote. Don Quixote diria, señor, dixo a esta sazon Sancho Pança, o por otro nombre, el cauallero de la triste Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que auia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debaxo del ombro yzquierdo, o por alli junto, auia de tener vn lunar pardo, con ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyendo esto don Quixote, dixo a su escudero: Ten aqui Sancho, hijo, ayudame a desnudar, que quiero ver si soy el cauallero que aquel sabio Rey dexò profetizado. Pues para q̄ quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si tēgo esse lunar que vuestro padre dixo, respondió don Quixote. No ay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo se que tiene vuestra merced vn lunar dessas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Esto basta dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, o que esté en el espinazo, importa poco, basta que aya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es vna mesma carne: y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienē cō las de la buena fama que este cauallero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me huue desembarcado en Osuna, quādo ohi dezir tantas hazañas suyas, q̄ luego me dio el alma, q̄ era el mismo

Quarta parte de don

mesmo q̄ venia a buscar. Pues como se desembarcò
vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntò don
Quixote, sino es puerto de mar? Mas antes que Do-
rotea respondiesse, tomò el Cura la mano, y dixo:
Deue de querer dezir la señora Princeffa, que des-
pues que desembarcò en Malaga, la primera parte
donde oyò nueuas de vuestra merced, fue en Osu-
na. Esto quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleua ca-
mino, dixo el Cura, y prosiga vuestra Magestad ade-
lante. No ay que profeguir, respòdio Dorotea, sino
que finalmente mi suerte ha sido tã buena, en hallar
al señor don Quixote, que ya me cuento, y tengo
por Reyna y señora de todo mi Reyno, pues el por
su cortesía, y magnificencia me ha prometido el dō
de yrse conmigo, donde quiera que yo le lleuare,
que no será a otra parte, que a ponerle delante de
Pandasilando de la fosca Vista, para que le mate, y
me restituya lo que tan contra razon me tiene vsúr-
pado: que todo esto ha de suceder a pedir de boca,
pues assi lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor,
mi buen padre: el qual tambien dexò dicho, y escri-
to en letras Caldeas, o Griegas, q̄ yo no las se leer,
que si este cauallero de la profecia, despues de auer
degollado al Gigante, quisiessse casarse conmigo,
que yo me otorgassse luego sin replica alguna, por
su legitima esposa, y le diessse la possession de mi
Reyno, junto con la de mi persona. Que te parece
Sancho amigo? dixo a este punto don Quixote, no
oyes lo que passa? no te lo dixes yo? mira si tenemos
ya Reyno que mandar, y Reyna con quien casar.
Esto juro yo, dixo Sancho: Para el puto que no se
casare en abriendo el gznatico al señor Pandahi-
lado.

lado. Pues monta que es mala la Reyna, así se me bueluan las pulgas de la cama: y diziendo esto, dio dos çapatetas en el ayre, con muestras de grandísimo contento, y luego fue a tomar las riédas de la mula de Dorotea, y haziéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicádole le diesse las manos para besarlas, en señal q̄ la recibia por su Reyna, y señora. Quien no auia de reyr de los circustantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efecto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle grã señor en su reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, q̄ se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradeciofelo Sancho con tales palabras, q̄ renouò la rifa en todos. Esta señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por deziros, q̄ de quanta gente de acópañamiẽto saquẽ de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porq̄ todos se anegaron en vna gran borrasca q̄ tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y así es todo milagro, y misterio, el discurso de mi vida, como lo aureys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como deuiera, echad la culpa a lo q̄ el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, q̄ los trabajos cõtinuos, y extraordinarios, quitã la memoria al q̄ los padece. Esta no me quitarã a mi, o alta, y valerosa señora, dixo dô Quixote, quãtos yo passare en seruiros, por grãdes, y no vistos q̄ sean. Y así de nuevo cõfirmo, el don q̄ os he prometido, y juro de yr cõ vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quiẽ piẽso con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeça soberuia, con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamonte, q̄ me

Quarta parte de don

Heuò la mia: esto dixo entrediètes, y profugio dizièdo: y despues de auersela tajado, y puestoos en pacifica possessiõ de vuestro estado, quedarà a vuestra voluntad, hazer de vuestra persona lo q̄ mas en talante os viniere. Porq̄ mientras q̄ yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiuua la volútað, perdido el entèdimièto, a aquella, y no digo mas, no es posible q̄ yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunq̄ fuesse cõ el Auefenix. Pareciõle tã mal a Sancho, lo q̄ vltimamente su amo dixo, acerca de no querer casarse, q̄ con grãde enojo, alçando la voz, dixo: Boto a mi, y juro a mi, q̄ no tiene vuestra merced señor don Quixote cabal juyzio: pues como es posible, q̄ pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Pièsa q̄ le ha de ofrecer la fortuna, tras cada cãtillo, semejàte vètura, como la q̄ aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulzinea? no porcierto, ni aun cõ la mitad, y aun estoy por dezir, q̄ no llega a su çapato de la q̄ estã delãte. Así noramala alcãçare yo el Condado q̄ espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo, case se, case se luego, encomièdole yo a satanas, y tome esse reyno q̄ se le viene alas manos, de vobis, vobis, y en hie-do Rey, hagame Marques, o Adelantado, y luego si quiera se lo lleue el diablo todo. Don Quixote, q̄ tales blasfemias oyò dezir cõtra su señora Dulzinea, no lo pudo sufrir, y alçãdo el lançõ, sin hablalle palabra a Sancho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio tales dos palos, q̄ dio cõ el en tierra, y sino fuera porq̄ Dorotea le dio voces q̄ no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. Pèfays le dixo, acabo de rato, villano ruyn, q̄ ha de auer lugar sièpre para ponerme la mano en la horcaadura, y q̄ todo ha de ser errar

vos, y perdonaros yo? Pues no lo péesys vellaco del comulgado, q̄ sin duda lo estas, pues has puesto lengua en la sin par Dulzinea. Y no sabeys vos, gañã faquin, belitre, que sino fuesse por el valor q̄ ella infunde en mi braço, q̄ no le tédria yo para matar vna pulga? Dezid socarrõ de légua viperina, y quié pensays q̄ ha ganado este reyno? Y cortado la cabeça a este Gigante? Y hechoos a vos Marques (q̄ todo esto doy ya por hecho, y por cosa passada, en cosa juzgada) sino es el valor de Dulzinea, tomãdo a mi braço por instrumẽto de sus hazañas, ella pelea en mi, y véce en mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida, y ser. O hideputa vellaco, y como soys desagradecido, q̄ os veys leuãtado del poluo de la tierra, a ser señor de titulo, y correspõdeys a tã buena obra, con dezir mal de quié os la hizo. No estaua tã mal trecho Sancho, q̄ no oyeste todo quãto su amo le dezia, y leuãtãdose cõ vn poco de presteza, se fue a poner detras del palafre de Dorotea, y desde alli dixo a su amo: Dãgame señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse cõ esta grã Princesa, claro esta q̄ no sera el reyno suyo, y no siédolo, q̄ mercedes me puede hazer? Esto es de lo q̄ yo me quexo, case se vuestra merced vna por vna con esta Reyna, aora q̄ la tenemos aqui, como llouida del cielo, y despues puede boluerse con mi señora Dulzinea, q̄ Reyes deue de auer auido en el mũdo, q̄ ayã sido amãcebados. En lo de la hermosura, no me entremeto, q̄ en verdad si va a dezirla, q̄ entrãbas me parecẽ bien, puesto q̄ yo nõ ca he visto a la señora Dulzinea. Como q̄ no la has visto traydor blasfemo, dixo don Quixote, pues no acabas de traerme aora vn recado de su parte? Digo q̄ no la he visto tã despacio, dixo Sãcho, q̄ pueda auer

notado particularmente su hermosura, y sus buenas partes, punto por punto, pero assi a bulto me parece bié. Agora te disculpo, dixo dō Quixote, y perdona-me el enojo q̄ te he dado, q̄ los primeros mouimiētos, no son en manos de los hōbres. Ya yo lo veo, respōdio Sācho, y assi en mil a gana de hablar, siēpre es primero mouimiēto, y no puedo dexar de dezir por vna vez siquiera, lo q̄ me viene a la lēgua. Con todo esto, dixo dō Quixote, mira Sācho lo q̄ hablas, porq̄ tātās vezes va el cātatillo a la fuēte, y no te digo mas. Agora bié, respōdio Sācho, Dios esta en el cielo q̄ ve las trāpas, y sera juez de quié haze mas mal, yo en no hablar bié, o vuestra merced en obrallo. No ay a mas, dixo Dorotea, corred Sācho, y besad la mano a vuestro señor, y pedilde perdō, y de aqui adelante andad mas atētado en vuestras alabāças, y vituperios, y no digays mal de aqueſa señōra Tobosa, a quié yo no conozco, sino es para seruilla, y tened cōfiāça en Dios, q̄ no os ha de faltar vn estado dōde viuays como vn Principe. Fue Sācho cabizbajo, y pidio la mano a su señor, y el se la dio, cō reposado cōtinēte, y despues q̄ se la uo besado, le echo la bēdiciō, y dixo a Sācho q̄ se adelātassen vn poco, q̄ tenia q̄ pregūtalte, y q̄ departir cō el, cosas de mucha importācia. Hizolo assi Sācho, y apartarōse los dos algo adelāte, y dixole dō Quixote, despues q̄ veniste no he tenido lugar, ni espacio, para pregūtarle muchas cosas de particularidad, a cerca de la embaxada q̄ lleuaste, y de la respuesta q̄ truxiste, y agora pues la fortuna nos ha cōcedido tiēpo, y lugar, no me niegues tu la ventura, q̄ puedes dar-me, cō ta buenas nueuas. Pregūte vuestra merced lo que quisiere, respondio Sancho, q̄ a todo dare tan buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico

á vuestra merced señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengativo. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote. Digolo, respondió, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos trauò el diablo la otra noche, que por lo que dixé contra mi señora Dulzinea, a quien amo, y reuerencio como a vna reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes a estas platicas Sancho, por tu vida, dixo don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdonè entonces, y bien sabes tu que suele dezirse, a pecado nuevo, penitencia nueva. En tanto que los dos yuan en estas platicas, dixo el cura a Dorotea, que auia andado muy discreta, asì en el cuento, como en la breuedad del, y en la similitud que tuuo con los de los libros de cauallerias: ella dixo que muchos ratos se auia entretenido en leellos. Pero que no sabia ella, donde eran las prouincias, ni puertos de mar, y que asì auia dicho atento, que se auia desembarcado en Ossuna. Yo lo entendì asì, dixo el cura, y por esso acudì luego a dezir, lo que dixé, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña, ver con quanta facilidad cree este desuenturado hidalgo todas estas inuenciones, y mentiras, solo porque lleuan el estilo, y modo, de las necedades de sus libros. Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, uiera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre cõ bonissimas razones, y muestra tener vn entendimiẽ

Quarta parte de don

to claro, y apazible en todo. De manera, que como no le toquen en sus cauallerias, no aura nadie que le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yuan en esta conuersacion, prosiguió don Quixote con la suya, y dixo a Sancho: Echemos, Pança amigo, pelillos a la mar, en esto de nuestras pendencias, y dime agora, sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno. Donde, como, y quando, hallaste a Dulzinea? Que hazia? Que le dixiste? Que te respondió? Que rostro hizo, quando leya mi carta? Quié te la traslado? Y todo aquello que vieres, que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfazerse, sin que añadas, o mientas por darme gusto: ni menos te acortes, por no quitarme le. Señor, respondió Sancho, si va a dezir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no lleuè carta alguna. Así es como tu dizes, dixo don Quixote, porq̄ el librito de memoria donde yo la escriui, le hallé en mi poder, acabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grádissima pena, por no saber lo que auias tu de hazer, quando te vieses sin carta, y crey siempre que te boluieras, desde el lugar donde la echaras menos. Así fuera, respondió Sancho, sino la viiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyo, de manera que se la dixé a vn sacristan, que me la traslado del entendimiento, tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque auia leydo muchas cartas de descomunió, no auia visto ni leydo tã linda carta como aquella. Y tienesla toda via en la memoria Sancho, dixo don Quixote? No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no auia de fer de mas
proue-

prouecho, di en oluidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo vltimo, vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero: con otros sucessos,

TODO esto no me descontenta; prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegaste, y que hazia aquella reyna de la hermosa? a buen seguro, que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa, con oro de cañutillo, para este su cautiuo cauallero. No la hallè, respondió Sancho, sino a hechando dos anegas de trigo, en vn corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo don Quixote, que los granos de aquel trigo, eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era candeal, o trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo don Quixote, que a hechado por sus manos hizo pan candeal, sin duda alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta besola? Pusosela sobre la cabeça? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? o que hizo? Quando yo se la yua a dar, respondió Sancho, ella estaua en la fuga del meneo, de vna buena parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, q̄ no la puedo leer hasta que acabe de acriuar todo lo que aqui

Quarta parte de don

està. Discreta señora, dixo don Quixote, esso deuio de ser por leerla despacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho, y en tanto que estaua en su menester, ¿quò coloquios passò contigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le respondiste? Acaba cuentamelo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixè de la manera que vuestra merced por su seruicio que daua haziendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera saluaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir que maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo don Quixote, porque antes la bendigo, y bendizire todos los dias de mi vida, por auerme hecho digno de merecer amar tan alta señora, como Dulzinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que a buena fe, que me lleua a mi mas de vn coto. Pues como Sancho, dixo don Quixote, haste medido tu con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegandole a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan juntos, que echè de ver, que me lleuaua mas de vn gran palmo. Pues es verdad, replicò dõ Quixote, que no acompaña essa grandeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma. Pero no me negaràs Sancho vna cosa, quando llegaste juto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna fragancia aromatica, y vn no se que de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? Digo vn tuho, o tufo, como si estuieras en la tienda de algun curioso guàtaro? Lo que se dezir, dixo Sancho, es que senti vn olor zillo algo hombruno, y deuia de ser, que ella cõ-

el mucho exercicio estaua sudada , y algo correosa. No seria esso, respódió dō Quixote, sino q̄ tu deuias de estar romadizado, o te deuiste de oler a ti mismo, porque yo se bien a lo que huele , aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo , aquel ambar desleydo. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas vezes sale de mi aquel olor , que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulzinea, pero no ay de que marauillarse , que vn diablo parece a otro. Y bien, prosiguió don Quixote, he aqui que acabô de limpiar su trigo , y de embiallo al molino. Que hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyo, porque dixo que no sabia leer, ni escriuir, antes la rasgó, y la hizo menudas pieças, diziendo que no la queria dar a leer a nadie, porque no se supiesse en el lugar sus secretos , y que bastaua lo q̄ yo le auia dicho de palabra , a cerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria, que por su causa quedaua haziendo. Y finalmente me dixo, que dixesse a vuestra merced, que le besaua las manos , y que alli quedaua có mas desseo de verle, que de escriuirle : y que assi le suplicaua , y mandaua , que vista la presente , saliesse de aquellos matorrales, y se dexasse de hazer disparates, y se pudiesse luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse , porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Riote mucho quando le dixes , como se llamaua vuestra merced el cauallero de la triste Figura. Pregútele si auia ydo alla el Vizcayno de marras, dixome que sí , y q̄ era vn hombre muy de bien. Tambien le pregunte por los galeotes , mas dixome q̄ no auia visto hasta

Quarta parte de don

entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo dō Quixote. Pero dime, que joya fue la que te dio al despedirte, por las nueuas que de mi le lleuaste? Porque es vsada, y antigua costumbre, entre los caualleros, y damas andátes, a dar los escuderos, dōzellas, o enanos, que les lleuā nueuas de sus damas, a ellos, a ellas de sus andátes, alguna rica joya, en albricias, en agra decimiento de su recado. Bien puede esso ser assi, y yo la tengo por buena vsança, pero esso deuio de ser en los tiēpos passados, que agora solo se deue de acostumbrar a dar vn pedaço de pan, y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulzinea, por las bardas de vn corral, quando della me despedi: y aun por mas señas, era el queso ouejuno. Es liberal en estremo, dixo don Quixote, y sino te dio joya de oro, sin duda deuio de ser, porque no la tendria alli a la mano para dartela, pero buenas son mangas, despues de Pasqua, yo la vere, y se satisfara todo. Sabes de que estoy marauillado Sancho? De que me parece que fuyste, y veniste, por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado, en yr, y venir, desde aqui al Toboso, auiendo de aqui alla, mas de treynta leguas. Por lo qual me doy a entender, que aquel fabio nigromãte, que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerça le ay, y le ha de auer, so pena que yo no seria buen cauallero andante. Digo que este tal, te deuio de ayudar a caminar, sin que tu lo sintieses, que ay fabio destos, que coje a vn cauallero andante durmiendo en su cama, y sin saber como, o en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anohecio. Y sino fuesse por esto, no se podrian socorrer en sus peligros, los caualleros andan-

res vnos a otros, como se socorré a cada passo. Que acaece estar vno peleando en las sierras de Armenia con algun Lendirago, o con algun fiero Veltiglo, o con otro cauallero, donde lleua lo peor de la batalla, y esta ya a punto de muerte: y quando no os me cato, allóma por aculla encima de vna nuue, o sobre vn carro de fuego, otro cauallero amigo fuyo, q̄ poco antes se hallaua en Ingalaterra, que le favorece, y libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su favor, y suele auer de la vna a la otra parte, dos o tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria, y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuydado destos valerosos caualleros. Afsi que amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breue tiempo, ayas ydo, y venido, desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo, te deuio de llevar en bolandillas, sin que tu lo sintieffes. Afsi seria, dixo Sancho, porque a buena fe, que andaua Rozinante, como si fuera asno de Gitano, có azogue en los oydos. Y como si lleuaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto a parte, que te parece a ti que deuo yo de hazer aora, cerca de lo que mi señora me manda, que la vaya a ver, q̄ aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, veo me tambien impossibilitado del don que he prometido a la Princesa, que con nosotros viene, y fuerçame la ley de caualleria, a cumplir mi palabra, antes que mi gusto. Por vna parte me acossia, y fatiga el desseo de ver a mi señora, por otra me incita, y llama, la

Quarta parte de don

ma, la prometida fe, y la gloria que he de alcançar en esta empresa. Pero lo que pienso hazer, sera caminar a priessa, y llegar presto donde está este Gigante, y en llegando le cortarè la cabeça, y pondre a la Princesa pacificamente en su estado, y al punto dare la buelta, a ver a la luz que mis sentidos alumbrá. A la qual dare tales disculpas, que ella venga a tener por buena mi tardança, pues vero que todo redundá en aumento de su gloria, y fama, pues quanta yo he alcanzado, alcanço, y alcançare por las armas en esta vida, toda me viene del fauor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay, dixo Sancho, y como està vuestra merced lastimado de estos cascós. Pues digame señor, piensa vuestra merced caminar este camino en balde? Y dexar passar, y perder vn tan rico, y tã principal casamiento como este? Donde le dan en dote vn reyno, que a buena verdad, que he oydo dezir, q̄ tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantissimo de todas las cosas que son necesarias, para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Castilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguèça de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y caseffe luego en el primer lugar que aya cura, y sino ahi esta nuestro Licenciado, que lo hara de perlas. Y aduertá que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y que mas vale paxaro en mano, que buytre bolando, porque quien bien tiene, y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondio don Quixote, si el cõsejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey, en matando al Gigante, y tenga comodo para hazerte mercedes, y

dés, y darte lo prometido. Hagote saber, que sin casarme podre cumplir tu deseo, muy facilmente, por que yo sacare de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar vna parte del reyno, para que la pueda dar a quien yo quisiere : y en dandomela, a quien quieres tu que la de, sino a ti? E esso está claro, respondió Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hàzia la marina, porque sino me contentare la viuienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de yr por agora a ver a mi señora Dulzinea, sino vayasse a matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me assienta, que ha de ser de mucha honra, y de mucho prouecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que estàs en lo cierto, y que aue de tomar tu consejo, en quanto el yr antes con la Princesa, que a ver a Dulzinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado, que pues Dulzinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no serà bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esso es assi, dixo Sàcho, como haze vuestra merced, que todos los que venen por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulzinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado. Y siendo forçoso, que los que fueren, se han de yr a hincar de finojos ante su presencia, y dezir que van de parte de vuestra merced a dalle la obediencia, como se pueden encubrir los pensamiètos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo don Quixote. Tu

Quarta parte de don

no ves Sancho , que effo todo redundá en su mayor enfalçamiéto. Porque has de saber, que en este nueſtro eſtilo de caualleria, es gran honra tener vna dama muchos caualleros andantes que la ſiruan , ſin que ſe eſtiendan mas ſus penſamientos , que a ſeruir, por ſolo ſer ella quien es, ſin eſperar otro premio de ſus muchos, y buenos deſſeos, ſino que ella ſe cótente de acetarlos por ſus caualleros. Con eſſa manera de amor, dixo Sancho, he oydo yo predicar, que ſe ha de amar a nueſtro Señor , por ſi ſolo, ſin q̄ nos mueua eſperança de gloria, o temor de pena. Aunque yo le querria amar, y ſeruir, por lo que pudieſſe. Valate el diablo por villano, dixo don Quixote, y que de diſcreciones dizes a las vezes, no parece ſino que has eſtudiado. Pues aſe mia que no ſe leer, reſpondio Sancho. En eſto les dio voces , Maesſenicolas, que eſperaffen vn poco, que querian de tenerſe a beuer en vna fontezilla que alli eſtaua. Detuuofe dó Quixote, con no poco guſto de Sancho, que ya eſtaua canſado de mentir tanto , y temia no le cogieſſe ſu amo a palabras. Porque pueſto que el ſabia que Dulzinea era vna labradora del Toboſo , no la auia viſto en toda ſu vida. Auiaſe en eſte tiempo veſtido Cardenio los veſtidos que Dorotea traya , quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja a los que dexaua. Apearonſe junto a la fuente, y con lo que el cura ſe acomodò en la venta, ſatisfizierò, aunque poco , la mucha hambre que todos trayã. Eſtando en eſto , acerto a paſſar por alli vn muchacho, que yua de camino, el qual poniendo ſe a mirar con mucha atencion, a los que en la fuente eſtauan. De alli a poco arremetio a don Quixote, y abra-

y abraçandole por las piernas, començo a llorar muy de proposito, diziendo: Ay señor mio, no me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel moço Andres, que quitò vuestra merced de la encina donde estaua atado. Reconocióle don Quixote, y asiéndole por la mano, se boluio a los que allí estauan, y dixo: Porque vean vuestras mercedes, quando importancia es, auer cauallos andátes en el mundo, que desfagan los tuertos, y agrauios, que en el se hazen, por los insolentes, y malos hombres, que en el viuen. Sepan vuestras mercedes, que los dias passados, passando yo por vn bosque, oy vnos gritos, y vnas voces muy lastimosas, como de persona afligida, y menesterosa: acudi luego, lleuado de mi obligación, hazia la parte donde me parecio que las lamentables voces sonauan, y hallè atado a vna encina, a este muchacho, que agora està delante (de lo que me huelgo en el alma, porque sera testigo que no me dexarà mentir en nada.) Digo que estaua atado a la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estauale abriendo a açotes con las riendas de vna yegua, vn villano, que despues supe que era amo suyo: y así como yo le vi, le pregunte la causa de tan atroz vapulamiento, respondió el zafio, que le açotaua porque era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, nacia[n] mas de ladron, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor no me açota sino porque le pido mi salario. El amo replicò, no se que arengas, y disculpas, las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resolucion, yo le hize desatar, y tomè juramento al villano, de que le llevaria consigo, y le pagaria vn real sobre otro, y aun sahumados.

Quarta parte de don

No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se lo mandè , y con quanta humildad prometio de hazer todo quanto yo le impuse, y notifique, y quise? Responde no te turbes, ni dudes en nada, di lo que passò a estos señores , porque se vea, y considere, ser del prouecho que digo, auer caualleros andantes por los caminos. Todo lo q̄ vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho , pero el fin del negocio sucedio muy al reues de lo que vuestra merced se imagina. Como al reues, replicò don Quixote, luego no te pagò el villano? No solo no me pagò, respondió el muchacho, pero assi como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me boluio a atar a la mesma encina, y me dio de nueuo tantos açotes , que quedè hecho vn Sambartolome desollado. Y a cada açote q̄ me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acerca de hazer burla de vuestra merced , que a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que dezia. En efecto, el me parò tal, que hasta aora he estado curandome en vn hospital, del mal que el mal villano entòces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante , y no viniera donde no le llamauan , ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme vno, o dos dozenas de açotes, y luego me soltara, y pagara quanto me deuia. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin proposito , y le dixo tantas villanias, encendio se le la colera , y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vio solo de seargò sobre mi el nublado, de modo que me parece , que no fere mas hombre en toda mi vida. El daño estuuu,

dixo

dixo don Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de yr hasta dexarte pagado: porque bien deuia yo de saber por luégas experiéncias, que no ay villano que guarde palabra que tiene, si el vec que no le está bien guardalla. Pero ya te acuerdas Andres, que yo jurè q̄ fino te pagaua, que auia de yr abuscarle, y que le auia de hallar, aunque se escódiessse en el viétre de la Vallena. Afsi es la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò nada. Ahora verás si aprouecha, dixo don Quixote, y diciendo esto, se leuantò muy apriessa, y mandò a Sancho que enfrenasse a Rozinã te, (que estaua pacièdo entanto que ellos comiã.) Preguntole Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondio, que queria yr abuscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado a Andres, hasta el vltimo marauedi, a despecho, y pesar de quantos villanos huieffe en el mundo. A lo que ella respondio, que aduertieffe que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la suya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, que fossegasse el pecho, hasta la buelta de su Reyno. Afsi es verdad, respondio don Quixote, y es forçoso que Andres tenga paciècia hasta la buelta, como vos señora dezis, que yo le torno a jurar y aprometer de nùeuo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo deffos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener agora con que llegar a Seuilla, que todas las venganças del mundo: deme si tiene à algo que coma, y lleue, y quedese con Dios su merced, y todos los caualteros andantes, que tambien andantes sean ellos para castigo, como lo han sido para conmigo. Sacò

Quarta parte de don

de su repuesto Sancho vn pedaço de pan, y otro de queso, y dandofelo al moço, le dixo: Tomá hermano Andres, que a todos nos alcãça parte de vña desgracia. Pues que parte os alcança a vos, preguntò Andres? Esta parte de queso, y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hazer falta, o no, porque os hago saber amigo que los escuderos de los caualleros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas, que se sienten mejor que se dizen. Andres asio de su pan, y queso, y viendo que nadie le daua otra cosa abaxó su cabeça, y tomó el camino en las manos, como suele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo a dō Quixote: Por amor de Dios señor cauallero adante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hazen pedaços no me focorra ni ayude, sino dexeme có mi desgracia, que no sera tanta, que no sea mayor la que me vendra de su ayuda de vuestra merced, a quié Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes han nacido en el mundo. Y uase a leuantar don Quixote para castigalle, mas el se puso a correr de modo, que ninguno se atreuio a seguirle. Quedò corridissimo don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuuiesfen mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo.

Cap. XXXII. Que trata de lo que sucedio en la venta a toda la quadrilla de don Quixote.

A Cabose la buena comida, enfillaron luego, y sin que les sucediesse cosa digna de contar, llegaron otro dia a la venta espanto, y asombro de Sancho Pança: y aunque el quisiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, vétero, su hija, y Maritornes, que vieron venir a don Quixote, y a Sancho, les salieron a recebir con muestras de mucha alegria, y el las recibio con graue continente y aplauso, y dioxles que le adereçassen otro mejor lecho, que la vez passada: a lo qual le respondió la huespeda, que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se la daria de Principes. Don Quixote dixo, que si haria, y assi le adereçaró vno razonable en el mismo caramanchon de marras: y el se acostó luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No se huuo bien encerrado, quando la huespeda arremetio al barbero, y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de boluer mi cola, que anda lo de mi marido por estos suelos q̄ es verguēça, digo el peyne, q̄ solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraua, hasta que el Licenciado le dixo, que se la diesse, que ya no era menester mas vsar d̄ aquella industria, sino q̄ se descubriessse, y mostrasse en su misma forma, y dixesse a dō Quixote q̄ quando le despojaró los ladrones galeotes se auian

venido a aquella venta huyendo, y que si preguntáse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le auia embiado adelante a dar auiso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y así mismo le boluierõ todos los adrentes, que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura, que les adereçassen de comer de lo q̄ en la venta huuiesse, y el huesped cõesperaçã de mejor paga, cõ diligẽcia les adereçõ vnã razonable comida, y a todo esto dormia dõ Quixote, y fueron de parecer de no despertalle. Porque mas prouecho le haria por entonces el dormir, q̄ el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija Maritornes, todos los passageros de la estraña locura de don Quixote, y del modo que le auian hallado. La huespeda les cõtò lo que con el, y con el harriero les auia acontecido, y mirando si acaso estaua alli Sancho, como no le viesse, cõtò todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el cura dixesse, q̄ los libros de cauallerias, que don Quixote auia leydo le auian buelto el juyzio, dixo el ventero: No se yo como puede ser esto, que en verdad que a lo que yo entiendo no ay mejor letrado en el mûdo, y que tengo ai dos o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mi, sino a otros muchos. Porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siẽpre ay algunos que saben leer, el qual coge

vno de estos libros en las manos, y rodeamonos del
mas de treynta, y estamosle escuchando con tanto
gusto que nos quita mil canas: alo menos de mis
dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos,
y terribles golpes que los caualleros pegan, que
me tomagana de hazer otro tanto, y que querria
estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni me
nos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen ra-
to en mi casa, sino aquel que vos estays escucha-
ndo leer, que estays tan embobado, que no os acor-
days de reñir por entonces. Así es la verdad, dixo
Maritornes, ya buena fe, que yo tambien gusto mu-
cho de oyr aquellas cosas, que son muy lindas, y
mas quando cuentan, que se está la otra señora de-
baxo de vnos naranjos abraçada con su cauallero, y
que les está vna dueña haziéndoles la guarda muerta
de embidia, y con mucho sobresalto. Digo que
todo esto es cosa de mieles. Ya vos que os parece
señora donzella, dixo el cura, hablando con la hi-
ja del ventero? No se señor, en mi anima, respondió
ella, también y lo escucho, y en verdad q̄ aunq̄ no lo
entiendo, que recibo gusto en oylo: pero no gusto
yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las
lamentaciones que los caualleros hazen, quando
estan ausentes de sus señoras: que en verdad, que al-
gunas vezes me hazen llorar de compasión que les
tengo. Luego bien las remediades vos señora do-
zella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No se lo q̄
me hiziera, respondió la moça, solo se que ay algu-
nas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman
sus caualleros tigres, y leones, y otras mil inmundi-
cias. Y Iesus, yo no se que gente es aquella tan

Quarta parte de don

desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar a vn hombre honrado, le dexan que se muera, o que se buelua loco. Yo no se para que es tãto melindre si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no dessean otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas: y no està bien a las donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dexar de respondelle. Aorabien, dixo el cura, traedme señor hucsped aqueffos libros, que los quiero ver. Que me me plaze, respondió el, y entrando en su aposento sacò del vna maletilla vieja cerrada con vna cadenilla, y abriendola hallò en ella tres libros grandes, y vnos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vio que era don Cirongilio de Tracia: y el otro de Felixmarte de Yrcania: y el otro la historia del gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordoua, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Afsi como el cura leyò los dos titulos primeros, boluio el rostro al barbero, y dixo: Falta nos hazen aqui aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazen respondió el barbero, que tambien se yo lleuallos al corral, o a la chimenea, que en verdad, que ay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced, quemar mas libros, dixo el ventero? No mas, dixo el cura, q̄ estos dos el de don Cirongilio, y el de Felixmarte. Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son herejes, o flematicos, que los quiere quemar? Cismasticos quereys dezir amigo, dixo el barbero, que no flematicos. Afsi es re-

plicò el ventero: mas si alguno quiere quemar sea esse del gran Capitan, y desse Diego Garcia, que antes dexarè quemar vn hijo, que dexar quemar ninguno deffotros. Hermano mño, dixo el cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates, y de uaneos. Y este del gran Capitã es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonçalo Hernandez de Cordoua: el qual por sus muchas, y grandes hazañas, merecio ser llamado de todo el mundo gran Capitan, renombre famoso, y claro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes, fue vn principal cauallero, natural de la ciudad de Truxillo, en Estremadura, valentissimo soldado, y de tantas fuerças naturales, que detenia cò vn dedo vna rueda de molino en la mitad de su furia. Y puesto con vn montante en la entrada de vna puente detuvo a todo vn innumerable exercito, que no passasse por ella. Y hizo otras tales cosas, que como si el las cuenta, y las escriue, el assi mismo cò la modestia de cauallero, y de coronista propio las escriuiera otro libre, y desapasionado, pusiera en su oluido las de los Hetores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho el ventero, mirad de que se espanta de detener vna rueda de molino, por Dios aora: auia vuestra merced de leer lo q̄ leyò Felixmarte de Yrcania, que de vn reues solo partio cinco gigãtes por la cintura, como si fueran hechòs de hauas, como los fraylezicos que hazen los niños. Y otra vez arremetio con vn grandissimo, y poderosissimo exercito donde lleuò mas de vn millon, y seyscientos mil soldados,

rodos armados desde el pie hasta la cabeça, y los desbarató a todos, como si fueran manadas de ouejas. Pues que me diran del bueno de don Cirongilio de Tracia, q̄ fue tan valiente, y animoso, como se verá en el libro donde cuenta, que nauegando por vn rio le salio de la mitad del agua vna serpiente de fuego, y el assi como la vio se arrojó sobre ella, y se puso ahorcaxadas en cima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta, con tanta fuerça, que viédo la serpiente que la yua ahogando, no tuuo otro remedio, sino dexarse yr a lo húdo del rio, lleuandose tras si al cauallero, que nunca la quiso soltar, y quando llegó alla baxo se halló en vnos palacios, y en vnos jardines tan lindos, que era marauilla: y luego la sierpe se boluio en vn viejo anciano, que le dixo tantas de cosas que no ay mas que oyr. Calle señor, que si oyesse esto se bolueria loco de plazer. Dos higas para el gran Capitán, y para esse Diego Garcia, que dize. Oyédo esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Poco le falta a nro hoesped para hazer la segūda parte de dó Quixote? Assi me parece a mi, respondió Cardenio, por que segun dà indicio, el tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan passó ni mas, ni menos quello escriuen, y no le haran creer otra cosa frayles descalços. Mirad hermano, tornó a dezir el cura, que no huuo en el mundo Felixmarte de Yrcania, ni don Cirógilio de Tracia, ni otros caualleros semejantes, que los libros de cauallerias cuentan. Porque todo es compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los conpusieron para el efeto que vos dezis de entretener el tiempo, como lo entretiené

leyendolos vros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caualleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse huesso, respondió el ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y a donde me aprieta el çapato: no pienle vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada bláco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced aentender, que todo aquello que estos buenos libros diz en sea disparates, y mentiras, estando impresso con licécia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho amigo, replicò el cura, que esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos: y assi como se consiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener a algunos, que ni tienen, ni deuen, ni pueden trabajar: assi se cõsiente imprimir, y que aya tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Y si me fuera licito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas a cerca de lo que han de tener los libros de cauallerias, para ser buenos, que quiza fueran de prouecho, y aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendra tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed señor ventero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os auenid cõ sus verdades, o mentiras, y buen prouecho os hagan, y

quiera Dios, que no coxeyss del pie q̄ coxear vuestro huésped don Quixote. E esso no, respondió el vétero, que no serè yo tan loco, que me haga cauallero andante, que bien veo que aora no se vsa lo q̄ se vsaua en aquel tiempo, quando se dize, que andauan por el mundo estos famosos caualleros. A la mitad desta platica se hallò Sancho presente, y quedò muy confuso, y pensatiuo de lo que auia oydo dezir, que aora no se vsauan caualleros andantes, y que todos los libros de cauallerias eran necedades, y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar en lo que paraua aquel viaje de su amo, y que fino salia con la felicidad, que el pensaua, determinaua de dexalle, y boluerse con su muger, y sus hijos a su acostumbrado trabajo. Lleuauase la maleta, y los libros el vétero, mas el cura le dixo: Esperad que quiero ver que papeles son estos, que de tã buena letra estã escritos: sacolos el huésped, y dãdo selos a leer vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian vn titulo grande que dezia: Nouela del curioso impertinente: leyò el cura para si tres, o quatro renglones, y dixo: Cierito que no me parece mal el titulo desta nouela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: Pues bien puede leella su reuerencia, porque le hago saber, que algunos huéspedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dar, pèsando boluersela aquiè aqui de xò esta maleta olvidada con estos libros, y estos papeles, que bien puede ser que buelua su dueño por aqui

aqui algun tiempo: y aun que se que me han de ha-
zer falta los libros, a fe que se los he de boluer, q̄
aunque ventero toda via soy Christiano. Vos te-
neys mucha razon amigo, dixo el cura, mas con to-
do, esso si la nouela me contenta, me la aueys de de-
xar trasladar: De muy buena gana, respondio el vé-
terero. Mientras los dos esto deziã, auia tomado Car-
denio la nouela, y començado a leer en ella: y pa-
reciendole lo mismo que al cura, le rogò que la
leyesse de modo que todos la oyessen. Si leyera,
dixo el cura, sino fuera mejor gastar este tiempo
en dormir, que en leer. Harto reposo serà para mi,
dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo al-
gun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sos-
segado, q̄ me conceda dormir, quando fuera razõ.
Pues dessa manera, dixo el cura, quiero leerla por
curiosidad, si quiera quiça tendra alguna de gusto.
Acudio Maese Nicolas a rogarle lo mesmo, y San-
cho tambien: lo qual visto del cura, y entendiendo
que a todos daria gusto, y elle recibiria, dixo: Pues
assies, esten me todos atentos, que la nouela co-
mienza desta manera.

*Cap. XXXIII. Donde se cuenta la nouela del Curioso
impertinente.*



EN Florencia, ciudad rica, y famosa, de Ita-
lia, en la Prouincia que llaman Toscana,
viuian Anselmo, y Lotario, dos calle-
ros

ros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia, y ántonomafia de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: et á solteros, moços de vna misma edad, y de vnas mismas costumbres: todo lo qual era bastante causa a que los dos con reciproca amistad se correspondiesse. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado a los passatiempos amorosos, que el Lotario, al qual lleuauã tras si los de la caça. Pero quando se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan tan a vna sã voluntades, que no auia concertado relox que assi lo anduuiesse. Andaua Anselmo perdido de amores de vna donzella principal, y hermosa, de la misma ciudad: hija de tã buenos padres, y tã buena ella por si, que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por esposa a sus padres, y assi lo puso en execucion: y el que lleuò la embaxada, fue Lotario, y el que concluyò el negocio tan a gusto de su amigo, que en breue tiempo se vio puesto en la posesion que dessea, y Camila tã contenta de auer alcançado a Anselmo por esposo, que no cessaua de dar gracias al cielo: y Alotario, por cuyo medio tanto bien le auia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle, y regozijalle, con todo aquello que a el le fue posible. Pero acabadas las bodas, y sossegada ya la frecuencia

frecuencia de las visitas, y parabienes, comenzó Lotario a descuydarse con cuydado de las ydas en casa de Anselmo, por parecerle a el (como es razon que parezca a todos los que fueren discretos) que no se hã de visitar ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que quando eran solteros. Porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deve de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, q̄ parece que se puede ofender, aũ de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del queexas grandes, diziẽdole, que si el supiera, que el casarse auia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo huiera hecho: y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fue soltero auian alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados los dos amigos, que no permitieffe por querer hazer del circunpecto, sin otra ocasion alguna. que tan famoso, y tan agradable nombre se perdieffe: y q̄ assi le suplicaua, si era licito, que tal termino de hablar se vsasse entre ellos, que boluieffe a ser señor de su casa, y a entrar, y salir en ella, como de antes, asegurãdole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que el queria que tuuieffe: y que por auer sabido ella con quantas veras los dos se amauan, estaua confusa de ver en el tanta esquiueza. A todas estas y otras muchas razones, q̄ Anselmo dixoa Lotario, para persuadille boluieffe como solia a su casa. Respondio Lotario cõ tãta prudẽcia, discrecion, y auiso, q̄ Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo: y quedaron

Quarta parte de don

de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario a comer con el: y aunque esto quedò assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas conuenia a la honra de su amigo, cuyo credito estaua en mas que el suyo proprio. Dezia el, y dezia bien, que el casado a quien el cielo auia còcedido muger hermosa, tanto cuydado auia de tener, que amigos lleuaua a su casa, como en mirar cò q̄ amigas su muger conuersaua, porque lo q̄ no se haze, ni concierta en las plaças, ni en los tēplos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones, (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos a sus mugeres) se concierta, y facilita en casa de la amiga, o la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada vno algũ amigo que le aduertiesse de los descuydos, que en su proceder hiziesse, porque suele acòtecer, que cò el mucho amor que el marido a la muger tiene, o no le adierte, o no le dize por no enojalla, que haga, o dexede hazer algunas cosas, que el hazellas, o no, le seria de honra, o de vituperio: de lo qual siendo del amigo aduertido facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallarà amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero, como aqui Lotario le pide: no lo se yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda sollicitud, y aduertimiento miraua por la honra de su amigo: y procuraua dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del yr a su casa, porque no pareciesse mas al vulgo ocioso, y a los ojos vagabundos, y maliciosos la entrada de vn moço rico, gentilhòbre, y biẽ nacido, y de las buenas partes, que el pen-

faua

lava que tenia en la casa de vna muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bõdad, y valor podia poner freno a toda maldiciente lengua, toda via no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaua, y entrenenia en otras cosas, que el daua a entender ser inexcusables. Assi que en quejas del vno, y disculpas del otro, se passauan muchos ratos y partes del dia. Sucedio pues, que vno, que los dos se andauan passeando por vn prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo a Lotario las semejantes razones.

Pésauas amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, assi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien reccebido, y sobre al que me hizo en darme a ti por amigo, y a Camila por muger propria, dos prédas, que las estimo, sino en el grado que deuo, y en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen, y pueden viuir contentos, viuo yo el mas despechado, y el mas defabrido hombre de todo el vniuerso mundo. Porque no se que dias a esta parte me fatiga, y aprieta vn desseo tan estraño, y tan fuera del vso comun de otros, que yo me marauillo de mi mismo, y me culpo, y me riño a solas, y procuro callarlo, y encubirlo de mis propios pensamientos: y assi me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara dezillo a todo

Quarta parte de don

do el mundo: y pues que en efeto el ha de salir a plaza quiero que sea en la del archiuo de tu secreto: confiado q̄ cō en el, y con la diligencia que pondras, como mi amigo verdadero en remediarme: yo me verè presto libre de la angustia que me causa, y llegara mi alegria por tu sollicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspèso tenian a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que auia de parar tan larga preuencion, o preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginaciō que desseo podria ser aquel q̄ a su amigo tãto fatigaua, dio siempre muy lexos del blanco de la verdad: y por salir presto de la agonìa que le causaua aquella suspension le dixo, que hazia notorio agrauio a su mucha amistad en andar buscando rodcos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer del, o ya consejos para entre ellos, o ya remedio para cumplillos. Assi es la verdad, respondiò Anselmo, y con essa confiança te hago saber amigo Lotario, que el desseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa estaua buena, y tã perfecta como yo pienso: y no puedo enterarme en esta verdad, sino es prouãdola, de manera q̄ la prouea manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mi (o amigo) q̄ no es vna muger mas buena de quanto es, o no es sollicitada: y que aquella sola es fuerte, que no le dobla a las promessas, a las dadiuas, a las lagrimas, y a las continuas importunidades de los sollicitos amantes. Porq̄ q̄ ay que agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, si nadie le dize que sea mala? Que mucho que estè recogida y temerosa la
que

que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que en cogiendola en la primera desemboltura, la ha de quitar la vida? Ansi q̄ la que es buena por temor, o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada, y perseguida, que salio con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir, para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa, passe por estas dificultades, y se acrisole, y quilate en el fuego de verse requerida, y solicitada, y de quiē tenga valor para poner en ella sus desseos: y si ella sale, como creo que saldra, con la palma desta batalla, tendré yo por sin y equal mi ventura. Podré yo dezir, que está colmo el vazio de mis desseos. Dire que me cupo en suerte, la muger fuerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallará? Y quando esto suceda al reues de lo que pienso, con el gusto de ver que acertè en mi opinion, lleuarè sin pena, la que de razon podra causarme mi tan costosa experiencia. Y profupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi desseo, ha de ser de algun prouecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero, o amigo Lotario, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te dare lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar a vna muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mueueme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento a todo trance, y rigor, sino a solo a tener

Quarta parte de don

por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto, y assi no quedare yo ofendido mas de cõ el desseo, y mi injuria quedara escondida en la virtud de tu silencio, que bien se que en lo que me tocara ha de ser eterno como el de la muerte. Assi que si quieres que yo tenga vida, que pueda dezir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibias, ni perezosamente, sino con el ahinco, y diligencia que mi desseo pide, y con la confiança que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo a Lotario, a todas las quales estuu tan atento, que sino fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que huuo acabado: y viendo que no dezia mas, despues que le estuu mirando vn buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas huuiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, o amigo Anselmo, a que no sean burlas las cosas que me has dicho, que a pensar que de veras las dezias, no consintiera que tan adelante passaras, porque con no escucharte preuiniera tu larga arenga: sin duda imagino, o que no me conoces, o que yo no te conozco. Pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño està, en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, q̃ tampoco yo soy el Lotario que deuia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir à aquel Lotario que tu conoces. Porque los buenos amigos hã de prouar a sus amigos, y valerse dellos, como dixo vn Poeta, *vsque ad Aras*, que quiso dezir,

que

que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad, quãto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad diuina. Y quando el amigo tirasse tãto la barra, que pudiesse a parte los respetos del cielo, por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la hõra, y la vida de su amigo. Pues dime tu aora, Anselmo, qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure a complacerte, y a hazer vna cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela a mi juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro està que te quito la vida, pues el hombre sin hõra, peor es que vn muerto: y siendo yo el instrumento, como tu quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo a quedar deshonorado, y por el mesmo conseqüente sin vida? Escucha amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme, hasta q̄ acabe de dezirte lo que se me ofreciere, acerca de lo q̄ te ha pedido tu desseo, que tiempo quedará para q̄ tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo que quisieres. Y Lotario profiguió, diciendo: Pareceme, o Anselmo, que tienes tu aora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, a los quales no se les puede dar a entender el error de su secta, con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiẽto, ni que

Quarta parte de don

vayan fundadas en artículos de fè , fino que les han de traer exemplos palpables , faciles , intelegibles , demonstratiuos , indubitables , con demostraciones Matematicas , que no se pueden negar , como quando dizen : Si de dos partes yguales quitamos partes yguales , las que quedan tambien son yguales . Y quando esto no entiendan de palabra , como en efecto no lo entienden , ha se les de mostrar con las manos , y ponerfelo delante de los ojos , y aun con todo esto , no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de mi sacra religion . Y este mesmo termino , y modo me conuendra vsar contigo , porque el desseo que en ti ha nacido , va tan descaminado , y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable , que me parece que ha de ser tiempo gastado , el que ocupare en darte a entender tu simplicidad , que por aora no le quiero dar otro nombre , y aun estoy por dexarte en tu desatino , en pena de tu mal desseo : mas no me dexa vsar deste rigor la amistad que te tengo , la qual no consiente que te dexes puesto en tan manifiesto peligro de perderte . Y porque claro lo veas , dime Anselmo , tu no me has dicho que tengo de solicitar a vna retirada ? persuadir a vna honesta ? ofrecer a vna desinteressada ? seruir a vna prudente ? Si que me lo has dicho . Pues si tu sabes que tienes muger retirada , honesta , desinteressada , y prudente , que buscas ? Y si piensas que de todos mis affaltos ha de salir vencedora , como saldra sin duda , que mejores titulos piensas darle despues , que los que aora tiene ? o que será mas despues de lo que es aora ? O es que tu no la tienes por la que dizes , o tu no sabes lo que pides .

Sino

Sino la tienes por lo que dizes, para q̄ quieres pro-
uarla, sino como a mala, hazer della lo q̄ mas te vi-
niere en gusto: mas si es tan buena como crees, im-
pertinente cosa será hazer experiēcia de la mesma
verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con
la estimacion q̄ primero tenia. Afsi q̄ es razon con-
cluyente, q̄ el intentar las cosas, de las quales antes
nos puede suceder daño q̄ prouecho, es de juyzios
sin discurso, y temerarios: y mas quando quierē in-
tentar aquellas a q̄ no son forçados, ni cōpelidos, y
que de muy lexos traē descubierto, q̄ el intentarlas
es manifesta locura. Las cosas dificultosas se inten-
tan por Dios, o por el mundo, o por entrābos a dōs:
las q̄ se acometē por Dios, son las q̄ acometierō los
santos, acometiēdo a viuir vida de Angeles, en cuer-
pos humanos: las q̄ se acometē por respeto del mū-
do, son las de aquellos que passan tanta infinitad de
agua, tanta diuersidad de climas, tanta estrañeza de
gentes, por adquirir estos que llaman, bienes de for-
tuna. Y las que se intentan por Dios, y por el mūdo
juntamente, son aquellas de los valerosos soldados,
que a penas veen en el contrario muro, abierto tā-
to espacio quanto es el que pudo hazer vna redon-
da bala de artilleria, quando puesto a parte todo re-
mor, sin hazer discurso, ni aduertir al manifesto pe-
ligro que les amenaza, llevados en buelo de las alas
del desseo de boluer por su fē, por su nacion, y por
su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de
mil contrapuestas muertes que los esperā. Estas co-
sas son las que suelen intentarfe, y es honra, gloria,
y prouecho intentarlas, aunque tan llenas de incon-
uenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que

Quarta parte de don

quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcã-
çar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con
los hombres: porque puesto que salgas con ella co-
mo desleas, no has de quedar ni mas vfano, ni mas ri-
co, ni mas hõrado que estàs aora: y fino sales, te has
de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda:
porque no te ha de aprouechar pensar entõces, que
no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, por-
que bastarà para affligirte, y deshazerte, que la sepas
tu mesimo. Y para confirmacion desta verdad, te
quiero dezir vna estancia, que hizo el famoso Poe-
ta Luys Tansilo, en el fin de su primera parte de las
Lagrimas de san Pedro, que dize assi.

Crece el dolor, y crece la verguença

*En Pedro, quando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no ve a nadie, se auerguença
De si mesmo, por ver que auia pecado:*

*Que a vn magnanimo pecho, a auer verguença,
No solo ha de mouerle el ser mirado,
Que de si se auerguença quando yerra,
Si bien otro no vee que cielo, y tierra.*

Assi, que no escusaràs con el secreto tu dolor, antes
rendras que llorar cõtino, sino lagrimas de los ojos,
lagrimas de sangre del coraçon, como las lloraua
aquel simple Doctor que nuestro Poeta nos cuẽta,
que hizo la prueua del vaso, que con mejor discurs-
so se escusò de hazerla el prudente Reynaldos: que
puesto que aquello sea ficcion Poetica, tiene en si
encerrados secretos morales, dignos de ser adverti-
dos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con

lo que aora pienso dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error q̄ quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, o la suerte buena, te huiera hecho señor, y legitimo possessor de vn finissimo diamãte, de cuya bõdad, y quilates estuuieffen satisfechos quãtos lapidarios le vieffen, y q̄ todos a vna voz, y de comun parecer dixeffen, q̄ llegaua en quilates, bondad, y fineza, a quãto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mesmo lo creyeffes assi, sin saber otra cosa en contrario, seria justo q̄ te vinieffe en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn ayunque, y vn marrillo, y alli a pura fuerça de golpes, y braços, prouar si es tan duro, y tan fino como dizê? y mas si lo pusiesses por obra: q̄ puesto caso q̄ la piedra hizieffe resistẽcia a tã necia prueua, no pör esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se röpieffe, cosa q̄ podria ser, no se perdia todo? Si por cierto, dexãdo a su dueño en estimaciõ de q̄ todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finissimo diamãte, assi en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingẽcia de q̄ se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir a mas valor del que aora tiene: y si faltasse, y no resistieffe, considera desde aora, qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quejar de ti mesmo, por auer sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres, consiste en la opinion buena q̄ dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, para que quieres

Quarta parte de don

poner esta verdad en duda. Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embaraços donde tropiece, y cayga, sino quitarselos, y despejalle el camino de qualquier inconueniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcançar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el Arminio es vn animalejo que tiene vna piel blanquissima, y que quando quieren caçarle los caçadores, vsan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele passar, y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole, le encaminan hàzia aquel lugar, y assi como el Arminio llega al lodo, se està quedo, y se dexa prender y cautiuar, a trueco de no passar por el cieno, y perder y ensuziar su blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta y casta muger, es Arminio, y es mas que nieue blanca y limpia: la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserue, ha de vsar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y seruicios de los importunos amantes, porque quiça, y aun sin quiça, no tiene tanta virtud y fuerça natural, que pueda por si mesma atropellar, y passar por aquellos embaraços: y es necessario quitarselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en si la buenafama. Es assi mesmo la buena muger, como espejo de cristial luziète y claro, pero està sugeto a empañarse, y escurecerse con qualquiera aliento q̄ le toque. Ha se de vsar con la honesta muger, el estilo q̄ cō las reliquias, adorarlas
y no

y no tocarlas. Ha se de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima vn hermoso jardin que està lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no cōsiente, q̄ nadie le paffee, ni manosee, basta que desde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero dezirte vnos versos que se me han venido a la memoria, que los ohi en vna comedia moderna, q̄ me parece que hazen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejaua vn prudente viejo, a otro padre de vna donzella, que la recogiesse, guardasse, y encerrasse: y entre otras razones le dixo estas.

*Es de vidrio la muger,
Perono se ha de prouar,
Si se puede, o no quebrar,
Porque todo podria ser.*

*Y es mas facil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse,
Lo que no puede soldarse.*

*Y en esta opinion esten
Todos, y en razon la fundo,
Que si ay Danaes en el mundo,
Ay pluuias de oro tambien.*

Quanto hasta aqui te he dicho, o Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo que a mi me conuiene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que

Quarta parte de don

yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras q̄ yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mi, està claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto està que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intèto y hago vna cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite a ti, no ay duda, porque viendo Camila q̄ yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liuiandad, que me dio atreuimiento a descubrirle mi mal desseo: y teniendose por deshonorada te toca a ti, como a cosa suya, su mesma deshonor. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que el no lo sepa, ni aya dado ocasion para que su muger no sea la que deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo y poco recato, estoruar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, vièdo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compaõera, està en aquella desventura. Pero quiero te decir la causa, porque con justa razon es deshonorado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canfes de oyrme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios criò a nuestro primero Padre, en el Parayso terrenal, dize la diuina Escritura, que infun-

dio

dio Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacò vna costilla del lado siniestro, de la qual formò a nuestra madre Eua: y assi como Adan despertò, y la mirò, dixo: Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: Por esta dexara el hombre a su padre, y madre, y serã dos en vna carne misma. Y entonces fue instituydo el diuino sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud este milagroso Sacramento, que haze q̃ dos diferentes personas, sean vna mesma carne: y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienẽ mas de vna voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea vna mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, o los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque el no aya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, o de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de vna carne mesma: y la cabeça siente el daño del touillo, sin que ella se le aya causado. Assi el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser vna mesma cosa con ella. Y como las honras, y deshonras del mundo, sean todas, y nazcan de carne, y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forçoso, que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonorado, sin que el lo sepa. Mira pues, o Anselmo, al peligro q̃ te pones, en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa viue. Mira por quan vana, è impertinente curiosidad, quieres reboluer los humores que

Quarta parte de don

aora estan soffegados en el pecho de tu casta esposa. Aduierte, que lo q̄ auenturas a ganar, es poco, y q̄ lo que perderas serà tanto, q̄ lo dexarè en su pũto, por que me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta a mouerte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra, y desventura, que yo no pienso ferlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Callò en dizièdo esto, el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedò ran confuso, y pensatiuo, que por vn buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixo: Con la atenciõ que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exèplos, y cõparaciones, he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad q̄ alcãças: y ansi mesmo veo, y confieffo, q̄ fino sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyèdo del biẽ, y corrièdo tras el mal. Profupuesto esto, has ð cõsiderar, q̄ yo padezco aora la enfermedad q̄ fuelen tener algunas mugeres, q̄ se les antoja comer tierra, yesso, carbõ, y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse: asì q̄ es menester vsar de algun artificio para q̄ yo sane, y esto se podia hazer cõ facilidad, solo con q̄ comieces, aunq̄ tibia, y fingidamente, a solicitar a Camila, la qual no ha de ser tan tierna, q̄ a los primeros encuentros dè con su honestidad por tierra, y cõ solo este principio quedarè contèto, y tu auras cùplido con lo q̄ deues a nuestra amistad, no solamente dando me la vida, sino persuadièdome de no verme sin honra. Y estàs obligado a hazer esto, por vna razon sola,

sola, y es, que estando yo, como estoy determinado, de poner en plática esta prueua, no has tu de consentir que yo de cuenta de mi desatino a otra persona, con q̄ pandria en auētura el honor que tu procuras que no pierda: y quando el tuyo no estē en el punto que deue en la intencion de Camila, en tãto que la solicitares, importa poco, o nada, pues cō breuedad, viendo ella la entereza q̄ esperamos, le podras dezir la pura verdad de nuestro artificio, con q̄ boluerá tu credito al ser primero. Y pues tan poco auēturas, y tanto contēto me puedes dar auenturãdote, no lo dexes de hazer, aunq̄ mas inconueniētes se te pongã delante, pues como ya he dicho, cō solo que comiēces dare por cōcluyda la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiēdo q̄ mas exemplos traerle, ni q̄ mas razones mostrarle para que no la siguiesse: y viendo que le amenazaua que daria a otro cuenta de su mal desseo, por euitar mayor mal, determinò de contentarle, y hazer lo q̄ le pedia, con proposito, è intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedasse Anselmo satisfecho: y asì le respondiò, que no comunicasse su pensamiento cō otro alguno, q̄ el tomaua a su cargo aquella empresa, la qual comēçaria quãdo a el le diesse mas gusto. Abraçole Anselmo, tierna y amorosamēte, y agradeçiole su ofrecimiento, como si alguna grãde merced le huiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, q̄ desde otro dia siguiente se començasse la obra, q̄ el le daria lugar, y tiēpo como a sus solas pudiesse hablar a Camila, y asì mesmo le daria dineros, y joyas q̄ darla y que ofrecerla. Aconsejole, q̄ le
dieffe

Quarta parte de don

diessé musicas, que escriuiesse versos en su alabãça, y q̄ quando el nõ quisiessé tomar trabajo de hazerlos, el mesmo los haria. A todo se ofrecio Lotario, bien cõ diferente intencion q̄ Anselmo p̄sava: y cõ este acuerdo se boluierõ a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila con ansia y cuydado, esperãdo a su esposo, porq̄ aquel dia tardaua en venir mas de lo acostũbrado. Fuese Lotario a su casa, y Anselmo quedò en la suya, tan cõtento, como Lotario fue p̄ fatiuo, no sabiẽdo q̄ traça dar para salir biẽ de aquel impertinẽte negocio. Pero aquella noche pensò el modo q̄ tendria para engañar a Anselmo, sin ofender a Camila: y otro dia vino a comer cõ su amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia, y regalaua cõ mucha voluntad, por entẽder la buena q̄ su esposo le tenia. Acabaron de comer, leuantarõ los manteles, y Anselmo dixo a Lotario, q̄ se quedasse alli cõ Camila, en tanto q̄ el yua a vn negocio forçoso, q̄ dentro de hora y media bolueria. Rogole Camila q̄ no se fuesse, y Lotario se ofrecio a hazerle compaña, mas nada aprouechò cõ Anselmo, antes importunò a Lotario, q̄ se quedasse, y le aguardasse, porq̄ tenia q̄ tratar con el vna cosa de mucha importãcia. Dixo tãbien a Camila, q̄ no dexasse solo a Lotario, en tãto q̄ el boluiesse. En efeto el supo tã bien fingir la necesidad, o necedad de su ausencia, q̄ nadie pudiera entender q̄ era fingida. Fuese Anselmo, y quedarõ solos a la mesa, Camila, y Lotario, porq̄ la demas gente de casa, toda se auia ydo a comer. Viose Lotario puestro en la estacada q̄ su amigo deseaua, y con el enemigo delante, que pudiera vencer cõ sola su hermosura, a vn esquadron de caualleros

nalleros armados : mirad si era razón que le temiera Lotario? Pero lo que hizo fue, poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdón a Camila, del mal comedimeño, dixo que queria reposar vn poco en tanto que Anselmo boluia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y así le rogò se entrasse a dormir en el. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que boluio Anselmo: el qual como hallò a Camila en su aposento, y a Lotario durmiendo, creyò que como se auia tardado tanto, ya auia tenido los dos lugar para hablar, y aùn para dormir, y no vio la hora en que Lotario despertasse, para boluerse con el fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedio como el quiso: Lotario despertò, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntò lo que deseaua: y le respondió Lotario, que no le auia parecido ser bien que la primera vez se descubriessè del todo, y así no auia hecho otra cosa, que alabar a Camila de hermosa, diziendole, que en toda la ciudad no se trataua de otra cosa, que de su hermosura, y discrecion, y que este le auia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiendola a que otra vez le escuchasse con gusto: usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere enganar a alguno que esta puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siendo el de tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quié es, y sale con su intencion, si a los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentò mucho a Anselmo, y dixo, que cada dia daria el mesmo lugar, aun que no saliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que

Quarta parte de don

que Camila no pudieſſe venir en conocimiento de ſu artificio. Sucedió pues, que ſe paſſaron muchos dias que ſin dezir Lotario palabra a Camila, reſpon- dia a Anſelmo, que la hablaua, y jamas podia ſacar della vna pequeña muestra de venir en ninguna co- ſa que mala fueſſe, ni aun dar vna ſeñal de ſombra de eſperança: antes dezia que le amenazaua, que ſi de aquel mal penſamiento no ſe quitaua, que lo auia de dezir a ſu eſpoſo. Bien eſtà, dixo Anſelmo, haſta aqui ha reſiſtido Camila a las palabras, es menester ver como reſiſte a las obras, yo os darè mañana dos mil eſcudos de oro, para que ſe los ofrezcays, y aun ſe los deys: y otros tantos para que compreys joyas con que cebarla, que las mugeres ſuelen ſer aficionadas, y mas ſi ſon hermosas, por mas caſtas q̄ ſean, a eſto de traerſe bien, y andar galanas: y ſi ella reſiſte a eſta tentacion, yo quedarè ſatiſfecho, y no os dare mas peſadumbre. Lotario reſpondio, que ya que auia començado, que el lleuaria haſta el fin aquella empreſa, pueſto que entendia ſalir della cañſado y vencido. Otro dia recibio los quatro mil eſcudos, y con ellos quatro mil confuſiones, por- que no ſabia que dezirſe para mentir de nuevo, pe- ro en eſeto determinò de dezirle, que Camila eſta- ua tan entera a las dadiuas, y promeſſas, como a las palabras, y que no auia para que cañſarſe mas, porq̄ todo el tiempo ſe gaſtaua en balde. Pero la fuerte que las coſas guiaua de otra manera, ordenò, que auiendo dexado Anſelmo ſolos, a Lotario, y a Ca- mila, como otras vezes ſolia, el ſe encerrò en vn apoſento, y por los agujeros de la cerradura eſtuuò mirando, y eſcuchando lo que los dos tratauan, y
vio

vio que en mas de media hora Lotario no hablò palabra a Camila, ni se la hablára, si alli estuuiera vn siglo. Y cayò en la cuenta, de que quanto su amigo le auia dicho, de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era ansi, salio del aposento, y llamàdo a Lotario a parte, le preguntò, que nueuas auia, y de que temple estaua Camila? Lotario le respondió, que no pensaua mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y desabridamente, que no tendria animo para boluer a dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo. Lotario, Lotario, y quan mal correspòdes a lo que me deues, y a lo mucho que de ti confio. Aora te he estado mirando, por el lugar que concede la entrada desta llauue, y he visto que no has dicho palabra a Camila. Por donde me doy a entèder, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es asì, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podria hallar para cò seguir mi desseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario. El qual casi como tomãdo por punto de hõra, el auer sido hallado en mentira, jurò a Anselmo, que desde aquel momento, tomaua tan a su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si cò curiosidad lo espiaua: quanto mas, que no seria menester vsar de ninguna diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobrefaltada, determinò de hazer ausencia de su casa, por ocho dias, y yendose a la de vn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lexos de la

Quarta parte de don

Ciudad. Con el qual amigo concerto, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion cō Camila, de su partida. Desdichado, y mal aduertido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta, y fofegadamente la posses, nadie sobresahta tu gusto, sus penfamientos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desfcos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes desfcar: para que quieres ahondar la tierra, y buscar nueuas vetas, de nueuo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue. Como lo dixo mejor vn Poeta, diziendo.

*B*usco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traydor lealtad.
Pero mi suerte de quien
Iamas espero algun bien,

*Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.*

Fuese otro dia Anselmo a la aldea, dexando dicho a Camila, que el tiempo que el estuuiesse ausente, vendria Lotario a mirar por su casa, y a comer cõ ella, que tuuiesse cuydado de tratalle como a su mesma persona. Afligiose Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole que aduertiesse, que no estaua bien, que nadie el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y q̄ si lo hazia por no tener confiança, que ella sabria gouernar su casa, que prouasse por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixò, que ansí lo haria, aunque contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino a su casa Lotario, donde fue rescebido de Camila, con amoroso, y honesto acogimiento. La qual jamas se puso en parte, donde Lotario la viesse a solas, porque siempre andaua rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de vna donzella suya, llamada Leonela, a quien ella mucho queria, por auerse criado desde niñas las dos jũtas, en casa de los padres de Camila, y quando se caso con Anselmo, la truxo cõfigo. En los tres dias primeros, nunca Lotario le dixò nada, aunque pudiera quando se leuantauan los manteles, y la gente se yua a comer cõ mucha priesa, por q̄ así se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia

Quarta parte de don

orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y auia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de su señora, antes los dexaua solos, como si aquello le vueran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario. Pero el prouecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos. Porque si la lengua caualla, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte, todos los estremos de bondad, y de hermosura que Camila tenía, bastantes a enamorar vna estatua de Marmol, no que vn coraçon de carne. Miraua la Lotario en el lugar, y espacio que auia de hablarla, y consideraua, quan digna era de ser amada: y esta consideracion començo poco a poco, a dar assaltos a los respectos que a Anselmo tenia, y mil vezes quiso ausentarse de la Ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesse a el, ni el viesse a Camila: mas ya le hazia impedimento, y detenía el gusto que hallaua en mirarla. Hazíase fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar, y no sentir el contento, que le lleuaua a mirar a Camila. Culpauase a solas de su desatino, llamauase mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia discursos, y comparaciones, entre el, y Anselmo, y todos parauan en dezir, que mas auia sido la locura, y confianza de Anselmo, que su poca fidelidad. Y que si assi tuuiera disculpa para
con

con Dios, como para con los hombres, de lo que p̄sava hazer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura, y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion q̄ el ignorante marido le auia puestto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar a otra cosa, q̄ aquella a q̄ su gusto le inclinaua, alcabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuuu en cōtinua batalla, por resistir a sus desleos, comēçò a requēbrar a Camila, cō tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedò suspensa, y no hizo otra cosa, que leuantarse de donde estaua, y entrarse en su aposento, sin respondelle palabra alguna. Mas no por esta sequedad, se desmayò en Lotario la esperança, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuuo en mas a Camila. La qual auicndo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hazerse. Y pareciendole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar, a que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquella mesma noche, como lo hizo, a vn criado suyo, con vn villete a Anselmo, donde le escriuiu estas razones.

Cap. XXXIII. Donde se prosigue la novela del curioso impertinente.

ASSI COMO suele dezirse, que parece mal el exercito sin su general, y el castillo, sin su Castellano. Digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça, sin su marido, quando justissimas ocasiones

Quarta parte de don

no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan impossibilitada, de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me aurre de yr a entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes, si es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que a vos os toca, y pues soys discreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibio Anselmo, y entendio por ella, que Lotario auia ya comenzado la empresa, y que Camila deuia de auer respondido como el dessea. Y alegre sobre manera, de tales nueuas, respondio a Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa, en modo ninguno, porque el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedò Camila, de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atreuia a estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porque en la que dada, corria peligro su honestidad, y en la yda, yua contra el mandamiento de su esposo. En fin se resoluió en lo que le estuuó peor, que fue, en el quedarle, con determinacion de no huyr la presencia de Lotario, por no dar que dezir a sus criados, y yale pensaua de auer escrito, lo que escriuió a su esposo, temerosa de que no pensasse, que Lotario auia visto en ella alguna defemboltura, que le vuisse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fio en Dios, y en su buen pensamiento, có que pensaua resistir callando, a todo aquello que Lotario dezirle quisiessé, sin dar mas cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo.

Y aun

Y aun andaua buscando manera como disculpar a Lotario, con Anselmo, quando le preguntasse la ocasion, que le auia mouido a escriuirle aquel papel. Con estos penlamientos, mas honrados que acertados, ni prouechosos, estuuó otro dia escuchando a Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuuo harto que hazer en acudir a los ojos, para q̄ no diessen muestra de alguna amorosa compassiõ, que las lagrimas, y las razones de Lotario, en su pecho auian despertado. Todo esto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalméte a el le pareció, que era menester en el espacio, y lugar, que daua la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza. Y así acometio a su presuncion, con las alabãças de su hermosura, porq̄ no ay cosa que mas presto rinda, y allane, las encastilladas torres, de la vanidad de las hermosas, q̄ la mesma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, el con toda diligencia minò la roca de su entereza, con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al suelo. Llorò, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingio Lotario, con tantos sentimiètos, con muestras de tãtas veras, q̄ dio al traues con el recato de Camila, y vino a triunfar de lo q̄ menos se pèsaua, y mas desseaua. Rindióse Camila, Camila se rindió: pero q̄ mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, que nos muestra, que solo se vence la pasiõ amorosa, con huylia, y que nadie se ha de poner a braços con tan poderoso enemigo. Porque es menester fuerças diuinas, para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su seõora, por-

Quarta parte de don

que no se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nuevos amantes. No quiso Lotario dezir a Camila la pretension de Anselmo, ni que elle auia da- do lugar, para llegar a aquel punto. Porq̃ no tuuies- se en menos su amor, y pensasse que assi a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boliu- de alli a pocos dias Anselmo a su casa, y no echo de- ver lo que faltaua en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimaua. Fuese luego a ver a Lotario, y hallole en su casa, abraçaronse los dos, y el vno pre- guntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podre dar, o amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes vna muger, que dignamé- te puede ser exemplo, y corona de todas las muje- res buenas. Las palabras que le he dicho, se las ha lle- uado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en po- co, las dadiuas no se han admitido, de algunas lagri- mas fingidas mias se ha hecho burla notable. En re-olucion, assi como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde asiste la honestidad, y viue el co- medimiento, y el recato, y todas las virtudes q̃ pue- den hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo, que aqui los régo, sin auer tenido necesidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila, no se rinde a cosas tan ba- xas, como son dadiuas, ni promessas. Cótétate Ansel- mo, y no quieras hazer mas prueuas de las hechas. Y pues apie enxuto has passado el mar de las dificultades, y sospechas, que de las mugeres suelen, y pue- den tenerse, no quieras entrar de nuevo en el pro- fundo pielago, de nuevos inconuenientes, ni quieras hazer experiencia con otro piloto, de la bondad, y

forta-

fórtaleza del nauio que el cielo te dio en fuerte, para que en el passalles la mar deste mundo. Sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aferrate cō las anclas de la buena consideraciō, y dexate estar hasta que te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalgua humana, que de pagarla se escuse. Contentissimo quedò Anselmo, de las razones de Lotario, y assi se las creyo, como si fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo esto le rogo, que no dexasse la empresa, aunque no fuesse mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprouechasse de alli adelante de tan ahincadas diligencias, como hasta entonces. Y que solo queria, que le escriuiesse algunos versos en su alabança, debaxo del nombre de Clori, porque el le daria a entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quien le auia puesto aquel nombre, por poder celebrarla, con el decoro que a su honestidad se le deuia. Y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escriuir los versos, que el los haria. No fera menester esto, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tu a Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, q̄ los versos yo los hare, sino tan buenos como el sujeto merece, seran por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo, el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Lotario a su casa, preguntò a Camila, lo que ella ya se marauillaua, que no se lo vniessse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasiō porque le auia escrito el papel que le embiò. Camila, le respondió, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas defembueltoamente, que

Quarta parte de don

quando el estaua en casa. Pero que ya estaua desengañada, y creya que auia sido imaginacion suya, por que ya Lotario huya de vella, y de estar con ella a solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque el sabia que Lotario andaua enamorado de vna donzella principal de la Ciudad, a quic el celebraua debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y a no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y q̄ el se lo auia dicho a Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, passò aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo que quisiessi. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze a su buen credito. Pero sea lo que fuere, lo que se dezir, que ayer hize vn soneto a la ingratitud desta Clori, que dice así.

SONETO.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males,
Estoy al cielo, y a mi Clori dando.

*Y al tiempo quando el sol se va mostrando,
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desiguales,
Voy la antigua querella renouando.
Y quando el sol de su estrellado asiento,
Derechos rayos a la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelue la noche, y bueluo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia,
Al cielo sordo, a Clori sin oydos.*

Bien le parecio el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabò, y dixo que era demasiadamente cruel la dama, que a tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dizen, es verdad? En quanto Poetas no la dizen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos, como verdaderos. No ay duda de esto, replicò Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario, con Camila, tan descuydada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y assi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido, que sus deseos, y escritos, a ella se encaminauan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que si otro soneto, o otros versos sabia, los dixesse? Si se, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, o por mejor dezir, menos malo. Y podrey sio bié juzgar, pues es este.

SONETO.

Y O se que muero, y si no soy creydo,
 Es mas cierto el morir, como es mas cierto,
 Verme a tus pies, o bella ingrata muerto,
 Antes que de adorarte arrepentido.
 Podre yoverme en la region de oluido,
 De vida, y gloria, y de fauor desierto,
 Y alli verse podra en mi pecho abierto,
 Como tu hermoso rostro està esculpido.
 Que esta reliquia guardo para el duro
 Trance, que me amenaza mi porfia,
 Que en tu mismo rigor se fortaleze.
 Ay de aquel que navega el cielo escuro,
 Por mar no vsado, y peligrosa via,
 Adonde norte, o puerto no se ofrece.

Tambien alabò este segundo soneto Anselmo, como auia hecho el primero, y desta manera yua añadiendo, eslauon, a eslauon, a la cadena, con que se enlazaua, y trauaua su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraua, entonces le dezia que estaua mas honrado. Y con esto, todos los escalones que Camila baxa, hàzia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido, hàzia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallandose vna vez entre otras, sola Camila con su donzella, le dixo: Corrida estoy amiga Leonela, de

ver en quan poco he sabido estimarme, pues si quie-
ra no hize, que con el tiempo comprara Lotario, la
entera posesion, que le di tan presto de mi volun-
tad. Temo que ha de estimar mi presteza, o ligereza,
sin que eche de ver la fuerça que el me hizo, para no
poder resistirle. No te de pena ello señora mia, res-
pondio Leonela, que no està la monta, ni es causa pa-
ra mengua, la estimacion, darse lo que se da presto, si
en efecto lo que se da es bueno, y ello por si digno
de estimarse. Y aun suele dezirse, q̄ el que luego da,
dados vezes. Tambien se suele dezir, dixo Camila,
que lo q̄ cuesta poco, se estima en menos. No corre
por ti esta razon, respódió Leonela, porque el amor,
segun he oydo dezir, vnas vezes buela, y otras anda,
con este corre, y con aquel va despacio, a vnos enti-
bia, y a otros abraza, a vnos hiere, y a otros mata. En
vn mesmo p̄to comiēça la carrera de sus desseos, y
en aquel mesmo p̄to la acaba, y concluye. Por la ma-
ñana suele poner el cerco a vna fortaleza, y a la no-
che la tiene rendida, porque no ay fuerça que le re-
sistia. Y siendo afsi, de que te espantas, o de que te-
mes, si lo mismo deue de auer acontecido a Lotario,
auiendo tomado el amor por instrumento de rēdir-
nos la ausencia de mi señor? Y era forçoso q̄ en ella
se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin
dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuuiesse
de boluer, y cō su presencia quedasse imperfecta la
obra? Por q̄ el amor no tiene otro mejor ministro, pa-
ra executar lo que desea, que es la ocasion: de la oca-
sion se sirue en todos sus hechos, principalmente en
los principios. Todo esto se yo muy bien, mas de ex-
periencia, q̄ de oydas: y algundia te lo dire señora, q̄
yo tam-

Quarta parte de don

yo tambien soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas señora Camila, que no te entregaste, ni diste tã luego, que primero no vüieses viuto, en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promessas, y dadiuas de Lotario, toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansi, no te assalten la imaginacion, estos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino asségurate, que Lotario te estima, como tu le estimas a el, y viue con contento, y satisfacion, de que ya que cayste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y que no solo tiene las quatro. SS. que dicen que hã de tener los buenos enamorados, sino todo vn A. b. c. entero; sino escuchame, y veras como te le digo de coro. El es segú yo veo, y a mi me parece, agradecido, bueno, cauallero, dadiuoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, illustre, leal, moço, noble, honesto, principal, quantioso, rico: y las. SS. que dicen. Y luego, tacito, verdadero. La. X. no le quadrã, porq̃ es letra aspera. La. Y. ya està dicha. La. Z. zelador de tu honra. Riose Camila del A. b. c. de su donzella, y tuuola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia. Y así lo confesso ella, descubriendo a Camila, como trataua amores con vn mãcebo bien nacido, de la mesma Ciudad. De lo qual se turbô Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuro la, si passauan sus platicas a mas que serlo. Ella con poca verguença, y mucha desemboltura, le respondió, que si passauan. Porque es cosa ya cierta, que los descuydos de las señoras, quitan la verguença a las criadas, las quales quando ven a las amas, echar tras
pies,

pies, no se les da nada a ellas, de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hazer otra cosa Camila, sino rogar a Leonela, no dixesse nada de su hecho, al que dezia ser su amante, y que tratasse sus cosas con secreto, porque no viniessen a noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió, que así lo haria, mas cumpliolo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella auia de perder su credito. Porque la deshonesta, y atreuida Leonela, despues que vio, que el proceder de su ama no era el que solia, atreuiose a entrar, y poner dentro de casa a su amante, confiada que aunque su señora le viesse, no auia de osar descubri-
lle. Que este daño acarrear entre otros, los pecados de las señoras, que se hazen esclauas de sus mismas criadas, y se obligan a encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como acontecio con Camila. Que aunque vio vna, y muchas vezes, que su Leonela estaua con su galán en vn aposento de su casa, no solo no la osaua reñir, mas dauale lugar a que lo encerrasse, y quitauale todos los estoruos, para que no fuesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse vna vez salir, al romper del alua. El qual sin conocer quien era, penso primero que deuia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar, emboçarse, y encubrirse, con cuydado, y recato, cayò de su simple pensamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Penso Lotario, que aquel hombre que auia visto salir tan a deshora, de casa de Anselmo, no auia entrado en ella por Leonela,

Quarta parte de don

nela, ni aũ se acordo si Leonela era en el mũdo. Solo creyò que Camila, de la misma manera que auia sido facil, y ligera cò el, lo era para otro, que estas aña diduras, trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra, con el mesmo a quien se entregò rogada, y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega a otros, y da infalible credito, a qualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece, sino que le faltò a Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus aduertidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fuesse, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se leuantase impaciente, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roya, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le auia ofendido, se fue a Anselmo, y le dixo. Sabete Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haziendome fuerça, a no dezirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila, està ya rendida, y sugera a todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liuiano antojo suyo, o si lo hazia por prouarme, y ver si eran con proposito firme tratados, los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Crey ansi mismo, que ella si fuera la que deuia, y la q̄ entrambos pensauamos, ya te vuiera dado cuenta de mi solicitud. Pero auiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas, las promessas que me ha dado, de que quãdo otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarà en la recamara, dõde està el repuesto de

tus alhajas, (y era la verdad, que alli le solia hablar Camila,) y no quiero que precipitosamente corras a hazer alguna vengança. Pues no está aun cometido el pecado, sino cō pensamiento, y podria ser, q̄ deste, este hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento. Y así ya que en todo, o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que aora te dirè, para que sin engaño, y con medroso advertimèto te satisfagas de aquallo q̄ mas vieres que te conuenga. Finge que te ausentas por dos o tres dias, como otras vezes sueles, y haz de manera que te quedes escóddo en tu recamara, pues los tapizes que alli ay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entóces veras por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo q̄ Camila quiere: y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, cō silencio, sagacidad, y discrecion podras ser el verdugo de tu agrauio. Abforro, suspenso, y admirado quedò Anselmo, con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaua oyr, porque ya tenia a Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario, y començaua a gozar la gloria del vencimiento. Callando estuuó por vn buen espacio mirando al suelo sin mouer pestaña, y alcabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo esperaua de tu amistad, en todo he de seguir tu cōsejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto, que ves que conuiene en caso tan no pensado. Prometioselo Lotario, y en apartandose del, se arrepintio totalmente de quanto le auia dicho, viendo quan neciamente auia

Quarta parte de don

andado, pues pudiera el vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonorado. Maldezia su entendimiento, afeaua su ligera determinaciõ, y no sabia q̄ medio tomarse para deshazer lo hecho, o para dalle alguna razonable salida. Al fin acordò de dar cuenta de todo a Camila, y como no faltaua lugar para poderlo hazer, aquel mismo dia la hallò sola: y alli afsi como vio que le podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo vna pena en el coraçon, que me le aprieta de fuerte, que parece q̄ quiere rebêtar en el pecho, y ha de ser marauilla, si no lo haze. Pues ha llegado la desuerguêça de Leonela a tanto, q̄ cada noche encierra a vn galan suyo en esta casa, y se està con el hasta el dia, tan acosta de mi credito, quanto le quedarà campo abierto de juzgarlo al que le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa: y lo q̄ me fatiga es que no la puedo castigar, ni reñir. Que el ser ella secretario de nros tratos me ha puesto vn freno en la boca, para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algũ mal suceso. Al principio que Camila esto dezia, creyo Lotario que era artificio para desmentille, que el hõbre que auia visto salir era de Leonela, y no suyo: pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendola acabò de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondio a Camila, que no tuuiesse pena que el ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole afsi mismo lo que instigado de la furiosa rauia de los zelos auia dicho a Anselmo, y como estaua concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli a la clara la poca lealtad,

que

que ella le guardaua. Pidiole perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espantada quedó Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñò, y afeó su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto q̄ le va faltando, quando de proposito se pone a hazer discursos: luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo a Lotario q̄ procurasse q̄ otro dia se escondiesse Anselmo donde dezia, porque ella pensaua sacar de su escondimiento comodidad, para q̄ desde alli en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento le aduirtio q̄ tuuiesse cuydado q̄ en estando Anselmo escondido, el viniesse quando Leonela le llamasse, y q̄ a quãto ella le dixesse, le respondiesse, como respondiera, aunq̄ no supiera q̄ Anselmo le escuchaua. Por fiò Lotario, q̄ le acabasse de declarar su inteciò, porq̄ có mas seguridad, y auiso guardasse todo lo q̄ viesse ser necessario. Digo, dixo Camila, q̄ no ay mas q̄ guardar, sino fuere respòderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaua hazer, temerosa que no quisiesse seguir el parecer que a ella tan bueno le parecia, y siguiessse, o buscasse otros, q̄ no podrian ser tã buenos. Cò esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia cò la escusa de yr aq̄lla aldea de su amigo se partio, y boluio a esconderse, q̄ lo pudo hazer con

Quarta parte de don

comodidad, porque de industria se la dieron Camila, y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobre salto que se puede imaginar, que tendria el q̄ esperaba ver por sus ojos hazer notomia de las entrañas de su honra, y uase a pique de perder el fumo bié, que el pensaua que tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que Anselmo estaua escondido, entrará en la recamara, y apenas huuo puesto los pies en ella Camilia, quando dando vn grande suspiro dixo: Ay Leonela amiga, no seria mejor que antes que llegasse a poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estoruarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no sera razón q̄ yolleue la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, que es lo que vieron en mi los atreuidos, y deshonestos ojos de Lotario, q̄ fuesse causa de darle atreuimiento a descubrirme vn tan mal desseo, como es el que me ha descubierta en desprecio de su amigo, y en deshonra mia. Ponte Leonela a essa véntana, y llamale, que sin duda alguna de deue de estar en la calle esperando poner en efeto su mala intencion. Pero primero sepondra la cruel, quanto horrada mia. Ay señora mia, respondió la sagaz, y aduertida Leonela, y que es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, o quitarsela a Lotario? q̄ qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en perdida de tu credito, y fama. Mejor es que disimules tu agrauio, y no des lugar a que este mal hombre entre aora en esta casa, y nos halle solas: mira señora que somos flacas

iugeres.

mugeres, y el es hõbre, y determinado, y como viene con aquel mal proposito ciego, y apasionado, quiza antes que tu pongas en execucion el tuyo hara el lo que te estaria mas mal, que quitarte la vida. Mal aya mi señor Anselmo, que tanto mal ha querido dar a este desuella caras en su casa. Y ya señora que le mates, como yo pienso, que quieres hazer, que hemos de hazer del despues de muerto? Que amiga, respondió Camila, dexaremosle, para que Anselmo le entierre: pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llamale acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la deuda vengança de mi agrauio, parece q̄ ofendo a la lealtad q̄ a mi espolo deuo. Todo esto escuchaua Anselmo, y a cada palabra que Camila dezia, se le mudauan los pensamientos. Mas quando entendio que estaua resuelta en matar a Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no se hiziesse: pero detuole el deseo de ver en que paraba tanta gallardia, y honesta resolucion, con proposito de salir a tiempo que la estoruasse. Tomole en esto a Camila vn fuerte desmayo, y arrojandose encima de vna cama que alli estaua, començò Leonela a llorar muy amargamente, y a dezir: Ay desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, que se me muriesse aqui entre mis braços la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exèplo de la castidad, cõ otras cosas a estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuuiera por la mas lastimada, y leal donzella del mundo: y a su señora por otra nueua, y perseguida Penelope. Poco tardò en boluer de su des-

mayor Camila, y al boluer en si, dixo: Porque no vas
 Leonela a llamar al mas leal amigo de amigo q̄ vio
 el sol, o cubrio la noche. Acaba, corre, aguija, ca-
 mina, no se esfogue con la tardança el fuego dela co-
 lera que tengo, y se passe en amenazas, y maldicio-
 nes la justa vengança que espero. Ya voy allamar-
 le, señora mia, dixo Leonela, mas has me de dar pri-
 mero essa daga, porq̄ no hagas cosa en tanto que fal-
 to, que dexes con ella que llorar toda la vida a to-
 dos los que bié te quieren. Ve segura Leonela ami-
 ga, que no harè, respondió Camila: porque ya que
 sea atreuida, y simple a tu parecer en boluer por mi
 hõra, no lo he de fer tanto como aquella Lucrecia,
 de quien dizen, que se matò sin auer cometido e-
 rror alguno, y sin auer muerto primero a quien tu-
 uo la causa de su desgracia: yo morire si muero, pe-
 ro ha de ser vengada, y satisfecha del que me ha da-
 do ocasion de vchir a este lugar a llorar sus atreui-
 mientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo
 de rogar Leonela antes que saliesse a llamar a Lota-
 rio, pero en fin salio, y entretanto que boluia quedò
 Camilia diziendo, como que hablaua consigo mis-
 ma: Valame Dios, no fuera mas acertado auer
 despedido a Lotario, como otras muchas vezes lo
 he hecho, que no ponerle en condicion, como ya
 le he puesto, que me tenga por deshonesto, y mala,
 si quiera este tiempo que he de tardar en desenga-
 ñarle? mejor fuera sin duda: pero no quedara yo vé-
 gada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tã a ma-
 nos lauadas, y tan a passo llano se boluiera a salir de
 donde sus malos pensamientos le entraron. Pa-
 gue el traydor con la vida, lo que intentò con tan
 lasciuo

Jasciuo desseo. Sepa el mundo (si acaso llegare a saberlo) de q̄ Camila no solo guardò la lealtad a su esposo, sino que le dio vengança del que se atreuió a ofendelle. Mas con todo creo, que fuera mejor dar cuenta desto a Anselmo, pero ya se la apunté a dar en la carta que le escriui al aldea, y creo que el no acudir el al remedio del daño que alli le señalè, deuio de ser que de puro bueno, y confiado, no quiso, ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudieffe haber genero de pensamiento: que contra su honra fueffe, ni aũ yo lo crey despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara a tanto, que las manifestas dadiuas, y las largas promessas, y las continuas lagrimas no me lo manifestaran. Mas para que hago yo aora estos discursos? tiene por ventura vna resolucion gallarda, necesidad de consejo alguno? no por cierto. A fuera pues traydores, aqui venganças: entre el falso, vèga, llegue, muera, y acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entrè en poder del que el cielo me dio por mio, limpia he de salir del, y quando mucho saldre bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vio la amittad en el mũdo: y diziendo esto se passeaua por la sala cõ la daga desembaynada, dando tan desconcertados, y desaforados passos, y haziendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaua el juyzio, y que no era muger delicada, sino vn rufian desesperado. Todo lo miraua Anselmo cubierto detras de vnos tapizes donde se auia escondido, y de todo se admiraua, y ya le parecia que lo que auia visto, y oido era bastãte satisfaciõ para maiores sospechas:

Quarta parte de don

y ya quisiera q̄ la prueua de venir: Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abraçar, y desengañar a su esposa, se detuvo, porque vio que Leonela boluia con Lotario de la mano, y afsi como Camila le vio haziendo con la daga en el suelo vna gran raya delante della, le dixo: Lotario adierte lo que te digo si a dicha te atreuieres a passar desta raya q̄ ves, ni aun llegar a ella, en el punto que viere que lo intentas, en esse mismo me passaré el pecho con esta daga que en las manos tégo: y antes q̄ a esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues respóderas lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario que me digas si conoces a Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes? Y lo segundo quiero saber tambien si me conoces a mí? Respóndeme a esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de respóder: pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiziesse esconder a Anselmo, no huiesse dado en la cuera de lo que ella pésaua hazer, y afsi correspondio con su intencion tan discretamente, y tan a tiempo, que hizieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad, y afsi respondio a Camila desta manera: No pense yo, hermosa Camila, que me llamauas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo hazes por dilatar me la prometida merced, desde mas lexos pudieras entre tenerla, por que tanto mas fatiga el bien desseado, quanto la es-

perança esta mas cerca de possello : pero porque no digas que no respondo a tus preguntas, dello q̄ conozco a tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agrauio que el amor haze que le haga poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tengo en la misma possession que el te tiene, que a no ser assi, por menos prendas que las tuyas, no auia yo de yr cõtra lo que deuo a ser quien soy, y cõtra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas, y violadas. Si esto confieffas? respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, cõ que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agrauias? Pero ya cayo, aì desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo deues, que deue de auer sido alguna desemboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no aura procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hazer inaduertidamente. Sino dime quãdo, o traydor, respondi a tus ruegos, con alguna palabra, o señal, que pudieffe despertar en ti alguna sombra de esperança, de cumplir tus infames deseos? Quãdo tus amorosas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y

Quarta parte de don

con aspereza? Quando tus muchas promessas, y mayores dadiuas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme q̄ alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues sin duda algun descuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigarme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo cōtigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti, con el mayor cuydado que te ha sido posible: y de mi tambien con el poco recato q̄ he tenido del huyr la ocasion si alguna te di para fauorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, que la sospecha que tengo que algun descuydo mio engendrò en tí tan desuariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la q̄ yo mas desseo castigar con mis propias manos: porque castigãdome otro verdugo, quiza seria mas publica mi culpa: pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el desseo de la vengança que espero, y tengo, viendo alla donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteressada, y que no se dobla al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones con vna increíble fuerça, y ligereza arremetio a Lotario con la daga desembaynada, con tales muestras de querer enclauar sela en el pecho, que casi el estuuò en du-
da,

da, si aquellas demostraciones eran falsas, o verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diese, la qual tan viuamente fingia aquel extraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre: porque viendo que no podia auer a Lotario, o fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo desseo, alomenos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entrò, y escódió por mas arriba de la islla dellado izquierdo juto al ombro, y luego se dexò caer è el suelo como desmayada. Estauã Leonela y Lotario suspesos, y atonitos, de tal suceso: y toda via dudauan de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza, despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salio del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admirò de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocava, començò a hazer vna larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuuiera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyera le tuuiera mucha
mas

Quarta parte de don

mas lastima que a Camila, aúque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en braços, y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuesse a buscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale así mismo consejo, y parecer de lo que dician a Anselmo de aquella herida de su señora, si a caso viniessse antes que estuviessse sana. El respondió que dixesssen lo que quisiesssen, que el no estava para dar cósejo que de provecho fuesse, solo le dixo que procurassse tomarle la sangre, porque el se yua adonde gentes no le viesse. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le veyá, no cessaua de hazerse Cruces, marauillandose de la instrudia de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Cósideraua quan enterado auia de quedar Anselmo de q̄ tenia por muger a vna seganda Porcia, y desleaua verse con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad, mas dissimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era mas de aquello que bastò para acreditar su embuste, y lauando con vn poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diziendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huuieran precedido otras, bastaran a hazer creer a Anselmo q̄ tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Iuntaronse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo a su donzella, si daria, o no todo aquel suceso a su querido esposo.

esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho ruego suyo, y que la buena muger estaua obligada, a no dar ocasion a su marido a q̄ riñesse, sino aquitalle todas aquellas que le fuesse posible. Respondio Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso conuenia buscar que dezir a Anselmo de la causa de aquella herida, que el no podria dexar de ver a lo que Leonela respondia, que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de saber? que no me atreuerè a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor serà dezirle la verdad desnada, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tègas pena señora de aqui a mañana, respondio Leonela, yo pensarè que le digamos, y quiça que por ser la herida donde es, la podra encubrir sin que el la vea, y el cielo serà seruido de fauorecer a nuestros tan justos, y tan honrados pensamientos. Sossegate señora mia, y procura sossegar tu alteraciõ, porque mi señor no te halle sobreltada: y lo demas dexalo a mi cargo, y al de Dios, que siempre acude a los buenos desseos. Atentissimo auia estando Anselmo a escuchar, y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan estranos, y eficaces afectos la representaron los personajes della, que parecio que se auian trãformado en la misma verdad de lo que fingian. Dessecaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y yr a verse con su buen amigo Lotario, congratulan-

tulandose con el de la Margarita preciosa q̄ auia hallado en el defengañõ de la bondad de su esposa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que salieffe, y el sin perdella salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buennamente contar los abraços que le dio, las cosas q̄ de su contento le dixo, las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porque se le representaua a la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente el le agrauiaua. Yaunque Anselmo vey a que Lotario no se alegraua, creya ser la causa por auer dexado a Camila herida, y auer el sido la causa. Y assi entre otras razones le dixo, que no tuuiesse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de cõcierto de encubrirsel a el. Y que segun esto no auia de que temer, sino que de alli adelante se gozasse, y alegrasse con el, pues por su industria, y medio el se vey a leuantado a la mas alta felicidad, que acertara desfiarse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hazer versos en alabança de Camila, que la hiziesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabò su buena determinaciõ, y dixo, que el por su parte ayudaria a leuãtar tan illustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mundo: el mismo lleva por la mano a su casa, creyendo que lleuaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que alcabo de pocos meses boluio fortuna su Rueda, y salio a pla-

ca la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y a Anselmo le costò la vida, su impertinente curiosidad.

Cap. XXXV. Donde se da fin a la novela del Curioso impertiente.

POco mas quedaua por leer de la novela, quando del caramanchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziendo a bozes: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida, y trauada batalla, que mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeça cercen, a cercen, como si fuera vn nabo. *Que dizes hermano,* dixo el cura, (dexando de leer lo que de la novela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser effo que dezis, estando el gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia a bozes: Tente ladrón Malandrín folsón, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tiené que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo: aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante esta ya muerto, y dando cuenta a Dios de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda a vn lado que es tamaña como vn gran cuero de vino. *Que me maté,* dixo a es-

Quarta parte de don

ta fazon el ventero, si don Quixote, o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entró en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas extraño traje del mundo: estaua en camisa, la qual no era tã cumplida, que por delante le acabafse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeza vn bonetillo colorado grassiento, que era del ventero. En el braço yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diziendo palabras, como si verdaderamente estauiera peleando cõ algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el gigante. Que fue tan intensa la imaginacion de la auentura que yua a fenecer, que le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo q̃ las daua en el gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el vétero, tomò tãto enojo, q̃ arremetiò con don Quixote, y a puño cerrado le començo a dar tantos golpes, que si Cardenio, y el cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre cauallero, hasta que el barbero truxo vn gran caldero de

de agua fria del pozo, y se le echò por todo el cuerpo, de golpe, con lo qual despertò don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea que vio quan corta, y sotilmente estaua vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaua Sancho buscando la cabeça del Gigante, por todo el suelo, y como no la hallaua, dixo: Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez, en este mesmo lugar donde aora me hallo, me dieron muchos moxicones, y portazos, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y aora no parece por aqui esta cabeça, q̄ vi cortar por mis mismisimos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios y de sus santos, dixo el ventero? No vees, ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estan horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadò? No se nada, respondió Sancho, solo se, que vendrà a ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça se me ha de deshazer mi Condado, como la sal en el agua. Y estaua peor Sancho despierto, que su amo duermiendo: tal le tenian las promessas que su amo le auia hecho. El ventero se desesperaua de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraua que no auia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que aora no le auian de valer los preuilegios de su caualleria, para dexar de pagar lo vno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas q̄ se auia de echar a los rotos cueros.

Tenia el Cura de las manos a don Quixote, el qual creyendo que ya auia acabado la auentura, y que se hallaua delante de la Princesa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa señora, viuir de oy mas segura, que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aquella por quien yo viuo, y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixeyo, dixoy oyendo esto Sancho, si que no estaua yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al Gigante? Ciertos son los toros, mi Condado està de molde. Quien no auia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reian, sino el ventero, q̄ se daua a Satanas. Pero en fin, tanto hizierò el Barbero, Cardenio, y el Cura, q̄ cò no poco trabajo dièron con dõ Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, cò muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la venta, a cò solar a Sancho Pança, de no auer hallado la cabeça del Gigante: aunq̄ mas tuuieron q̄ hazer en aplacar al ventero, q̄ estaua desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entrò en mi casa este cauallero andante, que nunca mis ojos le huuieran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fue con el costo de vna noche, de cena, cama, paja, y ceuada, para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diciendo que era cauallero auenturero, que mala ventura le dè Dios, a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y q̄ por esto

no estaua obligado a pagar nada, que assi estaua escrito en los aranzeles de la caualleria andantesca. Y aora por su respeto, vino estotro señor, y me lleuó mi cola, y ha mela buelto con mas de dos quarrillos de daño, toda pelada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: q̄ derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los hueffos de mi padre, y por el siglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, o no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudaua la su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quando en quando se sonrehia. El Cura lo sossegò todo, prometiendole de satisfazerles su perdida, lo mejor que pudieffe, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò a Sancho Pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse auer sido verdad que su amo huuiesse descabeçado al Gigante, le prometia, en viendose pacifica en su Reyno, de darle el mejor Condado q̄ en el huuiesse. Consolose con esto Sancho, y assegurò a la Princesa, que tuuiesse por cierto que el auia visto la cabeça del Gigante, y que por mas señas, tenia vna barba que le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era porque todo quanto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creia, y que no tuuiesse pena, que todo se haria bien, y sucederia a pedir de boca.

Sossegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabasse: el, que a todos quiso dar gusto, y por el que el tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia, de la bondad de Camila, viuia vna vida contenta y descuydada: y Camila de industria, hazia mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiessse al reues, de la voluntad que le tenia: y para mas confirmacion de su hecho, pidio licencia Lotario, para no venir a su casa, pues claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista Camila recibia, mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiziesse. Y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonor, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse qualificada, no de con sus amores, llegó a tanto, que sin mirar a otra cosa, se yua tras el a suelta rienda: fiada en que su señora la encubria, y aun la aduertia del modo que con poco rezelo pudiesse ponerle en execucion. En fin, vna noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar a ver quien los daua, sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entrò dentro a tiempo que vio que vn hombre saltaua por la ventana a la calle: y acudiendo con presteza a alcançarle, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo otro, porque Leonela se abraçò con el, diciendole: Sossiegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltò: es cosa mia, y tanto,

que

que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir a Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por aora será imposible, dixo Leonela, segū estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y està seguro, que el que saltò por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossegose cõ esto Anselmo, y quiso aguardar el termino q̄ se le pedia, porque no pensaua oyr cosa q̄ contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y assi se salio del aposento, y dexò encerrada en el a Leonela, diziendole, q̄ de alli no saldria, hasta q̄ le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y a dezirle, como le dixo, todo aquello q̄ con su donzella le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para q̄ dezirlo, porq̄ fue tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir a Anselmo, todo lo que sabia de su poca fe, q̄ no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no. Y aquella mesma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fuè a la de Lotario, a quiè contó lo que passaua, y le pidio, q̄ la pusiesse en cobro, o q̄ se ausentassen los dos, donde de Anselmo pudiesen

Quarta parte de don

estar seguros. La confusion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia respõder palabra, ni menos sabia resolverse en lo q̄ haria. En fin, acordò de llevar a Camila a vn monesterio, en quie era Priora vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el monesterio: y el ansi mesmo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo, q̄ Camila faltaua de su lado, cõ el desseo que tenia de saber lo q̄ Leonela queria dezirle, se leuantò, y fue a donde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento, pero no hallò en el a Leonela, solo hallò puestas vnas sauanas añudadas a la ventana, indicio y señal, q̄ por alli se auia descolgado, èydo. Boluio luego muy triste, a dezirselo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò affombrado. Pregütò a los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razõ de lo q̄ pedia. Acertò a caso, andando a buscar a Camila, q̄ vio sus cofres abiertos, y q̄ dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en q̄ no era Leonela la causa de su desventura. Y ansi como estaua, sin acabarse de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le hallò, y sus criados le dixerõ, q̄ aquella noche auia faltado de casa, y auia llevado cõsigo todos los dineros que tenia, pèso perder el juyzio. Y para acabar de concluir con todo, boluiendose a su casa, no hallò en ella ninguno de quãtos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, q̄ dezir, ni q̄ hazer, y poco a poco se le

ya boluiendo el juyzio. Contemplauase, y miraua se en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado, a su parecer, del cielo q̄ le cubria, y sobre todo sin honra, por q̄ en la falta de Camila vio su perdicion. Resoluiose en fin, a cabo de vna gran pieça, de yrse a la aldea de su amigo, dōde auia estado quando dio lugar a q̄ se maquinasse toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subio a cauallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y a penas huuo andado la mitad, quãdo acossado de sus pensamientos, le fue forçoso apearse, y arrendar su cauallo a vn arbol, a cuyo trōco se dexó caer, dãdo tiernos, y dolorosos suspiros: y alli se estuuó, hasta casi q̄ anocheçia, y aquella hora vio que venia vn hombre a cauallo, de la ciudad: y despues de auerle saludado le preguntó, q̄ nueuas auia en Florencia? El ciudadano respondio: Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario aquel grande amigo de Anselmo el rico, que viuia a san Iuan, se lleuó esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, que a noche la halló el Governador, descolgandose con vna sauana, por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no se puntualmente como passó el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamauan, Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano,

puesto que el Governador ha vsado de mucha dili-
 gencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo An-
 selmo. Con el quedeys, respondió el ciudada-
 no, y fuese. Con tan desdichadas nueuas, casi, casi
 llegó a terminos Anselmo, no solo de perder el juy-
 zio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y
 llegó a casa de su amigo, que aun no sabia su desgra-
 cia: mas como le vio llegar, amarillo, confumido, y
 seco, entendió que de algũ graue mal venia fatiga-
 do. Pidió luego Anselmo, que le acostassen, y que
 le diessen adereço de escriuir. Hizose afsi, y dexarõ
 le acostado, y solo, porque el afsi lo quiso, y aunque
 le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, comen-
 ço a cargar tanto la imaginacion de su desventura,
 que claramente conocio q̃ se le yua acabando la vi-
 da, y afsi ordenó de dexar noticia de la causa de su
 estraña muerte: y començando a escriuir, antes que
 acabasse de poner todo lo que queria, le faltó el
 aliento, y dexó la vida en las manos del dolor, que
 le causó su curiosidad impertinente. Viendo el se-
 ñor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no
 llamaua, acordó de entrar a saber, si passaua a de-
 lante su indisposicion, y hallole tendido boca a
 baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mi-
 tad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el pa-
 pel escrito, y abierto: y el tenia aun la pluma en la
 mano. Llegose el huesped a el, auiendole llamado
 primero, y trauandole por la mano, viendo que no
 le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muer-
 to. Admirose, y congoxose en grã manera, y llamó
 a la gête de casa, para que viesse la desgracia a An-
 selmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que
 conocio

conocio que de su mesma mano estaua escrito, el qual contenia estas razones.

Vn necio, è impertinente desso me quitó la vida. Si las nueuas de mi muerte llegaren a los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porq̃ no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hizieffe: y pues yo soy el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

Hasta aqui escriuió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dio auiso su amigo, a los parientes de Anselmo, de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaua, casi en el termino de acompañar a su esposo, en aquel forçoso viage, no por las nueuas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dizese, que aunque se vio biuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hazer profefsion de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron nueuas, que Lotario auia muerto en vna batalla que en aquel tiempo dio Monfiur de Lautrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno de Napoles, donde auia ydo a parar, el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profefsion, y acabó en breues dias la vida, a las rigurosas manos de tristezas, y melancolias. Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tan desatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan

Quarta parte de don

costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se
pusiera entre vn galan, y vna dama, pudiera se lle-
uar, pero entre marido y muger, algo tiene del
imposible: y en lo que toca al mōdo de contarle,
no me descontenta.

*Cap. XXXVI. Que trata de la braua, y descomu-
nal batalla que don Quixote tubo con vnos cueros
de vino tinto, con otros raros sucessos que en la
venta le sucedieron.*

ESTANDO En esto, el ventero, que
estaua a la puerta de la venta, dixo: Esta
que viene es vna hermosa tropa de huel-
pedes: si ellos paran aqui, gaudeamus
tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro
hombres, respondio el ventero, vienen a cauallo, a
la gineta, con lanças, y adargas, y todos cō antifazes
negros: y junto con ellos viene vna muger, vestida
de blanco, en vn fillon, anfi mesmo cubierto el ros-
tro: y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca,
preguntò el Cura? Tan cerca, respondio el vètero,
que ya llegã. Oyendo esto Dorotea, se cubrio el ros-
tro, y Cardenio se entrò en el aposento de dō Qui-
xote, y casi no auian tenido lugar para esto, quando
entraron en la venta todos los que el ventero auia
dicho: y apeandose los quatro de a cauallo, que de
muy gentil talle y disposicion eran, fueron a apear
a la muger que en el fillon venia: y tomandola vno
dellos en sus braços, la sentò en vna silla que estaua
a la entrada del aposento donde Cardenio se auia
escondi-

escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se auian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexó caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los caualllos a la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaua, se fue donde estauan los moços, y a vno dellos le preguntò lo que ya desseaua: el qual le respondió: Par diez, señor, yo nõ sabre dezir que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tõmar en sus braços a aquella señora que auays visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntò el Cura? Tampoco sabre dezir effo, respondió el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, que parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de marauillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porque mi compañero, y yo, no hamas de dos dias que los acompañamos, porque auiendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniessimos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose a pagarnos lo muy bien. Y auays oydo nombrar a alguno dellos, preguntò el Cura? No por cierto, respondió el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros, y solloços de la pobre señora, que

Quarta parte de don

nos mueuen a lastima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, o va a serlo, que es lo mas cierto: y quiza porque no le deue de nacer de voluntad el mongio, va triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a donde estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar a la emboçada, mouida de natural compassion, se llegó a ella, y le dixo: Que mal sentis señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener vso, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de seruiros? A todo esto callaua la lastimada señora: y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegó el cauallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: No os canseys, señora, en ofrecer nada a essa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os responda, sino quereys oyr alguna mentira de su boca. Iamas la dixè (dixo a esta sazon la que hasta alli auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo aora en tanta desventura: y desto vos mesmo quiero que seays el testigo, pues mi pura verdad os haze a vos ser falso, y mëtiroso. Oyò estas razones Cardenio, bien clara y distintamente, como quien estaua tan junto de quiè las dezia, que sola la puerra del aposento de dõ Quixote estaua en medio, y asì como las oyò, dando vna gran voz dixo: Valgame Dios, que es esto q̄ oygo?

Que

Que voz es esta que ha llegado a mis oydos? Bol-
uio la cabeça a estos gritos, aquella señora, toda so-
brefaltada, y no viendo quien las daua, se levantò en
pie, y fuefe a entrar en el aposento: lo qual visto
por el cauallero, la detuvo, sin dexarla mouer vn
passo. A ella, con la turbacion, y de fassosiego, se le
cayò el raseran con que trahia cubierto el rostro, y
descubrio vna hermosura incomparable, y vn ros-
tro milagroso, aunque descolorido, y affombrado:
porque con los ojos andaua rodeando todos los lu-
gares donde alcançaua con la vista, con tanto ahin-
co, q̄ parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales,
sin saber porque las hazia, pusieron grandissima en
Dorothea, y en quantos la mirauan. Teniala el cau-
llero fuertemente asida por las espaldas, y por estar
tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alçar se el
emboço que se le cahia, como en efèro se le cayò
del todo: y alçando los ojos Dorothea (que abraçada
con la señora estaua) vio, que el que abraçada así
mesmo la tenia, era su esposo don Fernando: y a pe-
nas le huuo conocido, quando arrojando de lo inti-
mo de sus entrañas vn luègo, y tristissimo ay, se de-
xò caer de espaldas, desmayada: y a no hallarse alli
junto el Barbero, que la recogio en los braços, ella
diera consigo en el suelo. Acudio luego el Cura a
quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro,
y así como la descubrio la conoció don Fernando,
que era el que estaua abraçado con la otra, y quedò
como muerto en verla, pero no porque dexasse cõ
todo esto, de tener a Lusinda, que era la que pro-
curaua soltar se de sus braços: la qual auia conocido
en el suspiro, a Cardenio, y el la auia conocido a
ella.

ella. Oyò afsi mefimo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayò defmayada, y creyendo que era fu Lufcinda, falió del apofento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Lufcinda. Tambien don Fernando conoció luego a Cardenio: y todos tres, Lufcinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y fufpenfos, cafi fin faber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanfe todos, Dorotea a don Fernãdo, dõ Fernando a Cardenio, Cardenio a Lufcinda, y Lufcinda a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Lufcinda, hablando a dõ Fernando desta manera: Dexadme feñor dõ Fernando, por lo q̄ deueis a fer quien foys, ya q̄ por otro refpeto no lo hagays dexadme llegar al muro de quien yo foy yedra, al arrimo de quié no me han podido apartar vueftras importunaciones, vueftras amenazas, vueftras promeffas, ni vueftras dadiuas. Notad como el cielo, por defufados, y a nosotros encubiertos caminos, me ha puefto a mi verdadero efpofo delante. Y bié fabeys por mil coftofas experiècias, q̄ fola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: feã pues parte, tan claros defengaños, para q̄ boluays (ya que no podays hazer otra cofa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con el la vida, que como yo la rinda delante de mi buen efpofo, la dare por bien empleada: quica con mi muerte quedará fatisfecho de la fe que le mantuue, hafta el vltimo trance de la vida. Auia en efte entretanto buelto Dorotea en fi, y auia estado efchando todas las razones que Lufcinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era:

que viendo que don Fernando aun no la dexaua de los braços, ni respondia a sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se leuantò, y se fue a hincar de rodillas a sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, assi le començò a dezir.

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus braços eclipfado tienes, te quitan, y ofuscan los de tus ojos, ya auras echado de ver, que la que a tus pies està arrodillada, es la sin vêtura (hasta que tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, a quien tu, por tu bondad, o por tu gusto, quisiste leuantar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad, vinio vida contenta, hasta que a las voces de tus importunidades, y al parecer, justos, y amorosos sentimientos, abrio las puertas de su recato, y te entregò las llaues de su libertad: dadiua, de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro, auer sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo a ti de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayesse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, auendome traydo solo los del dolor, y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuesse tuya, y quisistelo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no serà possible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa a la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres

mio:

Quarta parte de don

mio: ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio. Y mas facil te será, si en ello miras, reducir tu voluntad a querer a quien te adora, que no encaminar la que te aborrece a que bien te quiera. Tu solicitaste mi descuydo, tu rogaste a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte a engaño. Y si esto es así, como lo es, y tu eres tan Christiano como cauallero, porque por tantos rodeos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me heziste en los principios? Y fino me quieres por la que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quiere me alomenos, y admiteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendre por dichosa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y desampararme, que se hagan, y junten corrillos en mi deshonor. No des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecé los leales seruicios, que como buenos vassallos a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, q̄ la verdadera nobleza cōsiste en la virtud, y si esta a ti te falta, negandome lo que tan justamente me deues, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, q̄ quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deuen ser mentirosas, si ya es q̄ te precias de aquello por q̄ me desprecias.

Testigo

testigo sera la firma q̄ hiziste, y testigo el cielo, a
quie tu llamaste por testigo de lo q̄ me prometias.
Y quãdo todo esto falte, tu misma conciẽcia no ha
de faltar de dar bozes callando en mitad de tus ale-
grias, boluiendo por esta verdad que te he dicho, y
turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y
otras razones dixo la lastimada Dorotea con tan-
to sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acó
pañauan a don Fernando, y quantos presentes esta-
uan, la acompañaron en ellas. Escuchols don Fer-
nando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a
las suyas, y principio a tantos solloços, y suspiros,
que bien auia de ser coraçon de bróze el que con
muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirã-
dola estava Luscinda, no menos lastimada de su sen-
timiento, que admirada de su mucha diforecion, y
hermosura: y aunque quisiera llegarse a ella, y de-
zirle algunas palabras de consuelo, no la dexauan
los braços de don Fernando, q̄ apretada la tenian:
el qual lleno de confusion, y espanto, alcabo de vn
buen espacio, q̄ atentamente estuuo mirando a Do-
rotea abrio los braços, y dexãdo libre a Luscinda, di-
xo: Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no
es posible tener animo para negar tantas verdades
juntas. Con el desmayo que Luscinda auia tenido,
así como la dexò don Fernando, yua a caer en el
suelo, mas hallandose Cardenio allí junto, que a las
espaldas de don Fernando se auia puesto, porque no
le conocieffe, profupuesto todo temor, y auenturan-
do a todo riesgo, acudio a sostener a Luscinda, y co-
giendola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso
cielo gusta, y quiere que ya tengas algun descan-

Quarta parte de don

so, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le rendras mas seguro que en estos brazos que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiso que pudiesse llamarte mia. A estas razones puso Lusinda en Cardenio los ojos, y auiendo comenzado a conocerle primero por la voz, y asegurandose que el era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a ningun honesto respeto, le echò los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos si señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra captiua, aunque mas lo impida la còtraria suerte, y aunq̃ mas amenazas le hagan esta vida, que en la ṽra se sustenta. Extraño espectáculo fue este para don Fernando, y para todos los circùntantes, admirandose de tan nõ visto suceso. Pareciole a Dorotea que don Fernando auia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vègarle de Cardenio, porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada, y assi como lo penso con no vista presteza se abraço con el por las rodillas, besandose las, y teniendole apretado que no le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer vnico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la que quieres q̃ lo sea està en los brazos de su marido, mira si te estara bien, o te serà posible deshazer lo que el cielo a hecho, o si te conuendra querer leuantar a igualar a ti mismo a la que profupuesto todo inconueniente, confirmada en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso el rostro, y pecho

pecho de su verdadero esposo. Por quíe Dios es, te ruego, y por quien tu eres te suplico, que este tã notorio del engaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que cõ quietud, y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimienro tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concederle, y en esto mostraras la generosidad de tu illustre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito. Entanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada a Luscinde, no quitaua los ojos de don Fernando, con determinacion de q̃ si le viesse hazer algun mouimiento en su perjuizio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudiesse a todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida: pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura, y el barbero, que a todo auian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Pança, y todos rodeauan a don Fernando, suplicandole tuuiesse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era lo que en sus razones auia dicho, que no permitiesse quedasse defraudada de sus tan justas esperanças. Que cõsiderasse q̃ no a caso, como parecia, sino cõ particular prouidẽcia del cielo se auian todos jũtado en lugar donde menos ninguno pensaua. Y que aduirtiesse, dixo el cura, q̃ sola la muerte podia apartar a Luscinde de Cardenio: y aunque los diuidiesse fillos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima tu muerte: y que en los lazos inremediables era suma cordura forçandose, y venciendose a si

Quarta parte de don

mismo mostrar vn generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozassen el biẽ que el cielo ya les auia concedido, que pudiesse los ojos ansi mesmo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas, o ninguna se le podian igualar, quãto mas hazerle ventaja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo aduirtiesse, que si se preciaua de cauallero, y de Christiano, que no podian hazer otra cosa que cumplille la palabradada, y que cumplendosela cumpliria con Dios, y satisfaria a las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque este en sujeto humilde como se acompaõne con la honestidad, poder leuantarse, e igualarse a qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, e iguala a si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no interuenga pecado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efeto a estas razones aõadieron todas otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con illustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que el no pudiera negar, aunque quisiera: y la seõal que dio de auerse rendido, y entregado al buẽ parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuanta os seõora mia, que no es iusto que estè arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aqui no he dado muestras de lo q̄ digo, quicça ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal

termino,

termino, y mi mucho descuydo. Pues la misma ocasion, y fuerça que me mouio para acetaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya contenta Lusinda, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcãçò lo que desseaua, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viua ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo rogarè al cielo que me los dexè viuir con mi Dorotea: y diziendo esto, la tornò a abraçar y a juntar su rostro cò el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener grã cuenta con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables señas de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron assil las de Lusinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estauan, porque començaron a derramar tantas las vnos de contento proprio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aũque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaba. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Lusinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dandole gracias de la merced que les auia hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabia que responderles, y assil los leuantò, y abraçò cò mueltras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntò luego a Dorotea, le dixesse como auia venido a aquel lugar tan lexos del suyo? Ella cò breues, y

Quarta parte de don

discretas razones conto todo lo que antes auia contado a Cardenio: de lo qual gusto tanto don Fernando, y los que con el venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia con que Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como huuo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad le auia acontecido despues que hallò el papel en el seno de Lusinda, donde declaraua ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quiso matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedido: y que assi se salio de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad, y que otro dia supo como Lusinda auia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino a saber como estaua en vn monesterio con voluntad de quedar se enel toda la vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que assi como lo supo escogiendo para su compania aquellos tres caualleros vino al lugar donde estaua, a la qual no auia querido hablar temeroso, q̄ en sabiendo que el estaua alli auia de auer mas guarda en el monesterio: y assi aguardando vn dia a que la portera estuiesse abierta, dexò a los dos a la guarda de la puerta, y el con otro auian entrado en el monesterio buscando a Lusinda, la qual hallaron en el caastro hablando con vna monja, y arrebatando la sin darle lugar a otra cosa se auian venido con ella a vn lugar donde se acomodaron de aquello que huieron menester para traella. Todo lo qual auia podido hazer bien a su saluo por estar el monesterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Di-

xo, que assi como Lusinda se vio en su poder, per-
dio todos los sentidos, y que despues de buelta en
si, no auia hecho otra cosa, sino llorar, y suspirar sin
hablar palabra alguna: y que assi acompañados de
silencio, y de lagrimas auian llegado a aquella véta,
que para el era uer llegado al cielo, donde se re-
matan, y tienen fin todas las desuenturas de la tie-
rra.

*Cap. XX XVII. Que trata donde se prosigue la his-
toria de la famosa Infanta Micomicona, con otras
graciosas auenturas.*

TODO Esto escuchaua Sancho, no con
poco dolor de su anima, viendo que se
le desporecian, è yuan en humo las es-
peranças de su ditado: y que la linda Prin-
cesa Micomicona se le auia buuelto en Dorotea, y
el gigante en don Fernando, y su amo se estaua dur-
miendo a sueño suelto, bien descuydado de todo lo
sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era so-
ñado el bien que posseya. Cardenio estaua en el
mismo pensamiento: y el de Lusinda corria por
la misma cuenta. Don Fernando daua gracias al
cielo, por la merced recebida, y auerle sacado de
aquel intricado laberinto donde se hallaua tan api-
que de perder el credito, y el alma: y finalmente
quantos en la venta estauan, estauan contentos, y
gozolos del buen suceso que auian tenido tan tra-
uados, y desesperados negocios. Todo lo ponía en
su punto el cura como discreto, y a cada vno daua

Quarta parte de don

el parabien del bien alcançado: pero quien mas jubilaua, y se contentaua, era la ventera, por la promessa que Cardenio, y el cura le auian hecho de pagalle todos los daños, è interesses que por cuenta de don Quixote le huuiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el affligido, el desventurado, y el triste: y assi con malenconico semblante entró a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Princesa su Reyno, que ya todo està hecho, y concludo. Effeno creo yo bien, respondió don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desafortada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y devn reues, zas, le derribè la cabeça en el suelo, y fue tanta la sangre que le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto, es vn cuero horadado, y la sangre, seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanás. Y que es lo que dizes loco, replicò don Quixote, estas en tu seso? Leuantese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que a hecho, y lo que tenemos que pagar: y verá a la Reyna conuertida en vna dama particular llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me marauillaria de nada deffo, replicò don

don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuimos, te dixes yo, que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi mantecamiento fuera cosa desse jaez, mas no lo fue, sino real, y verdaderamente, y vi yo que el vétero que aqui está oy dia tenia del vn cabo de la manta, y me empujaua házia el cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta risa, como fuerça, y donde interuene conocerse las personas tengo para mi, aunque simple, y pecador, que no ay encantamento alguno, sino mucho molimiento, y mucha mala ventura. Aora bien, Dios lo remediará, dixo don Quixote, dame de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucesos, y transformaciones que dizes. Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el cura a don Fernando, y a los demas las locuras de don Quixote, y del artificio que auia usado, para facarle de la peña pobre dóde el se imaginaua estar, por desdenes de su señora. Contóles assi mismo casi todas las auenturas que Sancho auia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que a todos parecia, ser el mas extraño genero de locura que podia caber en pensamiento desparatado. Dixo mas el cura, que pues ya el buen sucesso de la señora Dorotea impedia passar con su disignio adeláte, que era menester inuentar, y hallar otro para poderle llevar a su tierra. Ofreciose Cardenio de profeguir lo comenzado, y que Lusinda haria, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo don Fernando, no ha de

Quarta parte de don

ser assi, que yo quiero que Dorotea prosiga su inuencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen cauallero, yo holgare de que se procure su remedio. No estâmas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuuiere amas, gustara yo de caminallas, a trueco de hazer tan buena obra. Salio en esto don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mabrino, en la cabeça, abraçado de su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon. Suspendio a don Fernando, y a los demas la estraña presencia de don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mesurado continente, y estuuiere callando hasta ver lo que el dezia, el qual con mucha grauedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudeto que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora que solia des ser, os aueys buuelto en vna particular donzella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diessse la necessaria, y deuida ayuda: digo, que no supo, ni sabe de la Miffa la media, y q̄ fue poco versado en las historias cauallerescas, porque si el las huiera leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio como yo las passe, y lei, hallara a cada passo, como otros caualleros de menor fama que la mia, auian acabado cosas mas dificultosas, no siendolo mucho matar a vn gigan-
tillo,

tillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá, quando menos lo pensesmos. Vistes os vos con dos cueros, que no con vn gigante, dixo a esta sazón el ventero, al qual mandó don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la plática de don Quixote en ninguna manera: y don Quixote prosiguió, diciendo: Digo en fin alta, y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este Metamorfoseos en vuestra persona, q̄ no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual pondre a vos la corona de la vuestra en la cabeza en breues dias. No dixo mas don Quixote, y espetó a que la Princesa le respondiesse, lo qual como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiessse adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quixote, con mucho donayre, y grauedad le respondió: Quienquiera que os dixo, valeroso cauallero de la triste Figura, que yo me auia mudado, y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuy me soy oy: verdad es, que alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme: pero no por esso he dexado de ser la que antes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è inuenerable brazo, q̄ siépre he tenido: assi q̄ señor mio, vuestra bondad
buelua

buelua la honra al padre que me engendró, y tengale por hombre aduertido, y prudente, pues con su ciencia halló camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos señor no fuera jamas acertara a tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya oy se podrá hazer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré a Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyendolo don Quixote, se boluio a Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Agora te digo Sanchuelo, que eres el mayor vellaquelo que ay en España: dime ladrón bagamundo, no me acabaste de dezir agora que esta Princesa se auia buuelto en vna donzella que se llamaua Dorotea? y que la cabeça que entiendo que corté a vn gigante, era la puta que te parió? con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto, y miró al cielo, y apretó los dientes, que estoy por hazer vn estrago en ti, que ponga sal en la mollera a todos quantos mentirosos escuderos huuiere de caualleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se fosiégue, señor mio, respondió Sancho, que bien podría ser que yo me huuiesse engañado en lo que toca a la mutacion de la señora Princesa Micomicona: pero en lo que toca a la cabeça del gigante, o alomenos a la horadacion de los cueros, y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño viue Dios, porque

porque los cueros allí estan heridos a la cabeza a
dellecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene
hecho vn lago el aposento, y fino al freyr de los
huevos lo verá: quiero dezir, que lo verá quando
aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo
de todo. De lo demas, de que la señora Reyna se este
como se estava me regozijo en el alma, porque me va
mi parte, como a cada hijo de vezino. Agora yo te digo
Sancho, dixo don Quixote, q eres vn mentecato, y perdoname,
y basta. Basta, dixo don Fernando, y no se hable mas
en esto: y pues la señora Princesa dize que se camine
mañana, porque ya oy es tarde, hagase a si, y esta
noche la podremos passar en buena conuersacion,
hasta el venidero dia donde todos acompañaremos
al señor don Quixote, porque queremos ser testigos
de las valerosas, é inauditas hazañas, que ha de hazer
en el discurso desta grande empresa, que a su cargo
lleua. Yo soy el que tengo de seruiros, y acompañaros,
respondio don Quixote: y agradezco mucho la merced
q se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene,
la qual procuraré que salga verdadera, o me costara
la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas
palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos
passaron entre don Quixote, y don Fernando:
pero a todo puso silencio, vn passagero q en
aquella fazon entrò en la venta: el qual en su traje
mostraua ser Christiano rezien venido de tierra de
Moros, porque venia vestido con vna casaca de paño
azul, corta de faldas con medias mangas, y sin cuello:
los calçones eran así mismo de lienço azul, con bonete
de la misma color: traya vnos borze-

Quarta parte de don

guies datilados, y vn alfanje Morisco, puesto en vn taheli que le atrauessaua el pecho. Entrò luego tras el encima de vn jumento vna muger a la Morisca vestida, cubierto el rostro con vna toca en la cabeça: traya vn bonetillo de brocado, y vestida vna almalafa, que desde los ombros a los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agraciado ralle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta, en resolucion el mostraua en su apostura, q̄ si estuiera bien vestido le juzgaran por persona de calidad, y bien nacida. Pidio en entrando vn aposento, y como le dixeron que en la venta no le auia, mostro recibir pesadumbre, y llegando se a la que en el traje parecia Mora, la apeo en sus braços. Lucinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes llevados del nueuo, y para ellos nunca visto traje, rodearon a la Mora, y Dorotea que siempre fue agraciada, co medida, y discreta, pareciédole q̄ assi ella como el que la traya se congoxauan por la falta del aposento, le dixo: No os de mucha pena señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es proprio de ventas no hallarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de passar con nosotras, señalando a Lucinda, quiça en el discurso de este camino aureys hallado otros no tan buenos acogimientos? No respondió nada a esto la emboçada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se auia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna deuia de ser Mora, y que no
sabia

fabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautiuo, que entendiendo en otra cosa hasta entònces auia estado, y viendo que todas tenian cercada a la que con el venia, y que ella a quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiendo mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no deue de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hara el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga a seruir a todos los estrangeros que del lo tuieren necesidad, especialmente siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondió el captiuo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, q̄ en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se hecha de ver que ha de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porque el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandissimos desleos de serlo. Luego no es baptizada replicò Luscinda? No ha auido lugar para ello, respondió el captiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a baptizalla sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia

Quarta parte de don

Iglesia manda: pero Dios serà seruido que presto se bautize con la decencia que la calidad de su persona merece, q̄ es mas de lo q̄ muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estauan, de saber quien fuesse la Mora, y el captiuo: pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles desfianzo, que para preguatarles sus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la llevó a sentar junto a si, y le rogò que se quitasse el emboço. Ella mirò al captiuo, como si le preguntara le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Aruiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse: y assi se lo quitò, y descubrió vn rostro tan hermoso, que Dorotea la tuuo por mas hermosa q̄ a Lusinda, y Lusinda por mas hermosa q̄ a Dorotea, y todos los circustates conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huuo algunos que le auétajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogatiua, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de seruir y acariciar a la hermosa Mora. Preguntò don Fernando al captiuo como se llamaua la Mora, el qual respondió que Lela Zorayda, y assi como esto oyò, ella entendio lo que le auian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priessa llena de cógoxa, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria, dâdo a entender que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres

mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compasivas. Abraçola Lusinda con mucho amor, diciendole: Si, si, Maria, Maria, a lo qual respondió la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los que venian con don Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarlos de cenar, lo mejor que a el le fue posible. Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porque no la auia redonda, ni quadrada en la venta. Y dieron la cabecera, y principal asiento, puesto que ello rehusaua, a don Quixote, el qual quiso que estuuiese a su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Lusinda, y Zorayda, y frontero dellas don Fernando, y Cardenio, y luego el cautiuo, y los demas caualleros, y al lado de las señoras, el cura, y el barbero. Y assi cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer don Quixote, mouido de otro semejante espíritu, que el que le mouio a hablar tanto, como habló quando cenò con los cabreros, començo a dezir: Verdaderamente si bien se considera, señores míos, grandes è inauditas cosas vé, los q̄ professan la ordẽ de la andante caualleria. Sino qual de los viuientes aora en el mundo, que aora por la puerta deste castillo entrara, y de la fuerte que estãmos nos viere, que juzgue, y crea, que nos otros somos, quien somos? Quien podrá dezir que esta señora que està a mi lado, es la grã Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel cauallero de la triste Figura, que anda por ahijen boca de la fama? Aora no ay que dudãr, si no que esta arte, y exercicio, excede a todas aque-

Quarta parte de don

llas, y aquellos, que los hombres inuentaron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto a mas peligros está sugeto. Quitenseme delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja a las armas, que les dire, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razon que los tales suelen dezir, y a lo que ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden a los del cuerpo. Y que las armas, solo con el cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armas, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executarlos mucho entendimiento. O como sino trabajasse el animo del guerrero, que tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de vna Ciudad sitiada, assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease si se alcanza, con las fuerças corporales, a saber, y congeturar el intento del enemigo. Los disignios, las estratagemas, las dificultades, el preuenir los daños que se temen, que todas estas cosas, son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues assi, que las armas requieren espiritu como las letras. Veamos aora, qual de los dos espíritus, el del letrado, o el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vendra a conocer por el fin, y paradero a que cada vno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo aora de las diuinas, que tienen

por

por blanco , llevar , y encaminar las almas al cielo , que a vn fin , tan fin fin como este , ninguno otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas , que es su fin poner en su punto la justicia , distributiva , y dar a cada vno lo que es suyo , entender , y hazer que las buenas leyes se guarden : fin porcierto generoso , y alto , y digno de grande alabanza : pero no de tanta , como merece aquel a que las armas atienden , las quales tienen por objeto , y fin la paz , que es el mayor bien que los hombres pueden dessear en esta vida . Y assi las primeras buenas nuevas que tuuo el mundo , y tuuieron los hombres , fueron las que dió los Angeles , la noche que fue nuestro dia , quando cantaró en los ayres : Gloria sea en las alturas , y paz en la tierra , a los hombres de buena voluntad : y a la salutacion , que el mejor maestro de la tierra , y del cielo , enseñó a sus allegados , y fauoridos , fue dezirles , que quando entrassen en alguna casa , dixessen : Paz sea en esta casa . Y otras muchas vezes les dixo : Mi paz os doy , mi paz os dexo , paz sea con vosotros . Bien como joya , y prenda dada , y dexada de tal mano , joya que sin ella , en la tierra , ni en el cielo , puede auer bien alguno . Esta paz es el verdadero fin de la guerra , que lo mesmo es dezir armas , que guerra . Profupuesta pues esta verdad , que el fin de la guerra es la paz , y q̄ en esto haze ventaja al fin de las letras , vengamos aora a los trabajos del cuerpo del letrado , y a los del professor de las armas , y vease quales son mayores . De tal manera , y por tan buenos terminos yua prosiguiendo en su platica don Quixote , que obligó a que por entonces ninguno de los que escuchandole estauan , le

ruieste por loco. Antes como todos los mas eran
 caualleros, a quien son anejas las armas, le escucha-
 uan de muy buena gana, y el profliguo diziendo: Di-
 go pues, q̄ los trabajos del estudiante son estos: Prin-
 cipalmente pobreza, (no porque todos sean pobres,
 sino por poner este caso, en todo el estremo que pue-
 da ser) y en auer dicho que padece pobreza, me pa-
 rece que no auia que dezir mas de su mala ventura.
 Porque quien es pobre, no tiene cola buena, esta po-
 breza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en
 frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con to-
 do esso no es tanta que no coma, aunque sea vn po-
 co mas tarde de lo que se ysa, aunque sea de las so-
 bras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiá-
 te, este que entre ellos llaman andar a la sopa, y no
 les falta algun ageno brasero, o chimenea, que sino
 callenta, al menos entibie su frio, y en fin la noche
 duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar a
 otras menudencias, conuiene a saber de la falta de
 camisas, y no sobra de çapatos, la raridad, y poco pe-
 lo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quã-
 do la buena suerte les depara algun banquete. Por
 este camino que he pintado, aspero, y dificultoso,
 tropezando aqui, cayendo alli, leuantandose aculla,
 tornando a caer aca, llegan al grado que deslean, el
 qual a cançado, a muchos hemos visto (que auiendo
 passado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Carib-
 dis, como lleuados en buelo, de la fauorable fortu-
 na) digo que los hemos visto mandar, y gouernar
 el mundo desde vna silla, trocada su hambre en har-
 tura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su
 dormir en vna estera, en reposar en olandas, y damas-

cos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos, con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dire.

Capit. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

PROSIGVIENDO don Quixote, dixo: Pues començamos en el estudianto, por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque està atenido a la miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia. Y a vezes suele ser su desnudez tanta, que vn colito acuchillado le sirve de gala, y de camisa, y en la mitad del inuierno se suele reparar de las inclemencias del cielo. Estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por aueriguado, que deue de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda. La qual si no es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra, los pies que quisiere, y reboluerse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sauanas. Lleguese pues a todo esto el dia, y la hora, de recibir el grado de su

Quarta parte de don

exercicio : lleguese vn dia de batalla , que alli le pondran la borla en la cabeza , hecha de hilas , para curarle algun balazo , que quiça le aura passado las sienes , o le dexara estropeado de braço , o pier-na. Y quando esto no suceda , sino que el cielo piadoso le guarde , y conferue , sano , y viuo , podra ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaua , y que sea menester que suceda vno , y otro rencuentro , vna , y otra batalla , y que de todas salga vencedor , para medrar en algo. Pero estos milagros venen raras vezes. Pero dezidme señores , si aueys mirado en ello? Quan menos son los premiados por la guerra , que los que han perecido en ella? Sin duda aueys de responder , que no tienen comparacion , ni se pueden reducir a cuenta los muertos , y que se podran contar los premiados viuos , cõ tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los letrados , porque de faldas , que no quiero dezir de mangas , todos tienen en que entretenerse. Aysi que aunque es mayor el trabajo del soldado , es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder , que es mas facil , premiar a dos mil letrados , que a treynta mil soldados. Porque a aquellos se premian con darles officios , que por fuerça se han de dar a los de su profesion : y a estos no se pueden premiar , sino con la mesma hazienda del señor a quien sirven : y esta impossibilidad , fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto a parte , que es laberinto de muy dificultosa salida , sino boluamos a la preeminencia de las armas , contra las letras. Materia que hasta aora està por aueriguar , segun son las razones , que cada vna de su parte alega ; y entre las que

que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas. Porque la guerra, tambien tiene sus leyes, y està sugeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conseruan los Reynos, se guardan las Ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cofarios. Y finalmente, si por ellas no fuesse, las republicas, los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra, estarian sugetos al rigor, y a la confusion que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus preuilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, que aquello que mas cuesta, se estima, y deue de estimar en mas. Alcançar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos, a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque a cada passo està a pique de perder la vida. Y que temor de necesidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estando de posta, o guarda, en algun rebellino, o cauallero, siente que los enemigos estan minando, hàzia la parte donde el està, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo

Quarta parte de don

que puede hazer, es, dar noticia a su capitan de lo que passa, para que lo remedie, con alguna contramina, y el estarse quedo, temiendo, y esperando, quando improuifamente ha de subir a las nuues sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le yguala, o haze ventaja, el de enuestirse dos galeras por las proas, en mitad del mar espacioso. Las cuales enclanijadas, y trauadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon. Y cómo todo esto, viendo que tiene delante de si, tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se affestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer descuydo de los pies, yria a visitar los profundos senos de Neptuno: y con todo esto, con intrepido coraçon, lleuado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo, al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas vno ha caydo, donde no se podra leuantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tam bien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo, al tiempo de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos siglos, que caeciéron de la espantable furia, de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inventor, tengo para mi, que en el infierno se le está dando el premio de su diabolica inuencion, con la qual dio causa, que vn infame, y cobarde braço, quite

quite la vida a vn valeroso cauallero , y que sin fa-
ber como, o por donde , en la mitad del corage , y
brio, que enciende, y anima a los valientes pechos,
llega vna desmandada bala (disparada, de quien qui-
zahuyò , y se espantò , del resplandor que hizo el
fuego , al disparar de la maldita maquina) y corta,
y acaba en vn instante , los pensamientos , y vida,
de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assi
considerando esto , estoy por dezir , que en el al-
ma me pesa de auer tomado este exercicio , de ca-
uallero andante , en edad tan detestable , como es
esta en que aora vivimos: porque aunque a mi nin-
gún peligro me pone miedo , toda via me pone re-
zelo , pensar si la poluora , y el estaño , me han de
quitar la ocasion, de hazerme famoso, y conocido,
por el valor de mi braço, y filos de mi espada , por
todo lo descubierro de la tierra. Pero haga el cie-
lo lo que fuere seruido , que tanto sere mas estima-
do, si salgo con lo que pretendò , quanto a mayores
peligros me he puesto, que se puieron los caualle-
ros andantes, de los passados siglos. Todo este lar-
go preambulo , dixo don Quixote , en tanto que
los demas cenauan , olvidandose de llevar bocado
a la boca , puesto que algunas vezes le auia dicho
Sancho Pança, que cenasse , que despues auria lu-
gar , para dezir todo lo que quisiere. En los que
escuchado le auian , sobrevino nueva lastima , de
ver que hombre , que al parecer tenia buen enten-
dimiento , y buen discurso, en todas las cosas que
trataua, le vuisse perdido tan rematadamente , en
tratandole de su negra , y piz mienta caualleria. El
cura le dixo, que tenia mucha razon, en todo quanto

Quarta parte de don

auia dicho en fauor de las armas, y que el aunque letrado, y graduado, estava de su mismo parecer. Acabaron de cenar, leuataron los manteles, y enquanto que la ventera, su hija, y Maritornes, adereçauan el camaranchon de don Quixote de la Mancha, donde auian determinado, que aquella noche, las mugeres solas en el se recogiesen: don Fernando rogò al cautiuo, les contasse el discurso de su vida, por que no podria ser, sino que fuesse peregrino, y gustoso, segun las muestras que auia començado a dar, viniendo en compania de Zorayda. A lo qual respondió el cautiuo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaua, y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diesse el gusto que el dessea. Pero que con todo esso, por no faltar en obedecelle le cõtaria: el cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nueuo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerça. Y assi esten vuestras mercedes atentos, y oyan vn discurso verdadero, a quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio, fueren componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen vn grande silencio, y el viendo que ya callauan, y esperauan lo que dezir quisiessse, con voz agradable, y reposada, començo a dezir desta manera.

(.?..)

Cap. XXXIX. Donde el cautivo cuenta su vida, y successs.

EN VN lugar de las Montañas de Leon, tuuo principio mi linaje, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrechez de aquellos pueblos, todavia alcançaua mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña a conseruar su hazienda, como se la daua en gastalla. Y la condicion que tenia, de ser liberal, y gastador, le procedio de auer sido soldado, los años de su iouentud. Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Passaua mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaua en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun proaecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el dezia, no podia yrse a la mano contra su condicion, quiso priuarle del instrumento, y causa, q̄ le hazia gastador, y dadiuoso, q̄ fue priuarle de la hazienda, sin la qual, el mismo Alexádro pareciera estrecho. Y así llamandonos vn dia a todos tres, a solas en vn aposento, nos dixo vnas razones, semejantes a las q̄ aora dire. Hijos, para deziros que os quiero bien, basta saber, y dezir, que soys mis hijos,

Quarta parte de don

hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy a la mano, en lo que toca a cōservar vuestra hazienda. Pues para q̄ entendays desde aqui adelante, que os quiero como padre, y q̄ no os quiero destruyr como padrastro, quiero hazer vna cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideraciō dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, o alomenos de elegir exercicio, tal q̄ quando mayores os hōre, y aprobeche. Y lo que he pensado, es, hazer de mi haziēda quatro partes, las tres os dare a vosotros, a cada vno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedarē yo, para viuir, y sustētarme, los dias q̄ el cielo fuere seruido de darme de vida. Pero querria, q̄ despues que cada vno tuuiesse en su poder la parte que le toca de su haziēda, siguiessse vno de los caminos que le dire. Ay vn refrā en nuestra Espaņa, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentēcias breues, sacadas de la luēga, y discreta experiēcia, y el q̄ yo digo, dize: Yglesia, o mar, o casa Real: como si mas claramēte dixera. Quien quisiere valer, y ser rico, siga, o la Yglesia, o nauegue, exercitando el arte de la mercancia, o entre a servir a los Reyes en sus casas: Por q̄ dizen, Mas vale migaja de Rey, q̄ merced de seņor. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, q̄ vno de vosotros siguiessse las letras, el otro la mercācia, y el otro siruiessse al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servirle en su casa que ya q̄ la guerra no de muchas riquezas, suele dar mucho valor, y mucha fama. Dētro de ocho dias, os dare toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en vn ardite, como lo vereys por la obra. Dezidme

me agora, si quereys seguir mi parecer, y consejos, en lo que os he propuesto, y mandandome a mi por ser el mayor, que respondiessse. Despues de auerle dicho que no le deshiziesse de la hazienda, sino que gastasse todo lo que fuesse su voluntad, que nosotros eramos moços para saber ganarla; vine a coneluyr, en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, siruiendo en el a Dios, y a mi Rey. El segundo hermano, hizo los mesmos ofrecimientos, y escogio el yrse a las Indias, lleuando empleada la hazienda que le cupiessse. El menor, y a lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Yglesia, o yrse a acabar sus comenzados estudios a Salamãca. Assi como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçò a todos; y con la breuedad que dixo, puso por obra quanto nos auia prometido; y dando a cada vno su parte, que a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque vn nuestro tio, como toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no saliesse del tronco de la casa. En vn mesmo dia nos despedimos to los tres, de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciendome a mi ser inhumanidad, que mi padre quedasse viejo, y con tan poca hazienda; hize con el, que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque a mi me bastaua el resto, para acomodarme, de lo que auia menester vn soldado. Mis dos hermanos, mouidos de mi exemplo, cada vno le dio mil ducados. De modo, que a mi padre le quedaron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que a lo que parece valia la hazienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedar se con ella en rayzes.

Quarta parte de don

rayzes. Digo en fin, que nos despedimos del, y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento, y lagrimas de todos, encargandonos que les hiziessemos saber, todas las vezes que vuisse comodidad para ello, de nuestros sucessos, prosperos, o aduersos. Prometimoselo, y abraçandonos, y echandonos su bendicion, el vno tomó el viage de Salamanca, el otro de Seuilla, y yo el de Alicante, adonde tuue nueuas que auia vna naue Ginouefa, que cargaua alli lana para Genoua. Este hara veynte y dos años, que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos nueua alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he passado, lo dire breuemente. Embarqueme en Alicante, lleguè con prospero viage a Genoua, fuy desde alli a Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise yr a assentar mi plaça al Piamonte, y estando ya de camino, para Alexandria de la Palla, tuue nueuas que el gran Duque de Alua passaua a Flandes. Mudè proposito, fuy me con el, seruire en las jornadas que hizo, halleme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancè a ser Alferes de vn famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina. Y acabo de algun tiempo que llegué a Flandes, se tuuo nueuas de la liga, que la Santidad del Papa Pio quinto, de Felice recordacion, auia hecho conuenencia, y con España, contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel mesmo tiempo auia ganado con su armada, la famosa Isla de Chipre, que estaua debajo del dominio de Veneciano, y perdida lamentable, y

ble, y desdichada. Supose cierto que venia por general desta liga, el serenissimo don Iuan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey don Felipe. Diuulgose el grandissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitò, y conuouio el animo, y el desseo de verme en la jornada que se esperaua: y aunque tenia barruntos, y casi promesas ciertas, de que en la primera ocasion que se ofreciessse, seria promouido a capitán, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quiso mi buena suerte, que el señor don Iuan de Austria acabaua de llegar a Genoua, que passaua a Napoles, a juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallè en aquella felicissima jornada, ya hecho capitán de infanteria, a cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, que fue para la Christiandad tan dichoso, y porque en el se desengañò el mundo, y todas las naciones, del error en que estauan, creyendo que los Turcos eran inuencibles por la mar, en aquel dia. Digo donde quedò el orgullo, y soberuia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos como alli vuo. Porque mas ventura tuvieron los Christianos que alli murieron, que los que viuos, y vencedores quedaron. Yo solo fuy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naual corona, me vi aquella noche, que siguió a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y esposas a las manos. Y fue desta suerte, que auiendo el Vchali Rey de Argel, atreuido, y

Quarta parte de don

venturoso colacio, enuestido, y rendido la capitana de Malta, que solos tres caualleros que daron viuos en ella, y estos mal heridos, acudio la capitana de Iuan Andrea a socorrella, en la qual yo yua con mi compania, y haziendo lo que deuia en ocasion semejante, salte en la galera contraria, la qual desuiãdose de la que la auia enuestido, estoruò que mis soldados me siguiessen, y assi me hallè solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos, en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya aureys señores oydo dezir, que el Vchali se saluò con toda su esquadra, vine yo a quedar cautiuo en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los que aquel dia alcançarò la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Llevaronme a Costantinopla, donde el gran Turco Selin. hizo general de la mar a mi amo, porque auia hecho su deuer en la batalla, auiendo lleuado por muestra de su valor, el estandarte de la religion de Malta. Halleme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Nauarino, bogando en la capitana de los tres reales. Vi, y note, la ocasion que alli se perdio, de no coger en el puerto toda el armada Turquesca. Porque todos los leuentes, y genizaros, que en ella venian, tuuieron por cierto, que les auian de enuestir dentro del mesmo puerto, y tenian a punto su ropa, y passamaques, q̄ son sus çapatos, para huyrse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que auian cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenò de otra manera, no por culpa, ni descuydo del general, que a los nuestros regia,

fino

fino por los pecados de la Christiandad : y porque quiere, y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Vchali se recogio a Modon, que es vna isla que està junto a Nauarino, y echando la gente en tierra, fortificò la boca del puerto, y estuuose quedo, hasta que el señor don Iuan se boluio. En este viage se tomò la galera, que se llamaua la Presa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoso cossario Barba Roxa : tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso, y jamas vencido Capitan don Alvaro de Baçan, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que sucedio en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataua tan mal a sus cautiuos, que assi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los alcançaua, soltaron todos a vn tiempo los remos, y asieron de su Capitan, que estaua sobre el estãterol, gritãdo q̄ bogassen a priessa, y passandole de bãco en bãco, de popa a proa, le dierò bocados, q̄ a poco mas que passò del arbol, ya auia passado su anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataua, y el odio que ellos le tenian. Boluimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setêta y tres, se supo en ella, como el señor don Iuan auia ganado a Tunez, y quitado aquel Reyno a los Turcos, y puesto en possession del a Muley Hamet, cortando las esperanças q̄ de boluer a reynar en el tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuuo el mundo. Sintio mucho esta perdida el gran Turco, y

Quarta parte de don

vsando de la sagazidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas q̄ el la deseauan: y el año siguiente de setenta y quatro, a cometio a la Goleta, y al fuerte, que junto a Tunez a uia dexado medio leuātado el señor don Iuan. En todos estos trances andaua yo al remo, sin esperāça de libertad alguna: a lomenos no esperaua tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nueuas de mi desgracia a mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las quales plaças huuo de soldados Turcos, pagados, setenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan grā numero de gente, con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tātos gastadores, q̄ con las manos, y a puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenuta hasta entōces por inexpugnable: y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hizierō en su defensa, todo aquello q̄ deuiā, y podía, sino porque la experiencia mostrō, la facilidad con q̄ se podian leuātā trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaua agua, y los Turcos no la hallaron a dos varas: y assi con muchos sacos de arena leuataron las trincheas tan altas, que sobrepujan las murallas de la fuerça, y tirāndoles a cauallero, ninguno podia parar, ni asistir a la defensa. Fue comun opinion, que no se auian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña, al desembarcadero: y los que esto dizen hablan de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta, y en el fuerte

a penas

a penas auia siete mil soldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuessen) salir a la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es posible dexar de perderse fuerça que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos, muchos, y porfiados, y en su mesma tierra. Pero a muchos les parecio, y assi me parecio a mi, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo a España, en permitir que se assolasse aquella oficina, y capa de maldades: y aquella gomia, o esponxa, y polilla de la infinitad de dineros, que alli sin prouecho se gastauan, sin seruir de otra cosa, que de conseruar la memoria de auerla ganado, la felicissima del inuictissimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hazerla eterna (como lo es, y será) que aquellas piedras la sustentaran? Perdióse tambien el fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa, y fuertemente, que passaron de veynte y cinco mil enemigos, los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno cautiuaron sano, de trecentos que quedaron viuos, señal cierta, y clara de su esfuerço y valor, y de lo bien que se auian defendido, y guardado sus plaças. Rindióse a partido vn pequeño fuerte, o torre que estaua en mitad del estaño, a cargo de don Iuan Zanoguera, cauallero Valenciano, y famoso soldado. Cautiuaron a don Pedro Puertocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue posible, por defender su fuerça: y sintió tãto el auerla perdido, que de pesar

Quarta parte de don

murio en el camino de Constantinopla, donde le lleuauan cautiuo. Cautiuaron ansi mesmo al General del fuerte, que se llamaua, Gabrio Cerbellon, cauallero Milanes, grande ingeniero, y valentissimo soldado. Murieron en estas dos fuerças, muchas personas de cuenta, de las quales fue vna, Pagan de Oria, cauallero del habito de san Iuan, de condicion generoso, como lo mostrò la summa liberalidad q̄ vfo con su hermano el famoso Iuã de Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quien se fiò viêdo ya perdido el fuerte, q̄ se ofrecierò de llevarle en habito de Moro a Tabarca, que es vn portezuelo, o casa que en aquellas riberas tienen los Ginoueses, que se exercitan en la pesqueria del coral: los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se la truxeron al General de la armada Turquesca: el qual cumplio con ellos nuestro refran Castellano, Que aunque la trayciõ aplaze, el traydor se aborrece: y assi se dize, que mãdd el General ahorcar a los que le truxeron el presente, porque no se le auian traydo viuo. Entre los Christianos que en el fuerte se perdierõ, fue vno, llamado dõ Pedro de Aguilar, natural no se de q̄ lugar del Andaluzia, el qual auia sido Alferes en el fuerte, soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poesia. Digolo, porque su suerte le truxo a mi galera, y a mi banco, y a ser esclauo de mi mesmo Patron: y antes que nos partiessemos de aquel puerto, hizo este cauallero dos Sonetos, a manera de epitafios, el vno a la Goleta, y el otro al fuerte. Y en verdad que los tengo de

dezir,

dezir, porque los se de memoria, y creo que antes causaràn gusto que pesadumbre. En el punto que el cautiuo nombrò a dō Pedro de Aguilar, don Fernãdo mirò a sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quando llegò a dezir de los Sonetos, dixo el vno: Antes q̄ vuestra merced passe adelante, le suplico me diga, q̄ se hizo esse don Pedro de Aguilar q̄ ha dicho? Lo q̄ se es, respondió el cautiuo, q̄ al cabo de dos años q̄ estuuò en Constãtinopla, se huyò en traje de Arnaute, con vn Griego espia, y no se si vino en libertad: puestò q̄ creo que sí, por q̄ de alli a vn año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntár el sucesso de aquel viage. Pues no fue, respondió el cauallero, por q̄ esse don Pedro es mi hermano, y está aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, por q̄ no ay en la tierra, conforme mi parecer, contèto q̄ se yguale a alcançar la libertad perdida. Y mas, replicò el cauallero, q̄ yo se los Sonetos. q̄ mi hermano hizo. Digalos pues V. m. dixo el cautiuo, que los sabra dezir mejor que yo. Que me plaze, respondió el cauallero: y el de la Goleta dezia asì.

Cap. XL. Donde se profigue la historia del cautiuo.

SONETO.

Almas dichosas, que del morral velo,
Libres y essentas, por el bien que obrastes,
Desde la baxa tierra os leuantastes
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,

Quarta parte de don

*De los cuerpos la fuerça exercitastes,
Que en propia, y sangre agena colorastes
El mar vezino, y arenoso suelo.*

*Primero que el valor, faltò la vida,
En los cansados braços, que muriendo,
Con ser vencidos lleuan la vitoria.*

*Y esta vuestra mortal, criste cayda,
Entre el muro, y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.*

Deffa mesma manera le se yo, dixo el cautiuo.
Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el ca-
uallero, dize assi.

S O N E T O.

DE entre esta tierra esteril, derribada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados,
Subieron viuas a mejor morada.

*Siendo primero en vano exercitada
La fuerça de sus braços esforçados,
Hasta que al fin de pocos, y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.*

*Y este es el suelo que continuoha sido
De mil memorias lamentables lleno,
En los passados siglos, y presentes.*

*Mas no mas justas de su duro seno,
Auran al claro cielo almas subido,
Ni aun el softuuo cuerpos tan valientes.*

No parecieron malos Sonetos, y el cautiuo se alegrò con las nueuas que de su camarada le dierõ: y profugiendo su cuento, dixo. Rendidos pues la Goleta, y el fuerte, los Turcos dieron orden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedò tal, que no huuo q̄ poner por tierra: y para hazerlo con mas breuedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero cõ ninguna se pudo bolar lo q̄ parecia menos fuerte, q̄ eran las murallas viejas, y todo aquello que auia quedado en pie de la fortificacion nueua, q̄ auia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino a tierra. En resolucion, la armada boluio a Constantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli a pocos meses murio mi amo el Vchali, al qual llamauan, Vchali Fartax, que quiere dezir en lengua Turquesca, El renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta q̄ tengan, o de alguna virtud que en ellos aya. Y esto es, por q̄ no ay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que decierendé de la casa Otomana, y los demas, como tēgo dicho, toman nõbre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este Tiñoso bogò el remo, siendo esclauo del grã señor, catorze años, y a mas de los. 34. de su edad renegò, de despecho de q̄ vn Turco, estado al remo, le dio vn bofetõ, y por poderse vengar, dexò su fẽ: y fue tãto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos que los mas priuados del gran Turco suben, vino a ser Rey de Argel, y despues a ser General de la mar, q̄ es el tercero cargo que ay en aquel señorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hõbre de biẽ, y trataua cõ mucha humanidad

Quarta parte de don

a sus cautiuos, que llegò a tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartierò, como el lo dexò en su testamento, entre el gran señor (q̄ tambien es hijo heredero de quantos muerē, y entra a la parte cò los mas hijos q̄ dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe a vn renegado Veneciano, que siendo grumete de vna naue, le cautiuò el Vchali, y le quiso tanto, q̄ fue vno de los mas regalados garzones suyos, y el vino a ser el mas cruel renegado q̄ jamas se ha visto. Llamauase Azanaga, y llegò a ser muy rico, y a ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tã cerca de España: no porq̄ pensasse escriuir a nadie el desdichado suceſſo mio, sino por ver si me era mas favorable la fuerte en Argel, que en Constantinopla, donde ya auia prouado mil maneras de huyrme, y ninguna tuuo fazon, ni ventura: y pensaua en Argel buscar otros medios de alcançar lo que tanto deseaua, porque jamas me desamparò la esperança de tener libertad, y quando en lo que fabricaua, pensaua, y ponía por obra, no correspondia el suceſſo a la intencion, luego sin abandonarme, fingia, y buscava otra esperança que me sustentasse, aunque fueſe debil, y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en vna prision, o casa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautiuos Christianos, assi los que son del Rey, como de algunos particulares: y los que llamã del Almazé, que es como dezir, cautiuos del Concejo, que siruen a la çiudad en las obras publicas que haze, y en otros officios: y estos tales cautiuos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular,

ricular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautiuos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautiuos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hazerles que escriuan por el con mas ahinco, les hazen trabajar, y yr por leña con los demas, que es vn no pequeño trabajo. Yo pues; era vno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixen mi poca posibilidad, y falta de hazienda, no aprouechè nada para que no me pusiesse en el numero de los caualteros, y gente de rescate. Pusieronme vna cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y assi passaua la vida en aquel baño, con otros muchos caualteros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos a vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver a cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldades que mi amo vsaua con los Christianos. Cada dia ahorcaua el suyo, empalaua a este, desorejaua aquel: y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conoçian que lo hazia no mas de por hazerlo, y por ser natural condicion suya ser omicida de todo el genero humano. Solo libró bien con el vn soldado Español, llamado, tal de Saauedra, el qual con auer hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por mu-

chos años, y todas por alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandô dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que auia de ser empalado, y asî lo temio el mas de vna vez: y sino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision, cahian las ventanas de la casa de vn Mororico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espessas, y apretadas. Acaecio pues, que vn dia estando en vn terrado de nuestra prision, con otros tres companeros, haziendo prueuas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demas Christianos auian salido a trabajar, alcè a caso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia vna caña, y al remate della puesto vn lienço, atado, y la caña se estaua blandeando, y mouiendose, casi como si hiziera señas, que llegassemos a tomarla. Miramos en ello, y vno de los que conmigo estauan, fue a ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltauan, o lo que hazian: pero asî como llegò alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeça. Boluiose el Christiano, y tornaronla a baxar, y hazer los mesmos mouimientos que primero. Fue otro de mis companeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Finalmète fue el tercero, y auinole

lo que al primero, y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de prouar la suerte, y assi como lleguè a ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dio a mis pies dentro del baño: acudi luego a defatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianiys, que son vnas monedas de oro baxo, que vsan los Moros, que cada vna vale diez reales de los nuestros. Si me holgue con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente a mi, pues las muestras de no auer querido soltar la caña sinò a mi, claro dezian que a mi se hazia la merced. Tome mi buen dinero, quebrè la caña, boluime al terradillo, mire la ventana, y vi que por ella salia vna muy blanca mano, que la abrian y cerrauan muy a priessa. Con esto entendimos, o imaginamos, que alguna muger que en aquella casa viuia, nos deuia de auer hecho aquel beneficio: y en señal de que lo agradeciamos, hizimos zalemas a vso de Moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los braços sobre el pecho. De alli a poco sacaron por la mesma ventana vna pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la boluieron a entrar. Esta señal nos confirmó, en que alguna Christiana deuia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos, que deuia de ser Christiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus memos amos, y aun lo rienen

a ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos, dimos muy le-
xos de la verdad del caso, y assi todo nuestro entre-
tenimiento desde alli adelante, era mirar, y tener por
norte, a la ventana donde nos auia aparecido la es-
trella de la caña: pero bien se passaron quinze dias,
en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra se-
ñal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos
con toda sollicitud, saber quié en aquella casa viuia,
y si auia en ella alguna Christiana renegada, jamas
huuo quien nos dixesse otra cosa, sino que alli viuia
vn Moro principal, y rico, llamado Agimorato,
Alcayde que auia sido de la Pata, que es officio en-
tre ellos de mucha calidad. Mas quando mas des-
cuydados estauamos, de que por alli auian de llo-
uer mas zianiys, vimos a deshora parecer la caña,
y otro lienço en ella, con otro nudo mas crecido: y
esto fue a tiempo q̄ estaua el baño como la vez pas-
fada, solo, y sin gente. Hezimos la acostumbra-
prueua, yendo cada vno primero que yo, de los mis-
mos tres que estauamos, pero a ninguno se rindio
la caña sino a mi, porque en llegando yo la dexaron
caer. Desatè el nudo, y hallè quarenta escudos de
oro, Españoles, y vn papel escrito en Arauigo, y
al cabo de lo escrito hecha vna grande cruz. Be-
fè la cruz, tomè los escudos, boluime al terrado,
hezimos todos nuestras zalemas, tornò a parecer
la mano, hize señas que leeria el papel, cerraron
la ventana. Quedamos todos confusos, y ale-
gres con lo sucedido: y como ninguno de nosotros
no entendia el Arauigo, era grande el desseo que
teniamos de entender lo que el papel contenia,

y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determinè de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautiuos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a Christianos, y que lleua desseo de huyrse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procuran estas fees con buena intencion: otros se firuen dellas, a caso, y de industria: que viniendo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, o los cautiuan, sacan sus firmas, y dizen, que por aquellos papeles se verà el proposito con que venian, el qual era, de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Yglesia, sin que se les haga daño, y quando veen la suya, se buelue a Berberia a ser lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues vno de los renegados que he dicho, era este mi amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditauamos quanto era posible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran viuo. Supe que sabia muy bien Arauigo, y no solamente hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixè, q̄ me leyese aquel papel, que

que a caso me auia hallado en vn agujero de mi rã-
cho. Abriole, y estuuó vn buen espacio mirãdole, y
construyendole, murmurando entre los dientes.
Preguntele, si lo entendia? Dixome, que muy bien,
y que si queria que me lo declarasse palabra por
palabra, que le diese tinta y pluma, porque me-
jor lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el,
poco a poco lo fue traduziendo: y en acabando, di-
xo: Todo lo que va aqui en Romance, sin faltar le-
tra, es lo que contiene este papel Morisco: y ha se de
aduertir, que adonde dize, Lela Marien, quiere de-
zir, Nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el pa-
pel, y dezia assi.

Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclaua,
la qual en mi lengua me mostró la Zala Christianes-
ca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La
Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino
con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me di-
xo, que me fuesse a tierra de Christianos, a ver a
Lela Marien, que me queria mucho. No se yo co-
mo vaya; muchos Christianos he visto por esta vé-
tana, y ninguno me ha parecido cauallero, sino tu.
Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos
dineros que llevar conmigo. Mira tu si puedes ha-
zer como nos vamos, y seràs alla mi marido, si qui-
sieres, y sino quisieres, no se me darà nada, que
Lela Marien me darà con quien me case. Yo escri-
ui esto, mira a quien lo das a leer, no te fies de nin-
gun Moro, porque son todos marfuzes. Desto ten-
go mucha pena, que quisiera que no te descubrie-
ras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà
luego en vn pozo, y me cubrira de piedras. En

la caña pondre vn hilo, ata alli la respuesta: y si no tienes quien te escriua Arauigo, dimelo por señas, que Lela Marien hara que te entienda. Ella, y Ala te guardé, y essa cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandó la cautiuá.

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirassen, y alegrassen: y assi lo vno, y lo otro fue de manera, que el renegado entendio, que no a caso se auia hallado aquel papel, sino que realmete a alguno de nosotros se auia escrito: y assi nos rogò, que si era verdad lo que sospechaua, q̄ nos fiassemos del, y se lo dixessemos, que el auenturaria su vida por nuestra libertad: y diziédo esto, sacò del pecho vn cruzifixo de metal, y con muchas lagrimas jurò por el Dios que aquella imagen representaua, en quien el, aunq̄ pecador, y malo, bien, y fielmente creia, de guardarnos lealrad, y secreto, en todo quanto quisiessemos descubrirle, porq̄ le parecia, y casi aduinaua, que por medio de aquella que aquel papel auia escrito, auia el, y todos nosotros de tener libertad, y verse el en lo que tanto deseaua, que era reduzirse al gremio de la santa Yglesia su madre, de quien como miembro podrido estaua diuidido, y apartado, por su ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el renegado, que todos de vn mesmo parecer, consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso, y assi le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña: y el marcò desde alli la casa, y quedò de tener especial, y gran cuydado, de informarse quien

Quarta parte de don

en ella venia. Acordamos ansi mesmo, que seria biẽ responder al villete de la Mora; y como teniamos quien lo supieffe hazer, luego al momento el renegado escriuio las razones que yo le fuy notando, q̃ puntualmente fueron las que dirẽ, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acõtecieron, ninguno se me ha ydo, de la memoria, ni aun se me yra en tanto que tuuiere vida. En efeto, lo que a la Mora se le respondio, fue esto.

El verdadero Ala te guarde, seño ra mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçon, que te yayas a tierra de Christianos, p̃or que te quiere bien. Ruegale tu, que se sirua de darte a entender, como podras poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si harà. De mi parte, y de la de todos estos Christianos que estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos, hasta morir. No dexes de escriuirme, y auisarme lo que pensares hazer, que yo te respondere siempre, q̃ el grande Ala nos ha dado vn Christiano cautiuo, que sabe hablar, y escriuir tu lengua, tan bien como lo veras por este papel. Assi que sin tener miedo, nos puedes auisar de todo lo que quisieres. A lo que dizes, que si fueres a tierra de Christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo, como buen Christiano: y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen, mejor que los Moros. Ala, y Marien su Madre sean en tu guarda, seño ra mia.

Escrito, y cerrado este papel, aguardè dos dias a que estuuiesse el baño solo, como solia, y luego sali al passo acostumbrado, del terradillo, por ver si la caña.

caña parecia, que no tardò mucho en assomar. Assi como la vi, aunque no podia ver quien la ponía, mostre el papel, como dando a entèder, q̄ pusiessen el hilo: pero ya venia puesto en la caña, al qual atè el papel, y de alli a poco tornó a parecer nuestra estrellita con la blanca vanderá de paz del atadillo, dexaronla caer, y alce yo, y hallè en el paño en toda fuerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cinquenta escudos, los quales cinquèta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperança de tener libertad. Aquella misma noche boluio nuestro Renegado, y nos dixo, que auia sabido, que en aquella casa viuia el mesmo Moro q̄ a nosotros nos auian dicho que se llamaua Agui morato, riquissimo por todo estremo, el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda: y q̄ era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Vireyes que alli venian la auian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que tambien supo, q̄ tuuo vna Christiana cautiua, q̄ ya se auia muerto. Todo lo qual concertaua cõ lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y venirnos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordò por entonces, que esperassemos el auito segundo de Zorayda, que assi se llamaua la que agora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, q̄ ella y no otra alguna era la que auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el Renegado, que no tuiessemos pena, que el perderia la vida, o nos pòdria en libertad.

Quarta parte de don

Quatro dias estubo el baño cō gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que vn felicissimo parto prometia: inclinose a mi la caña, y el lienço, hallé en el otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna: estava alli el Renegado, dimosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que así dezia.

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunq̃ yo se lo he preguntado: lo que se podra hazer es, que yo os dare por esta ventana muchísimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra de Christianos, y compre alla vna barca, y buelua por los demas, y a mi me hallarán en el jardín de mi padre, q̃ está a la puerta de Babazon, junto a la marina donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin miedo, y llevarme a la barca: y mira que has de ser mi marido, porque sino, yo pedire a Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescata te tu y ve, que yo se que bolueras mejor que otro, pues eres cauallero y Christiano. Procura saber el jardín, y quando te pases por ay sabre q̃ está solo el baño, y te dare mucho dinero. Ala te guarde, señor mio.

Esto dezia y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada vno se ofrecio a querer ser el rescutado, y prometio de yr y boluer con toda puntualidad, y tambien yo me ofreci a lo mismo: a todo

lo qual se opuso el Renegado, diziendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliesse de libertad hasta que fuesen todos juntos: porque la experiencia le auia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que dauan en el cautiuero: porque muchas vezes auian usado de aquel remedio algunos principales cautinos, rescutando a vno que fuesse a Valencia, o Mallorca, con dineros para poder armar vna barca, y boluer por los q̄ le auian rescutado, y nunca auian buuelto: porque de la libertad alcançada, y el temor de no boluer a perderla, les borraua de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad q̄ nos dezia, nos conto breuemente vn caso, que casi en aquella mesma saz on auia acaecido a vnos caualleros Christianos, el mas extraño que jamas sucedio en aquellas partes, donde a cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efecto el vino a dezir, que lo que se podia y deuia hazer, era que el dinero que se auia de dar para rescatar al Christiano, que se le diesse a el, para comprar alli en Argel vna barca, con achaque de hazer se mercader y tratante en Tetuan, y en aquella costa, y que siendo el señor de la barca facilmente se daria traça para sacarlos del baño, y embarcarlos a todos. Quanto mas que si la Mora, como ella dezia, daua dineros para rescatarlos a todos, que estando libres era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia: y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los Moros no consentē, que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es baxel grande para yr en corso: porque se temen, que el que compra

Hh 2. y barca,

Quarta parte de don

barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para yrse a tierra de Christianos. Pero que el facilitaria este inconueniente, con hazer que vn Moño Tangerino fuesse a la parte con el en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra el vendria a ser señor de la barca, con que daua por acabado todo lo demas: y puesto que a mi y a mis camaradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca a Mallorca, como la Mora dezia, no osamos contradezirle, temerosos que sino haziamos lo que el dezia, nos auia de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriessse el trato de Zorayda, por cuya vida dierramos todas las nuestras: y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado: y en aquel mismo punto se le respondió a Zorayda, diziendole que haríamos todo quanto nos aconsejaua, porque lo auia aduertido tambien, como si Lela Marié se lo huiera dicho, y que en ella sola estaua dilatar aquel negocio, o ponerlo luego por obra. Ofrecimele de nueuo de ser su esposo, y con esto otro dia, que acaecio a estar solo el baño, en diuersas vezes con la caña y el paño nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel, donde dezia, que el primer juma, que es el Viernes, se yua al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, que se lo auisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado, para comprar la barca: con ochocientos me rescate yo, dando

do el dinero a vn mercader Valenciano, que a la sazón se hallaua en Argel, el qual me rescató del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola, de que con el primer baxel que viniesse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo auia callado. Finalmente mi amo era tan cauiloso, que en ninguna manera me atreui a que luego se desembolsasse el dinero. El lueues antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auisó de su partida: rogandome, que si me rescataste, supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de yr alla, y verla. Respondile en breues palabras, que assi lo haria, y que tuuiesse cuydado de encomendarnos a Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiuu le auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome a mi rescutado, ya ellos no, pues auia dinero, no se alborotassen, y les persuadiesse el diablo que hiziesse alguna cosa en perjuizio de Zorayda: q̄ puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esso no quise poner el negocio en auentura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad, pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que auia.

Quarta parte de don

Cap. XLII. Donde toda via prosigue el cautivo su
sucesso.

NO Se passaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia cõprada vna muy buena barca, capaz de mas de treynta personas: y para assegurar su hecho, y dalle color, quiso hazer, como hizo, vn viaje a vn lugar que se llamaua Sargel, que està treynta leguas de Argel hàzia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, o tres vezes hizo este viaje en compaõia del Tagarino, que auia dicho. Tagarinos llaman en Berueria a los Moros de Aragon, y a los de Granada Mudejares, y en el Reyno de Fez llaman a los Mudejares Elches, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirue en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaua con su barca daua fondo en vna caleta, que estaua no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaua, y alli muy de proposito se ponía el renegado con los Morillos que bogauan el remo, o ya a hazer la çala, o a como por enfiayarse de burlas, a lo que pensaua hazer de veras: y assi se yua al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la daua sin conocelle: y aunque el quisiera hablar a Zorayda, como el despues me dixò, y dezille, que el era el q̄ por orden mia le auia de llevar a tierra de Christianos, que estuuiesse contenta y segura, nunca le fue possible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro, ni Turco, sino es que su marido, o su padre se lo manden. De
Chris-

Christianos cautiuos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y a mi me huuiera pesado que el la huuiera hablado, que quiza la alborotara, viendo que su negocio andaua en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaua de otra manera, no dio lugar al buen desseo que nuestro renegado tenia: el qual viendo, quan seguramente yua y venia a Sargel, y que daua fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas volúdad de lo que la suya ordenaua, y que yo estaua ya rescitado, y que solo faltaua buscar algunos Christianos que bogassen el remo, me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescitados, y que los tuuiesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablé a doze Españoles todos valientes hombres del remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian lleuado toda la gente de remo, y estos no se hallaran sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso a acabar vna galeota que tenia en Arstillero. A los quales no les dixé otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliesse vno a vno disimuladamente, y se fuesse la buelta del jardin de Agumorato, y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada vno di este auiso de por sí, con orden, que aunque alli viesse a otros Christianos, no les dixessen, sino que yo les auia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me fal-

Quarta parte de don

taua hazer otra, que era la que mas me conuenia, y era la de auilar a Zorayda en el punto que estauan los negocios, para que estuuiesse apercebida, y sobre auiso, que no se sobrefaltasse, si de improuiso la asfaltassemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia boluer. Y assi determinè de yr al jardin, y ver si podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yeruas, vn dia antes de mi partida fuy alla, y la primera persona con quien encontre fue con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berueria, y aun en Constantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que nies Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntò, que que buscava en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclauo de Arnaut Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscava de todas yeruas para hazer ensalada. Preguntome por el con siguiente, si era hombre de rescate o no, y que quanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho que me auia visto, y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarle a los Christianos, ni tampoco se esquivan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaua, antes luego quando su padre vio que venia y de espacio, la llamò y mandò que llegasse. Demasiada cosa feria dezir yo agora la mucha

cha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostro a mis ojos: solo dire, que mas perlas pendian de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas a su vfança trahia, trahia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, o axorcas de los pies en Morisco) de purissimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas, y las que trahia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas; porque la mayor gala y bizarría de las Moras, es adordarnarse de ricas perlas, y aljofar: y assi ay mas perlas y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener assi mismo mas de dozientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era señora esta que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, o no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podra conjeturar qual deuia de ser en las prosperidades? Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias, y fazones, y requiere accidentes para disminuirse, o acrecentarse: y es natural cosa que las passiones del animo la leuanten, o abaxé, puesto que las mas vezes la destruyen: digo en fin, que entonces llegò en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermosa, o alomenos a mi me parecio serlo la mas q̄ hasta entonces auia visto: y có esto viendo las obligaciones

Quarta parte de don

en que me auia puesto, me parecia que tenia delante de mi vna deidad del cielo, y venida a la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Afsi como ella allegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautiuo de su amigo Arnaut Mami, y que venia a buscar en falada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas, que tengo dicho, me preguntó, si era cauallero, y que era la causa que no me rescataua. Yo le respondi: Que ya estaua rescitado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaua, pues auia dado por mi, mil y quinientos çoltamis. A lo qual ella respondió: En verdad, que si tu fueras de mi padre, que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porq̃ vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis, y os hazeis pobres, por engañar a los Moros. Bien podria ser esso señora, le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la tratare con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixi: porque está aqui vn baxel de Francia, que se haze mañana a la vela, y pienso yrme en el. No es mejor (replió Zorayda) esperar a que vengan baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respódi yo: aunque si como ay nueuas que viene ya vn baxel de España, es verdad, toda via yo le aguardare, puesto que es mas cierto el partirme mañana: porque el desseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que biẽ quiero, es tanto, que no me dexará esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Deues de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por esso

esso delleas yr a verte con tu muger? No soy, respondi yo casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando alla. Y es hermosa la dama a quien se la diste, dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, te parece a ti mucho. Desto se riyó muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deue de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala bien, y veras como te digo verdad. Seruianos de interprete a las mas de estas palabras y razones el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablaua la bastarda lengua, que como he dicho, alli se vsa, mas declaraua su intencion por señas, q̄ por palabras. Estando en estas, y otras muchas razones, llegó vn Moro corriendo, y dixo a grandes bozes, que por las bardas, o paredes del jardin, auia saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobresaltose el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros, que a ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclauos suyos. Digo pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija, retirate a la casa, y encierrate en tanto q̄ yo voy a hablar a estos canes, y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en bué hora, y lleuete Ala có bié a tu tierra. Yo me incliné, y él se fue a buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començo a dar muestras de yrse donde su padre la auia mandado. Pero apenas él se encubrió con los arboles del

jardin,

Quarta parte de don

jardin, quando ella boluiendose a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Christiano, Amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Yo la respondi: Señora si, pero no en ninguna manera sinti: el primero luma me aguarda, y no te sobrefaltes quando nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien a todas las razones que entrambos passamos: y echandome vn braço al cuello, con desmayados passos començo a caminar hàzia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura q̄ os he contado, con vn braço al cuello, su padre que ya boluia de hazer yr a los Turcos, nos vio de la suerte y manera que yuamos, y nosotros vimos que el nos auia visto: pero Zorayda aduertida, y discreta, no quiso quitar el braço de mi cuello, antes se llegó mas a mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando vn poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaua: y yo ansi mismo di a entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo a donde estauamos, y viendo a su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia: pero como ella no le respondiessse, dixo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitandola del mio, la arrimò a su pecho: y ella dando vn suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Christiano, Amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa hija que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los

y los Turcos ya son ydos: no te sobrefalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobrefaltaron como has dicho, dixeyo a su padre: mas pues ella dize que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quedate en paz, y con tu licencia boluer, si fuere menster, por yeruas a este jardin, que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, que en el. Todas las que quisieres podras boluer, respondió Aguimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enjoauan, sino que por dezir que los Turcos se fuesen, dixo que tu te fueses, o porque ya era hora, que buscastes tus yeruas. Con esto me despedi al punto de entrambos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con achaque de buscar las yeruas, rodee muy bien, y a mi plazer todo el jardin. Mirè bien las entradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto auia passado al Renegado, y a mis compañeros. Y ya no veia la hora de verme gozar sin sobrefalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se passò, y se llegò el dia y plazo de nosotros tan deseado: y siguiendo todos el orden y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes auiamos dado, tuuimos el buen suceso que deseauamos. Porque el Viernes, que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en

el

Quarta parte de don

el jardin Morrenago al anochecer, dio fondo con la barca casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaua: ya los Christianos que auian de bogar el remo, estauan prevenidos, y escondidos por diuersas partes de todos aquellos alrededores. Todos estauan suspensos y alborozados, aguardandome, deslecosos ya de enuestir con el baxel, que a los ojos tenian: porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensauan que a fuerça de braços auian de auer y ganar la libertad, quitando la vida a los Moros que dentro de la barca estauan. Sucedió pues, que assi como yo me mostre, y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya a tiempo que la ciudad estaua ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuimos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, o rendir primero a los Moros vagarinos, que bogauan el remo en la barca. Y estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro renegado, diziendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estauan descuydados, y los mas de ellos durmiendo. Diximosle en lo que reparauamos, y el dixo, que lo que mas importaua, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Parecionos bien a todos lo que dezia, y assi sin detenernos mas, haziendo el la guia llegamos al baxel, y saltando el dentro primero metio mano a vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueua de aqui,
sino

fino quiere que le cueste la vida. Ya a este tiempo auian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera a su Arracz, quedaron espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas, o casi ningunas tenian, se dexaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron, amenazando a los Moros, que si alçauan por alguna via o manera la voz, que luego al punto los passarian todos a cuchillo. Hecho ya esto, quedandose en guardia dellos la mitad de los nuestros: los que quedauamos, haziendonos assi mismo el renegado la guia, fuymos al jardin de Agui-morato, y quiso la buena suerte, que llegando a abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada no estuuiera, y assi con gran quietud y silencio llegamos a la casa sin ser sentidos de nadie. Estaua la bellissima Zorayda aguardandonos a vna ventana, y assi como sintio gente, preguntò con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, o preguntara, si eramos Christianos? Yo le respondi, que si, y que baxasse. Quando ella me conocio, no se detuvo vn punto, porque sin respòderme palabra, baxó en vn instante: abrio la puerta, y mostrose a todos tan hermosa, y ricamente vestida que no lo aciero a encarecer: luego q̄ yo la vi le tomè vna mano, y la coméce a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas: y los demas que el caso no sabian hizieron lo que vieron q̄ nosotros haziamos, q̄ no parecia sino q̄ le dauamos las gracias, y la reconociamos por señora de n̄ra libertad.

Quarta parte de don

El Renegado le dixo en lengua Morisca, si estaua su padre en el jardin? Ella respondió, que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el Renegado, y lleuarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor este hermoso jardin. No dixo ella, a mi padre no se ha de tocar en ningún modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo lleuo, que es tanto, que bien aura para que todos quedeys ricos, y contentos: y esperaros vn poco y lo vereys. Y diziendo esto, se boluio a entrar, diziendo, que muy presto bolueria, que nos estuiessemos quedos, sin hazer ningún ruido. Preguntele al Renegado, lo que con ella auia pasado, el qual me lo conto, a quien yo dixé, que en ninguna cosa se auia de hazer mas de lo que Zorayda quisiesse. La qual ya que boluia cargada con vn cofrezillo lleno de escudos de oro, tantos, que a penas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiesse el ruido que andaua en el jardin, y assomandose a la ventana, luego conoció que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas, grandes y desafortadas bozes, comenzó a dezir en Aruigo, Christianos, Christianos, ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estuamos, y lo mucho que le importaua salir con aquella empresa, antes de ser fentido, con grandissima presteza subio donde Agumorato estaua, y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osè desamparar a la Zorayda, que como desmayada se

auia

auia dexado caer en mis brazos: en resolucion los q̄
subieron se dieron tan buena maña, que en vn mo-
mento baxaron con Agimorato, trayendole atadas
las manos, y puesto vn pañizuelo en la boca, que
no le dexaua hablar palabra, amenazandole que el
hablarla le auia de costar la vida. Quando su hija le
vio, se cubrió los ojos por no verle, y su padre que-
dò espantado, ignorando quã de su voluntad se auia
puesto en n̄ras manos. Mas entõces siẽdo mas neces-
sarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusi-
mos en la barca, que ya los que en ella auian que-
dado nos esperauan, temerosos de algun mal suce-
so nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la
noche quando ya estauamos todos en la barca, en
la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de
las manos, y el paño de la boca: pero tornole a de-
zir el renegado, que no hablasse palabra, que le qui-
tarian la vida: el como vio alli a su hija començo a
suspirar ternissimamente, y mas quãdo vio que yo
estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin de-
fender, quejarse, ni esquiarse, se estaua queda pe-
ro cõ todo esto callaua, porque no pudiesen en efe-
to las muchas amenazas que el renegado le hazia.
Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que que-
riamos dar los remos al agua, y viendo alli a su pa-
dre, ya los demas Moros que atados estauan, le di-
xo al renegado, que me dixesse le hiziesse merced
de soltar a aquellos Moros, y de dar libertad a su pa-
dre, porque antes se arrojaria en la mar que ver de-
lãte de sus ojos, y por causa suya llevar cautiuo a vn
padre que tanto la auia querido. El renegado me lo
dixo, y yo respondi, que era muy contento: pero el

Quarta parte de don

respondio, que no conuenia, a causa que si alli los dexauan apellidarian luego la tierra, y alborotariã la ciudad, y serian causa que salieffen a buscarlos cõ algunas fragatas ligeras, y les tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudieffemos escaparnos, que lo que se podria hazer, era darles libertad en llegando a la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos mouian a no hazer luego lo que queria: tambien se faiso, y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada vno de nuestros valientes remeros tomò su remo, y començamos, encomendandonos a Dios de todo coraçon, anauegar la buelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca: pero a causa de soplar vn poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra, a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nãa, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel: y assi mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario vienen con mercancia de Tetuan, aunque cada vno por si, y por todos jutos presumiamos de que si se encõtraua galeora de mercancia, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas seguridad pudieffemos acabar nuestro viaje. Y ua Zorayda, en tanto que se nauegaua, puesta la cabeça entre mis manos, por no ver a su padre, y sentia yo que yua llamando a Le-
la

la Marien, que nos ayudasse. Bien auriamos nauegado treynta millas, quando nos amanecio, como tres tiros de arcabuz desuiados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriese, pero con todo esso nos fuymos a fuerça de braços entrando vn poco en la mar, que ya estaua algo mas sossegada, y auiendo entrado casi dos leguas, diose orden que se bogasse a quarteles en tanto que comiamos algo, que yua bien proueyda la barca, puesto que los que bogauan dixeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diessen de comer los que no bogauan, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose ansi, y en esto començò a soplar vn viento largo que nos obligò a hazer luego vela, ya dexar el remo, y endereçar a Oran por no ser posible poder hazer otro viaje: todo se hizo con mucha presteza, y assi a la vela nauegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuesse. Dimos de comer a los Moros vagarnos, y el renegado les consolò, diziendoles como no yuan cautiuos, que en la primera ocasion les darian libertad: lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino, o Christianos, mas el darmel libertad, no me tengais por tan simple, que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela para boluerla tan liberalmente, especialmente sabiendo quié soy yo, y el interese que se os puede seguir de darmela, el qual interese si

Quarta parte de don

le quereys poner nõbre desde aqui os ofrezco todo aquello que quisieredes por mi, y por essa desdichada hija mia, o sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo esto, començò a llorar tan amargamente, que a todos nos mouio a compafsion, y forçò a Zorayda, que le mirasse, la qual viendole llorar afsi se enternecio, q se leuantò de mis pies, y fue a abraçar a su padre, y juntando su rostro con el suyo, començarò los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí yuamos le acompañamos en el: pero quando su padre la vio adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: Que es esto hija, q ayer al anocheçer, antes que nos sucedieffe esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caseros vestidos, y agora sin que ayas tenido tiempo de vestirte, y sin auerte dado alguna nueua alegre de solenizalle con adornarte, y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas favorable? Respondeme a esto, que me tiene mas suspenso, y admirado, que la misma desgracia en que me hallo? Todo lo que el Moro dezia a su hija, nos lo declaraua el renegado, y ella no le respondia palabra: pero quando el vio a vn lado de la barca el cofrezillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia el bien que le auia dexado en Argel, y no traydole al jardin, quedò mas confuso, y preguntole que como aquel cofre auia venido a nuestras manos, y que era lo que venia dentro? A lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiesse, le respondió: No te canfes señor en preguntar

rar a Zorayda tu hija tantas cosas, porque con vna que yo te responda te satisfare a todas: y afsi quiero, que sepas que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiuerio: ella va aqui de su voluntad tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado, como el q̄ sale de las tinieblas de la luz de la muerte a la vida, y de la pena a la gloria. Es verdad lo que este dize hija, dixo el Moro? Afsi es, respondió Zoraida. Que en efeto, replicó el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondió Zorayda: La que es Christiana yo soy: pero no la que te ha puesto en este punto, porque nūca mi desseo se estredio a dexarte, ni a hazerte mal, sino a hazerme a mi bié. Y que bien es el que te has hecho hija? Efsó, respondió ella, preguntafelo tu a Lela Marien, que ella te lo sabra dezir mejor que no yo. Apenas huuo oydo esto el Moro, quando con vna increíble presteza se arrojò de cabeça en la mar, dõ de sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo, y embaraçoso que traya nõ le entretuuiera vn poco sobre el agua. Dio bozes Zorayda que le sacafsen, y afsi acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto hazia sobre el vn tierno, y doloroso llanto. Boluimosle boca abaxo, boluiò mucha agua: tornò en si alcabo de dos horas, en las quales auriendose trocado el viento nos conuino bol-

Quarta parte de don

uer hàzia tierra, y hazer fuerça de remos por no enuestrir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos a vna cala que se haze al lado de vn pequeño promótorio o cabo, que de los Moros es llamado el de la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mala muger Christiana, y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar estâ enterrada la Caua, por quien se perdio España: porque Caua en su lengua, quiere dezir muger mala, y Rumia Christiana, y aun tienen por mal agüero llegar alli a dar fondo, quando la necesidad les fuerça a ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado auia proveydo, y rogamos a Dios, y a nuestra Señora de todo nuestro coraçon que nos ayudasse, y fauoreciesse, para que felicemente dießemos fin a tan dicho principio. Diose orden a suplicacion de Zorayda como echassemos en tierra a su padre, y a todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le bastaua el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado a su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo assi al tiempo de la partida: pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuessen oydas del cielo, que en
nuestro

nuestro fauor luego boluio el viento tranquilo el mar, combidandonos a que tornassemos alegres a proseguir nuestro començado viaje. Viendo esto desatamos a los Moros, y vno a vno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando a desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaua en todo su acuerdo, dixo: Por que pensays Christianos que esta mala hembra huelga de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? no por cierto, sino que lo haze por el estoruo que le darà mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos: ni penseys que la ha mouido a mudar religiõ, entender ella que la vuestra a la nuestra se auentaja, sino el saber que en vuestra tierra se vsa la deshonestiad mas libremente que en la nuestra: y boluiendose a Zorayda, teniendole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algú desatino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mal aconsejada muchacha, adonde vas ciega, y desatinada en poder destos perros naturales enemigos nros. Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que lleuaua termino de no acabar tan presto, di priessa a ponelle en tierra, y desde alli a bozes prosiguió en sus maldiciones, y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Ala que nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quando por auernos hecho a la vela no podimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arran-

Quarta parte de don

carfe las barbas, meffarse los cabellos, y arrastrarfe por el suelo: mas vna vez esforçò la voz de tal manera que podimos entender que dezia: Buelue amada hija, buelue a tierra q̄ todo te lo perdono, entrega a estos hombres esse dinero que ya es suyo, y buelue a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexará la vida si tu le dexas. Todo lo qual escuchaua Zorayda, y todo lo sentia, y lloraua, y no supo dezirle, ni respondelle palabra, sino: Plega a Ala padre mio, que Lela Marié, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Ala sabe bien, que no pude hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deuen nada a mi voluntad, pues aunque quifiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priessa que me daua mi alma a poner por obra esta q̄ a mi me parece tan buena, como tu padre amado la juzgas por mala. Esto dixo a tiempo que ni su padre la oya, ni nosotros ya le veyamos: y afsi consolando yo a Zorayda atendimos todos a nuestro viaje, el qual nos le facilitaua el proprio viento, de tal manera, que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas vezes, o núnca viene el bié puro, y sézillo sin ser acompañado, o seguido de algun mal que le turbe o sobresalte, quiso nuestra aventura, o quíça las maldiciones que el Moro a su hija auia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo, que estando ya engolfados, y fiendo

do ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porq̄ el prospero viento nos quitaua del trabajo de auerlos menester con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros vn baxel redondo que con todas las velas tentidas, lleuando vn poco a orça el timon delante de nosotros atraueflaua, y esto tan cerca que nos fue forçoso amaynar por no enuestirle, y ellos asimismo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que passassemos: auianse puesto a bordo del baxela preguntarnos quien eramos, y adonde nauagauamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro renegado: Ninguno respõda, porque estos sin duda son cofarios Franceses, que hazen a toda ropa: por este aduertimiento ninguno respondió palabra, y auiendo passado vn poco delante, que ya el baxel quedaua sotauento de improuiso soltarõ dos piezas de artilleria, y a lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con vna cortarõ nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza vino a dar la vela en mitad de nuestra barca, de modo que la abrio toda sin hazer otro mal alguno: pero como nosotros nos vimos yr a fondo, començamos todos a grandes bozes a pedir socorro, y a rogar a los del baxel que nos acogiesen, porque nos auagauamos: amaynarõ entõces, y echando el esquiife o barca a la mar, entraron en el hasta doze Frances-

Quarta parte de don

ses bien armados con sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y afsi llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia nos recogieron, diziendo, que por auer vsado de la descortesia de no respondelles nos auia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con el en la mar sin que ninguno echasse de ver en lo que hazia: en resolucion todos passamos con los Franceses, los quales despues de auerse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teniamos, y a Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que trahia en los pies, pero no me daua a mi tanta pesadumbre la que a Zorayda dauan, como me la daua el temor que tenia de que auian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaua, pero los desseos de aquella gente no se estienden a mas que al dinero, y desto jamas se vee harta su codicia, lo qual entonces llegò a tanto, que aun hasta los vestidos de cautiuos nos quitaran si de algun prouecho les fueran: y huuo parecer entre ellos de que a todos nos arrojasen a la mar embueltos en vna vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos lleuauan viuos serian castigados sien-

do

do descubierto su hurto, mas el Capitan que era el que auia despojado a mi querida Zorayda, dixo que el se contentaua con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino passar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiesse, y yrse a la Rochela de donde auia salido, y assi tomaron por acuerdo de darnos el esquite de su nauio, y todo lo necessario, para la corta nauegacion que nos quedaua, como lo hizieron otro dia, ya a vista de tierra de España, con la qual vista, todas nuestras pesadumbres, y pobreza se nos olvidaron de todo punto, como si no huuieran passado por nosotros tanto es el gusto de alcançar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitan mouido no se de que misericordia al embarcarse la hermosissima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos, que ahora tienen puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hazian, mostrandonos mas agradecidos que quexosos: ellos se hizieron a lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar a otro Norte, que a la tierra que se nos mostraua delante, nos dimos tanta pricessa a bogar, que al poner del
Sol

Quarta parte de don

Sol estauamos tan cerca, que bien pudieramos a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche, pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estauamos, no nos parecio cosa segura enuestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecia, diciendo, que diessemos en ella, aunque fuesse en vnas peñas, y lexos despoblado, porque assi assegurariamos el temor que de razon se deuia tener, que por alli anduuiessen baxeles de cofarios de Tectuan, los quales anohecen en Berberia, y amanecen en las Costas de España, y hazen de ordinario presa, y se bueluen a dormir a sus casas: pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fue, que nos llegassemos poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediesse, desembarcassemos donde pudiessemos. Hizose assi, y poco antes de la media noche seria, quando llegamos al pie de vna disformissima, y alta montaña, no tan junto al mar: que no concediesse vn poco de espacio, para poder desembarcar comodamente, enuestimos en la arena, salimos a tierra, besamos el suelo, y con lagrimas de muy alegrissimo contento, dimos todos gracias a Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable, que nos auia hecho: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tiramosla en tierra, y subimonos vn grandissimo trecho en la montaña, porque

aun alli estauamos, y aun no podiamos assegurar el pecho, ni acabauamos de creer que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amanecio mas tarde, a mi parecer, de lo quisieramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algun poblado se descubria, o algunas cabañas de pastores, pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra a dentro, pues no podria ser menos, sino que presto descubriessemos quien nos diese noticia della: pero lo q̄ a mi mas me fatigaua, era el ver yr a pie a Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le cansaua a ella mi cansancio, que la reposaua su reposo, y assi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomasse: y con mucha paciencia, y muestras de alegría lleuandola yo siempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos de auer andado, quando llegó a nuertos oydos el son de vna pequeña esquila, señal clara que por alli cerca auia ganado, y mirando todos con atencion si alguno le parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn pastor moço, que con grande reposo, y descuydo estaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos bozes, y el alçando la cabeça se puso ligeramente en pie, y a lo que despues supimos, los primeros que a la vista se le ofrecieron, fueron el renegado, y Zorayda, y como el los vio en habito de Moros, pensò que todos los de la Berberia estauan sobre el, y metiendose con estraña lijereza por el bósque adelante

Quarta parte de don

lante començò a dar los mayores gritos del mundo, diziendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas bozes quedamos todos confusos, y no sabiamos que hazernos, pero considerando que las bozes del pastor auian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la costa auia de venir luego a verlo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas del Turco, y se vistiesse vngilequelco, o casaca de cautiuo que vno de nosotros le dio luego, aunque se quedò en camisa, y asì encomendandonos a Dios fuymos por el mismo camino, que vimos que el pastor lleuaua, esperando siempre quando auia de dar sobre nosotros la caualleria de la Costa, y no nos engañó nuestro pensamiento porq̄ aun no aurian pallado dos horas, quando auiendo ya salido de aquellas malezas, avn llano descubrimos hasta cincuenta caualleros, que con gran ligereza corriendo a media rienda a nosotros se venian, y asì como los vimos nos estuuimos quedos aguardandolos, pero como ellos llegaren, y vieron en lugar de los Moros que buscauan, tanto pobre Christiano, quedaron confusos, y vno dellos nos preguntò si eramos nosotros a caso la ocasion, porque vn pastor auia apellidado al arma: Si, dixi yo, y queriendo començar a dezirle, mi succso, y de donde veniamos, y quien eramos: vno de los Christianos que con nosotros venian conocio al ginete que nos auia hecho la pregunta, y dixo sin dexarme a mi dezir mas palabra: Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conduxido, porque

si yo no me engaño, la tierra q̄ pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiuerio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos señor, que nos preguntays quien somos, soys Pedro de Bustamante tio mio: apenas huuo dicho esto el Christiano cautiuo, quando el ginete se arrojò del cauallo, y vino a abraçar al moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viuen: y Dios ha sido seruido de darles vida, para que gozen el plazer de verte: ya sabiamos que estauas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo que auays tenido milagrosa libertad. Assi es respondió el moço, y tiempo nos quedara para contaros lo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Christianos cautiuos, se apareó de sus cauallos, y cada vno nos combidaua con el suyo para lleuarnos a la ciudad de Velez Malaga, que legua y media de alli estaua. Algunos dellos boluieron a lleuar la barca a la ciudad, diziendoles dode la auiamos dexado: otros nos subieró a las ancas, y Zorayda fue en las del cauallo del tio del Christiano. Sallionos a recebir todo el pueblo, que ya de alguno que se auia adelantado sabiã la nueua de nãa uenida. No se admirauan de ver cautiuos libres, ni Moros cautiuos, porque toda la gente de aquella Costa esta hecha a ver a los vnos, y a los otros, pero admirauanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y sazon estaua en su punto, anfi con el cansancio del camino, como con la alegria
de

Quarta parte de don

de verfe ya en tierra de Christianos fin sobrefalto de perderfe, y esto le auia sacado al rostro tales colores, que fino es que la aficion entonces me engañaua, ofare dezir, que mas hermosa criatura no auia en el mundo, alomenos, que yo la huuielle visto. Fuymos derechos a la Iglesia a dar gracias a Dios por la merced recebida, y afsi como en ella entrò Zorayda, dixo que alli auia rostros que se parecian a los de Lela Mariè: diximòsle que eran imagines fuyas, y como mejor se pudo le dio el renegado a entender lo que significauan, para que ella las adorasse, como si verdaderamente fueran cada vna de dellas la misma Lela Mariè, q̄ la auia hablado: ella, que tiene buen entendimiento, y vn natural facil, y claro entendio luego quanto acerca de las imagenes se le dixo. Desde alli nos lleuaron, y repartierò a todos en diferentes casas del pueblo, pero al renegado, Zorayda y a mi nos lleuò el Christiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente erã acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como a su mismo hijo. Seys dias estuuiamos en Velez, alcabo de los quales el renegado hecha su informacion de quanto le conuenia, se fue a la ciudad de Granada a reducirse por medio de la Santa Inquifcion, al gremio santissimo de la Iglesia, los demas Christianos libertados se fueron cada vno donde mejor le parecio, solos quedamos Zorayda, y yo con solos los escudos que la cortesia del Frances le dio a Zorayda, de los quales comprè este animal en que ella viene: y firuiendola yo hasta agora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de

ver si mi padre es viuo, o si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por auerme hecho el cielo, compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudie ra venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener, de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueue a seruir la todo el tiempo de mi vida. Puesto que el gusto que tengo, de ver me suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y des haz e, no saber si hallaré en mi tierra algun rincón donde recogella, y si auran hecho el tiempo, y la muerte, tal mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos falran. No tengo mas señores que dezir os de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera auer os la contado mas breuemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circustancias me ha quitado de la lengua.

Capit. XLII. Que trata de lo que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.



ALLO en diziendo esto el cautiuo, a quien don Fernando dixo: Porcierto señor capitan, el modo con que auеys contado este estraño suceso, ha sido tal,

KK que

Quarta parte de don

que y guala a la nouedad, y estrañeza del mesmo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, que marauillan, y suspenden, a quien los oye. Y es de tal manera, el gusto q̄ hemos recebido, en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana, entre tenidos en el mesmo cuento, holgaramos que de nuevo se començara. Y en diziendo esto, don Antonio, y todos los demas, se le ofrecieron, có todo lo a ellos posible, para seruirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, q̄ el capitan se tuuo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofrecio don Fernando, que si queria boluerse có el, que el haria que el Marques su hermano, fuesse padrino del bautismo de Zorayda, y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudiesse entrar en su tierra, con el autoridad, y comodo, que a su persona se deuia. Todo lo agradecio cortesissimamente el cauiuo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegò a la venta vn coche, con algunos hombres de acuallo: pidieron posada, a quien la ventera respondio, que no auia en toda la venta, vn palmo desocupado. Pues aunque esso sea, dixo vno de los de acuallo, que auian entrado, no ha de faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la guespeda, y dixo: Señor lo que en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su merced del señor Oydor la trae, que si deue de traer, entre en buena hora, que yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar a su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero: pero a este tiempo, ya auia salido del coche vn hombre, que
en el

en el traje mostrò luego el oficio, y cargo q̄ tenia. Porq̄ la ropa luenga, cõ las mangas arrocadas, q̄ vestia, mostraron ser Oydor, como su criado auia dicho. Trahia de la mano a vna donzella, al parecer de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que a todos puso en admiraciõ su vista. De suerte, que a no auer visto a Dorotea, y a Lusinda, y Zorayda, que en la venta estauan, creyeran que otra tal hermosura, como la desta donzella, dificilmente pudiera hallarle. Hallo se don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella, y asì como le vio, dixo: Seguramẽte puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no de lugar a las armas, y a las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalid, a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced, en esta fermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y deuidirse, y abaxarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este parayso, que aqui hallarà estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo. Aqui hallarà las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedò el Oydor, del razonamiento de don Quixote, a quien se puso a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornò a admirar de nueuo, quando vio delante de si a Lusinda, Dorotea, y a Zorayda, que a las nueuas de los nueuos guespedes, y a las que la

Quarta parte de don

venterales auia dado, de la hermosura de la donzella, auian venido a verla, y a recibirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el cura, le hizieron mas llanos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oydor entrò confuso, assi de lo que veyá, como de lo que escuchaua, y las hermosas de la venta, dieron la bien llegada a la hermosa donzella. En resolución, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estaua. Pero el talle, visage, y la apostura de don Quixote, le desatinaua: y auiendo passado entre todos cortesanes ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estaua ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camarachon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fue contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuesse conaquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor trahia, se acomodaron aquella noche, mejor de lo que pensauan. El cautiuo, que desde el punto que vio al Oydor, le dio saltos el corazón, y barruntos, de que aquel era su hermano, preguntò a vno de los criados, que con el venian, que como se llamaua, y si sabia de que tierra era? El criado le respondió, que se llamaua, el Licenciado Iuan Perez de Viedma, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las Montañas de Leon. Con esta relación, y con lo que el auia visto, se acabò de confirmar, de que aquel era su hermano, que auia seguido las letras, por consejo de su padre. Y alborotado, y contento, llamando a parte a don Fernando,

a Cardenio, y al cura, les contó lo que passaua, certificádoles, que aquel Oydor era su hermano. Auia dicho tambien el criado, como yua proueydo por Oydor a las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella donzella era su hija, de cuyo parto auia muerto su madre, y que el auia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaua, o le recibia con buenas entrañas. Dexeseme a mi el hazer essa experiencia, dixo el cura, quanto mas que no ay pensar, sino que vos señor capitán fereys muy bien recibido. Porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el capitán, yo querria no de improuiso, sino por rodeos, darmele a conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaua adereçada la cena, y todos se sentaron a la mesa, eceto el cautiuo, y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el cura: Del mesmo nóbre de vuestra merced, señor Oydor, tuue yo vna camarada en Constantinopla, donde estuue cautiuo algunos años. La qual camarada, era vno de los valientes soldados, y capitanes, que auia en toda la infanteria Española. Pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse capitán señor mio, preguntó el Oydor? Llamauase, respondió el cura, Ruy-

Quarta parte de don

pérez de Viedma, y era natural de vn lugar de las Montañas de Leon. El qual me contó vn caso, que su padre con sus hermanos le auia sucedido, que a no contrafelo vn hombre tan verdadero como el, lo tuuiera por conseja, de aquellas que las viejas cuentan el inuierno al fuego. Porque me dixo, que su padre auia diuidido su hazienda, entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y se yo de zir, que el que el escogio, de venir a la guerra, le auia sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor, y esfuerço, sin otro braço, que el de su mucha virtud, subio a ser capitán de infanteria, y a verse en camino, y predicamento, de ser presto Maestre de campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar, y tener buena, alli la perdio, con perder la libertad, en la felicissima jornada, donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes suceßos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino a Argel, donde se que le sucedio vno de los mas estraños casos, que en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el cura, y con breuedad sucinta, contó lo que con Zorayda, a su hermano auia sucedido. A todo lo qual, estaua tan atento el Oydor, que ninguna vez auia sido tan oydor como entonces. Solo llegó el cura al punto, de quando los Franceses despojaron a los Christianos que en la barca venian, y la pobreza, y necesidad en que su camarada, y la hermosa Mora auian quedado. De los quales, no auia sabido en que auian parado, ni si auian llegado a España, o lleuados los Franceses a Francia. Todo lo que el

cura

cura dezia, estava escuchando algo de alli desuiado el capitan, y notaua todos los mouimientos que su hermano hazia. El qual, viendo que ya el cura auia llegado al fin de su cuento, dando vn grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O señor, si supießedes las nueuas que me aueys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello, con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion, y recato, me salen por los ojos. Esse capitan tan valeroso que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos pensamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, escogio el honroso, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada, en la conseja que a vuestro parecer le oystes. Yo seguí el de las letras, en las quales, Dios, y mi diligencia, me han puesto en el grado q̄ me veys. Mi menor hermano, está en el Piru tan rico, q̄ con lo que ha embiado a mi padre, y a mi, ha satisfecho bié la parte que el se lleuò. Y aun dado a las manos de mi padre, con q̄ poder hartar su liberalidad natural. Y yo ansimesmo, he podido cõ mas decécia, y autoridad, tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en q̄ me veo. Viue aũ mi padre muriendo, cõ el desseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios cõ cõtinuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos, hasta q̄ el vea cõ vida a los de su hijo. Del qual me marauillo, siédo tan discreto, como en tãtos trabajos, y afficiones, o prosperos sucesos, se aya descuydado de dar noticia de si a su padre, q̄ si el lo supiera, o alguno de nosotros, no tuuiera necesidad de aguardar al milagro de la caña, para al-

Quarta parte de don.

cançar su rescate. Pero de lo que yo agora me temo es, de pensar si aquellos Franceses le auran dado libertad, o le auran muerto, por encubrir su hurto. Esto todo sera, que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, sino con toda melancolia, y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera agora donde estauas, que yo te fuera a buscar, y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa de los mios. O quien lleuara nueuas a nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de alli te sacara tus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermosa, y liberal, quien pudiera pagar el bien que a vn hermano hiziste, quien pudiera hallarse a renacer de tu alma, y a las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran. Estas, y otras semejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compassion, con las nueuas que de su hermano le auian dado, que todos los que le oyan, le acompañauan, en dar muestras del sentimiento, que tenian de su lastima. Viendo pues el cura, que tan bien auia salido con su intencion, y con lo que desseaua el capitán, no quiso tenerlos a todos mas tiempo tristes, y assi se leuanto de la mesa, y entrando donde estaua Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinieron, Lusinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el capitán a ver lo que el cura queria hazer, que fue, que tomándole a el, asimesmo de la otra mano, con entrambos a dos, se fue donde el Oydor, y los demas caualleros estaua, y dixo: Cessen señor Oydor vuestras lagrimas, y colmese vuestro desseo, de todo el bien que acertare a dessecarse, pues teneys delante a vuestro buen hermano,

mano, y a vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixen, los pusieron en la estrechez que veys, para que vos mostrays la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudio el capitan a abraçar a su hermano, y el le puso anchas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabò de conoçer, le abraçò tan estrechamente, derramando tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que presentes estauan, le vuieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos le dixeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pèrfarse, quanto mas escriuirse. Allí en breues razones, se dieron cuenta de sus sucessos, allí mostraron puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos, allí abraçò el Oydor a Zorayda, allí la ofrecio su hacienda, allí hizo que la abraçasse su hija, allí la Christiana hermosa, y la Mora hermosissima, renouaron las lagrimas de todos. Allí don Quixote estaua atento, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucessos, atribuyendolos todos a quimeras, de la andante caualleria. Allí concertaron, que el capitan, y Zorayda, se boluiesen con su hermano a Sevilla, y auisassen a su padre, de su hallazgo, y libertad. Para que como pudiesse, viniesse a hallarle en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor posible, dexar el camino que lleuaua, a causa de tener nuevas, que de allí a vn mes, partia flota de Sevilla, a la Nueva España, y fuerale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos, y alegres, del buen sucesso del cauano, y

Quarta parte de don

como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que de ella les quedaua. Don Quixote se ofrecio a hazer la guardia del castillo, porque de algun Gigãte, o otro mal andante follon, no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerraua. Agradecieron selo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta, del humor extraño de don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Pança se desesperaua, con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dira. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodadose, como menos mal pudieron, don Quixote se salio fuera de la venta, a hazer la centinela del castillo, como lo auia prometido. Succedio pues, que faltan lo poco por venir el alua, llegó a los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que les obligó a que todas le prestasen atento oydo. Especialmente Dorotea, que despierta estaua, a cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que ansi se llamaua la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era, la persona que tan bié cantaua, y era vna voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Vnas vezes les parecia que cantauan en el patio, otras que en la caualleriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegó a la puerta del aposento Cardenio, y dixo: Quien no duerme escuche, que oyran vna voz de vn moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Y alo oymos señor, respondió Dorotea. Y con esto se fue

fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion possible. Entendio que lo que se cantaua era esto.

Marinero soy de amor,
Y en su pielago profundo,
Nauego sin esperança,
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a vna estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella, y resplandeciente,
Que quantas vio Palinuro.
Yo no se adonde me guia,
Ya si nauego confuso,
El alma a mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el yso,
Son nuues que me la encubren,
Quando mas verla procuro.
O Clara, y luziente estrella,
En cuya lumbre me apuro,
Al punto que te me encubras,
Sera de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaua a este punto, le parecia a Dorotea, que no seria bien, que dexasse Clara de oyr.

Quarta parte de don

de oyr vna tan buena voz, y assi mouiendola a vna, y a otra parte, la despertò, diziendole: Perdoname niña, que te despierto, pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, que quiza auras oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soñolienta, y de la primera vez no entendio lo que Dorotea le dezia, y boluiendoselo a preguntar ella, se lo boluio a dezir, por lo qual estuuu a rentá Clara. Pero apenas vuo oydo dos versos, que el q cantaua yua prosiguiendo, quando le tomò vn temblor tan estraño, como si de algun graue accidente de quartana estuuiera enferma, y abraçandose estrechamente con Teodora, le dixo: Ay señora de mi alma, y de mi vida, para que me despertastes, que el mayor bien que la fortuna me podia hazer por aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver, ni oyr, a esse desdichado musico. Que es lo que dizes niña, mira que dizen que el que canta, es vn moço de mulas? No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que le tiene en mi alma, con tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le fera quitado eternamente. Admirada quedò Dorotea, de las sentidas razones de la muchacha, pareciendole que se auentajauan en mucho, a la discrecion que sus pocos años prometian. Y assi le dixo: Hablays de modo señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más, y dezidme, que es lo que dezis de alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digays nada por ahora, que no quiero perder por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo, de oyr al que cãta, que me parece que con nueuos versos, y nueuo tono, torna a su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y
por

por no oylle, se tapò con las manos entrambos oy-
dos, de lo que tambien se admirò Dorotea. La qual
estando atenta a lo que se cantaua, vio que prose-
guian en esta manera.

Dulce esperança mia,
Que rompiendo impossibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tu mesma te finges, y adereças,
No te desmaye el verte,
A cada passo junto al de tu muerte.
No alcançan perezosos
Honrados triunfos, ni victoria alguna,
Ni pueden ser dichosos,
Los que no contrastando a la fortuna,
Entregan desualidos,
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfias,
Tal vez alcançan impossibles cosas,
Y ansi aunque con las mias,
Sigo de amor las mas dificultosas,

No por

Quarta parte de don

No por esso rezelo,

De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aquí dio fin la voz, y principio a nuevos solloços Clara. Todo lo qual encendia el desseo de Dorotea, que desseaua saber la causa de tan suaue canto, y de tan triste lloro. Y así le boluio a preguntar, que era lo que le queria dezir denantes? Entonces Clara temerosa, de que Lusinda no la oyesse, abraçando estrechamente a Dorotea, puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguraméte podia hablar, sin ser de otre sentida. Y así le dixo: Este que canta señora mia, es vn hijo de vn cauallero, natural del Reyno de Aragon, señor de dos lugares, el qual uiuia frontero de la casa de mi padre, en la Corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa, con lienços en el inuierno, y zelosias en el verano, y no se lo que fue, ni lo que no, que este cauallero que andaua al estudio, me vio, ni se si en la Yglesia, o en otra parte: finalmente, el se enamorò de mi, y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas, y con tantas lagrimas, que yo le huue de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia, era vna, de juntarle la vna mano con la otra, dandome a entender, que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho, de que así fuera: como sola, y sin madre, no sabia có quien comunicallo, y así lo dexè estar, sin dalle otro fabor, sino era quando estaua mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alçar vn poco el lienço, o la zelosia, y dexarme ver toda, de lo que el hazia tanta fiesta, que daua señales de boluerse loco. Llegose

gose en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirselo. Cayò malo, a lo que yo entiendo, de pesadumbre, y assi el dia que nos partimos, nunca pude verle, para despedirme del, si quiera con los ojos. Pero acabo de dos dias que caminauamos, al entrar de vna posada, en vn lugar, vna jornada de aqui, le vi a la puerta del meson, puesto en abito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conoci-le, admireme, y alegreme: el me mirò a hurto de mi padre, de quien el siempre se esconde, quando atrauieffa por delante de mi, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y confidoro, que por amor de mi viene apie, y con tanto trabajo, muerome de pesadumbre, y a donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escarse de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merece, como lo vera vuestra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, q̄ es muy gran estudiante, y Poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, o le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, q̄ no he de poder viuir sin el. Esto es señora mia, todo lo q̄ os puedo dezir deste musico, cuya voz tãto os ha contentado, q̄ en sola ella, echareys biẽ de ver, q̄ no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como
yo os

Quarta parte de don

yo os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta sazón Dorotea, y esto besandola mil vezes: No digays mas digo, y esperad q̄ venga el nueuo día, q̄ yo espero en Dios, de encaminar de manera v̄os negocios, q̄ tengan el felice fin, que tan honestos principios merecé. Ay señora, dixo doña Clara, q̄ fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecera q̄ aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo hare por quáto ay en el mūdo. No querria, sino q̄ este moço se boluiesse, y me dexasse, quiça cō no velle, y con la gr̄a distancia del camino q̄ lleuamos, se me aliuiaria la pena que aora lleuo: aunq̄ se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprouechar bien poco: no se q̄ diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor q̄ le tengo, siēdo yo tan muchacha, y el tã muchacho, que en verdad q̄ creo, q̄ somos de vna edad mesma, y q̄ yo no tengo cumplidos diez y seys años, q̄ para el día de san Miguel q̄ vendra, dize mi padre que los cumpla. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quan como niña hablaua doña Clara, a quien dixo: Reposemos señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal me andaran las manos. Sossagaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grande silencio, solamente no dormian la hija de la vétera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que pecaua don Quixote, y que estaua fuera de la véta, armado, y a cauallo, haziendo la guarda, determinarō las dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues

Es pues el caso, que en toda la venta no auia ventana que saliesse al campo, sino vn agujero de vn pajaro, por donde echauan la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidonzellas, y viero que don Quixote estaua a cauallo, recostado sobre su lançon, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos suspiros, que parecia que con cada vno se le arrancaua el alma. Y assi mesmo oyeron que dezia con voz blanda, regalada, y amorosa: O mi señora Dulzinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archiuo del mejor donayre, deposito de la honestidad: y vltimadamente, idea de todo lo prouehoso, honesto, y deleytable que ay en el mundo, y que farà agora la tu merced? Si tendras por ventura las mientes en tu cautiuo cauallero, q̃ a tantos peligros por solo seruirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tu nueuas della, o Luminaria de las tres caras: quiça con embidia de la suya, la estàs aora mirando, que o passeandose por alguna galeria de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algun valcon, està considerando como, salua su honestidad, y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuytado coraçon padece, que gloria ha de dar a mis penas, que sosiego a mi cuytado: y finalmente, que vida a mi muerte, y q̃ premio a mis seruiçios. Y tu Sol, que ya deues de estar apriessa ensillando tus caualllos, por madrugar, y salir a ver a mi señora, assi como la veas, suplicote que de mi parte la saludes: pero guardate que al verla, y saludarla, no le des paz en el rostro, que tendre mas zelos de ti, que tu los tuuiste de aquella ligera ingrata, que tãto

Quarta parte de don

te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas de Peneo, q̄ no me acuerdo bien por donde corriste entonces, zeloso, y enamorado. A este punto llegaua entonces don Quixote, en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començo a cecear, y a dezirle: Señor mio, lle guese aca la vuestra merced, si es seruido. A cuyas señas, y voz boluio don Quixote la cabeça, y vio a la luz de la Luna, que entonces estaua en toda su claridad, como le llamauan del agujero, que a elle parecia ventana, y aun con rejas doradas, como conuiene que las tengan tan ricos castillos, como el se imaginaua que era aquella venta: y luego en el instante se le representò en su loca imaginacion, que otra vez como la passada, la donzella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaua a solicitarle: y con este pensamiento, por no mostrarse descortes, y desagradecido, boluio las riendas a Rozinante, y se llegó al agujero, y assi como vio a las dos moças, dixo: Lastima os tengo, hermosa señora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes, en parte dõde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza, de lo que no deueys dar culpa a este miserable andante cauallero, a quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad a otra, que aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays con significarme mas vuestros desleos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneys, hallays en mi

otra

otra cosa con que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de daros la en continente, si bien me pidieades vna guedeja de los cabellos de Medusa, que erã todos culebras: o ya los mesmos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor cauallero) dixo a este punto Maritornes. Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respondió don Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder deshogar con ella el grã desseo que a este agujero la ha traydo, tan a peligro de su honor, q̄ si su señor padre la huuiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso, respondió don Quixote, pero el se guardará bien desso, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole a Maritornes, q̄ sin duda dō Quixote daria la mano q̄ le auian pedido, y proponiendo en su pensamiēto lo que auia de hazer, se baxò del agujero, y se fue a la cauelleriza, dōde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y cō mucha presteza se boluio a su agujero, a tiempo que don Quixote se auia puesto de pies sobre la silla de Rozinante, por alcançar a la ventana enrejada, donde se imaginaua estar la ferida donzella, y al darle la mano, dixo: Tomad, señora, essa mano, o por mejor dezir, esse verdugo de los malhechores del mūdo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la be-

Quarta parte de don

seys, sino para que mireys la contestura de sus nervios, la trauazon de sus musculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de donde sacareys, q̄ tal deue de ser la fuerza del braço que tal manó tiene. Agora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo vna lazada corrediza al cabestro, se la echò a la muñeca, y baxandose del agujero, atò lo que quedaua al cerrojo de la puerta del pajar, muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte véngueys el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quixote, ya no las escuchaua nadie, porque assi como Maritornes le atò, ella, y la otra se fueron, muertas de risa, y le dexaron afido de manera, que fue imposible soltarfe. Estaua pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, metido todo el braço por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandissimo temor, y cuydado, q̄ si Rozinante se desuiaua a vn cabo, o a otro, auia de quedar colgado del braço, y assi no osaua hazer mouimiento alguno: puesto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar q̄ estaria sin mouerse, vn siglo entero. En resolucion, viendose don Quixote atado, y que ya las damas se auian ydo, se dió a imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamento, como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre si,
su

su poca discrecion, y discurso, pues auiendo salido tan mal la vez primera, de aquel castillo, se auia auenturado a entrar en el la segunda: siendo aduertimiento de caualleros andantes, que quando han prouado vna auentura, y no salido bien cõ ella, es señal que no està para ellos guardada, sino para otros, y asì no tienen necesidad de prouarla segunda vez. Con todo esto tiraua de su braço, por ver si podia soltarse, mas el estaua tan bien asido, que todas sus prueuas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraua con tiento, porque Rozinante no se mouièssè: y aunque el quisièra sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, o arrancarse la mano. Allí fue el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerça de encantamento alguno: allí fue el maldezir de su fortuna: allí fue el exagerar la falta que harla en el mundo su presència, el tiempo que allí estuuiesse encantado, que sin duda alguna se auia creydo que lo estaua. Allí el acordarse de nueuo, de su querida Dulzinea del Toboso: allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaua en aquel instante, de la madre que lo auia parido: allí llamò a los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen: allí inuocò a su buena amiga Virganda, que le socorrièssè: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado, y confuso, que bramaua como vn toro, porque no esperaua el, que cõ el dia se remediaria su cuyta, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado: y haziale creer esto, ver que Rozinante, poco, ni mucho se mouia;

Quarta parte de don

y creía que de aquella suerte, sin comer, ni beuer, ni dormir, auia de estar el, y su cauallo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañoso mucho en su creencia, porque a penas comenzó a amanecer, quando llegaron a la venta, quatro hombres de a cauallo, muy bien puestas, y adereçados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estaua cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por don Quixote, desde donde aun no dexaua de hazer la centinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, o escuderos, o quien quiera que seays, no teneys para que llamar a las puertas deste castillo, que a saz de claro está, que a tales horas, o los que estan dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el Sol esté tendido por todo el suelo: desuiaos a fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o castillo es este, dixo vno, para obligarnos a guardar estas ceremonias: si soys el ventero mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar ceuada a nuestras caualgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Pareceos caualleros que tengo yo talle de ventero, respondió don Quixote? No se de que teneys talle, respondió el otro, pero se que dezis disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es replicò don Quixote, y aun de los mejores de toda esta prouincia: y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeça. Mejor fuera al reues, dixo el

caminan-

caminante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano: y será, si a mano viene, que deue de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener a menudo essas coronas, y cetros que dezis: porque en vna venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojã personas dignas de corona, y cetro. Sabey poco del mundo, replicò don Quixote, pues ignorays los casos q̄ suelen acòtecer en la caualleria andãte. Cãfauanse los cõpañeros q̄ con el preguntante veniã, del coloquio q̄ con don Quixote passaua, y assi tornaron a llamar cõ grande furia, y fue de modo, q̄ el ventero despertò, y aũ todos quantos en la veta estauã, y assi se leuantò a pregũtar quien llamaua. Succedio en este tiempo, q̄ vna de las caualgaduras en q̄ venian los quatro q̄ llamauan, se llegó a oler a Rozinante, q̄ melancolico, y triste, con las orejas caydas, sostenia sin mouerse, a su estirado señor, y como en fin era de carne, aũ q̄ parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar a oler a quiẽ le llegaua a hazer caricias: y assi no se huuo mouido tãto quãto, quãdo se desuiaron los juntos pies de dõ Quixote, y resbalando de la silla, dierã con el en el suelo, a no quedar colgado del braço: cosa q̄ le causò tanto dolor, q̄ creyò, o que la muñeca le cortauan, o que el braço se le arrãcaua, por q̄ el quedò tã cerca del suelo, q̄ con los extremos de las puntas de los pies, besaua la tierra, q̄ era en su perjuizio, por q̄ como sentia lo poco q̄ le faltaua para poner las plãtas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia, por alcançar al suelo: biẽ assi como los q̄ estan en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, q̄ ellos mesmos son causa de

Quarta parte de don

acrecentar su dolor, con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa, que con poco mas que se estiren llegaràn al suelo.

*Cap. XLVIII. Donde se prosiguen los inanditos
sucessos de la venta.*

EN Efeto, fueron tantas las voces que don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despavorido, a ver quien tales gritos daua: y los que estauan fuera hizierõ lo mesmo. Maritornes, q̄ ya auia despertado a las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desatò, sin que nadie lo viesse, el cabestro que a don Quixote sostenia, y el dio luego en el suelo, a vista del ventero, y de los caminantes, que llegãdose a el le preguntaron, que tenia, que tales voces daua? El sin responder palabra, se quitò el cordel de la muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Rozinante, embragò su adarga, enristrò su lançon, y tomando buena parte del campo, boluio a medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dè licencia para ello, yo le desmièto, le rieto, y desafio a singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes, de las palabras de don Quixote, pero el ventero les quitò de aquella admiracion, diziendoles, que era don Quixote, y que no auia que hazer caso del, porque estaua fuera de juyzio. Preguntaronle al ventero, si a caso auia
llegado

llegado a aquella venta vn muchacho, de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mesmas que trahia el amante de doña Clara. El ventero respondió, que auia tanta gente en la venta, que no auia echado de ver en el que preguntauan. Pero auiendo visto vno dellos el coche donde auia venido el Oydor, dixo: Aquí deue de estar sin duda, porque este es el coche que el dizen que sigue: quedese vno de nosotros a la puerta, y entren los demas a buscarle: y aun sería bié, que vno de nosotros rodeasse toda la venta, porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Así se hara, respondió vno dellos, y entrándose los dos dentro, vno se quedó a la puerta, y el otro se fue a rodear la venta: todo lo qual veía el ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyo que buscauan aquel moço, cuyas señas le auian dado. Ya a esta sazón aclaraua el día, y así por esto, como por el ruydo que don Quixote auia hecho, estauan todos despiertos, y se leuantauan, especialmente doña Clara, y Dorotea, que la vna con sobresalto de tener tan cerca a su amante, y la otra con el desseo de verle, auian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazia caso del, ni le respondian a su demanda, moria y rabiaua de despecho, y saña: y si el hallara en las ordenanças de su caualleria, que licitamente podia el cauallero andante, tomar, y emprender otra empresa, auiendo dado su palabra, y se, de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que auia prome-

Quarta parte de don

tido, el enuistiera con todos, y les hiziera responder mal de su grado. Pero por parecerle no conuenirle, ni estarle bien començar nueua empresa, hasta poner a Micomicona en su Reyno, huuo de callar, y estarse quedo, esperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno de los quales hallò al mancebo que buscava, durmiendo al lado de vn moco de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre le trauò del braço, y le dixo: Por cierto señor don Luys, que responde bien a quien vos soys el habito que teney: y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os criò. Limpiose el moço los soñolientos ojos, y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibio tal sobresalto, que no acertò, o no pudo hablarle palabra por vn buen espacio: y el criado prosiguió, diziendo: Aqui no ay que hazer otra cosa, señor don Luys, sino prestar paciencia, y dar la buelta a casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre, y mi señor la de al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo don Luys, que yo venia este camino, y en este traje? Vn estudiante, respondió el criado, a quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubrio, mouido a lastima, de las que vio que hazia vuestro padre, al punto que os echò menos, y así despachò a quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui a vuestro seruicio, mas contentos de lo q̄ imaginar se puede, por el buè despacho

cho con que tornaremos, lleuando os a los ojos que tanto os quieren. Eſto ſerà como yo quiſiere, o como el cielo lo ordenare, reſpondio don Luys. Que aueys de querer, o q̄ ha de ordenar el cielo, fuera de conſentir en bolueros, porque no ha de ſer poſſible otra coſa? Todas eſtas razones q̄ entre los dos paſſauan, oyó el moço de mulas, junto a quien don Luys eſtaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo q̄ paſſaua a don Fernando, y a Cardenio, y a los demas, q̄ ya veſtido ſe auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don a aquel muchacho, y las razones que paſſauan, y como le queria boluer a caſa de ſu padre, y el moço no queria: y con eſto, y con lo que del ſabian de la buena voz q̄ el cielo le auia dado, vieron todos en gran deſſeo de ſaber mas particularmente quié era, y aũ de ayudarle, ſi alguna fuerça le quiſieſſen hazer, y aſſi ſe fueron hàzia la parte dō de aun eſtaua hablando, y porſiando con ſu criado. Salia en eſto Dorotea de ſu apoſento, y tras ella doña Clara, toda turbada: y llamãdo Dorotea a Cardenio a parte, le cõtò en breues razones la hiſtoria del muſico, y de doña Clara: a quié el tambié dixo lo q̄ paſſaua, de la venida a buſcarle los criados de ſu padre, y no ſe lo dixo tan callando, q̄ lo dexaſſe de oyr Clara, de lo q̄ quedò tan fuera de ſi, q̄ ſi Dorotea no llegara a tenerla, diera cõ ſigo en el ſuelo. Cardenio dixo a Dorotea, q̄ ſe boluieſſen al apoſento, q̄ el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya eſtauan todos los quatro q̄ venian a buſcar a dō Luys dentro de la veta, y rodeados del, perſuadiendole, q̄ luego ſin detenerſe vn punto, boluieſſe a cõſolar a ſu padre. El reſpondio, q̄ en ninguna manera

lo

Quarta parte de don

lo podía hazer, hasta dar fin a vn negocio en que le yua la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diziendole, que en ningun modo boluerian sin el, y que le lleuariã, quisieste, o no quisieste. Effeno no hareys vosotros, replicò don Luys, sino es lleuandome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleueys, serà lleuarme sin vida. Ya a esta sazón auian acudido a la porfia, todos los mas que en la venta estauan, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y don Quixote, que ya le pareció q̄ no auia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del moço, preguntò a los que lleuarle querian, que que les mouia a querer lleuar contra su voluntad aquel muchacho? Mueuenos, respondió vno de los quatro, dar la vida a su padre, que por la ausencia deste cauallero, queda a peligro de perderla. A esto dixo don Luys: No ay para q̄ se de cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y boluere, si me diere gusto, y fino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Hara se la auuestra merced la razón, respondió el hombre, y quando ella no bastare con V. m. bastará con nosotros para hazer a lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto, de rayz, dixo a este tiempo el Oydor. Pero el hombre q̄ lo conocio, como vezino de su casa, respondió: No conoce V. m. señor Oydor a este cauallero; q̄ es el hijo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el habito tan indecente a su calidad, como V. m. puede ver? Miróle entõces el Oydor, mas atetamete, y conocióle, y abraçadole, dixo: Que niñerías son estas señor dõ Luys,
o que

o que causas tan poderosas, que os ayan mouido a venir desta manera, y en este trage, que dize tã mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las la grimas a los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se soffegassen, que todo se haria bien, y tomãdo por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le preguntò, que venida auia sido aquella? Y en tãto que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes voces a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes q̄ aquella noche auian alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuiã, mas el ventero que atendia mas a su negocio que a los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les aseò su mala intencion con tales palabras, que les mouio a que le respondiessen con los puños: y asì le començaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuuo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera, y su hija, no vieron a otro mas desocupado para poder socorrerle, que a don Quixote, a quien la hija de la ventera, dixo: Socorra vuestra merced, señor cauallero, por la virtud que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hõbres le estan moliendo como a cibera. A lo qual respondió don Quixote muy de espacio, y con mucha flema: Hermosa dõzella, no ha lugar por aora vuestra peticiõ, porq̄ estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima a vna en que mi palabra me ha puesto: mas lo que yo podre hazer por seruiros, es lo que aora dirè: Corred, y dezid a vuestro padre, que se entretèga en essa batalla

Quarta parte de don

lo mejor que pudiere, y que no se dexé vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licēcia a la Princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuyta, q̄ si ella me la da, tened por cierto q̄ yo le sacaré della. Pecadora de mi, dixo a esto Maritornes, que estaua delante: primero que V. m. alcance essa licencia que dize, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió don Quixote, que como yo la tenga, poco hara al caso que el esté en el otro mundo, q̄ de alli le sacaré, a pesar del mismo mundo que lo contradiga: o por lo menos, os dare tal vengança de los que alla le huieren embiado, que que deys mas que medianamente satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole cō palabras cauallerescas, y andantescas, que la su grãdeza fuessè seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mengua. La Princesa se la dio de buen talante: y el luego, abraçando su adarga, y poniendo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via trahian los dos huespedes a mal traer al ventero, pero afsi como llegó embaçò, y se estuuò quedò, aunque Maritornes, y la ventera, le dezian, que en que se detenia, que socorriessè a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada contra gente escuderil: pero llamadme aqui a mi escudero Sancho, que a el toca, y atañe esta defensa, y vengança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauan las puñadas, y moxicones muy en su punto, todo en daño del

del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperauan de ver la cobardia de don Quixote, y de lo mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltará quien le socorra, o sino sufra, y calle el que se atreue a mas de a lo que sus fuerças le prometen, y boluamonos atras cincuenta passos, a ver que fue lo que don Luys respondió al Oydor, que le dexamos a parte, preguntandole la causa de su venida a pie, y de tan vil trage vestido: a lo qual el moço, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaua el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señora doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi volütad: y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla, donde quiera que fuesse, como la facta al blanco, o como el marinero al Norte. Ella no sabè de mis desfeos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, sabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureys a hazerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo: q̄ si mi padre, lleuado de otros disgnios suyos, no gustare deste biẽ q̄ yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, q̄

las

Quarta parte de don

las humanas voluntades. Callò en diziendo esto el enamorado mancebo: y el Oydor quedò en oyrle, suspenso, confuso, y admirado, afsi de auer oydo el modo y la discrecion con que don Luys le auia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y afsi no respondió otra cosa, sino que se soslegasse por entonces, y entretuuiesse a sus criados, que por aquel dia no le boluiesse, porque se tuuiesse tiempo para considerar lo que mejor a todos estuuiesse. Besole las manos por fuerza, don Luys, y aun se las bañò con lagrimas, cosa q̄ pudiera enternecer vn coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto, ya auia conocido quan bien le estaua a su hija aquel matrimonio: pues ro que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luys, del qual sabia, q̄ pretendia hazer de titulo a su hijo. Ya a esta sazón estauan en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de don Quixote, mas que por amenazas, le auian pagado todo lo que el quiso, y los criados de don Luys aguardauan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su amo: quando el demonio que no duerme, ordenò, que en aquel mesmo puntò entrò en la venta el Barbero a quien don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno que trocò cò los del suyo: el qual Barbero, lleuando su jumento a la caualleriza vio a Sancho Pança, que estaua adereçando no se que de la albarda, y afsi como la vio la conocio, y se atreuio a arremeter a Sancho, diziendo: A don ladrò, que aqui os tengo, venga mi vazia,
y mi

y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vio acometer tan de improuiso, y oyò los vituperios que le dezian, con la vna mano asio de la albarda, y con la otra dio vn moxicon al barbero, que le bañò los dientes en sangre: pero no por esto dexò el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pèdencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazièda me quiere matar este ladrò salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, q yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quixote estos despojos. Ya estaua don Quixote delante con mucho contento de ver quã bien se defendia, y ofendia su escudero, y tuuole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su coraçon de armalle cauallero en la primera ocasion que se le ofreciesse, por parecerle que seria en el bien empleada la ordè de la caualleria. Entre otras cosas que el barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino a dezir: Señores asì esta albarda es mia, como la muerte que deuo a Dios, y asì la conozco, como si la huuiera parido, y ahì està mi asno en el establo, que no me dexara mentir, sino prueuensela, y sino le viniere pintiparada, yo quedarè por infame: y ay mas, q el mismo dia q ella se me quitò, me quitaron tambien vna bazia de aço far nueva que no se auia estrenado, que era señora de vn escudo. Aqui no se pudo contener dõ Quixote sin responder, y ponièdofe entre los dos, y apartãdoles, depositãdo la albarda en el suelo, q la tuuiesse de manifesto hasta que la verdad se aclarasse, dixo:

Quarta parte de don

Porq̄ veã vuestras mercedes clara, y manifiestamēte el error en q̄ está este buen escudero, pues llama bazia a lo que fue, es, y serà, y elmo de Mambrino, el qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize señor del có legitima, y licita possessiõ: en lo del albarda no me entremeto, q̄ lo q̄ en ello sabre dezir, es, q̄ mi escudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaezes del cauallo deste vécido couarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y el los tomò, y de auerse cõuertido de jaez en albarda, no sabre dar otra razõ, sino es la ordinaria q̄ como essas trãsfomaciones se vè en los suceßos de la caualleria: para cõfirmacion de lo qual corre Sãcho hijo, y saca aqui el yelmo q̄ este buen hõbre dize ser bazia. Pardiez señor, dixo Sãcho, sino tenemos otra prueua de nãa intencion, q̄ la q̄ vuestra merced dize, tã bazia es el yelmo de malino, como el jaez deste buẽ hõbre albarda. Haz lo que te mãdo, replicò dõ Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sãcho fue a do estaua la bazia, y la truxo, y assi como dõ Quixote la vio la tomò en las manos, y dixo: Miren vuestras mercedes con q̄ cara podia dezir este escudero que esta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la ordẽ de caualleria que professo, que este yelmo fue el mismo q̄ yo le quitè sin auer añadido en el, ni quitado cosa alguna. En esso no ay duda, dixo a esta sazõ Sãcho, porque desde q̄ mi señor le ganò hasta agora, no a hecho con el mas de vna batalla, quando librò a los sin ventura encadenados, y si no fuera por este vaziyelmo no lo passara entonces muy biẽ, porque huuo a saz de pedradas en aquel trance.

Cap XXXV. Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.



VE Les parece a vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfia que esta no es bazia sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo don Quixote, le hare yo conocer que miente si fuere cauallero, y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero que a todo estava presente como tenia tan bien conocido el humor de don Quixote, quiso esforçar su desatino, y llevar adelante la burla, para q̄ todos riesen: y dixo hablando cō el otro barbero: Señor barbero, o quien soys, sabed que yo tãbien soy de vuestro officio, y tengo mas ha de veynete años carta de examen: y cōozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte vno: y ni mas ni menos fuy vn tiẽpo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocantes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados: y digo saluo mejor parecer, remitiendome siẽpre al mejor entendimiento, que esta pieçaque estã aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de barbero, pero estã tan lexos de serlo, como estã lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No porcierto, dixo don Quixote, porque le falta la mitad que es la babera.

Quarta parte de don

Asi es, dixo el cura, que ya auia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando, y sus camaradas: y aun el Oydor, sino estuiera tan pensatiuo con el negocio de dō Luys, ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le tenian tan suspenso, que poco, o nada atendia a aquellos donayres. Valame Dios, dixo a esta sazón el barbero burlado, que es posible, que tanta gente honrada diga que esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta que puede poner en admiracion a toda vna Vniuersidad por discreta q̄ sea Basta, si es que esta bazia es yelmo, tambien deue de ser esta albarda jaez de cauallo, como este señor ha dicho. A mi albarda me parece, dixo don Quixote, pero ya he dicho q̄ en esto no me entremeto de que sea albarda, o jaez. Dixo el cura, no está en mas de dezirlo el señor dō Quixote, que en estas cosas de la caualleria todos estos señores, y yo le damos la vétaja. Por Dios señores míos, dixo dō Quixote, q̄ son tantas, y tá estrañas las cosas q̄ en este castillo, en dos vezes q̄ en el he alojado, me há sucedido, q̄ no me atreua a dezir afirmatiuamēte ninguna cosa de lo q̄ acerca de lo q̄ en el se cōtiene se preguntare, porq̄ imagino q̄ quāto en el se trata va por via de encātamento: la primera vez me fatigó mucho vn Moro encātado q̄ en el ay, y a Sancho no le fue muy biē cō otros sus sequaces, y anoche estuue colgado deste braço casi dos horas, sin saber como ni como no vine acacer en aquella desgracia. Af si q̄ ponerme yo agora en cosa de tãta cōfusiō a dar mi parecer, será caer en juizio temerario: en lo q̄ toca a lo q̄ dizen que esta es bazia, y no yelmo, ya yo tengo

tégo respōdido: pero en lo de declarar si essa es albarda, o jaez, no me atreuo a dar sentençia difinitiva, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quiça por no ser armados caualleros, como yo lo soy, no tédran que ver cō vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entédimiētos libres, y podran juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real, y verdaderamēte, y no como a mi me parecian. No ay duda, respondió a esto don Fernando, sino que el señor dō Quixote ha dicho muy bien oy, que a nosotros toca la disinçion deste caso: y porque vaya cō mas fundamēto, yo tomarè en secreto los votos destes señores, y de lo q̄ resultare darè entera, y clara noticia. Para aquellos q̄ la teniã del humor de dō Quixote, era todo esto materia de grãdissima risa: pero para los que le ignorauã les parecia el mayor disparate del mūdo, especialmēte a los quatro criados de dō Luis, y a don Luis ni mas ni menos, y a otros tres passageros q̄ a caso auian llegado a la veta q̄ tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo erã: pero el q̄ mas se desesperaua era el barbero, cuya bazia alli delante de sus ojos se le auia buelto en yelmo de Mãbrino, y cuya albarda pèsaua sin duda alguna, q̄ se le auia de boluer en jaez rico d̄ cauallo, y los vnos, y los otros se reyã de ver como andaua dō Fernãdo tomãdo los votos de vnos en otros, hablãdolos al oydo, para q̄ en secreto declarassen si era albarda, o jaez aquella joya, sobre quiẽ tãto se auia peleado: y despues que huuo tomado los votos de aquellos q̄ a dō Quixote conociã, dixo en alta voz: El caso es buẽ hōbre, que ya yo estoy cãfado de tomar tantos pareceres, porq̄

Quarta parte de don

veo q̄ a ninguno pregunto lo q̄ deſſeo ſaber, que no me diga que es diſparate el dezir q̄ eſta ſea albarda de juméto, ſino jaez de cauallo, y aũ de cauallo caſtizo, y aſi aureis de tener paciencia, porq̄ a vueſtro peſar, y al de vueſtro aſno eſte es jaez, y no albarda, y vos auéis alegado, y prouado muy mal de vueſtra parte. No la tēga yo en el cielo, dixo el ſobrebarbero, ſi todos vueſtras mercedes no ſe engaã, y q̄ aſi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero alla vá leyes, &c. y no digo mas: y en verdad q̄ no eſtoy borracho, que no me he deſayunado ſi ð pecar no. No menos cauſauã riſa las necedades q̄ dezia el barbero q̄ los diſparates de dō Quixote, el qual a eſta ſazō dixo: Aqui no ay mas q̄ hazer, ſino q̄ cada vno tome lo q̄ es ſuyo, ya quié Dios ſe la dio, S. Pedro ſe la bédiga. Vno de los quatro dixo: Si yã no es q̄ eſto ſea burla pēſada, no me puedo perſuadir q̄ hōbres de rã buē entendimieto como ſon, o parecē todos los q̄ aqui eſtan, ſe atreuã a dezir, y afirmar q̄ eſta no es bazia, ni aquella albarda, mas como veo q̄ lo afirmã, y lo dizē, me doy aentēder q̄ no cacere de miſterio el porfiar vna coſa tã contraria de lo q̄ nos muestra la miſma verdad, y la miſma experiencia: porq̄ voto a tal, y arrojole redondo, q̄ no me den a mi a entender quantos oy viuen en el mūdo al reues de q̄ eſta no ſea bazia de barbero, y eſta albarda de aſno. Biē podria ſer de borrica, dixo el cura. Tanto monta, dixo el criado, q̄ el caſo no cōſiſte en eſſo, ſino en ſi es, o no es albarda, como vueſtras mercedes dizē. Oyendo eſto vno de los quadrilleros q̄ auia entrado, q̄ auia oydo la pēdencia, y quitió lleno de colera, y de enfado, dixo:

Tan

Tan albarda es como mi padre, y el q̄ otra cosa ha dicho, o dixere deue de estar hecho vua. Mentis, como vellaco villano, respondió dō Quixote, y alçãdo el lançõ, q̄ nũca le dexaua de las manos, le yua ja descargar tal golpe sobre la cabeça, q̄a no desuiarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el lançon se hizo pedaços en el suelo, y los demas quadrilleros q̄ vierõ tratar mal a su compañero alçaron la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero q̄ era de la quadrilla entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus cõpañeros. los criados de dō Luis rodearõ a don Luis, porq̄ con el alboroto no se les fuesse. El barbero viendo la casa rebuelta tornò a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sãcho. Dō Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, dō Luis daua voz es a sus criados que le daxassen a el, y acorriessen a don Quixote, y a Cardenio, y a don Fernando, q̄ todos fauorecian a dō Quixote. El cura daua voz es: la ventera gritaua, su hija se affigia, Maritornes lloraua, Dorothea estaua confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada, el barbero aporreaua a Sãcho, Sancho molia al barbero: dō Luis, aquíe vn criado suyo se atreuio a asirle del braço, porq̄ no se fuesse, le dio vna puñada, q̄ le bañò los dientes en sangre, el Oydor le defedia, dō Fernãdo tenia debaxo de sus pies a vn quadrillero midiẽdole el cuerpo cõ ellos muy a su sabor. El ventero tornò a reforçar la voz, pidiendo fauor a la santa Hermandad: demodo q̄ toda la vñta era llantos, voz es, gritos, confusiones, temores, sobrefaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces, y efusion de sangre: y en la mitad deste

Quarta parte de don

caos, maquina, y laberinto de cosas se le representò en la memoria de dō Quixote, q̄ se veyá meuido de hoz, y de coz en la discordia del cãpo de Agramãte: y assi dixo cō voz q̄ atronaua la vëta: Tëgãse todos, todos embayné, todos se folsieguë, oygãme todos si todos quierë quedar cō vida. Acuya grã voz todos se pararó, y el prosiguió, diziëdo: No os dixé yo señores q̄ este castillo era encãtado, y q̄ alguna regiõ de demonios deue de habitar en el, en cõfirmaciõ de lo qual quieró q̄ veays por vros ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el caualló, aculla por el aguila, aca por el yelmo, y todos peleamos y todos no nos entédemos: véga pues vuestra merced señor Oydor, y vuestra merced señor cura, y el vno sirua de Rey Agramãte, y el otro de Rey Sobriño, y póganos en paz, por q̄ por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria q̄ tanta géte principal como aqui estamos se mate por causas tan liuianas: los quadrilleros q̄ no entédia el frasis de dō Quixote, y se veyã malparados de dō Fernando, Cardenio y sus camaradas, no queriã folssegar se, el barbero si, por q̄ en la pëdëcia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sãcho a la mas minima voz de su amo obediencia, como buë criado: los quatro criados de don Luis rãbië se estuuiéron quedos, viëdo quã poco les yua en no estarlo, solo el vëtero por fãua q̄ se auia de castigar las insolëcias de aquel loco q̄ a cada passo le alborotaüa la vëta: finalmëte el rumor se apaziguò por entõces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juizio, y la bazia por yelmo, y la vëta por castillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos
pues

pues ya en fofsięo, y hechos amigos todos, a per-
fuasiō del Oydor, y del cura, boluierō los criados de
dō Luis a porfiarle q̄al momēto se viniēse cō ellos:
y en tāto q̄ el cō ellos se auenia, el Oydor comuni-
cō cō dō Fernando, Cardenio, y el cura, q̄ deuia
hazer en aquel caso cōtandoseles cō las razones q̄
dō Luis le auia dicho: en fin fue acordado q̄ dō Fer-
nādo dixesse a los criados de dō Luis quiē el era, y
como era su gusto, q̄ dō Luis se fuesse cō el al Anda-
luzia, dōde de su hermano el Marques seria estima-
do como el valor de dō Luis merecia, porque desta
manera se sabia de la intēciō de dō Luis q̄ no bolue-
ria por aquellavez a los ojos de su padre si le hizief-
se pedaços. Entēdida pues de los quatro la calidad
de dō Fernādo, y la intēcion de dō Luis, determina-
rō entre ellos, q̄ los tres se boluiesen a cōtar lo q̄
passaua a su padre, y el otro se quedasse a seruir a dō
Luis, y a no dexalle hasta q̄ ellos boluiesen por el,
o viesse lo q̄ su padre les ordenaua: desta manera se
apaziguō aquella maquina de pēdēcias, por la auto-
ridad de Agramāte, y prudēcia del Rey Sobrino: pe-
ro viendolo el enemigo de la concordia, y el emulo
de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto
q̄ auia grāgeado de auerlos puesto a todos en tā cō
fuso laberinto, acuerdo de prouar otra vez la mano,
refucitādo nueuas pendencias, y defassofsięos. Es
pues el caso, q̄ los quadrilleros se fofsegarō por auer
entreoydo la calidad de los q̄ cō ellos se auia cōba-
tido, y se retirārō de la pēdēcia por parecerles q̄ de
qualquiera manera q̄ sucediesse auian de lleuar lo
peor de la batalla: pero vno dellos q̄ fue el q̄ fue mo-
lido, y pateado por dō Fernādo, le vino a la memo-
ria q̄ entre algunos mādamientos q̄ traia para prē-


der a algunos delinquētes, traya vno cōtra dō Quixote, a quic la Sāta Hermandad auia mandado prēder por la libertad que dio a los galeotes, y como Sancho cō mucha razon auia temido : imaginando pues esto, quiso certificar se si las señas que de don Quixote traya veniā bien, y sacādo del seno vn pergamino topó con el que buscāua, y poniendosele a leer de espacio, porque no era buē lector, a cada palabra que le ya ponía los ojos en dō Quixote, y ya cotejando las señas del mandamiēto con el rostro de don Quixote, y hallò que sin duda alguna era el que el mandamiento rezāua, y apenas se huuo certificado quando recogiendo su pergamino, y quiça tomò el mandamiento, y con la derecha asio a don Quixote del cuello fuertemēte q̄ no le dexāua alētar, ya grādes voces dezia: Fauor a la Sāta Hermandad, y para q̄ se vea q̄ lo pido de veras, lease este mādamiēto donde se contiene q̄ se prēda a este saltador de caminos. Tomò el mādamiēto el cura, y vio como era verdad quāto el quadrillero dezia, y como conuenia cō las señas con don Quixote, el qual viēdose tratar mal de aquel villano Malādrin puesta la colera en su pūto, y cruxiēdole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo el asio al quadrillero con entrābas manos dela gargāta, q̄ a no ser socorrido de sus cōpañeros alli dexara la vida antes q̄ don Quixote la presa. El vētero q̄ por fuerça auia de fauorecer a los de su oficio, acudio luego a dalle fauor. La ventera q̄ vio de nueuo a su marido en penidencias, de nueuo alçò la voz, cuyo temor le lleuorò luego, Maritornes, y su hija pidiendo fauor al cielo y a los q̄ alli estauan. Sācho dixoviendo lo q̄ passāua: Viue el Señor q̄ es verdad quāto mi amo dize

de los encantos deste castillo, pues no es posible vi-
uir vna hora cō quietud en el. Dō Fernādo despar-
tío al quadrillero, y a dō Quixote, y cō gusto de en-
trābos les desenclauijó las manos q̄ el vno en el co-
llar del sayo del vno, y el otro en la garganta del o-
tro bien asidas teniā: pero no por esto cessauan los
quadrilleros de pedir su preso, y q̄ les ayudassen a
darle atado, y entregado a toda su volūdad, por q̄
afsi conuenia al seruicio del Rey, y de la Santa Her-
mandad, de cuya parte de nueuo les pediā socorro,
y fauor para hazer aquella prisiō de aquel robador
y salteador de sendas, y de carreras. Reyase de oyr
dezir estas razones don Quixote, y cō mucho sos-
iego, dixo: Venid aca gente soez, y mal nacida, sal-
tear de caminos llamais al dar libertad a los enca-
denados, soltar los presos, acorrer a los miserables,
alçar los caydos, remediar los menesterosos: a gen-
te infame, digna por vuestro baxo, y vil entendimiē-
to, q̄ el cielo no os comunique el valor q̄ se encierra
a la caualleria andāte, ni os dē a entender el pecado
è ignorancia en que estais en no reuerenciar la som-
bra, quanto mas la asistencia de qualquier caualle-
ro andāte? Venid aca ladrones en quadrilla, que no
quadrilleros, salteadores de caminos, con licencia
de la santa Hermandad, dezidme quien fue el igno-
rante que firmò mandamiento de prisiō contra vn
tal cauallero como yo soy? Quien el que ignorò q̄
son essentos de todo judicial fuero los caualleros
andantes? Y que su ley es su espada, sus fueros, sus
brios, sus prematicas, su voluntad? Quiē fue el men-
tecató, bueluo a dezir, que no sabe que no ay secu-
toria de hidalgo con tantas preeminencias, ni esen-
ciones

Quarta parte de don

ciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia q̄ se arma cauallero, y se entrega al duro exercicio de la caualleria. Que cauallero andante pagò pecho, alcauala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que fastre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogió en su castillo q̄ le hiziesse pagar el escote? Que Rey no le assentò a su mesa? Que dóz ella no se le aficionò, y se le entregò rendida a todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que cauallero andante ha auido, ay, ni aura en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

Capit. XLVI. De la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero don Quixote.

 Ntáto q̄ dó Quixote esto dezia, estaua persuadiendo el cura a los quadrilleros como don Quixote era falto de juicio, como lo veyan por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adeláte: pues aunque le prendiessen, y lleuassen, luego le auian de dexar por loco: a lo que respondió el del mandamiento: Que a el no tocava juzgar de la locura de don Quixote, sino hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez preso, si quiera le soltassen trezientas. Con todo esso, dixo el cura, por esta vez no le auéis de llevar, ni aun el dexara llevarse, a lo que yo entiendo:
en

en efeto tãto les fupo el cura dezir, y tãtas locuras fupo don Quixote hazer, que mas locos fueran que no el los quadrilleros, fino conocieran la falta de don Quixote, y afsi tuuieron por biẽ de apaziguarse, y aũ de ser medianeros de hazer las pazes entre el barbero, y Sancho Pãça, que toda via afsiftiã cõ gran rancor a fu pendencia: fina'mente ellos como miẽbros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, fino del todo contẽtas, alomenos en algo satisfechas, porque se trocarõ las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocaua a lo del yelmo de Mambrino, el cura afocapa, y sin que dõ Quixote lo entendieffe, le dio por la bazia ocho reales, y el barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarle a engaño por entonces, ni por siẽpre jamas Amen. Sossegadas pues estas dos pendencias, que erã las mas principales, y de mas tomo, restaua que los criados de don Luis se contentassen de bõluer los tres, y que el vno quedasse para acompañarle dõ de don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte, y mejor fortuna auia començado a rõper lãças, y a facilitar dificultades en saber de los amãtes de la venta, y de los valiẽtes della, quiso llevarlo al cabo, y dar a todo felice suceso, porque los criados se contentaron de quanto don Luis queria, de q̃ recibio tãto contento doña Clara, que ninguno en aquella fazon la mirara al rostro que no conociera el regozijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que auia visto, se entristecia, y alegrava abulto conforme veyã, y notaua los semblantes a cada vno, especialmente de su

Quarta parte de don

Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y trahia colgada el alma. El ventero a quien se le pagò por alto la dadiua, y recompensa que el cura auia hecho al barbero, pidio el escote de don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho sin que se le pagasse primero, hasta el vltimo ardite. Todo lo apaziguò el cura, y lo pagò don Fernàdo, puesto que el Oydor de muy buena voluntad auia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y sotsiego, q̄ ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, sino la misma paz, y quietud del tiempo de Otauiano: de todo lo qual fue comun opinion, que se deuian dar las gracias a la buena intencion, y mucha eloquencia del señor cura, y a la incóparable liberalidad de don Fernando. Viendose pues don Quixote libre, y desembaraçado de tãtas pendencias, asì de su escudero, como de suyas, le parecio que seria bié seguir su començado viaje, y dar fin a aquella grande auentura, para que auia sido llamado, y escogido: y asì con resoluta determinacion se fue a poner de inojos ante Dorotea, la qual no le consintio q̄ hablasse palabra hasta que se leuantasse, y el por obedecella se puso en pie, y le dixo: Es comun Prouerbio, hermosa señora, q̄ la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graues cosas ha mostrado la experiencia, que la sollicitud del negociante trae a buen fin el pleyto dudoso: pero en ningunas cosas se muestra esta verdad, q̄ en las de la guerra, a donde la celeridad, y presteza preuiene los discursos

curfos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario le ponga en defensa: todo esto digo alta, y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo, y a es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echassimos de ver algun dia, porque quien sabe si por ocultas espías, y diligétes aura sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy a destruyllle, y dádole lugar el tiempo se fortificasse en algú inexpugnable castillo, a fortaleza contra quien valiessen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço: assi que señora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamonos luego a la buena ventura, que no està mas de tenerla vuestra grandeza, como dessea de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas don Quixote, y esperò con mucho sosiego la rêspuesta de la hermosa Infanta, la qual cò ademán señorial, y acomodado al estilo de don Quixote, le respondió desta manera: Yo os agradezco señor cauallero el desseo que mostrays tener de fauorecerme en mi grã cuyta, bié assi como cauallero, a quien es anejo, y concerniête fauorecer los huérfanos, y menesterosos: y quiera el cielo q̄ el v̄ro, y mi desseo se cumplá, para q̄ veais q̄ ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, q̄ yo no tégó mas volúntad q̄ la v̄ra, disponed vos de mi a toda v̄ra guisa, y talãte, q̄ la q̄vna vez os entregò la defensa de su persona, y puso en v̄ras manos la restauraciõ de sus señorios, no ha de querer yr cótra lo q̄ la v̄ra prudécia ordenare. A la mano d̄ Dios, dixo dõ Quixote, pues assi es, q̄ vna señora

Quarta parte de don

se me humilla no quiero yo perder la ocasion de lo uantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego porque me va poniendo espuelas al deseo, y al camino, lo que suele dezirse q̄ en la tardança està el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, enfillsa Sancho a Rozinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidamonos del Castellano, y destos señores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que a todo estava presente, dixo meneando la cabeça a vna parte y a otra: Ay señor, señor, y como, ay mas mal en el aldeguela que se suena, con perdon se ha dicho de las tocadas hóradas, q̄ mal puede auer en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio villano. Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callarè, y dexarè dezir lo que soy obligado, como buè escudero, y como deue vn buè criado dezir a su señor. Di lo que quisieres, replicó don Quixote, como tus palabras no se encaminè a ponerme miedo: que si tu le tienes, hazes como quien eres: y si yo no le tengo, hago como quiè soy. No es esto, pecador fuy yo a Dios, respondió Sâcho, sino que yo tengo por cierto, y por aueriguado que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque a ser lo que ella dize, no se anduuiera hocicando con alguno de los que estan en la rueda a buelta de cabeça, y a cada traspuesta. Parose colorado con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernâdo alguna vez a hurto de otros ojos auia cogido con los labios parte del premio que

que merecian sus desseoos. Lo qual auia visto Sancho, y pareciendole, que aquella desemboltura, mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo, ni quiso, responder palabra a Sancho, sino dexole proseguir en su platica, y el fue diziédo. Esto digo señor, porque si alcabo de auer andado caminos, y carreras, y passado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos, el que se está holgando en esta venta, no ay para que darme prieta, a que ensille a Rozinante, al barde el jumento, y aderece al palafré, pues sera mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo, que recibio don Quixote, oyendo las descómpuestas palabras de su escudero. Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lançando viuo fuego por los ojos, dixo: O vellaco villano, mal mirado, descompuesto, y gnorante, infacundo, de lengüado, atreuido, murmurador, y maldiziéte, tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades, y atreuimientos, ofaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, filo de vellaquerias, inuentor de maldades, publicador de fandezes, enemigo del decoro, que se deue a las Reales personas. Vete no parezcas delante de mi, so pena de mi yra: y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò a todas partes, y dio con el pie derecho vna gran patada en el suelo, señalos todas de la yra que encerraua en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedò San-

Quarta parte de don

cho tan escogido, y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragara. Y no supo que hazerle, sino boluer las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de don Quixote, dixo, para templarle la yra. No os despecheys, señor cauallero de la triste Figura, de las sandezes que vuestro buen escudero ha dicho. Porque quiza no las deue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y cristiana conciencia, se puede sospechar, que leuante testimonio a nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van, y suceden por modo de encantamento. Podria ser, digo, que Sancho uiesse visto por esta diabolica via, lo que el dize que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta sazón don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante a este peccador de Sancho, que le hizo ver, lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien de la bondad, é inocencia deste desdichado, que no sabe leuatar testimonios a nadie. Ansi es, y ansi sera, dixo don Fernando, por lo qual deue vuestra merced señor don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia: *Sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de juyzio. Don Quixote respondio, que el le perdonaua, y el cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincandose de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se la dio, y despues de auersela dexado besar, le

far, le echo la bendicion, diciendo: Agora acabaras de conocer Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo, son hechas por via de encantamento. Afsi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedio por via ordinaria. No lo creas, respondio don Quixote, q̄ si afsi fuera, yo te vengara entonces, y aun agora. Pero ni entonces, ni agora, pude, ni vi, en quien tomar vengança de tu agrauio. Desearon saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero lo conto, punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco se rieron todos. Y de que no menos se corriera Sancho, si de nueuo no le assegurara su amo, que era encantamento. Puesto que jamas llegò la fandez de Sancho, a tanto que creyesse no ser verdad, pura, y aueriguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de auer sido manteado, por personas de carne, y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creya, y lo afirmaua. Dos dias eran ya passados los que auia que toda aquella illustre compañia estaua en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden, para que sin ponerse al trabajo, de boluer Dorotea, y don Fernando, con don Quixote a su aldea, con la inuencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiesen el cura, y el barbero, lleuarfele como desfeauan, y procurar la cura de su locura, en su tierra. Y lo que ordenaron, fue, que se concertaron con vn carretero de bueyes, que acaso aceriò a passar por alli, para que lo lleuasse, en esta forma. Hizieron vna como jaula, de palos enrejados,

Quarta parte de don

capaz , que pudiesse en ella caber holgadamente don Quixote: y luego don Fernando , y sus camaradas, con los criados de don Luys, y los quadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden, y parecer del cura, se cubrieron los rostros, y se disfrazaron, quien de vna manera, y quien de otra : de modo, que a don Quixote, le pareciesse ser otra gente, de la que en aquel castillo auia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron adonde el estava durmiendo, y descansando, de las passadas refriegas. Llegaronse a el, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies : de modo, que quando el despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa, mas que admirarse, y suspenderse, de ver delante de si, tan estranos visages. Y luego dio en la cuenta, de lo que su continua, y desuaria da imaginacion le representaua, y se creyò, que todas aquellas figuras, eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna, ya estava encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo apunto, como auia pensado que sucederia el cura, traçador desta maquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estava en su mesmo juyzio, y en su mesma figura: el qual aunque le faltaua bien poco, para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osò descoler su boca, hasta ver en que paraua aquel assa'to, y prision de su amo. El qual tampoco hablaua palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clauaron

los maderos tan fuertemente , que no se pudieran romper a dos tirones. Tomaronle luego en hombros, y al salir del aposento, se oyò vna voz temerosa, todo quanto la supo formar el barbero , no el del albarda, sino el otro, que dezia: O cauallero de la triste Figura, no te de afincamièto la prision en que vas, porque asì conuiene, para acabar mas presto la auentura en que tu gran esfuerço te puso. La qual se acabará, quando el furibundo leon Manchado, con la blanca paloma Tobosina, y ogiren en vno. Ya despues de humilladas las altas ceruizes, al blando yugo matrimoñesco. De cuyo inaudito conforcio, saldran a la luz del Orbe, los brauos cachorros , que imitaràn las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto sera antes, que el seguidor de la fugitiua ninfã, haga dos vegadas , a la visita de las luzientes imagines, con su rapido, y natural curso. Y tu, ò el mas noble, y obediente escudero, que tuuo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente, ver llevar anfi delante de tus ojos mesmos, a la flor de la caualleria andante. Que presto, si al plasmador del mundo le plaze, te veras tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrã defraudadas las promessas, que te ha fecho tu buen señor. Y asegurote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo veras por la obra, y sigue las pisadas del valeroso, y encantado cauallero , que conuiene que vayas donde pareys entrambo: y porque no me es licito dezir otra cosa, a Dios quedad, que yo me bueluo a donde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la voz de punto , y diminayola despues , con tan tierno acento,

Quarta parte de don

que aun los sabidores de la burla estuuieron por creer, que era verdad lo que oyan. Quedò don Quixote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligio de todo en todo, la significacion de ella. Y vio que le prometian, el verse ayuntados en fante, y deuido matrimonio, con su querida Dulzinea del Toboso, de cuyo felice vientre, saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto, bien, y firmemente, alçò la voz, y dando vn gran suspiro, dixo: O tu quiè quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruegote, que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene a cargo, que no me dexeperecer en esta prision, donde agora me lleuan, hasta ver cumplidas tan alegres, è incomparables promessas, como son las que aqui se me han hecho. Que como esto sea, tendre por gloria las penas de mi carcel, y por aliuio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla, este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda, y talamo dichoso. Y en lo que toca a la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexarà, en buena, ni en mala suerte. Porque quando no suceda por la suya, o por mi corta ventura, el poderle yo dar la Insula, o otra cosa equiuivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario, no podra perderse, que en mi testamento, que ya està echo, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos, y buenos seruicios, sino a la posibilidad mia. Sancho Pança se le inclino con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque

porque la vna no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros, aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Capit. XLVII. Del extraño modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.



V A N D O don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graues historias, he yo leydo, de caualleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que a los caualleros encantados, los lleuendesta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos, y tardios animales. Porque siempre los suelen llevar por los ayres, con estraña ligereza, encerrados en alguna parda, y eicura nueue, o en algun carro de fuego, o ya sobre algun Iporgrifo, o otra bestia semejante. Pero que me lleuen a mi agora sobre vn carro de bueyes, viue Dios que me pone en confusion. Pero quiza la cavalleria, y los encantos destos nuestros tiempos, deuen de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nueuo cauallero en el mundo, y el primero que ha resucitado, el ya olvidado exercicio de la cavalleria auenturera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar

Quarta parte de don

a los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leydo como vuestra merced, en las escrituras andantes. Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo catolicas. Catolicas mi padre, respondió don Quixote, como han de ser catolicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos, para venir a hazer esto, y a ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consiste mas, de en la apatiencia. Par Dios señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir, que tienen los demonios. Porque segun se dize, todos huelen a piedra azufre, y a otros malos olores, pero este huele a ambar de media lengua. Dezia esto Sancho, por don Fernando, que como tan señor, deuia de oler a lo que Sancho dezia. No te maravilles de esso, Sancho amigo, respondió don Quixote, porque te hago saber, que los diablos faben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hidió das. Y la razon es, que como ellos donde quiera que estan, traen el infierno consigo, y no pueden recibir genero de aliuio alguno, en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y coniéta, no es posible q̄ ellos huelan cosa buena. Y si a ti te parece, que esse demonio que dizes, huele a ambar, o tu te engañas, o el quiere engañarte, con hazer q̄ no le tengas por demo.

demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo, y criado, y temiendo don Fernandó, y Cardenio, q̄ Sancho no viniesse a caer del todo en la cueta de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcan ces, determinaron de abrcuiar con la partida, y llamando a parte al ventero, le ordenaron que en sillaf se a Rozinante, y enalbardasse el juméto de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se auia concertado con los quadrilleros, q̄ le acompañassen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada dia. Colgò Cardenio del arzon de la silla de Rozinante, del vn cabo la adarga, y del otro la bazia, y por señas mādò a Sancho, que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas a Rozinante, y puso a los dos lados del carro a los dos quadrilleros, con sus escopetas. Pero antes que se mouiesse el carro, salio la ventera, su hija, y Maritornes, a despedir se de don Quixote, fingié do que llorauan de dolor de su desgracia, a quien dó Quixote dixo: No llóreys mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas, a los que professan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acótecieran, no me tuuiera yo por famoso cauallero andante. Porque a los caualleros de poco nombre, y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud, y valentia, a muchos Principes, y a muchos otros caualleros, que procuran por malas vias destruir a los buenos. Pero con todo esto, la virtud es tan poderosa, q̄ por si sola, a pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inuentor Zoroastes, saldra vencedora de todo trance, y darà de si luz en el múdo, como la dá

Quarta parte de don

el sol en el cielo. Perdonadme fermosas damas, si algun desaguifado, por descuydo mio os he fecho, que de voluntad, y a sabiendas, jamas le di a nadie. Y rogad a Dios me saque destas prisiones, donde algũ mal intencionado encantador me ha puesto, que si de ellas me veo libre, no se me caera de la memoria, las mercedes que en este castillo me auedes fecho, para gratificallas, seruillas, y recompensallas, como ellas merecen. En rãto que las damas del castillo esto pasauan con don Quixote, el cura, y el barbero, se despidieron de don Fernando, y sus camaradas, y del capitã, y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea, y Lusinda. Todos se abraçaron, y quedaron de darle noticia de sus sucessos. Diciendo don Fernando al cura, dõde auia de escriuirle, para auisarle en lo que paraua don Quixote, assegurandole, que no auia cosa que mas gusto le diesse, que saberlo. Y que el asimesmo le auisaria de todo aquello que el viesse que podria darle gusto, assi de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y suceso de don Luys, y buelta de Lusinda a su casa. El cura ofrecio de hazer quanto se le mandaua, con toda puntualidad. Tornaron a abraçarse otra vez, y otra vez tornaron a nuevos ofrecimientos. El ventero se lleo al cura, y le dio vnos papeles, diziẽdole que los auia hallado en vn aforro de la maleta, donde se hallò la nouela del curioso impertinente, y que pues su dueño no auia buuelto mas por alli, que se los lleuasse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradecio, y abriẽdolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Nouela de Rinconete, y Cortadillo, por donde entendio ser alguna

alguna nouela : y coligio , que pues la del curioso Impertinente , auia sido buena , que tambien lo seria aquella, pues podria ser, fuesen todas de vn mismo autor, y assi la guardò, con profupuesto de leerla, quando tuuiesse comodidad: Subio a cauallo , y tambien su amigo el barbero, con sus antifazes, por que no fuesen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la orden que lleuauan, era esta. Yua primero el carro, guiandolo su dueño : a los dos lados yua los quadrilleros, como se ha dicho , con sus escopetas: seguia luego Sancho Pança sobre su asno , lleuando de rienda a Rozinante. Detras de todo esto , yua el cura, y el barbero, sobre sus poderosas mulas , cubiertos los rostros, como se ha dicho, con graue, y reposado continente , no caminando mas , de lo que permitia el passo rardo de los bueyes. Don Quixote yua sentado en la jaula, las manos atadas , tendidos los pies, y arrimado a las verjas, con tanto silencio, y tanta paciencia, como sino fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y assi con aquel espacio, y silencio, caminaron hasta dos leguas, q̄ llegaron a vn valle, donde le parecio al boyero , ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto a los bueyes. Y comunicandolo con el cura, fue de parecer el barbero, que caminasen vn poco mas, porque el sabia detras de vn recuelto q̄ cerca de alli se mostraua , auia vn valle de mas yerua, y mucho mejor q̄ aquel, donde parar queriã. Tomose el parecer del barbero, y assi tornarõ a proseguir su camino. En esto boluio el cura el rostro, y vio q̄ a sus espaldas venian, hasta seys, o siete hõbres de acuallo, biẽ puestos, y adereçados, de los quales
fueron

288
Quarta parte de don

fueron presto alcançados, porque caminauan, no cõ la flema, y reposo de los bueyes, sino como quien yua sobre mulas de Canonigos, y con desseo de llegar presto a festejar a la venta, que menos de vna legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes a los perezosos, y saludaronse cortesmente, y vno de los que venian, que en resolucion era Canonigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada procession del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, cura, y barbero, y mas a don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaua llevar aquel hombre de aquella manera. Aunque ya se auia dado a entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que deuia de ser algun facinoroso falteador, o otro delinquente, cuyo castigo tocasse a la santa Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió así: Señor lo que significa yr este cauallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyó don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes señores caualleros, son versados, y perictos, en esto de la caualleria andante, porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y sino, no ay para que me cause en dezillas. Y a este tiempo auian ya llegado el cura, y el barbero, viendo que los caminantes estauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuesse descubierto su artificio. El Canonigo, a lo que don Quixote dixo, respondió: En verdad hermano, que se mas de libros de cauallerias, que de las sumas de Villalpando. Así que sino está mas que en esto,

en esto, seguramente podeys comunicar conmigo, lo que quisieredes. A la mano de Dios, replicò don Quixote. Pues assies, quiero señor cauallero que sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude, de malos encantadores; que la virtud, mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cauallero andante soy, y no do aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordò, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho, y pesar de la mesma embidia, y de quantos Magos criò Persia, Braemanes, la India, Ginosofistas, la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirua de exemplo, y dechado, en los venideros siglos, donde los caualleros andantes, vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar a la cumbre; y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el señor don Quixote de la Mancha, dixo a esta sazón el cura, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas, y pecados, sino por la mala intencion de aquellos a quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es señor, el cauallero de la triste Figura, si ya le oyistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, se an escritas en bronzes duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre, en semejante estilo, estuuò por hazerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la mesma admiracion cayeron todos los que con el venian. En esto Sancho Pança, que se auia acercado a oyr la platica,

para

Quarta parte de don

para adobarlo todo, dixo: Aora señores, quieranme bien, o quieranme mal, por lo que dixere, el caso de ello es, que assi va encantado mi señor don Quixote, como mi madre: el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necesidades como los demas hombres, y como las hazia ayer, antes que le enjaullassen. Siendo esto ansi, como quieren hazerme a mi entender, que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo sino le van a la mano, hablarâ mas que treynta procuradores. Y boluiendose a mirar al cura, prosiguió diziendo: A señor cura, señor cura, pensaua vuestra merced que no le conozco, y pensara que yo no calo, y adiuino, adonde se encaminan estos nuevos encantamentos, pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que dissimule sus embustes? En fin, donde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni adonde ay escaseza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reberécia no fuera, esta fuera ya la hora, que mi señor estuuiera casado có la Infanta Micomicona, y yo fuera Códe por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, assi de la bódad de mi señor, el de la triste Figura, como de la grádeza de mis seruicios. Pero ya veo que es verdad, lo q se dize por ahi, que la rueda de la fortuna anda mas lista, q vna rueda de molino, y que los que ayer estauâ en pinganitos, oy estan por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian, y deuiâ esperar, ver entrar a su padre por sus puertas, hecho Governador, o Visorey de alguna Insula, o Reyno, le veran entrar hecho moço de cauallos.

uallos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer a su Paternidad, haga conciencia, del mal tratamiento que a mi señor se le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros, y bienes, que mi señor don Quixote dexa de hazer en este tiempo que está preso. Adobame estos candiles, dixo a este punto el barbero. También vos Sancho, soys de la cofradia de vuestro amo? Viue el señor, que voy viendo, que le aueys de tener compañía en la jaula, y que aueys de quedar tan encantado como el, por lo que os toca de su humor, y de su caualleria. En mal punto os empreñastes de sus promessas, y en mal hora se os entró en los cascos la Insula, que tanto desseays. Y o no estoy preñado de nadie, respon dio Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuesse, y aunque pobre soy Christiano viejo, y no deuo nada a nadie, y si Insulas desseo, otros dessean otras cosas peores, y cada vno es hijo de sus obras, y debaxo de ser nóbre, puedo venir a ser Papa, quãto mas Governador de vna Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte a quien dallas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, q̃ no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Digolo porq̃ todos nos conocemos, y a mi no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedesse aqui, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero a Sancho, porque no descubriessse con sus simplicidades, lo que el, y el cura, tanto procurauan encubrir. Y por este mesmo temor, auia el cura dicho al Canonigo, que caminassen

Quarta parte de don

vn poco delante, que el le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le dieffen gusto. Hizolo assi el Canonigo, y adelantose con sus criados, y con el estuuo atento, a todo aquello que dezirle quiso, de la condicion, vida, locura, y costumbres de don Quixote. Contandole breuemente el principio, y causa de su desuario, y todo el progreso de sus sucessos, hasta auerlo puesto en aquella jaula, y el designio que lleuauan, de lleuarle a su tierra, para ver si por algun medio, hallauan remedio a su locura. Admiraronse de nuevo los criados, y el Canonigo, de oyr la peregrina historia de don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la republica, estos que llaman libros de cauallerias. Y aunque el oydo lleuado de vn ocioso, y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impresos, jamas me he podido acomodar a leer ninguno, del principio al cabo. Porque me parece, que qual mas, qual menos, todos ellos son vna mesma cosa, y no tiene mas este, que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun a mi me parece, este genero de escritura, y composicion, cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleytar, y no a enseñar. Al contrario de lo que hazen las fabulas Apologas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento, de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan desforados disparates. Que el deleyte q̄ en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que

que veë, o contempla en las cosas que la vista, o la imaginacion le ponen delante: y toda cosa q̄ tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede auer, o que proporcion de partes con el todo, y del todo cō las partes, en vn libro, o fabula, donde vn moço de diez y seys años da vna cuchillada a vn gigante como vna torre, y le diuide en dos mitades como si fuera de alfeñique: y q̄ quãdo nos quierẽ pintar vna batalla, despues de auer dicho, que ay de la parte de los enemigos vn millon de competientes, como sea contra ellos el señor del libro, forçosamẽte mal q̄ nos pese auemos de entēder, que el tal cauallero alcanço la vitoria por solo el valor de su fuerte braço? Pues que diremos de la facilidad con q̄ vna Reyna, o Emperatriz, heredera, se conduze en los braços de vn andãte, y no conocido cauallero? Que ingenio, sino es del todo barbaro, è inculto, podra contētar se leyendo, q̄ vna grã torre llena de caualleros va por la mar adelante, como naue con prospero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preste Iuã de las Indias, o en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y si a esto se me respondiessẽ, q̄ los q̄ tales libros componen, los escriuen como cosas de mentira, y q̄ assi no estan obligados a mirar en delicadezas, ni verdades. Responderles hia yo, q̄ tanto la mentira es mejor, quãto mas parece verdadera: y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y posible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los q̄ las leyere, escriuiendose de suerte, q̄ facilitando los impossibles, allanado las

Quarta parte de don

grandezas, suspendiendo los animos, admiren, suspendan, alborocen, y entretégan, de modo q̄ anden a vn mismo passo la admiracion, y la alegria juntas: y todas estas cosas no podra hazer el q̄ huyere de la verisimilitud: y de la imitacion en quien consiste la perfeccion de lo q̄ se escriue, no he visto ningun libro de cauallerias, q̄ haga vn cuerpo de fabula entero con todos sus miémbros: de manera, q̄ el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino q̄ los componen con tantos miémbros, q̄ mas parece q̄ lleuan intécion a formar vna quimera, o vn monstruo, q̄ a hazer vna figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lasciuos, en las cortesias mal mirados: largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes: y finalméte agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la Republica Christiana, como a géte inutil. El cura le estuu escuchando cō grande atencion, y pareciole hōbre de buen entendimiento, y q̄ tenia razon en quanto dezia; y assi le dixo, q̄ por ser el de su mesma opiniō, y tener ogeriza a los libros de cauallerias, auia quemado todos los de dō Quixote, q̄ eran muchos. Y contole el escrutinio q̄ dellos auia hecho, y los q̄ auia condenado al fuego, y dexado cō vida, de q̄ no poco se rio el Canonigo, y dixo, que con todo quāto mal auia dicho de tales libros, hallaua en ellos vna cosa buena, q̄ era el sujeto que ofrecian, para q̄ vn buen entendimiento pudiesse mostrarse en ellos, porq̄ dauan largo y espacioso cāpo, por donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, descubriendo naufragios, tor-

men

mentas, rencuentros, y batallas: pintando vn Capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrandose prudente, preuiniendo las astucias de sus enemigos: y eloquente orador, persuadiendo, o dissuadiendo a sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer. Pintado ora vn lamentable y tragico suceso, aora vn alegre y no pensado acótecimiento: alli vna hermosissima dama, honesta, discreta, y recatada: aqui vn cauallero Christiano, valiente, y comedido: aculla vn desaforado barbaro fanfarron: aca vn Principe cortes, valeroso y bien mirado: representado bondad, y lealtad de vassallos, grandezas y mercedes de señores, ya puede mostrarse astrologo, ya cosmografo excelente, ya musico, ya inteligente en las materias de estado: y tal vez le védra ocasion, de mostrarse nigromante si quisiere: Puede mostrar las astucias de Vlixes, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amistad de Eurialio, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones: que pueden hazer perfecto a vn varon illustre, aora poniendolas en vno solo, aora diuidiendolas en muchos: y siendo esto hecho cõ apazibilidad de estilo, y con ingeniosa inuencion, q̄ tire lo mas q̄ fuere posible a la verdad: sin duda cõpondra vna tela de varios y hermosos lazos texida, q̄ despues de acabada, tal perfeció y hermosura muestre, q̄ cõfiga el fin mejor que se pretende en los escriptos, que es

Quarta parte de don

enseñar, y deleítar juntaméte, como ya tégo dicho. Porque la escritura desatada destos libros, da lugar a que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, có todas aquellas partes q̄ encierran en si las dulcissimas y agradables ciéncias de la Poesia, y de la Oratoria: que la Epica tábien puede escreuirse en prosa, como en verso.

ap. XLVIII. Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de cauallerias: con otras cosas dignas de su ingenio.

ASSI Es como V. m. dize, señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehésion los q̄ hasta aqui há compuesto semejantes libros, sin tener aduertencia a ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y hazerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos principes de la Poesia Griega, y Latina. Yo a lomenos, replicò el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer vn libro de cauallerias, guardádo en el todos los puntos que he significado: y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia, de si correspondian a mi estimacion, las he comunicado có hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oyr disparates, y de todos he hallado vna agradable aprobacion: pero có todo esto, no he proseguido adelante, así por parecerme q̄ hago cosa agena de mi profesión, como por ver, q̄ es mas el numero d̄ los simples

que

que de los prudentes: y que puesto q̄ es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juyzio del desuaneado vulgo, a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros: pero lo que mas me le quitò de las manos, y aun del pensamiento, de acabarle, fue vn argumento que hize conmigo mesmo, sacado de las comedias que aora se representan, diziendo: Si estas que aora se vsan, assi las imaginadas, como las de historia, todas, o las mas son conocidos disparates, y cosas que no lleuan pies ni cabeça, y con todo effo el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueua por buenas, estando tan lexos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dizen, que assi han de ser, porque assi las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que lleuan traça, y figuen la fabula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos. Deste modo vendra a ser vn libro, al cabo de auerme quemado las cejas, por guardar los preceptos referidos, y vendra a ser el fastre del cantillo: Y aunque algunas vezes he procurado persuadir a los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeran, y mas fama cobraran representando comedias, que hagan el arte, que no con las disparatadas: y estan tan asidos y encorporados en su parecer, que no ay razon, ni evidencia que del los saque. Acuerdome, que vn dia dix

Quarta parte de don

a vno de estos pertinazes: Decidme, no os acordays que ha pocos años, que se representaron en España tres Tragedias, que compuso vn famoso Poeta de estos Reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y suspendieron a todos quantos las oyeron, assi simples como prudentes, assi del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros a los representantes ellas tres solas, q̄ treynta de las mejores que despues aca se han hecho? Sin duda, respondió el autor que digo, que deue de dezir V. m. por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por estas digo, le repliqué yo: y mirad si guardauan bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar a todo el mundo? Assi que no está la falta en el vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la Ingratitud vengada, ni le tuuo la Numancia, ni se le halló en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga fauorable, ni en otras algunas, q̄ de algunos entédidos Poetas hã sido cópuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los q̄ las han representado? y otras cosas añadi a estas, con q̄ a mi parecer le dexè algo confuso, pero no satisfecho, ni conuencido, para sacarle de su errado p̄samiento. En materia ha tocado V. m. señor Canonigo, dixo a esta sazón el cura, que ha despertado en mi vn antiguo rancor que tengo con las comedias q̄ agora se vsan, tal que ygnala al q̄ tengo con los libros de cauallerias, porque auiendo de ser la comedia, segun le parece a Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, y imagen de la verdad,

las q̄ aora se representan son espejos de disparates, exēplos de necedades, e imagenes de lasciuia. Por q̄ que mayor disparate puede ser en el sujeto q̄ tratamos, q̄ salir vn niño en mantillas en la primera cena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hōbre barbado? Y q̄ mayor, q̄ pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn lacayo rectorico, vn paje consejero, vn Rey ganapā, y vna Princesa fregona? Que dire pues de la obseruācia q̄ guardan en los tiēpos en q̄ puedē, o podiā suceder las acciones q̄ representan: sino q̄ he visto comedia q̄ la primera jornada comēço en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabò en Africa, y anſi fuera de quatro jornadas la quarta acabaua en America, y asſi se huiera hecho en todas las quatro partes del mūdo. Y si es q̄ la imitaciō es lo principal q̄ ha de tener la comedia, como es posible q̄ satisfaga a nigū mediano entendimiento? q̄ fingiendo vna accion q̄ passa en tiēpo del Rey Pepino, y Carlomagno, el mismo que en ella haze la persona principal, le atribuian q̄ fue el Emperador Eraclio, q̄ entrò con la cruz en Ierusalen, y el que ganò la casa santa, como Godofre de Bullò auiendo infinitos años de lo vno a lo otro, y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras, sucedidas a diferētes personas, y tiēpos: y esto no cō traças verisimiles, sino cō patentes errores de todo pūto inexcusables: y es lo malo, q̄ ay ignorantes q̄ digan, q̄ esto es lo perfecto, y q̄ lo demas es buscar gullurias. Pues q̄ si venimos a las comedias diuinas, que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo a vn santo

Quarta parte de don

los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreven a hazer milagros, sin mas respeto ni consideracion, que parecerles que alli estara bien el tal milagro, y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga a la comedia: que todo esto es en perjuizio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porque los Estrangeros q̄ con mucha p̄tualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por baruaros, e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir, que el principal intento q̄ las Republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagã publicas comedias, es para entretenir la comunidad con alguna onesta recreacion, y diuertirla a vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, o mala, no ay para q̄ poner leyes, ni estrechar a los que las componen, y representan, a que las hagan como deuian hazerse: pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretéde. A lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin cõparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa, y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas: enseñado con las veras: admirado de los successos: discreto con las razones: aduertido con los embustes: sagaz con los exemplos: ayrado cõtra el vicio, y enamorado de la virtud: q̄ todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico y torpe que sea. Y

de toda impossibilidad, es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y contentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella q̄ careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen: porque algunos ay dellos que conocē muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo q̄ deuen hazer. Pero como las comedias se h̄n hecho mercaderia vendible, dizen, y dizē verdad, que los representantes no se las comprarian, sino fueren de aquel jaez: y assi el poeta procura acomodarse con lo que el representate que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas, e infinitas comedias que ha compuesto vn felicissimo ingenio destos Reynos, cō tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graues sentencias: y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfecciō que requieren. Otros las componen, tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo h̄n sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuyzio de algunos Reyes, y en deshōra de algunos linages. Y todos estos inconuinientes cessarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente y discreta, que examinasse todas las comedias, antes que se representassen:

Quarta parte de don

casten: no solo aquellas que se hiziesen en la Corte, sino todas las que se quisiesse representar en España, sin la qual apronacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuidado de embiar las comedias a la Corte, y con seguridad podrian representallas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuydado y estudio lo que hazian, temerosos de auer de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiede: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigallos. Y si se diese cargo a otro, o a este mismo que examinasse los libros de cauallerias, que de nueue se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueziendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la cloquécia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto passatiempo: no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreación. A este punto de su coloquio, llegauan el Canonigo, y el Cura, quando adelantándose el baruero llegó a ellos, y dixo al Cura: Aqui señor Licenciado es el lugar que yo dixé que era bueno, para que festeando nosotros, tuuiesen los bueyes fresco y abundoso pasto: Assi me lo parece
a mi,

ami, respondió el Cura: y diziendole al Canonigo lo que pensaua hazer, el tambien quiso quedarse con ellos, combidado del sitio de vn hermoso valle que a la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conuersación del Cura, de quien ya yua aficionado: y por saber mas por menudo las hazañas de don Quixote, mandò a algunos de sus criados q̄ se fuesen a la venta, q̄ no lexos de alli estaua, y truxessen della lo que huuiesse de comer, para todos: porque el determinaua de festejar en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondió: Que el azemila del repuesto, q̄ ya deuia de estar en la venta traya recado bastáte, para no obligar a no tomar de la venta mas que ceuada. Pues assi es, dixo el Canonigo, lleuense alla todas las caualgadas, y hazed boluer la azemila. En rãto que esto passaua, viendo Sãcho que podia hablar a su amo, sin la cõtinua asistencia del Cura, y el baruero, que tenia por sospechosos, se llegó a la xaula donde yua su amo, y le dixo: Señor, para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa cerca de su encantamiento, y es: Que aquestos dos q̄ vienen aqui cubiertos los rostros, son el Cura de nro lugar, y el baruero, y imagino handado esta traça de lleualle desta manera, de pura embidia q̄ tienen como vuestra merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, si guese que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prueua de lo qual le quiero preguntar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocarã con la mano este engaño, y vera como no va encantado, sino trastornado el juyzio. Preguntalo que

Quarta parte de don

que quisieres hijo Sancho, respódió don Quixote, que yo te satisfare, y respondere a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que allí van, y vienen con nosotros, son el cura, y el barbero nuestros compatriotas, y conocidos, bien podra ser que parezca que son ellos mesmos: pero q̄ lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo q̄ has de creer, y entender es, que si ellos se les parecé, como dizes, deve de ser q̄ los que me han encantado auran tomado essa apariencia, y semejança: porque es facil a los encantadores tomar la figura q̄ se les antoja, y auran tomado las destos n̄ros amigos: para darte a ti ocasiõ de q̄ pienses lo q̄ piéscas, y ponerte en vn laberinto de imaginaciones q̄ no aciertes a salir del, aunq̄ tuuieses la soga de Tesco: y tambien lo auran hecho, para q̄ yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porq̄ si por vna parte tu me dizes, q̄ me acõpañan el barbero y el cura de n̄ro pueblo, y por otra yo me veo enxaulado, y se de mi, q̄ fuerças humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enxaularme: que quieres que diga, o piense, sino q̄ la mãera de mi encantameto excede a quantas yo he leydo en todas las historias q̄ tratan de caualleros andantes q̄ han sido encãtados. Ansi q̄ bien puedes darte paz y folsiego en esto de creer q̄ son los q̄ dizes: porq̄ assi son ellos como yo soy Turco. Y en lo q̄ toca a querer preguntarme algo, di, q̄ yo te respondere, aunq̄ me preguntes de aqui a mañana. Valame n̄ra Señora, respódió Sancho, dando vna gran voz, y es possible q̄ sea V.m. tan duro de cebro, y tan falto de meollo, que no
cche

echè de ver que es pura verdad la que le digo: y q̄ en esta su prision y desgracia, tiene mas parte la malicia, que el encanto. Pero pues assi es, yo le quiero prouar euidentemente como no va encantado. Si no digame, assi Dios le saque desta tormenta, y assi se vea en los braços de mi señora Dulcinea, quãdo menos se piense. Acaba de conjurarme, dixo don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te respondere cõ toda puntualidad: Eſto pido, replicò Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professa las armas, como vuestra merced las professa debaxo de titulo de caualleros andantes? Digo que no mentire en cosa alguna, respondió don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me causas con tãtas saluas, plegarias y preuenciones, Sancho? Digo que yo estoy seguro de la bõdad y verdad de mi amo, y assi, porque haze alcaſo a niõ quẽto, preguntò, hablãdo con acatamiẽto: Si acaſo despues q̄ vuestra merced va enxaulado, y a su parecer encantado en esta xaula, le ha venido gana y volûtãd de hazer aguas, mayores, o menores, como suele dezirse: No entiendo esto de hazer aguas Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente: Es posible que no entiende vuestra merced de hazer aguas menores, o mayores? Pues en la escuela deſteran a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, sacame deste peligro, q̄ no anda todo limpio.

Quarta parte de don

*Cap. XLIX. Donde se trata del discreto coloquio que
Sancho Pança tuvo con su señor don Quixote.*

A, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseava saber, como al alma, y como a la vida. Venga a ca señor: podria negar lo que comunmente suele dezirse por ay, quando vna persona está de mala voluntad: No se que tiene fulano, q̄ ni come, ni beue, ni duerme, ni responde a proposito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene a sacar, que los que no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beue quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan? Verdad dizes, Sancho, respondió don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamientos, y podria ser, que con el tiempo se houiessen mudado de vnos en otros; y que agora se vse, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. Demanera, que contra el vso de los tiempos no ay que arguyr, ni de que hazer conseqüencias: Yo se, y tengo para mi que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensasse que no estaua encantado, y me dexasse estar en esta xaula, perezoso y couarde, defraudádo el socorro que podria dar a muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deuen tener a la hora de ahora precisa y extrema neccelsidad. Pues con todo es-

do esto, replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que vuestra merced prouasse a salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun a sacarle della, y prouasse de nueuo a subir sobre su buen rozinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malécolico y triste. Y echo esto, prouassemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras: y sino nos sucediesse bien, tiempo nos queda para boluernos a la xaula: en la qual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tã desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò don Quixote: y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tu, Sancho veras como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuuieron el cauallero andante, y el mal andante escudero, hasta que llegaron, donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el baruero. Deshuncio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar a sus anchuras por aquel verde y apazible sitio, cuya frescura cõbidaua a quererla gozar, no a las personas tan encantadas como don Quixote, sino a los tã aduertidos y discretos como su escudero: el qual rogò al Cura, que permitiesse que su señor saliesse por vn rato de la xaula: porque sino le dexauan salir, no yria tan limpia aquella prision, como requirria la decencia de vn tal cauallero, como su amo. Entendiole el Cura, y dixo, que de muy buena

Quarta parte de don

gana haria lo que le pedia, sino temiera, que en viéndose su señor en libertad, auia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gentes le viesse: Y o le fio de la fuga, respondió Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me da la palabra, como cauallero, de no apartarse de nosotros, hasta q sea nuestra voluntad. Si doy, respondió don Quixote, que todo lo estaua escuchando, quanto mas, que el que está encantado, como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere: porque el que le encantó le puede hazer que no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le hara boluer en bolandas: y que pues esto era así, bien podian soltalle, y mas siendo tan en prouecho de todos: y del no soltalle les protestaua que no podia dexar de fatigalles el olfato, si de allí no se desuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe y palabra, le desentaularon, de que el se alegrò infinito y en grande manera de uerse fuera de la xaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaua rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita madre, flor y espejo de los caualleros, que presto nos hemos de ver los dos qual desseamos: tu có tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el officio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliuiado, y con mas desseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Miraualo el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su grãde locura, y de que en quanto hablaua, y respon-

respondia, mostraua tener bonissimo entendimiento, solamēte venia a perder los estribos, como otras vezes se ha dicho, en tratandole de caualleria: y así mouido de compasión, despues de auerse sentado todos en la verde yerua, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es posible, señor hidalgo, q̄ aya podido tanto con vuestra merced la amarga, y ociosa letura de los libros de cauallerias, que le ayá buuelto el juyzio de modo, que venga a creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lexos de ser verdaderas, como lo està la mesma mentira de la verdad? Y como es posible que aya entendimiento humano, que se dè a entender que ha auido en el mundo aquella infinidad de Amadis, y aquella turba multa de tanto famoso cauallero, tanto Emperador de Trapifonda, tanto Flexmarte de Yrcania, tanto palafren, tanta donzella andante, tãtas fierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas auenturas, tanto genero de encantamentos, tãtas batallas, tantos desafortados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas Princeßas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tãto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valiētes: y finalmente, tantos, y tan disparatados casos como los libros de cauallerias contienen? De mi se dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira, y liuidad, me dan algun contento: pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, si cerca, o presente le tuuiera, biē como a merecedores de tal pena, por ser falsos, y embusteros, y fuera del trato

Quarta parte de don

que pide la comun naturaleza, y como a inuentores de nueuas feſtas, y de nueuo modo de vida: y como a quien da ocasion q̄ el vulgo ignorante venga a creer, y a tener por verdaderas, tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atreuimiento, que ſe atreuen a turbar los ingenios de los discretos, y bien nacidos hidalgos, como ſe echa bien de ver por lo que con vueſtra merced han hecho, pues le han traydo a terminos, que ſea forçoſo encerrarle en vna xaula, y traerle ſobre vn carro de bueyes, como quien trae, o lleua algun leon, o algun tygre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando q̄ le vean. Ea ſeñor don Quixote, duelaſe de ſi miſmo, y reduzgafe al gremio de la diſcrecion, y ſepa vſar de la mucha que el cielo fue ſeruido de darle, empleando el felicifſimo talento de ſu ingenio, en otra letura, que redunde en aprouechamiento de ſu conciencia, y en aumento de ſu honra. Y ſi toda via, lleuado de ſu natural inclinacion, quiſiere leer libros de hazañas, y de cauallerias, lea en la ſacra Eſcritura el de los Iuezes, que alli hallará verdades grandioſas, y hechos tan verdaderos como valientes. Vn Viriato tuuo Luſitania, vn Ceſar Roma, vn Anibal Cartago, vn Alexandro Grecia, vn Conde Fernan Gonçalez Caſtilla, vn Cid Valencia, vn Gonçalo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de Paredes Eſtremadura, vn Garci Perez de Vargas Xerez, vn Garci Laſſo Toledo, vn don Manuel de Leon Seuilla, cuya lecion de ſus valeroſos hechos, puede entretener, enſeñar, deleytar, y admirar a los mas altos ingenios que los leyeren. Eſta ſi ſerà letura digna del buen entendimiento

dimiento de vuestra merced, señor don Quixote mio, de la qual saldra erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin couardia: y todo esto para honra de Dios, prouecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen. Atentísimamente estuuo don Quixote, escuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya auia puesto fin a ellas, despues de auerle estado vn buen espacio mirando, le dixo: Pareceme señor hidalgo, que la platica de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender, que no ha auido caualleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cauallerias son falsos, mentirosos, dañadores, è inutiles para la republica: y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, auriendome puesto a seguir la duríssima profesion de la caualleria andante, que ellos enseñan, negandome, que no ha auido en el mundo Amadis, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las escrituras estan llenas? Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo a esta sazón el Canonigo. A lo qual respondió don Quixote: Añadio tambien vuestra merced, diciendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auian buuelto el juyzio, y puestome en vna jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Assi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò don Quixote, hallo

Quarta parte de don

por mi cuenta, que el sin juyzio, y el encantado, es vuestra merced, pues se ha puesto a dezir tãras blasfemias contra vna cosa tan recebida en el mundo, y tenuta por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena, que vuestra merced dize que da a los libros, quãdo los lee, y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros auentureros, de que estan colmadas las historias, serà querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede auer en el mûdo, que pueda persuadir a otro, que no fue verdad lo de la infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto a tal, que es tanta verdad, como es aora de dia? Y si es mentira, tambien lo deue de ser, que no huuo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Ingalaterra, que anda hasta aora conuertido en cueruo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreueran a dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de don Trifan, y la Reyna Yseo, como los de Ginebra, y Lançarote, auiendo personas que casi se acuerdan de auer visto a la dueña Quinaña, que fue la mejor escanciadora de vino que tuuo la gran Bretaña; y es esto tan ansí, que me acuerdo yo que me dezia vna mi aguela, de partes de mi padre, quando veía alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, nieta, se parece a la dueña

Quintañona : de donde arguyo yo, que la deuio de conocer ella, o por lo menos, deuio de alcançar a ver algun retrato suyo . Pues quien podra negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se vee en la armeria de los Reyes, la clauija con que boluia al cauallo de madera, sobre quien yua el valiente Pierres por los ayres, que es vn poco mayor que vn timon de carreta: y junto a la clauija, está la silla de Babieca. Y en Roncesualles está el cuerno de Roldan, tamaño como vna grande viga: de donde se infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, que huuo Cides, y otros caualleros semejantes, destos que dicen las gentes, que a sus aventuras van . Sinó diganme también, que no es verdad que fue cauallero andante el valiente Lusitano Iuan de Merlo, que fue a Borgoña, y se combatio en la ciudad de Ras, con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres : y despues en la ciudad de Basilea, con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las auenturas, y desafios que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo, por linea recta de varon) venciendo a los hijos del Conde de san Polo . Nieguenme así mismo, que no fue a buscar las aventuras a Alemania, don Fernando de Gueuara, donde se combatio con Micer Iorge, cauallero de la casa del Duque de Austria . Digan que fueron burla, las justas de Suero de Quiñones, del passo : las empresas de Mosen Luys de Falces, contra don Gonçalo de Guzman, cauallero

Quarta parte de don

Castellano, con otras muchas hazañas, hechas por caualleros Christianos, destos, y de los Reynos estrangeros, tan autenticas, y verdaderas, que torno a dezir, que el que las negasse, careceria de toda razon, y buen discurso. Admirado quedò el Canonigo, de oyr la mezcra que dõ Quixote hazia, de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas, tocantes, y concernientes a los hechos de su andante caualleria, y assi le respondió: No puedo yo negar, señor don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente, en lo que toca a los caualleros andantes Españoles: y assi mesmo quiero conceder, que huuo doze Pares de Francia, pero no quiero creer, que hizieron todas aquellas cosas q̄ el Arçobispo Turpin dellos escriue: porq̄ la verdad dello es, que fueron caualleros escogidos, por los Reyes de Francia, a quien llamaron Pares, por ser todos yguales en valor, en calidad, y en valèria, alomenos sino lo era, era razon q̄ lo fuèssen, y era como vna religiõ de las que aora se vsan, de Santiago, o de Calatraua, que se presupone q̄ los que la professan, han de ser, o deue ser caualleros valerosos, valientes, y bien nacidos: y como aora dizen cauallero de san Iuan, o de Alcàtara, dezian en aquel tiempo: Cauallero de los doze Pares, porq̄ no fueron doze yguales los que para esta religion militar se escogierõ. En lo de que huuo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clauija, que Van, dize del Conde Pierres, y que està junto a la silla de Babiaca, en la armeria de los Reyes, confieso mi
pecado,

pecado, que soy tan ignorante, o tan corto de vista, que aunq̄ he visto la silla, no he echado de ver la clauija, y mas siendo tan grande como V. m. ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò don Quixote, y por mas señas, dicen q̄ està metida en vna funda de vaqueta, porq̄ no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canonigo, pero por las ordenes q̄ recebi, que no me acuerdo auerla visto: mas puestas que conceda q̄ està alli, no por esso me obligo a creer las historias de tantos Amadis, ni las de tanta turbamulta de caualleros como por ay nos cuentan: ni es razon, que vn hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dè a entender, que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras, como las que estan escritas en los disparatados libros de cauallerias.

Cap. L. De las discretas altercaciones que don Quixote, y el Canonigo tuuieron, con otros sucesos.

B VENO Està esso, respondió don Quixote, los libros que estan impressos con licencia de los Reyes, y con aprouacion de aquellos a quien se remitieron; y que con gusto general son leydos, y celebrados, de los grandes, y de los chicos: de los pobres, y de los ricos: de los letrados, è ignorantes: de los plebeyos, y caualleros: finalmente, de todo genero de personas, de qualquier estado, y condicion que sean, auian de ser mentira, y mas lleuando tanta

apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal cauallero hizo, o caualleros hizieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y creame, que le aconsejo en esto lo que deue de hazer, como discreto, sino leal, y verà el gusto que recibe de su leyenda. Sino digame, ay mayor contento, que ver, como si dixessemos, aqui aora se muestra delante de nosotros, vn gran lago de pez, hiruiendo a boruollones, y que andan nadando, y cruzando por el muchas serpietes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales feroces, y espantables, y que del medio del lago sale vna voz tristissima, que dize: Tu cauallero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estas mirando, si quieres alcanzar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arroja te en mitad de su negro, y encendido licor, porque si asi no lo hazes, no seràs digno de ver las altas maravillas que en si encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yazen: y que apénas el cauallero no ha acabado de oyr la voz temerosa, quando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojar se de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendandose a Dios, y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago: y quando no se catà, ni sabe donde ha de parar, se halla entre vnos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece, que el cielo es mas transparente,

y que

y que el Sol luze con claridad mas nueva. Ofrecefe le a los ojos vna apazible floresta de tan verdes, y frondosos arboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aqui descubre vn arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas semejan. Aculla vee vna artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Acà vee otra a lo brutesco adornada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas cascas, blancas, y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedaços de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen vna variada labor, de manera, que el arte imitando a la naturaleza, parece que alli la vence. Aculla de improprio, se le descubre vn fuerte castillo, o vistoso alcázar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compostura, que con fer la materia de que està formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura? Y ay mas que ver despues de auer visto esto, que ver salir por la puerta del castillo, vn buen numero de donzellas, cuyos galanos, y vistosos trajes, si yo me pudiesse agora a dezirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar? y tomar luego la que parecia principal de todas, por la

Quarta parte de don

mano al atreuido cauallero, que se arrojò en el feruiente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar, o castillo, y hazerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con templadas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cendal delgadissimo, toda olorosa y perfumada: y acudir otra donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, que por lo menos, menos, dicen que suele valer vna ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan, que tras todo esto, le lleuan a otra sala, donde halla puestas las mesas, cõ tanto concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua a manos, toda de ambar, y de olorosas flores destilada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle seruir todas las donzellas, guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a qual deua de alargar la mano? Que si serà oyr la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedarle el cauallero recostado sobre la silla, y quiza mondandose los dientes, como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del cauallero, y començar a darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encantada en el, con otras cosas, que suspenden al cauallero, y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se pueda colegir,
que

que qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de cauallero andante, ha de causar gusto, y marauilla a qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creamos, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condiccion, si a caso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy cauallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en vna jaula, como loco, pienso por el valor de mi braço, fauoreciendome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que miase, señor, el pobre está inabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea. Y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión, donde me hiziese Emperador, por mostrar mi pecho, haziendo bien a mis amigos, especialmēte a este pobre de Sancho Pança, mi escudero, que es el mejor hōbre del mundo, y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, fino que temo, que no ha de tener abilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyò Sancho a su amo, a quié dixo: Trabaje V. m. señor don Quixote, en darme esse Condado, tan prometido de V. m. como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte

Quarta parte de don

a mi abilidad para gouernarle: y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan vn tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouerno, y el señor se está a pïerna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi hare yo, y no reparare en tanto mas quanto, sino que luego me desistirè de todo, y me gozarè mi renta, como vn Duque, y alla se lo ayan. Esto hermano Sancho, dixo el Canonigo, entienda se en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia, ha de atender el señor del estado, y aqui entra la abilidad, y buen iuyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre yran errados los medios, y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfauorecer al malo, del discreto. No se essas filosofias, respondió Sancho Pança, mas solo se, que tan presto tuuiesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada vno del suyo: y siendolo, haria lo que quisiessè: y haziendo lo que quisiessè, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y en estando vno contento, no tiene mas que dessear: y no teniendo mas que dessear, acabose, y el estado venga, y a Dios y veamonos, como dixo vn ciego a otro. No son malas filosofias essas, como tu dizes, Sancho, pero cõ todo esso ay mucho q̄ dezir sobre esta materia de Condados. A lo qual repli cò dô Quixote: Yo no se q̄ aya mas q̄ dezir, solo me

guio.

guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo a su escudero Conde de la insula Firme, y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia, hazer Conde a Sancho Pança, que es vno de los mejores escuderos que cauallero andãte ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los concertados disparates que don Quixote auia dicho, del modo con que auia pintado la auentura del cauallero del Lago, de la impressiõ que en el auian hecho las pẽsadas mentiras de los libros que auia leydo: y finalmente le admiraua, la necedad de Sancho, que con tanto ahinco desseaua alcançar el Condado que su amo le auia prometido. Ya en esto boluiã los criados del Canonigo, que a la venta auian ydo por la azemila del repuesto, y haziendo mesa de vna alhõbra, y de la verde yerua del prado, a la sombra de vnos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiessẽ la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, a deshora oyeron vn reziõ estruendo, y vn son de esquila, que por entre vnas çarças, y espeßas matas que alli junto estauan, sonaua, y al mesmo instante vierõ salir de entre aquellas malezas, vna hermosa cabra, toda la piel mãchada de negro, blãco, y pardo. Tras ella venia vn cabrero dandole voces, y diziendole palabras a su vso, para que se detuuiesse, o al rebaño boluiesse. La fugitiua cabra, temerosa, y despauorida, se vino a la gente, como a fauorecerse della, y alli se detuvo. Llegò el cabrero, y asiendola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso, y entendimiento, le dixo: A cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo, que
lobos

Quarta parte de don

lobos os espantã. Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede fer, fino que soys hembra, y no podeys estar fofegada, que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bolned, bolued amiga, que fino tan contenta, alomenos estareys mas segura en vuestro aprisco, o con vuestras compañeras : que si vos que las aueys de guardar, y encaminar, andays tan fin guia, y tan descaminada, en que podran parar ellas? Contento dierõ las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra hermano, q̄ os fofegueys vn poco, y no os acucieys en boluer tan presto essa cabra a su rebaño, q̄ pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir su natural distinto, por mas q̄ vos os pongays a estoruarlo. Tomad este bocado, y beued vna vez, cõ que templareys la colera, y en tanto descansarã la cabra. Y el dezir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de vn conejo fiambre, todo fue vno. Tomolò, y agradeciolo el cabrero: beuio, y fofegose, y luego dixo: No querria q̄ por auer yo hablado con esta alimaña tan en feso, me tuuiesse vuestras mercedes por hombre simple, q̄ en verdad que no carecen de misterio las palabras q̄ le dixe. Rustico soy, pero no tanto, q̄ no entienda como se hade tratar cõ los hõbres, y con las bestias. Esto creo yo muy biẽ, dixo el Cura, que ya yo se de esperiencia, q̄ los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filosofos. Alomenos, señor, replicò el cabrero, acogen hombres escarmentados: y para q̄ creays esta verdad, y la roqueys con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me combido, fino os enfadays dello,

dello, y quereys, señores, vn breue espacio prestarme oydo atento, os contare vna verdad, que acredite lo que esse señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia? A esto respondió don Quixote: Por ver que tiene este caso vn no se que de sombra de auentura de caualleria, yo por mi parte os oyre, hermano, de muy buena gana, y asì lo harã todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas nouedades, que suspendan, alegren, y entretegan los sentidos, como sin duda pienso q̄ lo ha de hazer vuestro cuento. Començad pues, amigo, q̄ todos escucharemos. Saco la mia, dixo Sancho; que yo a aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir a mi señor don Quixote, que el escudero de cauallero andante ha de comer, quãdo se le ofreciere, hasta no poder mas, a causa que se le suele ofrecer entrar a caso por vna selua tan intricada, que no aciertan a salir della en seys dias, y si el hombre no va harto, o bien proueydas las alforjas, alli se podra quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne momia. Tu estàs en lo cierto, Sancho, dixo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo que pudieres, q̄ yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la dare escuchando el cuento deste buen hombre. Asì las daremos todos a las nuestras, dixo el Canonigo: y luego rogò al cabrero, que diessè principio a lo que prometido auia. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra que por los cuernos tenia, diziendole: Recuestate junto a mi, manchada, que tiempo nos queda para boluer a nuestro apero. Parece que lo entendio

Quarta parte de don

entendió la cabra, porque en sentandose su dueño, se tendio ella junto a el, con mucho sosiego, y mirandole al rostro daua a entender, que estaua atenta a lo que el cabrero yua diziendo: el qual començo su historia desta manera.

Cap. L I. Que trata de lo que conto el cabrero, a todos los que lleuanan a don Quixote.

TRES Leguas deste valle está vna aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos estos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener vna hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, se admiraua de ver las estremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la auian enriquezido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fue hermosissima. La fama de su belleza se començo a estēder por todas las circunuezinas aldeas: que digo yo, por las circunuezinas no mas, si se estendio a las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, q̄ como a cosa rara, o como a imagen de milagros, de todas partes a verla venian. Guardauala su padre, y guardauase ella, que no ay cādados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden a vna donzella, que las del recato propio.

proprio, la riqueza del padre, y la belleza de la hija mouieron a muchos, assi del pueblo, como forasteros, a que por muger se la pidiessen, mas el como a quien tocaua disponer de tan rica joya, andaua confuso sin saber determinarse, a quien la entregaria de los infinitos que le importunauan, y entre los muchos que tan buen desseo tenian fuy yo vno, a quien dieron muchas, y grandes esperanças de buen suceso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hazienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado: con todas estas mismas partes, la pidio tambien otro del mismo pueblo, q̄ fue causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre, a quiẽ parecia q̄ con qualquiera de nosotros estaua su hija bien empleada: y por salir desta confusion determino dezirselo a Leandra, que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto, aduertiendo que pues los dos eramos iguales, era bien dexar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres q̄ a sus hijos quierẽ poner en estado. No digo yo que los dexen escoger en cosas ruynes, y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escoxan a su gusto: no se yo el que tuuo Leandra, solo se que el padre nos entretuuo a entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligauan, ni nos desobligaua tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vays con noticia

Quarta parte de don

cia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente: pero bien se dexa entender que ha de ser deastrado. En esta saz on vino a nro pueblo vn Vicente de la Rosa, hijo de vn pobre labrador del mismo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diuersas partes de ser soldado: lleuole de nro lugar siendo muchacho de hasta doze años, vn Capitan, que có su compañía por alli acerto a passar, y boluio el moço de alli a otros doze vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dizes de cristal, y sutiles cadenas de azero: oy se ponía vna gala, y mañana otra: pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo: la gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notò, y contò punto por punto sus galas, y preseas, y hallò que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias, pero el hazia tantos guisados, è inuenciones dellas, que sino se los contarã huiera quiè jurara que auia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte plumajes. Y no parezca impertinencia, y de masia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hazen vna buena parte en esta historia. Sentauase en vn poyo q̄ debaxo de vn gran alamo està en nuestra plaça, y alli nos tenia a todos la boca abierta, pendietes de las hazañas que nos yua contando: no auia tierra en todo el Orbe que no huiesse visto, ni batalla donde no se huiesse hallado: auia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado

en mas singulares desafios, segun el dezia, que Gã
te, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil
que nombraua, y de todos auia salido con vitoria,
sin que le huuiessen derramado vna sola gota de
sangre: por otra parte mostraua señales de heri-
das, que aunq̃ no se diuisauan, nos hazia entender
que eran arcabuzazos dados en diferentes ren-
cuentros, y faciones: finalmente con vna no vista
arrogãcia llamaua de vos a sus iguales, y a los mis-
mos que le conocian, y dezia que su padre era su
braço, su linaje sus obras, y que debaxo de ser sol-
dado, al mismo Rey no deuia nada. Añadiósele a es-
tas arrogancias ser vn poco musico, y tocar vna
guitarra a lo rasgado, de manera que dezian algu-
nos que la hazia hablar: pero no pararon aqui sus
gracias, que tambien la tenia de Poeta, y assi de ca-
da niñeria que passaua en el pueblo componia vn
romance de legua, y media de escritura. Este sol-
dado pues que aqui he pintado, este Vicente de la
Rosa, este brauo, este galan, este musico, este Poe-
ta, fue visto, y mirado muchas vezes de Leandra
desde vna ventana de su casa que tenia la vista a la
plaça: enamorola el oropel de sus vistosos trajes:
encantaronla sus romances, que de cada vno que
componia daua veynte traslados: llegaron a sus
oydos las hazañas que el de si mismo auia refe-
rido: y finalmente que assi el diablo lo deuia de
tener ordenado, ella se vino a enamorar del an-
tes que en el naciesse presuncion de sollicita-
lla: y como en los casos de amor no ay ninguno
que con mas facilidad se cumpla, que aquel que

Quarta parte de don

tiene de su parte el desseo de la dama: con facilidad se concertaró Leandra, y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayessen en la cuenta de su desseo, ya ella le tenia cumplido, auiendo dexado la casa de su querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admirò el suceso a toda el aldea, y aun a todos los que del noticia tuuieron: yo quedè suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los quadri-lleros listos, tomaronse los caminos, escudriñaróse los bosques, y quanto auia, y alcabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosissimas joyas que de su casa auia sacado: boluieronla a la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confessò sin apremio que Vicente de la Roca la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo la persuadio que dexasse la casa de su padre, que el la lleuaria a la mas rica y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniverso mundo, que era Napoles, y que ella mal advertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregò la misma noche que auia faltado, y que el la lleuò a vn aspero monte, y la encerrò en aquella cueua, donde la auian hallado: contò tambien como el soldado sin quitalle su honor le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueua, y se fue: suceso que de

nueuo

nuevo pulo en admiracion a todos. Dijo señor hizo de creer la continencia del moço, pero ella lo afirmó con tantas veras, que fué parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le lleuauan: pues le auia dexado a su hija con la joya, que si vna vez se pierde no dexa esperança de que jamas se cobre. El mismo dia que parecio Leandra, la desaparecio su padre de nuestros ojos, y la lleuo a encerrar en vn monesterio de vna villa que está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les yua algun interes en que ella fuese mala, o buena: pero los que conoçian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desemboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser defatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar que còtento le diesse: los mios en tinieblas sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocauase nuestra paciencia, maldeziamos las galas del soldado, y abominauamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacentando vna gran cantidad de ouejas suyas proprias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tambien mias, passa-

Quarta parte de don

mos la vida entre los arboles, dando vado a nuestras pasiones, o cantando juntos alabanzas, o vituperios de la hermosa Leandra, o suspirando solos, y a solas comunicando con el cielo nuestras querellas, a imitacion nuestro. Otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos asperos montes, usando el mismo exercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun està colmo de pastores, y de apriscos, y no ay parte en el dōde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la absuelue, y perdona, y tal la justicia, y vitupera: vno celebra su hermosura, otro reniega de su condiçion, y en fin todos la deshonoran, y todos la adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que ay quien se quexe de desden, sin auerla jamas hablado, y aun quiẽ se lamenta, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio a nadie: por que como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su desseo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no estẽ ocupada de algun pastor que sus desuenturas a los ayres cuente: el Eco repite el nombre de Leandra dōde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y temiẽdo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor

tidor Anselmo, el qual temiendo tantas otras cosas de que quexarle, solo se quexa de ausencia, y al son de vn rabel que admirablemente toca con versos, donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas facil, y a mi parecer el mas acertado, que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promessas muertas, de su fe rompida: y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos, è intenciones que tienen: y esta fue la ocasion señores de las palabras, y razones que dixè a esta cabra, quando aqui llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometì contaros, si he sido en el contarla prolixo, no serè en seruiros corto: cerca de aqui tengo mi maxada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso, con otras varias, y sazonadas frutas, no me nos a la vista que al gusto agradables.

(?)

Quarta parte de don

Cap. LII. De la pendencia que don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceptinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor.

GENERAL Gusto causò el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse dif. reto cortesano: y assi dixo que auia dicho muy bien el cura en dezir que los montes criauan Letrados: todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostrò liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara posibilidad de poder començar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino, porque vos la tuvierades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra a pesar de la Abadesa, y de quantos quisieran estoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della a toda vuestra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de la caualleria, que mandan que a ninguna donzella se le sea fecho de saguefado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de vn encantador malicioso, que no pueda

pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces es prometo mi fauor, y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra, sino es fauorecer a los desualidos, y menesterosos. Mirole el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admirose, y preguntò al barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso don Quixote de la Mancha, desfazedor de agrauios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el assombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Eſto me semeja, respondió el cabrero, a lo que se lee en los libros de caualleros andantes, que hazian todo eſto que de este hombre vuestra merced dize: püesto que para mi tengo, ò que vuestra merced se burla, ò que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys vn grandissimo vellaco, dixo a esta sazón don Quixote: y vos soys el vazio, y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuuo la muy hideputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatò de vn pan que junto a si tenia, y dio con el al cabrero en todo el rostro, con tanta furia que le remacho las narizes: mas el cabrero que no sabia de burlas, vièdo con quantas veras le maltratauan, sin tener respero a la alhombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estanan, saltò sobre don Quixote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle,

Quarta parte de don

si Sancho Pança no llegara en aquel puto, y le afic-
ra por las espaldas, y diera con el encima de la me-
sa, quebrando platos, rompiendo taças, y derra-
mando, y esparziendo quanto en ella estaua. Don
Quixote que se vio libre, acudio a subirse sobre el
cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido
a cozes de Sancho, andaua buscando agatas algun
cuchillo de la mesa para hazer alguna fanguinolé-
ta vengança: pero estoruauan selo el Canonigo, y
el cura, mas el barbero hizo de suerte que el ca-
brero cogio debaxo de si a don Quixote, sobre el
qual llouio tanto numero de moxicones, que del
rostro del pobre cauallero llouia tanta sangre, co-
mo del suyo. Rebentauan de risa el Canonigo, y el
cura, saltauan los quadrilleros de gozo, çuçauan
los vnos, y los otros, como hazen a los perros quã-
do en pendencia estan trauados, solo Sancho Pan-
çase desesperaua, porq̃ no se podia desafir de vn
criado del Canonigo, que le estoruaua que a su
amo no ayudasse. En resolucion estando todos en
regozijo, y fiesta, sino los dos aporreantes que se
carpian, oyeron el son de vna trompeta, tan tris-
te, que les hizo boluer los rostros hàzia donde les
parecio que sonaua: pero el que mas se alborotò
de oyrlle fue don Quixote, el qual aunque estaua
debaxo del cabrero, harto contra su voluntad, y
mas que medianamente molido, le dixo: Herma-
no demonio, que no es posible que dexes de ser-
lo, pues has tenido valor, y fuerças para sujetar las
mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por
vna hora, porque el doloroso son de aquella tró-
peta

pera que a nuestros oydos llega, me parece, que a alguna nueva aventura me llama. El cabrero que ya estava cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y dò Quixote se puso en pie, boluiendo afsi mismo el rostro adonde el son se oya, y vio a deshora que por vn recuesto baxauan muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año auian las nuues negado su rocío a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian procesiones, rogatiuas, y diciplinas, pidièdo a Dios abrièsse las manos de su misericordia, y les llouieffe: y para este efecto la gente de vna aldea que alli junto estava venia en procesion a vna deuota ermita, que en vn recuesto de aquel valle auia. Don Quixote que vio los estraños trajes de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que los auia de auer visto, se imaginò, que era cosa de aventura, y que a el solo tocava, como a cauallero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar que vna imagen que trayan cubierta de luto fueffe alguna principal señora que lleuauá por fuerça aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayo en las mientes, con grã ligereza arremetio a Rozinãte, q̃ pacièdo andaua, quitandole del arzon el freno, y el adarga, y en vn pũto le enfrendò, y pidièdo a Sãcho su espada subio sobre Rozinãte, y embraçó su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estauan: Agora valeroia cõpañia veredes quãto importa q̃ aya en el mundo caualleros que professen la ordẽ
de la

Quarta parte de don

de la andante caualleria: agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiuua, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziendo esto apreto los muslos a Rozinãte, porque espuelas no las tenia, y a todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, q̄ jamas la diessse Rozinãte, se fue a encontrar con los disciplinantes: bien que fueran el cura, y el Canonigo, y barbero a detennelle, mas no les fue possible, ni menos le detuuiẽrõ las voces que Sancho le daua, diziendo: A donde va señor don Quixote, que demonios lleva en el pecho que le incitan a yr contra nuestra Fé Catolica: aduierta mal aya yo, que aquella es procession de disciplinantes, y que aquella Señora que llevan sobre la peana es la Imagen benditissima de la Virgen sin manzilla: mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Fatiguose en vano Sancho, porque su amo yua tan puesto en llegar a los enfauanados, y en librar a la Señora enlizada, que no oyò palabra, y aunque la oyerã no boluiera si el Rey se lo mandara. Llegò pues a la procession, y parò a Rozinãte que ya lleuaua desseo de quietarse vn poco, y con turbada, y ronca voz dixo: Vosotros, que quiza por no ser buenos os encubris los rostros, atẽded, y escuchad lo q̄ deziros quiero. Los primeros que se detuuieron fueron los que la imagen lleuauã, y vno de los quatro clerigos que cantauan las dedanias viendo la estraña caadura de dõ Quixote, la flaqueza de Rozinãte, y otras circũstancias de risa que notò,

y des-

y descubrió en don Quixote, le respondió diciendo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo dígallo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razón que nos deténgamos a oyr cosa alguna, si ya no estan breue que en dos palabras se diga. En vna lo diré, replicò don Quixote, yes esta, que luego al punto dexeyis libre a esta hermosa señora, cuyas lagrimas, y triste semblante dan claras muestras que la lleuays contra su voluntad, y q̄ algun notorio desaguifado le auedes fecho, y yo que nací en el mundo para desfazer semejantes agravios, no consentire que vn solo passo adelante passe sin darle la deseada libertad q̄ merece. En estas razones cayerõ todos los que las oyeron, que don Quixote deuia de ser algun hombre loco: y tomaronse a reyr muy de gana, cuya rifa fue poner poluora a la colera de don Quixote, porque sin dezir mas palabra sacando la espada arremetio a las andas: vno de aquellos q̄ las lleuauan dexando la carga a sus compañeros salio al encuentro de don Quixote enarbolando vna horquilla, o baston con que sustentaua las andas en tanto que descansaua, y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tirò don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el vltimo tercio que le quedò en la mano dio tal golpe a don Quixote encima de vn ombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerça, que el pobre dō Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Pança, q̄ jadeando le yua a los alcances, viendole caydo, dio voces a su moledor, que

Quarta parte de don

que no le diese otro palo, porque era vn pobre cauallo encantado, que no auia hecho mal a nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuvo al villano no, fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le auia muerto, con priessa se alço la tunica a la cinta, y dio a huyr por la campaña, como vn gamo: ya en esto llegaró todos los de la cõpañia de dõ Quixote adõde el estaua, y mas los de la procession q̃ los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hizieronse todos vn remolino al rededor de la imagen, y alçados los capirores empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, esperauan el assalto, con determinaciõ de defenderse, y aun ofender si pudiessen a sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaua, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre el el mas doloroso, y risueño llanto del mundo, creyendo que estaua muerto. El cura fue conocido de otro cura que en la procession venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones: el primer cura dio al segundo en dos razones cuenta de quien era dõ Quixote, y assi el como toda la turba d̃ los diciplinantes fueron a ver si estaua muerto el pobre cauallo, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, que con solo vn garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! O honra de tu linaje, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo,
el

el qual saltando tu en el quedará lleno de malhehores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias. O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de seruicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe, y rodea! O humilde con los soberuios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo de los ruynes: en fin cauallero andante, que es todo lo que dezir se puede. Con las voces, y gemidos de Sancho, reuiuio don Quixote, y la primer palabra que dixo fue: El que de vos viue ausente dulcissima Dulzinea, a mayores miscrias que estas está sujeto, ayudame Sãcho amigo a ponerme sobre el carro encantado, q̄ ya no esto y para oprimir la silla de Rozináte, porq̄ tengo todo este ombro hecho pedaços. Esto hare yo de muy buena gana, señor mio, respódió Sãcho, y boluamos a mi aldea en cópañia destes señores q̄ su bien dessean, y allí daremos ordé de hazer otra salida que nos sea de mas prouecho, y fama. Bien dizes Sãcho, respódió don Quixote, y sera grã prudécia dexar passar el mal influxo delas estrellas q̄ agora corre. El canonigo, y el cura, y barbero le dixeron que haria muy biẽ en hazer lo que dezia, y asì auiendo recebido grã de gusto de las simplicidades de Sancho Pança, pusieron a don Quixote en el carro, como antes venia. La procession, boluio a ordenarse, y a proseguir su camino. El cabrero se despidio d̄ todos: los quadrilleros no quisieron passar adelante, y el cura les pagò lo que se les deuia. el Canonigo pidio al

cura

Quarta parte de don

cura le auisasse el sucesso de dō Quixote, si sanaua de su locura, o si proseguia en ella: y cō esto tomò licēcia para seguir su viaje: en fin todos se didiuicrō, y apartarō, quedando solos el cura, y barbero, dō Quixote, y Pāça, y el bueno de Rozināte, q̄ a todo lo q̄ auia visto estaua cō tāta paciēcia, como su amo. El boyero vnzio sus bueyes, y acomodò a dō Quixote sobre vn haz de heno, y cō su acostūbra da flema siguió el camino q̄ el cura quiso, y a cabo de seis dias llegaró a la aldea de dō Quixote, adóde entraró en la mitad del dia q̄ acerto a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaça, por mitad de la qual atraueffò el carro de dō Quixote. Acudieron todos a ver lo q̄ en el carro venia, y quādo conocieró a su cōpatrioto, quedaró marauillados, y vn muchacho acudio corriendo a dar las nueuas a su ama, y a su sobrina, de que su tio, y su señor venia, flaco, y amarillo, y tédido sobre vn monton de heno, y sobre vn carro de bueyes. Cosa de lastima fue oyr los gritos que las dos buenas señoras alçaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nueuo echaron a los malditos libros de cauallerias, todo lo qual se renouò quando vieron entrar a dō Quixote por sus puerttas. A las nueuas desta venida de don Quixote, acudio la muger de Sācho Pança, que ya auia sabido que auia ydo con el firuiendole de escudero, y assi como vio a Sancho lo primero q̄ le preguntò fue, q̄ si venia bueno el año? Sācho respòdio, q̄ venia mejor q̄ su amo. Gracias seã dadas a Dios, replicò ella, q̄ tātò biē me ha hecho: pero cōtadme agora amigo q̄ biē auéis sacado de vuestras escuderias? q̄ saboyana me traeis?

que

traeys a mi? Que çapaticos a vuestros hijos? No traygo nada deffo, dixo Sancho, muger mia, aunque traygo otras cosas de mas momento, y consideracion. Dello recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme essas cosas de mas consideracion, y mas momêto, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este coraçon, que tan triste, y descontento ha estado, en todos los siglos de vuestra ausencia? En casa os las mostrarè muger, dixo Pança, y por agora estad contenta, que siendo Dios seruido de que otra vez salgamos en viage, a buscar aventuras, vos me vereys presto Conde, o Governador de vna Insula, y no de las de por ahi, sino la mejor que pueda hallarse. Quieralo assi el cielo, marido mio, que biè lo aue mos menester. Mas dezidme que es esto de Insulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho, a su tiempo lo veras muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar señoria de todos tus vassallos. Que es lo que dezis Sancho, de señorias, Insulas, y vassallos? respondió Iuana Pança, que assi se llamaua la muger de Sancho, aunque no eran pariètes, sino porque se vsa en la Mancha, tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies Iuana, por saber todo esto tan apriessa, basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabre dezir assi de passo, que no ay cosa mas gustosa en el mundo, que ser vn hombre honrado, escudero de vn cauallero andàte, buscador de aventuras. Bien es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan a gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las nouenta y nueue suelen salir auieffas, y torcidas. Selo yo de experiència, porque de algunas he

Quarta parte de don

salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esso es linda cosa esperar los successos, atrauessando montes, escudriñando seluas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas, a toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el marauedi. Todas estas pláticas passaron entre Sancho Pança, y luana Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de don Quixote, le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Miraualas el con ojos atrauessados, y no acabaua de entender en que parte estaua. El cura encargò a la sobrina, tuuiesse gran cuenta con regalar a su tio, y que estuuiesse alerta, de que otra vez no se les escapasse, contando lo que auia sido menester para traelle a su casa. Aqui alçaron las dos de nueuo los gritos al cielo, alli se renouaron las maldiciones de los libros de cauallerias, alli pidieron al cielo, que confundiesse en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas, de que se auian de ver sin su amo, y tio, en el mesmo punto que tuuiesse alguna mejoría; y si fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia, habuscado los hechos que don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, al menos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha. Que don Quixote, la tercera vez que salio de su casa, fue a Çaragoça, donde se hallò en vnas famosas justas, que en aquella Ciudad hizieron, y alli le passaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acabamiento, pudo alcançar cosa alguna.

Quixote de la Mancha.

alguna, ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte no le depararà vn antiguo medico, que tenia en su poder vna caja de plomo, que segun el dixo, se auia hallado en los cimientos derribados, de vna antigua ermita, que se renouaua. En la qual caja, se auian hallado vnos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y dauan noticia de la hermosura de Dulzinea del Toboso, de la figura de Rozinante, de la fidelidad de Sancho Pança, y de la sepultura del mesmo don Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de su vida, y costumbres. Y los que se pudieron leer, y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor, desta nueua, y jamas vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo, que le costo inquerir, y buscar todos los archivos Manchegos, por sacarla a luz: sino que le den el mesmo credito que suelen dar los discretos, a los libros de cauallerias, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendra por bien pagado, y satisfecho. Y se animarà a sacar, y buscar otras, sino tan verdaderas, alomenos de tanta inuencion, y passatiempo. Las palabras primeras que estauan escritas en el pergamino que se hallò en la caja de plomo, eran estas.

Los Academicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha, en vida, y muerte, del valeroso don Quixote de la Mancha.

Hoc scripserunt.

(.?..)

Quarta parte de don

El Monicongo Academico, de la Argamasilla,
a la sepultura de don Quixote.

EPI T A F I O.

EL caluatrueno, que adornò a la Mancha,
De mas despojos que la son decreta,
El juyzio que tuuo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha.
El braço, que su fuerça tanto ensancha,
Que llegó del Catay, hasta Gaeta,
La mussa mas horrenda, y mas discreta,
Que grauò versos en broncinea plancha.
El que a cola dexò los Amadises,
Y en muy poquito a Galaores tuuo,
Estribando en su amor, y bizarria.
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rozinante herrando anduuo,
Yaze debaxo desta losa fria.

Del paniaguado Academico, de la Argamasilla,
in laudem Dulzinea del Doboso.

S O N E T O.

ESea que veys de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulzinea Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.

Quixote de la Mancha.

Pisó por ella el vno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el Eruelo
Llano de Aranjuez, apie, y cansado.
Culpa de Rozinante.) O dura estrella,
Que esta Manchega dama, y este inuito
Andante cauallero, en tiernos años.
Ella dexò muriendo de ser bella,
Y el aunque queda en marmores escrito,
No pudo huyr de amor, y ras, y engaños.

Del caprichoso, discretissimo Academico, de la
Argamafilla, en loor de Rozinante, caua-
llo de don Quixote de
la Mancha.

SONETO.

EN el soberuio trono Diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nuevas proezas) pero inuenta el arte,
Va nueno estilo al nueno Paladino.

Quarta parte de don

Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos brauos descendientes Grecia,
Triunfò mil vezes, y su fama ensancha.
Oy a Quixote le corona el Aula.
De Belona preside, y del se precia,
Mas que Grecia, ni Caula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el oluido Mancha,
Pues hasta Rozinante en ser gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.

Del Burlador Academico Argamasillesco,
Sancho Pança.

SONETO.

SAncho Pança es a queste en cuerpo chico,
Pero grande en valor, milagro extraño,
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que tuuo el mundo, os juro, y certifico.
De ser Conde no estuuio en vn tantico,
Sino se conjuraran en su daño,
Insolencias, y agravios del tacño
Siglo, que aun no perdonan a vn borrico.
Sobre el anduuo, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso
Cauallo Rozinante, y tras su dueño.
O vanas esperanças de la gente,
Como passays con prometer descanso,
Y al fin parays en sombra, en humo, en sueño.

Del

Quixote de la Mancha.

Del Cachidiablo Academico, de la Argamasilla,
en la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

A Qui yaze el cauallero,
Bien molido, y mal andante,
A quien lleuò Rozinante
Por vno, y otro sendero.
Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Escudero el mas fiel,
Que vio el trato de escudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamasilla, en la
sepultura de Dulzinea del Toboso.

EPITAFIO.

R Eposa aqui Dulzinea,
Y aunque de carnes roltiza,
La boluio en poluo, y ceniza,
La muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuuo assomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos

Quarta parte de don

Estos fueron los versos que se pudieron leer, los demas por estar carcomida la letra, se entregaron a vn Academico, para que por congeturas los declarasse. Tiene se noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigillas, y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quixote.

(.?.)

For si altro cantera con miglior plectio.

FINIS.



T A B L A D E L O S

Capitulos que contiene esta famosa Historia del valeroso cauallero don don Quixote de la Mancha.



Rimera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha. Fol. 1

Capitulo primero, que trata de la condicion, y exercicio del famoso y valiente hidalgo don Quixote de la Mancha. 1

Capitulo segundo, que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote. 4

Capitulo tercero, donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quixote en armarse cauallero. 7

Capitulo quarto, de lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta. 11

Capitulo quinto, donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero. 15

Capitulo sexto, del donoso escrutinio que el cura y el barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo. 18

Capitulo septimo, de la segunda salida de nuestro buen cauallero. 22

* *

Capi-

T A B L A.

Capitulo octauo, del buen sucesso que el valeroso don Quixote tubo en la espantable y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, &c. 25

PArte segunda, del ingenioso don Quixote de la Mancha. 31

Capitulo nono donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo Vizcayno y el valiente *Matan* chego tuuieron. 31

Capitulo decimo, de lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno: y del peligro en que se vio, con vna caterua de Yangueses. 34

Capitulo vndecimo, de lo que le sucedio a don Quixote con vnos cabreros. 38

Capitulo duodecimo, de lo que conto vn cabrero a los que estauan con don Quixote. 42

Capitulo treze, donde se da fin al cuento de la pastora *Marcela*: con otros successos. 46

Capitulo catorze, donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor: con otros successos. 52

Tercera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha. 58

Capitulo quinze, donde se cuenta la desgraciada auentura que se topó don Quixote en topar con vnos desalmados Yangueses. 53

Capitulo decisiys, de lo que le sucedio al ingenioso hidalgo 80

T A B L A.

- go en la venta q̄ el se imaginaua ser castillo. 63
- Capitulo diciete, donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança Passaron, &c. 68
- Capitulo deiciocho, donde se cuentan las razones q̄ passò Sancho Pança con su señor don Quixote: con otras auenturas dignas de ser conradas. 73
- Capitulo decinueue, de las discretas razones que Sancho passaua con su amo: y de la auentura que le sucedio con vn cuerpo muerto, &c. 80
- Capitulo veinte, de la jama vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada de famoso cauallero en el mundo como la que acabò el valeroso don Quixote. 85
- Capitulo veinte y vno, que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, &c. 93
- Capitulo veintidos, de la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados galeotes. 100
- Capitulo veintitres, de lo que le acontecio al famoso don Quixote en sierra morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuenta. 170
- Capitulo veintiquatro, donde se prosigue la auentura de la sierra morena. Dize la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astroso cauallero de la sierra, el qual prosiguiendo su platica dixo: Quienquiera que seays, &c. 114

T A B L A.

Capitulo veinticinco, que trata de las estrañas cosas que en sierra morena sucedieron al valiente cauallero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltranebros. 120

Capitulo veintiseys, donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro don Quixote en sierra morena. 131

Capitulo veintisiete, de como salieron con su intencion el cura y el barbero: con otras cosas dignas de que se cuenten. 136

Quarta parte de la historia del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha. 148

Capitulo veintiocho, que trata de la nueua y agradable auentura, que al cura y barbero sucedio en la misma sierra. 148

Capitulo veintinueue, que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea: con otras cosas de gusto y passatiempo. 158

Capitulo treynta, que trata del gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto. 166

Capitulo treinta y vno, de los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote y Sancho Pança su escudero: con otros successos. 171

Capitulo treinta y dos, que trata de lo que sucedio en la
venta

T A B L A.

venta a toda la quadrilla de don Quixote.	178
Capitulo treinta y tres, donde se cuenta la novela del curioso impertinente.	182
Capitulo treinta y quatro, donde se prosigue la novela del curioso impertinente.	195
Capitulo treinta y cinco, donde se da fin a la novela del curioso impertinente.	208
Capitulo treinta y seis, que trata de la braua y descomunal batalla que don Quixote tubo con vnos cueros de vino tinto: con otros raros sucessos que en la venta sucedieron.	213
Capitulo treinta y siete, que prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona: con otras graciosas auenturas.	220
Capitulo treinta y ocho, que trata del discurso que hizo don Quixote de las armas y las letras.	227
Capitulo treinta y nueue, donde el cautiuo cuenta su vida y sucessos.	230
Capitulo quarenta, donde se prosigue la historia del cautiuo.	235
Capitulo quarenta y vno, donde todavia prosigue el cautiuo su sucesso.	243
Capitulo quarenta y dos, que trata de lo que mas sucedio en la venta: y de otras muchas cosas dignas de saberse.	257
Capitulo quarenta y tres, donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas: con otros estraños acacimien-	cimien-

T A B L A.

- cimientos en la venta sucedidos. Comiença. Mar-
 nero soy de amor.* 262
- Capitulo quarenta y quatro, donde se prosiguen los in-
 auditos sucessos de la venta.* 268
- Capitulo quarenta y cinco, donde se acaba de aueriguar
 la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda:
 y otras auenturas sucedidas con toda verdad.* 274
- Capitulo quarenta y seys, de la notable auentura de los
 quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen
 cauallero.* 278
- Capitulo quarenta y siete, del extraño modo con que fue
 encantado don Quixote: con otros famosos suces-
 sos.* 284
- Capitulo quarenta y ocho, donde prosigue el Canonigo
 la materia de los libros de cauallerias: con otras
 cosas dignas de su ingenio* 290
- Capitulo quarenta y nueue, donde se trata del discreto
 coloquio que Sancho Pança tuuo con su señor don
 Quixote.* 295
- Capitulo cinquenta, de las discretas altercaciones que
 don Quixote, y el canonigo tuuieron con otros su-
 cessos.* 300
- Capitulo cinquenta y vno, que trata de lo que conto el
 cabrero a todos los que lleuauan al valiente don
 Quixote.* 304
- Capitulo cinquenta y dos, de la pendencia que don
 Quixote tuuo con el cabrero: con la rara auentu-
 ra de*

T A B L A.

*va de los deceptinantes, a quien dio felice fin a
costa de su sudor.*

308

Fin de la Tabla.



THE
OF THE
1802

THE

